



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México.*

Datos de la revista:

Año XXXVI, Vol. CCXV, Núm. 6 (noviembre-diciembre de 1977).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

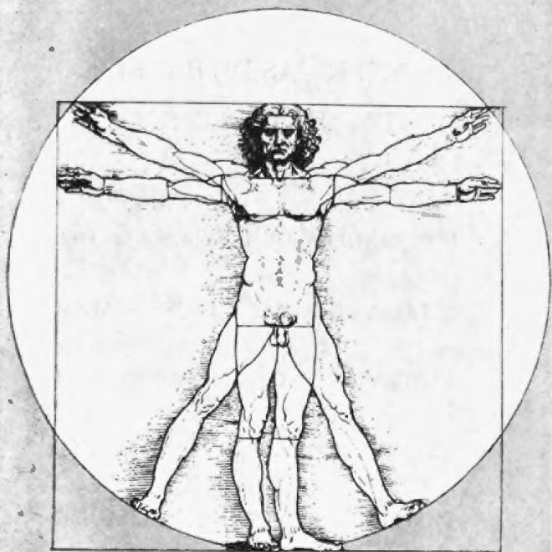
CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

6

*La razón
de nuestra empresa:*
EL HOMBRE



GRUPO BANCARIO

...para las empresas del hombre

FABRICAS DE PAPEL
DE TUXTEPEC, S. A.

CON MADERA DE LOS BOSQUES DEL
ESTADO DE OAXACA, EN SU PLANTA
EN TUXTEPEX, OAX., ELABORA PARA
EL SERVICIO DEL PUEBLO DE MEXICO
PAPELES PERIODICO Y PARA CUADER-
NOS DE LOS LIBROS DE TEXTO UNICO.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO
Revista Latinoamericana de Economía
 Publicación trimestral del Instituto de Investigaciones Económicas
 de la Universidad Nacional Autónoma de México

México, D. F. Año VIII, No. 29 Febrero-Abril de 1977

Director: *Arturo Bonilla Sánchez*
 Secretario: *Juvenio Wing Shum*

C O N T E N I D O :

OPINIONES Y COMENTARIOS

La Devaluación en México. Opinán: O. Sarahí Angeles, Arturo Bonilla, Irma Manrique y Benjamín Retchkiman.

ENSAYOS Y ARTICULOS

Rosalío Wences Reza
Ciencia y Tecnología.
 Alain de Janvy y Carlos Garramón
Miseria rural en América Latina.
 Carlos Samaniego y Bernardo Sorj
Estructura agraria en el capitalismo periférico.

TESTIMONIOS

Ramón Figueroa N.
Explotación del indígena otomi.

REUNIONES

El XXIII Congreso Internacional de Geografía.

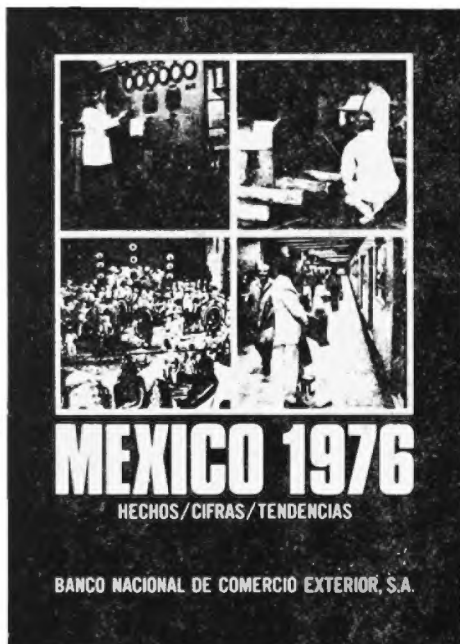
LIBROS

DOCUMENTOS

SUSCRIPCIONES: República Mexicana, 150 pesos anuales por correo ordinario registrado y 170 pesos anuales por correo aéreo registrado. Al exterior, por correo aéreo registrado, 18 dólares (EUA) anuales al Continente Americano y 22 dólares (EUA) anuales a otros continentes. Por cada suscripción anual será enviado un ejemplar del Índice General por Autores y Temas de los primeros 20 números.

PROBLEMAS DEL DESARROLLO, INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ECONOMICAS. Apartado Postal 20-721, México 20, D. F.

México al alcance de todos en el libro de consulta indispensable



Edición completamente renovada.

- Visión histórica
- El territorio y sus recursos
- La población
- Las instituciones
- La política internacional
- El camino del desarrollo
- El Estado en la economía
- El desarrollo regional
- Las actividades agropecuarias
- El sector industrial
- Relaciones económicas internacionales
- El sector financiero
- Finanzas públicas
- Comunicaciones y transportes
- Política de trabajo y bienestar social
- Educación
- Las artes
- La evolución de las artes populares
- Sitios y actividades de interés turístico

488 páginas
135 ilustraciones en color

\$ 100.00

Para el exterior **Dis. 8.00**

Edición en inglés \$ 250.00

Para el exterior Dis. 12.00

Envíe cheque o giro postal al

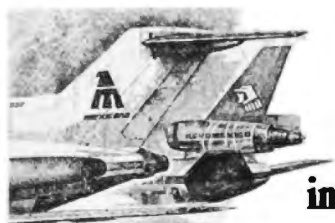
Banco Nacional de Comercio Exterior, S.A.

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES
Av. Chapultepec 230, 2o. piso, México 7, D.F.

PARA UN
BUEN NAVEGANTE
NO HAY MAL
VIENTO



BANCO DEL ATLANTICO
todo un océano de posibilidades



100,000
inversionistas fortalecen
nuestro desarrollo...



...y multiplican su dinero



que les produce hasta 13.44% anual neto

La entidad publica Nacional Financiera, S. A. destinó 25,000 millones de pesos de sus recursos, a proyectos productivos que generen empleos masivos y que contribuyan directamente al fortalecimiento de nuestra economía. Y los que nos interesamos que nos han servido de sus recursos obtenemos excelentes resultados, de los más productivos del mundo para que se desare mejor cada día.

Al igual se invierten de 10 veces en cada día más grande.



nf nacional financiera, s. a.

Sede en Centro 51, México 1, D. F. Filiales en la Av. Reforma 136 y Col. Polanco. Av. Universidad 1028 (Plaza Universidad)

nuestro los grandes propietarios nacionales



ETLA, S. A.

FILIAL DE

FABRICAS DE PAPEL
DE TUXTEPEC, S. A.

CON MADERA DEL ESTADO DE OAXACA

FABRICA CABAÑAS DESMONTABLES,

MUEBLES ESCOLARES, PARQUET,

LAMBRINES, MADERA ASERRADA

DESFLEMADA.

UN NUEVO LIBRO

DIAZ MIRON O LA EXPLORACION DE LA REBELDIA

por

MARIA RAMONA REY

La autora trabajó conscientemente y durante largo tiempo en este importantísimo libro sobre el gran poeta veracruzano. Su lectura gratificará ampliamente a cualquier lector.

—oOo—

PRECIOS:

	<i>Pesos</i>	<i>Dólares U.S.</i>
México	110.00	
Extranjero		6.50

—oOo—

De venta en las principales librerías

Distribuye:

"CUADERNOS AMERICANOS"

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

AMÉRICA NUESTRA

la nueva colección de
SIGLO VEINTIUNO EDITORES 



- ▲ américa antigua
- américa colonizada
- ◆ caminos de liberación
- los hombres y las ideas



Apdo. postal 20.626
Mexico 20, D.F.
Tel. 550-30.11

Favor de enviar información sobre su producción editorial

nombre _____
dirección _____
ciudad _____



Renault 17



Renault 15

¿Va usted a Europa? viaje en **RENAULT** nuevo con garantía de fábrica

Viajando en automóvil es como realmente se conoce un país, se aprende y se goza del viaje.

Además, el automóvil se va transformando en un pequeño segundo hogar, lo que hace que el viaje sea más familiar y grato.

Tenemos toda la gama **RENAULT** para que usted escoja (**RENAULT** 4, 6, 8, 12 y 12 guayin, 15, 16 y 17).

Se lo entregamos donde usted desee y no

tiene que pagar más que el importe de la depreciación.

Es más barato, mucho más, que alquilar uno.

Si lo recibe en España, bajo matrícula TT española, puede nacionalizarlo español cuando lo desee, pagando el impuesto de lujo. Por ejemplo, el **RENAULT** 12 paga ... 32,525.00 Pesetas y otros gastos menores insignificantes.

AUTOS FRANCIA, S. A. Serapio Rondán 117 Tel. 535-37-08 Informes: Srta. Andión.



EDICIONES DEL

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

9020

MILLARES CARLO, AGUSTIN
INTRODUCCION A LA HISTORIA DEL
LIBRO Y DE LAS BIBLIOTECAS

\$ 125.00

9022

DUMEZIL, GEORGES
DEL MITO A LA NOVELA

\$ 75.00

17127

FOPPA, ALAIDE
CONFESIONES DE JOSE LUIS
CUEVAS.

(RUSTICA) \$ 50.00

(EMPASTADO) \$ 150.00

4021

HEGEL, GEORG WILHELM FRIEDRICH
LECCIONES SOBRE LA HISTORIA DE
LA FILOSOFIA (3 TOMOS)

\$ 270.00

9026

MORETTA, EUGENE L.
LA POESIA DE XAVIER VILLAURRUTIA

\$ 75.00

13116

ZAID, GABRIEL
CUESTIONARIO

\$ 100.00

13039 13040

MARTINEZ, JOSE LUIS
EL ENSAYO MEXICANO MODERNO
(TOMO I Y TOMO II)

\$ 80.00 C/U

14257

PHILLIPS, RACHEL
LAS ESTACIONES POETICAS DE
OCTAVIO PAZ

\$ 65.00

17134

CARDOZA Y ARAGON, LUIS
POESIA COMPLETA Y ALGUNAS
PROSAS

\$ 150.00

14266

JONES, W. T.
LAS CIENCIAS Y LAS
HUMANIDADES

\$ 80.00

De venta en las librerías FONDO DE CULTURA ECONOMICA
y en todas las buenas librerías.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DE PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista según detalle que aparece a continuación con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	México	América y
		Pesos	Dólares
1942	110.00	5.20
1943	110.00	5.20
1944	Números 3 y 5	110.00	5.20
1945	Números 4 y 5	110.00	5.20
1946	110.00	5.20
1947	Números 1 y 6	110.00	5.20
1948	Número 6	110.00	5.20
1949	110.00	5.20
1950	110.00	5.20
1951	110.00	5.20
1952	Número 4	110.00	5.20
1953	Números 3 y 6	110.00	5.20
1954	110.00	5.20
1955	Número 6	110.00	5.20
1956	Números 4 al 6	90.00	4.35
1957	Números 1 al 6	90.00	4.35
1958	Número 6	90.00	4.35
1959	Números 1 al 5	90.00	4.35
1960	90.00	4.35
1961	Número 5	90.00	4.35
1962	Números 4 y 5	90.00	4.35
1963	90.00	4.35
1964	Números 1, 2 y 6	90.00	4.35
1965	90.00	4.35
1966	Número 6	90.00	4.35
1967	Números 1, 4, 5 y 6	90.00	4.35
1968	Números 3 al 6	90.00	4.35
1969	Números 1 y 6	90.00	4.35
1970	Números 4 y 6	90.00	4.35
1971	Números 2 y 4	55.00	2.65
1972	Números 1, 3 al 6	55.00	2.65
1973	Número 1 al 6	55.00	2.65
1974	Números 2 y 6	55.00	2.65
1975	Números 1, 2, 3 y 5	55.00	2.65
1976	Números 1 al 3	55.00	2.65

SUSCRIPCION ANUAL

México	250.00	
Otros países de América y España		15.50
Otros países de Europa y otros continentes		18.25

PRECIO POR EJEMPLAR DEL AÑO CORRIENTE

México	50.00	
Otros países de América y España		3.10
Otros países de Europa y otros continentes		3.65

LOS PEDIDOS PUEDEN HACERSE A:

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

o por teléfono al 575-00-17

VEANSE EN LA SOLAPA POSTERIOR LOS PRECIOS DE NUESTRAS PUBLICACIONES EXTRAORDINARIAS

**EDICIONES DEL
INSTITUTO MEXICANO DE INVESTIGACIONES
ECONOMICAS**

Colección de Folletos para la Historia de la Revolución Mexicana, dirigida por Jesús Silva Herzog. Se han publicado 4 volúmenes de más de 300 páginas cada uno sobre "La cuestión de la tierra, de 1910 a 1917 c/u			60.00	3.00
Bibliografía de la Historia de México, por Roberto Ramos			120.00	6.00
Los bosques de México, relato de un despilfarro y una injusticia, por Manuel Hinojosa Ortiz		12.00		0.60
Nuevos aspectos de la política económica y de la administración pública en México, por Emilio Mújica, Gustavo Romero Kolbeck, Alfredo Navarrete, Eduardo Bustamante, Julián Rodríguez Adame, Roberto Amorós, Ricardo J. Zevada y Octaviano Campos Salas			30.00	1.50
Explotación individual o colectiva. El caso de los ejidos de Tlahualilo, por Juan Balles-teros Porta			12.00	0.60
Historia de la expropiación de las empresas petroleras, por Jesús Silva Herzog			60.00	3.00
El problema fundamental de la agricultura mexicana, por Jorge L. Tamayo			30.00	1.50
Trayectoria y ritmo del crédito agrícola en México, por Alvaro de Albornoz			80.00	4.00
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de San Luis Potosí, por Eloisa Alemán			20.00	1.00
Investigación socioeconómica directa de los ejidos de Aguascalientes, por Mercedes Escamilla				Agotado
La reforma agraria en el desarrollo económico de México, por Manuel Aguilera Gómez			50.00	2.50
El pensamiento económico, social y político de México (1810-1964), por Jesús Silva Herzog				Agotado
México visto en el siglo XX, por James Wilkie y Edna M. de Wilkie			120.00	6.00

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035
México 12, D. F.

Apartado Postal 965
México 1, D. F.

Tel.: 575-00-17

PETROLEOS MEXICANOS

AL

SERVICIO DE MEXICO

Marina Nacional 321

México, D. F.

INDICES

CUADERNOS AMERICANOS

Estos índices —por materias y actores— abarcan los primeros 30 años de la vida de "Cuadernos Americanos", de enero-febrero de 1942 a noviembre-diciembre de 1971.

Obra de consulta indispensable para quienes se interesan por la cultura latinoamericana, principalmente, así como también por la de España y de algunos otros países como Estados Unidos, Francia, la Unión Soviética, China Popular, etc.

Precios:

	Pesos	Dólares
México	180.00	
América y España		9.00
Europa y otros continentes		9.35

Distribuye:

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Coyoacán 1035

Apartado Postal 965

México 12, D. F.

México 1, D. F.

Tel.: 575-00.17

SIN NOMBRE

Apartado 4391

San Juan, Puerto Rico 00905

o

Cordero No. 55

Santurce, Puerto Rico 00911

SUMARIO: VOLUMEN VIII, NO. 1 ABRIL-JUNIO 1977.

IRIS M. ZAVALA: *Puerto Rico SIGLO XIX: Literatura y sociedad*. KATALIN KULIN: García Márquez: "El otoño del patriarca". JUAN ANTONIO CORRETTJER y JOSE FERRER CANALES: *Juan Marinello*. EDMUND BURKE III: *Franz Fanon: un enfoque retrospectivo*. JUAN LOVELUCK: *Pablo Neruda en Oriente*. CARLOS ROBERTO MORAN: *Los lenguajes, la dependencia, el intento liberador*. LOS LIBROS: LUCE LOPEZ BARALT, JUAN CARLOS LERTORA, CARLOS MENESES, EFRAIN BARRADAS, FRANCISCO CAUDET. COLABORADORES.

NUMEROS EXTRAORDINARIOS: Volumen VII No. 2 Certámenes 1975. Volumen VII No. 3 La Mujer. Suscripción Anual \$10.00. Estudiantes P. R. \$6.00. Números extraordinarios \$5.00.

REVISTA IBEROAMERICANA

Organo del
Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Director-Editor: ALFREDO A. ROGGIANO
Secretario-Tesorero: William Straub
Dirección: 1312 C. L. Universidad de Pittsburgh
Pittsburgh, PA, 15260

Suscripción Anual:

Países latinoamericanos: 10 Dls.
Otros países: 20 Dls.

Socios regulares: 25 Dls.
Socios protectores: 30 Dls.

Suscripciones y Ventas: William J. Straub
Canje: Lillian Seddon Lozano

Dedicada exclusivamente a la literatura Iberoamericana, publica estudios, notas, bibliografías, documentos y reseñas de escritores y estudiosos de prestigio y actualidad. Es una publicación trimestral.

COMITE EDITORIAL:

Jaime Alazraki, University of California, San Diego
João Alexander Barbosa, Universidade de São Paulo
Bella Jozef, Universidade Federal do Rio de Janeiro
Klaus Meyer-Minneman, Universität Hamburg

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XXXVI

VOL. CCXV

6

NOVIEMBRE-DICIEMBRE

1 9 7 7

MÉXICO, D. F. 1º DE NOVIEMBRE DE 1977

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.
CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

	<i>Pág.</i>
DIMENSION IMAGINARIA	
EMILIO SOSA LÓPEZ. Crónicas (poemas)	135
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA. Leopoldo Lugones (1874-1938) <i>retrato sin retocar</i>	140
AGUSTÍN MARTÍNEZ A. El joven Lukács. Introducción a <i>Teoría de la novela</i>	152
ENRIQUE PUPO-WALKER. Elaboración y teoría en los cuentos de Ricardo Güiraldes	164
MANUEL ANTONIO ARANGO L. Aspectos sexuales y psicológicos en el "Acto preparatorio", en la novela <i>Al filo del agua</i> , de Agustín Yáñez	173
FRANCISCO ROJAS GONZÁLEZ. La cabra en dos patas	182
 INTELECTUALES DE NUESTRO IDIOMA Y CUADERNOS AMERICANOS	
ALFREDO S. DUQUE. Intelectuales de nuestro idioma y Cuadernos Americanos	193
 INDICE GENERAL DEL AÑO 1977	 247

Nuestro Tiempo

EN RECUERDO DE MARCEL BATAILLON*

Por *Silvio ZAVALA*

RAZONES de proximidad geográfica y contactos económicos, políticos y culturales, no obstante la separación física y moral que interponen los Pirineos, explican los vínculos de todo orden que siempre han unido a Francia con la Península Ibérica.

Recordemos los lazos comerciales que llevaron a la implantación de colonias de mercaderes en Lisboa, Sevilla y Cádiz. El ojo avizor de Bataillon seguiría estos tratos para desentrañar la significación de la palabra *vendeja*, usada por Mateo Alemán y por Miguel de Cervantes. Esperaba que más documentos permitieran ver mejor el aspecto andaluz de *vendimia* de frutas meridionales, y también el interés de los españoles en general por las mercancías que los extranjeros (entre ellos los bretones con sus telas importadas que se llamaban *bretañas*) traían a las ferias otoñales para vender¹. Sabido es que el comercio francés, desde comienzos del siglo XVIII, ya sale por el puerto de Saint-Malo para lanzarse directamente al Atlántico, cruzar el Estrecho de Magallanes y extenderse por las costas meridionales de América. De nuevo, cabe observar que una parte substancial de las investigaciones hispano-americanas de Bataillon está dedicada al virreinato del Perú, como lo enseña, entre otros, su valioso artículo acerca de San Marcos de Lima, una Universidad del Nuevo Mundo².

No quiero insinuar que los estudios humanísticos de Bataillon estén necesariamente vinculados con las corrientes mercantiles o que el comercio sea guía en general de las letras. Más bien cabe pensar que su espíritu curioso y abierto gustaba de asomarse a las comparaciones y a las conexiones de las disciplinas, como en un Congreso sobre: Imprenta, comercio y literatura; u otro que exploró: Humanismo, medicina y política.

* Discurso pronunciado por su autor el 26 de septiembre en el Instituto Francés de América Latina. México, D. F.

¹ "Vendeja", *Hispanic Review*, XXVII, 1959, 228-245.

² Alocución pronunciada en la ceremonia de la Sorbona el 29 de mayo de 1951, publicada en *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*, 7º año, julio-septiembre, 1952, n. 3, pp. 337-343.

Volviendo al examen de las relaciones transpirenaicas, no olvidemos la trama de la historia dinástica que lleva a los Borbones al trono español y allana la firma de los Pactos de Familia con la Casa de Francia. Los ejércitos avanzan en distintos tiempos de un territorio a otro, dejando huellas tan tangibles como las fortificaciones de Vauban en el sur de Francia; luego, los resultados de la invasión napoleónica en 1808 trastornan a las monarquías de España y de Portugal con repercusiones inmediatas en las posesiones hispanoamericanas y en el Brasil, hasta llegar a la consumación de su independencia. Estos últimos tiempos son posteriores a los que atraen habitualmente la atención de nuestro autor, ya que la época de la conquista de América bajo Carlos V forma uno de los núcleos principales de su bibliografía, con estudios como el que dedica a esclarecer si las campañas doctrinales de Las Casas y Vitoria llegaron a turbar la conciencia del Emperador hasta el punto de ponerlo ante la opción política fundamental de mantener o abandonar la soberanía española sobre el Nuevo Mundo, medio siglo después del descubrimiento de Colón.³ El curso de Bataillon en el Colegio de Francia en 1958-1959 está dedicado en parte a un estudio de la obra sobre las "Guerras civiles del Perú", de la que es autor Pedro Gutiérrez de Santa Clara, el mestizo mexicano que había servido con sus armas y caballos en la guerra contra los chichimecas del norte de Nueva España, en quien reconoce a un narrador que deja un relato viviente, concreto, lleno de color; pero no lo considera como un recolector escrupuloso de hechos comprobados. Ve en él a un notable precursor de los *Episodios nacionales* de Pérez Galdós. Ese curso de Bataillon tiene para nosotros otro interés, y es que la mitad está dedicado al examen de *La Pícaro Justina* (1605), inclinándose a mantener la paternidad del médico Francisco López de Ubeda contra la atribución a Fr. Andrés Pérez, examinando a nueva luz las alusiones de la obra, y mostrando de esta manera su doble y profunda maestría en los temas españoles e hispanoamericanos.⁴ A este rasgo deseamos dedicar algunos comentarios, después de haber presentado los primeros ejemplos de los temas que explora la por tantos títulos extraordinaria inteligencia de Bataillon.

³ "Charles-Quint, Las Casas et Vitoria", en *Charles-Quint et son Temps*, París, Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, 1959, pp. 77-92.

⁴ Véase Extrait de *l'Annuaire du Collège de France*, 59e. Année (1959). Résumé des Cours de 1958-1959, pp. 563-570. En el mismo Anuario, "Gutiérrez de Santa Clara, pseudo-chroniqueur", LXI (1961), 395-399. Asimismo, "Gutiérrez de Santa Clara, escritor mexicano", *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XV (México, D. F., 1961), núms. 3-4. *Homenaje a Alfonso Reyes*, t. II, 405-440.

Si junto a las relaciones comerciales y políticas prestamos atención a las del pensamiento, las letras y las artes, se abre ante nosotros un mundo de afinidades y de diferencias entre los espíritus de franceses, españoles y portugueses, que ha dado inmensa vitalidad a estos intercambios y llevado con frecuencia a creaciones geniales. Extraña y a la par irresistible atracción atestiguan los casos de Prosper Mérimée (1803-1870) en la literatura, de Edouard Manet (1832-1883) en la pintura, de Georges Bizet (1838-1875) en la música. De otra parte se cuenta con notables estudios sobre los afrancesados españoles en el siglo XVIII;⁵ sobre Goya en Burdeos; y, en años más recientes, sobre los disentimientos de Unamuno en la tierra del exilio.

Se preguntará qué significan estos intercambios culturales para nosotros los hispanoamericanos. Y la respuesta nos ayuda a darla el propio Bataillon cuando expone la historia del hispanismo en las universidades de Francia antes de 1940. Émile Gebhart, profesor en la Sorbona de la llamada "literatura meridional", se quejaba poco antes de 1886 del postergamiento del italiano y del español en el programa de clases, como si Madrid y Florencia estuviesen tan alejados de las fronteras como Pekín o San Francisco, o como si ningún "lazo de civilización" uniese a Francia con Italia o España. Ahora bien, los estudios filológicos y literarios alcanzan en el mismo siglo XIX y en el siguiente un desenvolvimiento riguroso y brillante, que ayuda a la formación de nuestro autor y a la elección de sus temas. La fase inicial de esta "pacífica y lenta conquista", como la llama Bataillon, está asociada a los nombres de Alfred Morel-Fatio (1850-1924) y de Ernest Mérimée (1846-1924). El primero introduce el hispanismo en el Colegio de Francia desde el primer semestre del curso de 1884-1885. Su lección inaugural trata de "La Comedia española del siglo XVII". En 1886 se crea la primera cátedra

⁵ Gaspar Delpy, *L'Espagne et l'Esprit Européen. L'oeuvre de Feijoo* (1725-1760), París, Hachette, 1936, sin dejar de mencionar autores de varias nacionalidades, ofrece una lista considerable de fuentes francesas de Feijoo, pp. 337-340, y las agrupa en otro volumen que lleva por título *Bibliographie des Sources Françaises de Feijoo*, París, Hachette, 1936, indicando en la p. III: "Parmi les sources étrangères du *Théâtre Critique* et des *Lettres Erudites*, les sources françaises ont légitimement droit à la place d'honneur. Feijoo a proclamé l'utilité et l'universalité du français".

A esta importante contribución seguiría la de Jean Sarrailh, *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIIIe. siècle*, París, Imprimerie Nationale, 1954, en la que asienta, p. 3, que "en aucun siècle autant qu'au XVIIIe. (le "moins espagnol" de son histoire, déclare Ortega y Gasset), l'Espagne ne semble sortir autant de sa tradition et, sous l'influence de l'étranger, opposer aux forces de sclérose et de mort une élite aussi ardente et combative".

especializada en Toulouse para Ernest Mérimée, que había escrito su tesis sobre "La vida y las obras de Francisco de Quevedo". En 1898, la Universidad de Burdeos establece a su vez una maestría de conferencias para Georges Cirot, discípulo de Morel-Fatio, y al mismo tiempo comienza a aparecer el ahora venerable *Bulletin hispanique*, como sección de los Anales de la Facultad de Letras. No olvidemos que el secretario de redacción del *Bulletin* era el mismo Cirot, autor de un estudio sobre "Mariana historiador". En 1928, en el sitio previsto para la Ciudad Universitaria de Madrid, se inaugura la Casa Velázquez, institución que ayudaría a facilitar las investigaciones de los hispanistas franceses y que hoy dirige un mexicanista conocido y amigo de los estudiosos de nuestra generación, François Chevalier. Otra gran figura había animado los estudios hispánicos en Montpellier y luego en París, Ernest Martinenche, autor de una tesis sobre "Molière y el teatro español", creador del Instituto de Estudios Hispánicos de la Universidad de París, e iniciador de la apertura hacia los estudios ibero-americanos. El hispanismo fue penetrando en otras Universidades, como la de Estrasburgo, la de Argel, donde enseñó el propio Bataillon antes de entrar a la Sorbona y luego al Colegio de Francia, del que llegaría a ser Administrador, y la de Poitiers, en donde se distinguió Jean Sarraillh, llamado después a ser Rector de la Universidad de París.⁶

Me tocó conocer de cerca la actuación de este notable hispanista y distinguido Rector que procuró, con lúcida convicción y eficaz obra, desdoblar y extender los estudios al campo ibero-americano, dándoles el rango que hoy ocupan, y creando —con acuerdo del Consejo Universitario del 11 de febrero de 1952— el Instituto de Altos Estudios de la América Latina en la Universidad parisina. Mas para ello contaba con maestros de la talla de Marcel Bataillon, Robert Ricard, Pierre Monbeig, y otros que, en París y en las provincias, se dedicaban a la investigación y a la enseñanza de estas disciplinas, como Raymond Ronze, Charles V. Aubrun ahora en Niza, Paul Mérimée en Toulouse, donde fundó la valiosa revista *Caravelle*, Noël Salomon en Burdeos, tempranamente desaparecido, no sin dejarnos un penetrante estudio sobre Benito Juárez visto por la prensa francesa de su época. Los instructores agrupados en la Sociedad de Lenguas Neo-Latinas, con secciones de portugués, italiano y español, han venido publicando el útil Boletín Trimestral, *Les Langues Néo-Latines*, que en 1963 andaba ya por su número 167, en su quincuagésimo séptimo año, guiado por un Comité de

⁶ Véase la valiosa reseña de M. Bataillon, "Les Etudes Hispaniques en France avant 1940", Extrait de la *Revue de l'Enseignement Supérieur*, N° 2 (1956), pp. 9-14. En la p. 10 figura la cita de E. Gebhart arriba recogida.

Redacción de alto nivel. Otras publicaciones periódicas aparecen en provincias, como *Tilas* en la Universidad de Estrasburgo, y *Études Latino-Américaines* en Aix-en-Provence.

Paralelamente se desarrollaba en el Museo del Hombre de París, la notable labor filológica y etnográfica de Paul Rivet sobre los indígenas americanos, con los valiosos instrumentos que ponían al alcance de los estudiosos los Congresos Internacionales de Americanistas, que acaban de celebrar su Primer Centenario, la Société des Américanistes con sede en el citado museo, y el *Journal* que ella publica con altura y constancia.⁷

Todo este ambiente explica por qué maestros de la calidad de Bataillon y de Ricard, seguidos ahora por discípulos valiosos, pudieron con naturalidad y acierto cultivar al mismo tiempo los estudios hispánicos y los hispanoamericanos. Las desventuras de la Segunda Guerra Mundial detuvieron temporalmente estos desarrollos, pero a partir de la Liberación recobraron su vigor y un mayor acercamiento a la América Latina, pues no en vano algunos distinguidos intelectuales franceses habían pasado años de exilio en estas tierras. Así concibió y logró establecer Paul Rivet, desde noviembre de 1944, el Instituto Francés de América Latina en la ciudad de México, con Directores de la altura de Robert Escarpit, ahora en la Universidad de Burdeos, y el ya mencionado François Chevalier, que nos deiaría, como antiguo discípulo de l'École des Chartes, un estudio fundamental sobre la historia de la propiedad territorial en la Nueva España.⁸ Desde 1949 funciona, con sede en Lima, el Instituto Francés de Estudios Andinos, que edita un Boletín y ha hecho publicaciones valiosas.

Y ahora quisiera detenerme en dos focos de interés de los trabajos de Bataillon que alcanzaron particular brillo, me refiero a los del erasmismo y a los que dedicó a Bartolomé de las Casas.

Mientras Augustin Renaudet (1880-1958) se especializaba en los estudios del humanismo italiano e impartía en el Colegio de Francia sus cursos sobre Dante humanista y Erasmo e Italia, que llegaría a publicar a pesar de sus quebrantos de salud, emprendía Bataillon su largo y magistral estudio sobre Erasmo y España, que

⁷ Trata de ello Frédéric Mauro, "L'Américanisme en France", *Anuario de Estudios Americanos*, t. XXV, (Sevilla, 1968), 27-39, explicando que: "C'est une vieille tradition pour la France de s'intéresser aux pays américains de langue espagnole ou portugaise" (p. 27). Hace notar justamente que no se trata solamente de estudios de lengua y literatura sino también de historia, geografía y sociología. Da cuenta de la extensión de estos estudios a nuevos centros parisinos y de provincia.

⁸ *La formation des grands domaines au Mexique. Terre et Société aux XVIe.-XVIIe. Siècles*. Paris, Institut d'Ethnologie, Musée de l'Homme, 1952.

editó en francés en 1937 y que tradujo al español Antonio Alatorre, siendo publicado en México por el Fondo de Cultura Económica, en dos volúmenes, en 1950. Es necesario tener presentes estos datos bibliográficos, porque la edición en español cuenta con una adición esencial para conocer la contribución de Bataillon al hispanoamericanismo, o sea, su Apéndice que lleva por título: "Erasmus y el Nuevo Mundo". Es de reconocer que desde 1930, en el Segundo Congreso Nacional de Ciencias Históricas reunido en Argel, ya había advertido Bataillon la influencia de Erasmo en México. Mas en el citado Apéndice explicaba que cuando guiado por indicaciones de Robert Ricard descubrió hacía veinte años la deuda de Fr. Juan de Zumárraga, primer Obispo de México, para con Erasmo, era difícil sospechar el alcance del problema. Otros estudios le permitieron concluir que del erasmismo español se derivó hacia América una corriente animada por la esperanza de fundar con la gente nueva, de tierras nuevamente descubiertas, una renovada cristiandad.⁹ Estos antecedentes llevaron felizmente a Bataillon a emprender, como lo había prometido, valiosos estudios sobre el espíritu de los apóstoles del Nuevo Mundo. Han sido, como extensión de sus análisis del erasmismo español, algunos de los logros mayores del hispanismo francés atraído por los temas americanos.¹⁰

Tres secciones de artículos componen el volumen que dedicó a Las Casas, bajo los títulos respectivamente de: el Clérigo, el Apogeo y el Ocaso, y la Fama póstuma. En la primera sección examina el autor los primeros pasos americanos de Las Casas y su conversión de colono en reformador de la colonización. En la segunda incluye el episodio de la Vera Paz,¹¹ las relaciones de Las Casas con Vasco de Quiroga y el licenciado Cerrato, y sus respuestas a las doce cuestiones peruanas. En la tercera recoge el análisis sobre "La herejía de Fray Francisco de la Cruz y la reacción antilascasiana". Estas no son sino indicaciones del abundante material que ofrece el volumen, que afortunadamente pudo compilar el autor con la colaboración de Raymond Marcus. No oculta Bataillon la simpatía que le ha llevado al encuentro de un Las Casas menos simple que el que la posteridad ha exaltado o vituperado, un hombre *de carne y hueso* cuya acción está inscrita en documentos originales que no cesan de ser descubiertos desde hace un siglo. Para que su interés no fuera

⁹ *Erasmus y España, cit.*, II, 443.

¹⁰ En este campo se sitúan sus fundamentales *Etudes sur Bartolomé de Las Casas*, París, Centre de Recherches de l'Institut d'Etudes Hispaniques, 1966.

¹¹ Que luego estudiaría más extensamente André Saint-Lu, *La Vera Paz. Esprit Evangélique et Colonisation*, París, Centre de Recherches Hispaniques Institut d'Etudes Hispaniques, 1968.

solamente platónico y libresco, atraído por las instancias amistosas de Alfonso Reyes y aconsejado también por Paul Rivet, emprendió viajes que le permitieron conocer el mundo indígena de América. Así comprendió también la significación de Vasco de Quiroga, en quien ve al discípulo de Tomás Moro y al defensor, como Las Casas, de los indios contra la esclavitud.¹² En 1948 pudo comprobar (como poco antes el sensible historiador francés Lucien Febvre) que en la región de Pátzcuaro, la memoria de Don Vasco es todavía venerada. Bataillon asistió a la conmemoración lascasiana en San Cristóbal de Chiapas en 1974. Y alcanzó a marcar su distancia con respecto a la interpretación desfavorable al batallador fray Bartolomé que publicó don Ramón Menéndez Pidal. Él considera a Las Casas como uno de los grandes cristianos del siglo XVI que tomaron en serio el gobierno divino del mundo.

Tiempo es ya de cerrar estas páginas que fácilmente se alargan siguiendo la huella de los numerosos y ricos estudios hispanistas y americanistas de Marcel Bataillon. Mas, antes de hacerlo, mencionemos algunos de contenido mexicano. Me refiero primero al artículo que trata de los indígenas enviados por Hernán Cortés a España, con base en un hallazgo documental efectuado en el Archivo di Stato di Mantova, que comunicó Fernand Braudel a nuestro autor. El destinatario del documento era Francesco Chieregati, uno de los sostenedores de Erasmo en la curia de Roma; el autor del relato —el Nuncio Giovanni Ruffo de Forli— le describía en 7 de marzo de 1520 la presentación en dicho mes, en Valladolid, ante el cuerpo diplomático, de los indios y los objetos enviados por Cortés. Ruffo vio dos mujeres y tres hombres (decía que venían de "la isla de Yucatán"), observando que es:

"la color dellas poco menos de etiopia . . . los cuerpos de los hombres todos extimatizados de fuego y el labio vajo horadado adonde se junta con la barba, y traen allí en forma de sello de pedrecicas juntas y arrimadas a un poco de madera o piedra que parece un

¹² Dedicó a Don Vasco cuatro lecciones en su curso de 1949-1950 dado en el Colegio de Francia. Cfr. "L'esprit des évangélisateurs du Mexique", *Annuaire du Collège de France*, L (París, 1950), 229-234. El artículo, "Vasco de Quiroga et Bartolomé de Las Casas", *Revista de Historia de América*, 33 (México, D. F., junio de 1952), 83-95, inserto también en el volumen de que tratamos, pp. 225-238. El fino ensayo "Don Vasco de Quiroga Utopien", *Moreana*, XV-XVI (Angers, Festschrift for E. F. Rogers, Nov. 1967), pp. 385-394: "la doctrine utopienne de Quiroga. . . est d'essence juridique et religieuse, prophétique et missionnaire" (p. 387). Y otro artículo "Utopia e colonização", *Revista de História*, N° 100 (São Paulo, Brasil, 1974), 387-398. Trad. al portugués de Margarita Barradas de Carvalho.

camafeo ... y sácanlo y pónenlo cuando quieren limpiar aquel agujero ... Traen los cabellos largos ... Andan vestidos en su tierra con un paño de lienzo pintado con perfiles de plumas de papagayo y de avoltor que parecen armiños y traen en los hombros como peinador ... Delante sus vergüenzas un paño perfilado de la misma manera. La cabeza descubierta y las piernas desnudas así los hombres como las mujeres ... Truxeron un penacho hecho en forma de poderse poner en la cabeza con una delantera de pedrecicas compuestas y lo otro era todo de plumas de papagayo que me parece que nunca vi más linda ni hermosa cosa ... Había allí también que me olvidaba de decir unos cuadros de menos de un palmo todos juntos que se plegaban y juntaban en forma de un libro y desplegado alargábase. Estaban en los cuadritos figuras y signos a forma de letras arábicas e egipcias que acá han interpretado que sean letras dellas y los indios no supieron dar buena razón qué cosa fuese aquélla".¹³

En el Libro Jubilar de Alfonso Reyes,¹⁴ da a conocer Bataillon su estudio sobre "Hernán Cortés, autor prohibido", refiriéndose a que se mandó en tiempos de Carlos V que no se vendiesen ni imprimiesen las Relaciones que envió Cortés de las Indias. La orden data de marzo de 1527. Luego se alargó la interdicción a los libros de la Conquista de México de Francisco López de Gómara en 13 de octubre de 1553, 17 de noviembre del mismo año, y, ya bajo Felipe II, el 7 de agosto de 1566. Sólo en 1749 volvieron a publicarse en español las Cartas II a V de Cortés, en el t. I de *Historiadores primitivos de Indias* de González Barcia. Bataillon propone como explicación de estas prohibiciones, la tensión permanente entre la corona y los descubridores o conquistadores considerados como posibles pretendientes a virreinos hereditarios, apoyados en un separatismo criollo (p. 81). Estudiaría esta materia con mayor amplitud al poder consultar los papeles del pacificador del Perú, Don Pedro de la Gasca, y los relativos al alzamiento de Gonzalo Pizarro, conservados en la Huntington Library de San Marino, en California.¹⁵

¹³ "Les Premiers Mexicains Envoyés en Espagne par Cortés", Extrait du *Journal de la Société des Américanistes*, Nouvelle Série, t. XLVIII (Paris, 1959), 135-140.

¹⁴ Publicado por la Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1956, pp. 77-82.

¹⁵ "Les colons du Pérou contre Charles-Quint: analyse du mouvement pizarriste (1544-1548)", *Annuaire du Collège de France*, LXII (Paris, 1962), 445-457. Asimismo, "La rébellion pizarriste, enfantement de l'Amérique espagnole", *Diogenes*, 43 (Paris, julio-septiembre, 1963), 47-63. "Interés hispánico del movimiento pizarrista (1544-1548)", *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas*, Oxford, The Dolphin Book

Ya hemos mencionado los contactos amistosos y profesionales de Bataillon con Alfonso Reyes (1889-1959). En la nota necrológica que le dedicó lo llama "un comparatista de una especie rara, al mismo tiempo que uno de los más grandes escritores de lengua española". Explica su obra considerable, que toca a temas infinitamente variados, y rinde sobre todo homenaje al hombre excepcional por la bondad, la inteligencia y el gusto.¹⁰

Nos toca ahora a nosotros honrar la memoria del sabio amigo francés recientemente desaparecido. Ya hemos mostrado la amplitud y la calidad de sus trabajos. El recordaba el pensamiento de Renan acerca de que: "On ne doit jamais écrire que de ce qu'on aime". Puede decirse que Bataillon fue fiel a ese precepto. Sintió atracción por las materias de sus estudios, sin perjuicio de mantener el rigor crítico, el manejo experto de los documentos, la recta intención que los escolásticos querían exigir hasta al hombre de armas y que en el de letras se manifiesta por la búsqueda honesta y constante de la verdad en la medida que ella es asequible al buen letrado, a semejanza del justo juez que sabe, sin embargo, cuánto dista del arquetipo religioso estudiado en la tradición hispana por Robert Ricard.

En el sepelio de Bataillon dijo Raymond Marcus que también se sentían huérfanos sus discípulos; pero las obras de ellos revelan el estado floreciente y abierto a un fructuoso porvenir en que el maestro desaparecido supo dejarlos. Díganlo como ejemplos la tesis de Paulette Patout sobre Alfonso Reyes que pasó ante un Jurado presidido por Bataillon, acaso el último en el que pudo participar; el libro sobre Quetzalcóatl y Guadalupe de Jacques Lafaye, aparecido en París; el relativo a la lucha contra las religiones autóctonas en el Perú colonial, de Pierre Duviols; la Utopía y la Historia en México, que acaba de imprimir Georges Baudot en Toulouse bajo la dirección de Paul Mérimée; los estudios lascasianos que continúa Raymond Marcus; los de los historiadores Pierre Chaunu, Frédéric Mauro, Jean-Pierre Berthe, Jean Meyer, entre otros; los de los geógrafos que cuentan en sus filas con Claude Bataillon, el hijo de Marcel; y no extendemos la enumeración a otras ramas de los estudios americanistas franceses en la actualidad, por ejemplo, a los de los arqueólogos y etnólogos Jacques Soustelle, Henri Lehmann, Guy Stresser-Péan y a los de sus discípulos y colaboradores, porque estas líneas no pueden apartarse sin medida de los campos propios del historiador literario a quien van dedicadas.

Co., 1964, 47-56. "Sur la conscience géopolitique de la rébellion pizarriste", *Caravelle*, 7 (Toulouse, 1966), 13-23.

¹⁰ *Revue de Littérature Comparée*. Extrait. París, Librairie Marcel Didier. Pp. 159-161.

Reconozcamos asimismo el valor de las dos recopilaciones bibliográficas que aparecieron todavía en vida de Marcel Bataillon (20 de mayo de 1895-5 de junio de 1977) y que entregan a los estudiosos el inventario de sus trabajos: una que empieza en 1921 y llega hasta 1961, con 402 títulos; otra que va también de 1921 a 1975, con 529 títulos. Son una bella muestra tanto del aprecio que los discípulos sentían por la obra de este sabio insigne como del cuidado que puso en su calidad de autor a fin de conservar para provecho de otras generaciones los frutos de sus vigili-¹⁷**

¹⁷ La primera es debida a I. S. Révah, "Bibliographie des travaux de Marcel Bataillon", en *Bulletin Hispanique*, tome LXIV bis (Bordeaux, 1962), *Mélanges offerts à Marcel Bataillon*, pp. IX-XXXII, en un tomo de 743 páginas que abarca: I. Historia y Civilización. II. Literatura. III. Filología y Lingüística. La otra es de Charles Amiel, del Colegio de Francia, *Marcel Bataillon. Bibliographie*. Centro Cultural Portugués. Fundação Calouste Gulbenkian. París, 1975. Separata del vol. IX dos Archivos do Centro Cultural Portugués. París, 1975, pp. XVII-LIV.

** Marcel Bataillon honró más de una vez con su firma las páginas de *Cuadernos Americanos*.

PROPOSICION PARA UN PROYECTO DE HISTORIA ORAL — PARA HISTORIADORES

Por *Lewis HANKE*

I

PROBABLEMENTE el medievista Charles Homer Haskins no se hallaba pensando en América Latina cuando afirmó: "Muchos historiadores encuentran que es fácil manifestar una inclinación histórica con respecto a cualquier cosa menos la historia".¹ Sin embargo, tal aseveración resulta válida en el caso de muchos historiadores que escriben acerca del pasado latinoamericano, ya vivan en Buenos Aires o en Chicago, o en cualquier otro lugar, especialmente si agregamos: los historiadores rara vez se percatan de cómo sus propias vidas y experiencias influyen sobre la manera en que escriben la historia. J. B. Bury comprendió esta verdad cuando en su introducción a la *Autobiografía* de Edward Gibbon afirmó: "Con lentitud se está llegando a reconocer que la historia es, en últimos términos, la imagen que alguien tiene del pasado, y esta imagen está condicionada por la mente y por la experiencia de la persona que la forma. . . No podemos separar una historia de quien la escribe, ni separar al escritor, de su época; y para apreciar la interpretación particular del pasado que presente su obra, es de enorme importancia conocer las influencias que lo modelaron, así como las circunstancias externas de su vida".² ¡Pero qué poco es lo que sabemos sobre la influencia y las circunstancias de los historiadores que se dedican a escribir acerca de América Latina! También éstos manifiestan, por lo general, poco interés en la metodología o la teoría, aun menor interés que otros historiadores que a menudo se encuentran sorprendidos o aburridos por sus filosóficos colegas.³

¹ Charles Homer Haskins, "European History and American Scholarship", *American Historical Review*, 28 (1922-1923), 225.

² *Autobiography of Edward Gibbon as Originally Edited by Lord Sheffield*. Introducción por J. B. Bury (Oxford, 1923), xiv.

³ El único historiador que, hasta donde yo sé, ha estado permanentemente consciente de la importancia de las ideas, es Edmundo O'Gorman. Entiendo que está programado para grabarle a Eugenia Meyer. Es evidente

Desde los tiempos en que un navegante italiano puso por primera vez sus pies en América, casi medio milenio atrás, hasta el día de hoy, son muchos los tipos de escritores de múltiples países que se han interesado en América Latina. ¿Hay alguna otra zona del mundo que sea hoy tan atractiva para los historiadores extranjeros? Los Institutos Latinoamericanos o Iberoamericanos florecen en Colonia y Varsovia, en Sevilla y Moscú, en Tokio y Praga, en Austin y Los Angeles, para mencionar sólo algunos cuantos.⁴ Los que realizan estudios por su cuenta sobre algún aspecto de la historia de América Latina pueden encontrarse casi en cualquier lado, a veces hasta lejos de los centros principales.

Esta dispersión tan amplia de los historiadores tiene sin duda algunas ventajas, ya que de este modo se evita el posible peligro de que pueda surgir un solo punto de vista nacionalista, estrecho y dominante, de la historia de América Latina. Pero hoy en día, el historiador que escribe sobre la historia de otro pueblo se ve a menudo involucrado en una especie de imperialismo cultural, a menos que su perspectiva llegue a coincidir con la de la interpretación nacional. Es muy raro que esto se logre; en la mayoría de los países existen los enfoques regionales, además de los nacionales, y a veces los historiadores de las capitales latinoamericanas son indiferentes o hasta despectivos con aquellos que operan en la provincia. El resultado lógico es que la insatisfacción que existe hoy probable-

que ningún historiador fuera de América Latina ha sido grabado como en este trabajo se propone. Richard Morse, que probablemente ha hecho más que cualquier otro latinoamericanista norteamericano en este sentido, fue grabado sobre un tópico particular: Paul B. Goodwin, Jr., "A conversation with Richard Morse", *Journal of Urban History*, II (mayo, 1976). Jorge Basadre ha emprendido "conversaciones". Ver *Conversaciones Jorge Basadre-Pablo Macera* (Lima, 1974). Basadre ha publicado también mucho acerca de su vida y sus experiencias: *La vida y la historia* (1975) y *Recuerdos de un bibliotecario peruano* (1975).

Podría hacerse aún más en este campo, y sería útil analizar la abundante bibliografía recopilada por Robert R. Norris, "Estudios críticos sobre la historiografía latinoamericana. Apuntes para una bibliografía", *Revista de Historia de América*, 61-62 (1966, 245-393). El historiador José Luis Romero, recientemente fallecido en Japón, también "conversaba" sobre historia. Véase el libro de Félix Luna *Conversaciones con José Luis Romero* (Buenos Aires, 1976). En los Estados Unidos, John A. Garraty ha sido activo: Nueva York, 1970). El profesor George Akita, de la Universidad de Hawai, ya ha comenzado su programa de hablar con historiadores en varios países sobre el desarrollo de su dedicación a la historia de Japón.

⁴ Para una clasificación conveniente e impresionante de los institutos europeos, véase Manus Mörner, "The study of Latin American history today", *Latin American Research Review*, VIII (1973), 75-93. Ver "Latin American Studies in Europe: Some Reference Tools and Addresses" (91-93).

mente sea mayor que nunca antes, a pesar de que hay tantos practicantes en tantas partes del mundo; o tal vez debido a ello.

Otro problema que se presenta al escribir la historia de América Latina lo constituyen las poderosas influencias religiosas, presentes ya en los primeros días. Mi amigo y colega en las investigaciones sobre la vida de Bartolomé de las Casas, Manuel Fernández de Sevilla, siente que un protestante, como soy yo, jamás podría llegar a comprender a Fray Bartolomé.⁵ Sabemos, también, que algunos historiadores de las diversas órdenes —agustinos, dominicos, franciscanos, jesuitas, mercedarios, etc.— que desempeñaron papeles sumamente importantes en la historia de América Latina, encuentran difícil ser totalmente justos con respecto a las realizaciones de los miembros de órdenes rivales, o bien diferentes. Sus escritos, por lo general, no sólo se centran en las realizaciones de sus propias órdenes, sino que a veces manifiestan lo que podríamos denominar *Ordens patriotismus*. Sus contribuciones en lo que se refiere a documentos disponibles han sido inmensas, y lo mismo puede decirse de la Iglesia Mormona de hoy, que a través de la Sociedad Genealógica de Utah ha tomado microfilmes de millones de páginas de los registros parroquiales o de otros registros locales en América Latina. Prácticamente todos los registros parroquiales de México, por dar un ejemplo, han sido copiados, y existen microfilmes positivos de estos básicos documentos económicos y demográficos en la Academia Mexicana de Genealogía y Heráldica.⁶ Hay protestantes, judíos y otros no-católicos que continúan trabajando en Las Casas y en muchos otros tópicos de la historia latinoamericana. Cada vez más este campo está siendo cultivado por historiadores no nativos de la cultura que se hallan estudiando. Esto puede ayudar a explicar la necesidad que muchos sentimos de mejorar nuestro trabajo.

Como si todos estos obstáculos fueran pocos, tenemos también

⁵ Ver la nota necrológica sobre Manuel Giménez Fernández que escribió Javier Malagón, "In memoriam. Manuel Giménez Fernández", *The Americas*, 26 (1969), 77-86. Malagón afirma que Giménez Fernández "no creía realmente que un protestante pudiera captar muchas facetas derivadas del catolicismo de Las Casas, o de las circunstancias de la Contra-Reforma" (82). Encuentro difícil creer que Giménez Fernández sostuviera realmente este punto, ya que muchas de las más violentas denuncias de sus publicaciones sobre Las Casas provenían de las plumas de católicos de España y de la América Española.

⁶ John C. Super, "El Archivo Microfilmico de Genealogía y Heráldica", Richard E. Greenleaf y Michael C. Meyer, eds., *Research in Mexican History* (Lincoln, 1973), 97-99. Para una visión más detallada, véase la publicación de la Geological Society of Utah, *Fuentes principales de registros genealógicos en México* (sin fecha).

hoy lo que el latinoamericanista polaco Tadeusz Lepkoswki define como el conflicto entre los historiadores que siguen la interpretación de la élite criolla, y aquellos que se ciñen al punto de vista antropológico-indigenista. El considera que ambos extremos son falsos e incita a los historiadores de América Latina a no conformarse con las fuentes tradicionales europeas o para-europeas: "Hay que llegar a las fuentes a nivel local, a la literatura general y a los textos políticos de segunda y aun de tercera categoría, a informes, entrevistas, reportajes y filmes... no debería dejar nada de lado, sino intensamente buscar nuevos tipos de fuentes que revelasen las actividades y pensamientos de las clases, grupos y sociedades silenciosos, explotados, de tipo tercermundista, fuentes que hay que usar junto con los materiales que iluminan la historia europea de América Latina".⁷

Aun si los historiadores no se consideran perfectamente adictos a cualquiera de estas clasificaciones del Profesor Lepkoswki, durante buena parte de este siglo ha venido aumentando el énfasis que se pone para lograr que la historia sea más "útil" para el presente. Como escribió Carl Becker, hace ya más de sesenta años, los filósofos tales como Rodolf Eucken consideraban que los conocimientos de la historia son inútiles a menos que "podamos transmutarlos en motivos de servicio social efectivo". Becker cita a Maurice Maeterlinck expresando idéntica idea: "Nuestra principal preocupación con respecto al pasado no está en lo que hayamos hecho o las aventuras que hayamos emprendido, sino en las reacciones morales que los acontecimientos pasados nos estén produciendo en este mismo momento".⁸

¡Pero basta ya de teorizaciones tan generales! ¿Qué puede hacerse hoy para lograr un avance de la historia de Latino América? En mis consideraciones sobre lo que podría hacerse en la situación actual —suponiendo que los historiadores escriben sobre América Latina desde perspectivas amplia y salvajemente distintas— he recibido influencia de las ideas y el ejemplo de Daniel Cosío Villegas: "Si hemos de presenciar el milagro de una historia de América Latina más nueva y substancial, ésta tendrá que hacerla surgir el historiador mismo, y no el trabajador en los campos de la ciencia

⁷ Tadeusz Lepkoswki, "Historia de América Latina: entre una vía de desarrollo 'europea' y una tercer-mundista", *Poland at the 14th International Congress of Historical Sciences. Studies in Comparative History* (Varsovia, 1975), 211-224. La cita se encuentra en p. 224.

⁸ Carl Becker, "Some Aspects of the Influence of Social Problems and Ideas Upon the Study and Writing of History", *American Journal of Sociology*, XVIII (1912-1913), 661-675. Ver especialmente p. 672-675.

social. Pero la formación del historiador deberá reformarse drásticamente. ¿Con respecto a cuáles ideas y a cuáles métodos?"

Don Daniel, discretamente, evita especificar con exactitud lo que debemos hacer para salvarnos: "Se trata de un problema que deben dilucidar los sabios".⁹ El sí pensaba que las universidades no han logrado formar bien a los historiadores y se inclinaba por los historiadores autodidactos.

¿No debiéramos también reconocer cuán poderosamente influyen sobre los historiadores las fuentes disponibles? El bizantinista Ihor Ševčenko, en un entretenido y sutil artículo, ha presentado el contraste entre dos tipos de texto histórico: "Uno de ellos trata temas importantes y abarca períodos de tiempo mayores —digamos de veinte años a un milenio— con una narrativa pintoresca. El otro busca sutilezas sobre determinado día de la semana en el que se llevó a cabo alguna batalla. Si acaso se embarca en empresas más largas, escribirá una cadena de artículos o un apéndice interminable. Uno pule sus frases; el otro, sus copiosos pies de nota. En breve, uno puede asemejarse a la brillante mariposa que vuela sobre un lecho de flores; el otro, a una reptante oruga cuya visión de ojo gusano abarca tan sólo la extensión de una sola hoja de la col".¹⁰ Ševčenko, sin embargo, terminó su delicioso ejercicio sobre las flaquezas de los historiadores llegando a ciertas conclusiones: "Existen razones objetivas para explicar por qué algunos estudiantes del pasado se convierten en orugas y reptan, mientras otros se convierten en mariposas y vuelan. Estas razones no residen únicamente en las virtudes y defectos de ambas criaturas, sino también en las materias de las cuales se alimentan".¹¹ Es decir, las fuentes. O para ser más precisos, estas diferencias residen, en grado considerable, "en la cantidad y la accesibilidad de evidencia que tenga el historiador".¹²

Si aplicamos en nuestro propio campo las observaciones de Ševčenko, comencemos por reconocer que los historiadores que viven fuera de América Latina tienen sólo un papel limitado que desempeñar en la salvaguarda y la organización de archivos y bibliotecas de los cuales debemos depender para tantas de las fuentes tradicionales que nuestros estudios requieren. El subdesarrollo de América Latina en cuanto a los archivos ha sido ocasionado por circunstancias eco-

⁹ Daniel Cosío Villegas, *History and the Social Science in Latin America*, editado por Manuel Diéguez Júnior y Bryce Wood (Nueva York, 1967), 121-137. La cita se encuentra en la p. 137.

¹⁰ Ihor, Ševčenko, "Two Varieties of Historical Writing", *History and Theory Studies in the Philosophy of History*, VIII (1969), 332-345. La cita se encuentra en la p. 332.

¹¹ *Ibid.*, 342.

¹² *Ibid.*, 344.

nómicas, políticas y de otro tipo, y lo mismo puede afirmarse con respecto a las bibliotecas.¹³ Compárense las guías de materiales latinoamericanos que existen en los repositorios de Europa, con aquellas de las colecciones latinoamericanas.¹⁴ La disparidad se hace excesivamente seria en lo que atañe a la documentación acerca del siglo xx. ¿Existe siquiera un archivo nacional en América Latina que cuente con el edificio, el personal y el presupuesto para manejar adecuadamente las fichas que se han acumulado desde 1900, o un instrumento político que obligue a las diversas instituciones de gobierno a enviar sus registros con regularidad al archivo nacional?¹⁵

En el terreno de las bibliotecas el panorama es también desolador. ¿Cuántas bibliotecas cuentan con series completas de las reseñas, las publicaciones de documentos y las monografías que se están produciendo en sus propios países acerca de su propia historia, para no decir de los que aparecen sobre América Latina en muchas otras partes del mundo? El hecho de que existan, dentro y fuera de América Latina, tantos centros dispersos, hace que la tarea de mantenerse al día con la bibliografía latinoamericana signifique una lucha particularmente difícil. Estoy en conocimiento de que desde mis primeras visitas a estas instituciones, entre 1939 y 1951, representando a la *Hispanic Foundation* de la Biblioteca del Congreso se han producido avances substanciales. Pero el hecho es que mientras el flujo de publicaciones substanciales sobre América Latina ha continuado creciendo, el problema subsiste con características más

¹³ Gunnar Mendoza, "Archival Underdevelopment in Latin America", *American Archivist*, XXVIII (1965), 503-510.

¹⁴ *Guía de fuentes para la historia de Ibero-América conservados en España*, 2 vols. (Madrid, 1966-1969); *Guide des sources de l'histoire d'Amérique Latine conservées en Belgique*, Léone Liagre y Jean Baerten, eds. (Bruselas, 1967); *Guía de fuentes para la historia de Ibero-América: Escandinavia* (Estocolmo, 1968); *Guide to the sources in the Netherlands for the History of Latin America*, M.P.H. Roessingh, ed. (La Haya, 1968); *Guida delle fonti per la storia dell'America Latina negli archivi della Santa Sede e negli archivi ecclesiastici d'Italia?* Lajos Pászto, ed. (Ciudad del Vaticano, 1970); *Übersicht über Quellen zur Geschichte Lateinamerikas in Archiven der Deutschen Demokratischen Republic* (Postdam, 1971); *Führer durch die Quellen zur Geschichte Lateinamerikas in der Bundesrepublik Deutschland*, Renate Hauschild-Thiessen y Elfriede Backmann, eds. (Bremen, 1972); *A Guide to the manuscript Sources for the History of Latin America and the Caribbean in the British Isles*, Peter Walne, ed. (Londres, 1973).

¹⁵ Esta conclusión se apoya en las visitas que durante los últimos diez meses he realizado a la mayoría de los archivos, buscando información para una "Guía de las fuentes en Hispanoamérica para el estudio de la administración virreinal en México y en el Perú, 1535-1700".

serias aún que antes. Una buena medida para los bibliotecarios que quisieran probar sus fuerzas podría ser la de dejarlos cotejar sus colecciones con el volumen anual actualizado del *Handbook of Latin American Studies*. Si acaso alcanzan siquiera al 20 por ciento de los ítems clasificados, especialmente de los artículos incluidos, quiere decir que lo están haciendo bien!¹⁶

Volviendo a la recomendación de don Daniel de que sean los propios historiadores los que se autosuperen, mi proposición puede parecer excesivamente modesta: los historiadores debieran emprender un proyecto de historia oral para registrar sus pensamientos acerca de sus propias vidas y experiencias, construyendo así una nueva y potencialmente valiosa fuente sobre las "influencias y circunstancias" que tan esenciales juzgaba J. B. Bury para comprender la razón de que un historiador escriba como escribe. El mes pasado, durante una comida realizada en Londres por el *Institute of Latin America*, tan sólo uno de los historiadores presentes manifestó cierto entusiasmo por el plan de grabar magnetofónicamente sus experiencias y sus ideas. Otro de ellos se limitó a calificar la idea de innecesaria; para entender su obra, bastaba simplemente con leer sus artículos y sus libros. Otro aun, me contó al día siguiente que al llegar a casa, después de la comida, había comenzado a componer sus memorias profesionales, lo que significaba un paso positivo, aunque en una dirección distinta a la que yo proponía.

El historiador que había encontrado cierto mérito en la proposición, pensaba que el plan podía tener algún valor especialmente para los historiadores de América Latina, donde a menudo desempeñan un papel político más prominente que los de Europa o EE. UU., o donde pueden estar involucrados en la defensa de las posiciones fronterizas de su país. Mencionó el hecho de que el peruano Jorge Basadre y el difunto Jaime Eyzaguirre, de Chile, habían participado activamente en las discusiones fronterizas, posiblemente influenciadas por las aspiraciones de los países que ellos representaban. Podríamos agregar que algunos historiadores han hecho importantes contribuciones doctas durante el curso de sus tareas fronterizas, como son los casos del peruano Víctor Maúrtua y del boliviano José Vázquez Machicado.¹⁷

A menudo se ocultan en las mentes de los historiadores consideraciones de orden político, si creemos a comentaristas tales como el

¹⁶ El último volumen del *Handbook* apareció en 1975 y estuvo dedicado sólo a las ciencias sociales, clasificando alrededor de 5 000 registros.

¹⁷ Víctor M. Maúrtua, *Juicio de límites entre el Perú y Bolivia*, 12 vols. (Barcelona, 1906-1907); José Vázquez Machicado, *Catálogo descriptivo del material del Archivo General de Indias de Sevilla referente a la historia de Bolivia*, 5 vols. (La Paz, 1976).

historiador soviético I. R. Lavretskii, que en 1959 hizo el cargo de que la *Hispanic American Historical Review* reflejaba a los negocios y a los "círculos dominantes" de los Estados Unidos; "Un estudio de los materiales del *HAHR* indica que los latinoamericanistas oficiales de los Estados Unidos falsifican y distorsionan la verdad histórica con el objeto de favorecer al imperialismo".¹⁸ Más recientemente, el historiador suizo Magnus Mörner ha explicado que los flujos y reflujos que se producen en los Estados Unidos en cuanto al interés por la historia de América Latina, son "principalmente resultado de consideraciones sobre la política exterior".¹⁹ Y en "la Unión Soviética los historiadores, piensen lo que piensen, tienen que impregnar sus productos de un punto de vista marxista ortodoxo". En Suecia, los proyectos de investigación sobre América Latina salieron perdiendo al competir con otros ítems menos "exóticos".²⁰ Otra combinación de actitudes político-culturales se presenta en la República Popular China; pasará allí mucho tiempo antes de que los historiadores se vean estimulados a estudiar alguna cultura extranjera. Lo mismo puede decirse de ese otro inmenso territorio de masa humana que es La India. Por otra parte, se acaba de anunciar un Instituto de América Latina en la Universidad de La Trobe, Australia, y se ha organizado también la *Australia-New Zealand Academic Association for Latin American Studies*. En América Latina misma los institutos no florecen, pero la historia viene desde hace tiempo atrayendo a los escritores hacia una variedad de propósitos. Charles Gibson nos ha dicho que allí, ella "sirve a fines de orden patriótico, partisano y literario, aparte de sus funciones de conocimiento".²¹

II

EL tipo de historia oral que estoy proponiendo es distinto del Proyecto de Historia Oral fundado por el historiador Allan Nevins en 1948, en la Universidad de Columbia. Hasta ahora, los entrevistadores de este proyecto han encuestado a más de tres mil quinientos hombres y mujeres que han desempeñado papeles importantes en el servicio público, las artes, las ciencias y las profesiones. Para 1966

¹⁸ I. R. Lavretskii, "A Survey of the *Hispanic American Historical Review*", 1956-1958", *Hispanic American Historical Review*, 40 (1960), 340-360. La cita se encuentra en la p. 360.

¹⁹ Mörner, *The Study of Latin American History Today*. 76.

²⁰ *Ibid.*

²¹ Charles Gibson, "History: Introduction", *Handbook of Latin American Studies*, no. 26 (1964), 38.

se habían establecido alrededor de cien programas en distintas partes de los Estados Unidos, y se había fundado también una Asociación de Historia Oral de nivel nacional.²²

Una muestra reciente reveló que en Columbia la información se había obtenido por medio de entrevistas grabadas que abarcan una enorme cantidad de tópicos: las industrias de la aviación y la madera, el Partido Socialista de Bridgeport, la práctica del psicoanálisis en California, el programa de estabilización económica de Nixon, los dermatólogos a través del mundo, el desarrollo del jazz en Nueva Orleans, la experiencia judío-americana, los inmigrantes suecos del siglo xx, la importancia de la educación en las vidas de las mujeres, el accidente nuclear en Palomares, España, los libros y las editoriales en el área de San Francisco, y la administración de Lyndon Johnson.²³

La misma clase de información general se reserva para el futuro por parte de los demás proyectos de historia oral en los Estados Unidos. El *Oral History Research Project* de la St. Johns University en los planos de Jamaica, Nueva York, incluyeron diversas entrevistas, abordando los temas siguientes: conversaciones "con profesores, padres y directores de colegios, relativas a la comparación entre la educación pública y la parroquial"; informaciones de personas activas en la política de Nueva York, principalmente en Westchester County, Queens y Brooklyn; entrevistas acerca de "la política sudafricana y el *apartheid*, el programa de refugiados de África, los antiguos reinos del viejo Sudán, el desarrollo de África tropical, la literatura africana y la relación histórica entre África y América".²⁴ Los latinoamericanistas James Wilkie y Edna Monzón de Wilkie han sido pioneros en este campo, al haber grabado en México, Bolivia y otras partes. Mi colega Robert A. Potash ha grabado a numerosos oficiales para su estudio de los militares argentinos.

El movimiento por la historia oral se ha difundido a América Latina, y hay un poderoso grupo de mujeres, encabezado por Eugenia Meyer, que lleva algunos años trabajando en el Instituto Nacional de Antropología e Historia de la ciudad de México, a través del Archivo de la Palabra.²⁵ Es fácil comprender por qué la

²² Para una buena revisión de éste y de otros proyectos de historia oral en los Estados Unidos, véase John Stewart, "Oral History is Beyond the Stage of Talking", *The New York Times* (Domingo 22 de mayo de 1977). Página 9 de Noticias de la Semana (sección *News of the Week*).

²³ *Ibid.*

²⁴ *National Union Catalog of Manuscript Collections. Catalog 1975* (Washington D. C., 1976), 89.

²⁵ Eugenia Meyer, "Oral History in Mexico and Latin America", *The Oral History Review*, no. 82 (1976), 56-61; Eugenia Meyer y Alicia O. de

historia oral puede resultar atractiva en México, ya que el franciscano Bernardino de Sahagún, que vivió en el siglo XVII, merecería muy bien el apelativo de padre de todos estos proyectos.²⁶ La tradición oral tiene en México una larga y honorable historia, como puede desprenderse del artículo de Jorge Gurría Lacroix.²⁷ Más aún, el sistema de revisión judicial de los funcionarios españoles en América, la residencia, podría considerarse como un tipo de historia contemporánea oral, ya que el juez solía ir de un lugar a otro por decisión del servicio de algún virrey u otro funcionario, llevando una lista de preguntas fijas con las que interrogaba a los testigos.²⁸ En lugar de grabarse magnetofónicamente, las respuestas eran anotadas por escribas; pero los principios eran similares. Se parecen, en efecto, al sofisticado sistema desarrollado por los Profesores Lawrence Goodwyn y William Chafe en la Universidad de Duke.²⁹ Ellos y sus alumnos formulan preguntas sobre tópicos de interés histórico, leen todo el material pertinente de que se disponga, y entonces entrevistan a alguien que tenga conocimientos acerca del tema que se está investigando.

Deben mencionarse también los miles de documentos autobiográficos preparados por los españoles, así como algunos hechos por los indios y por los negros, después de 1492. Estas "Probanzas de Servicios y Méritos" constituyen un notable cuerpo de documentación que se destinaba a obtener un puesto o algún honor para un

Bonfil, "La Historia Oral. Origen, metodología, desarrollo y perspectivas", *Historia Mexicana*, XXI (1971), 372-387. El proyecto "pretende rescatar impresiones, conceptos y mensajes de los historiadores que han hecho historia, de cómo la han realizado y su opinión acerca de cómo debería hacerse. Estas opiniones no fueron plasmadas en sus obras" (386). Hasta este momento, el proyecto se ha concentrado en "hombres menores" durante los disturbios políticos de 1910-1920, en la historia del cine, la historia contemporánea desde la década de los veinte, y la historia de la educación en México, 1920-1940.

²⁶ Para la más reciente evaluación del método de Sahagún y de sus logros, véase Munro Edmundson, ed., *Sixteenth-Century Mexico: The Work of Sahagún* (Albuquerque, 1974).

²⁷ Jorge Gurría Lacroix. "La tradición oral de la familia Taj", *Los Universitarios* (México, 15 de agosto de 1976), 17-21. Dirección General de Difusión Cultural, UNAM.

²⁸ Para una revisión actual de los materiales de residencia, véase la *Guía de las fuentes en el Archivo General de Indias para el estudio de la administración española en México y en el Perú*, del autor, 3 vols. (Colonia, 1977), i, 39-41.

²⁹ Ver: Joseph Roddy, "Oral History: Soundings from the Sony Age", *RF Illustrated*, vol. 3, no. 3 (Nueva York, mayo, 1977), 9-10. Publicación de la Fundación Rockefeller.

individuo que hubiera prestado servicios a la Corona, y hoy se les está comenzando a reconocer como valiosas fuentes.³⁰

El funcionario Pedro Sarmiento de Gamboa, en el Perú del siglo xvi, llegó hasta a organizar una especie de proyecto de historia oral con el objeto de combatir lo que el Virrey Francisco de Toledo consideraba como perniciosas declaraciones de Bartolomé de las Casas y Diego Fernández. Sarmiento de Gamboa pasó dos años recorriendo Perú, extrayéndoles a los habitantes más viejos sus recuerdos de los acontecimientos del pasado; lo hacía con el objeto de producir "historia verdadera".

El estudioso francés Claudio Gay realizó, en el Chile de la década de 1840, una operación semejante a los proyectos de historia oral, cuando llevó a cabo sus "conversaciones históricas" con algunos de los participantes y testigos del movimiento por la independencia de Chile en los años de 1808-1826.³¹ Huber Howe Bancroft hizo igual cosa en California, durante la década de 1870, cuando entrevistó a algunos de los californianos que habían vivido ahí bajo bandera mexicana. Hizo también entrevistas en otros lugares, como Utah. Durante su viaje a México en 1883, en busca de materiales históricos, incluyó a Porfirio Díaz en sus operaciones: "Del General Díaz, el primer hombre de la República, logré un dictado que se prolongó durante dos semanas, empleando a dos taquígrafos y llegando a reunir cuatrocientas páginas manuscritas".³²

III

Por muy valiosos que puedan ser todos estos proyectos de historia oral presentes y pasados, necesitamos agregar otro enfoque si hemos de revelar un nuevo tipo de documentación fundamental que sólo

³⁰ Para una visión general de las posibilidades biográficas en el campo latinoamericano, véase a Stuart B. Schwartz, "State and Society in Colonial Spanish: An Opportunity for Prosopography", Richard Graham y Peter H. Smith, eds.; *New Approaches to Latin American History* (Austin, 1974), 3-35. Con respecto a las probanzas específicamente, véase el artículo del autor (en prensa ahora) "The Probanzas de Servicios as Historical Sources: John Franklyn Jameson's Views on the History of Spain in America", Raquel Chang-Rodríguez y Donald A. Yates, eds., *Homage to Irving A. Leonard: Essays on Hispanic Art, History and Literature* (Nueva York, 1977).

³¹ Guillermo Feliú Cruz, *Conversaciones históricas de Claudio Gay con algunos de los testigos y actores de la Independencia de Chile, 1808-1826* (Santiago, 1965).

³² *The Works of Hubert Howe Bancroft*, Vol. 39. *Literary Industries* (San Francisco, 1890), 739.

los historiadores de hoy en día pueden producir. Tengo la esperanza de persuadir a mis amigos y colegas con los años y en diversos países, de que se sienten conmigo frente a una grabadora y hablen de sus vidas y sus experiencias. Algunas de las preguntas que podrían surgir con cada uno de ellos son:

1. ¿Cómo llegó a interesarse por la historia de América Latina?
2. ¿Qué instrucción tuvo usted para trabajar en este campo?
3. Además de su educación formal, ¿qué influencias cree usted que fueron importantes en su carrera?
4. ¿Considera que el hecho de ser extranjero constituye una ventaja o un obstáculo para escribir la historia de América Latina?
5. ¿Cree usted que los historiadores extranjeros debieran elegir tópicos a la luz de sus propios deseos e intereses, o que debieran "concentrar sus esfuerzos en problemas de interés vital para los propios latinoamericanos"?³³
6. ¿Qué ideas nuevas considera usted más fructíferas en la historia de la América Latina de hoy?
7. ¿Qué aspectos o qué enfoques necesitan más atención de la que están recibiendo ahora?³⁴
8. ¿Considera usted que está influenciado por sus afiliaciones nacionales o políticas en lo que se refiere a la selección de tópicos, o a la manera en que los aborda?
9. ¿Qué podría hacerse para mejorar los recursos de archivos y bibliotecas de los cuales depende el estudio de la historia latinoamericana?
10. ¿Cómo debiera enseñarse la historia de América Latina en el país de que es usted ciudadano?
11. Durante los años que lleva usted en el estudio de la historia de América Latina, ¿ha observado cambios fundamentales en su actitud hacia esta historia?
12. ¿Ha participado usted en conferencias internacionales, y de ser así, considera usted que fueron útiles para su comprensión de la historia de América Latina?

Estas son algunas de las preguntas que pueden servir para darles al entrevistador y al historiador la oportunidad de extenderse

³³ Se trata de una formulación planteada por Mörner, *The Study of Latin American History Today*, 84.

³⁴ Desde luego que las sugerencias de este tipo se discuten siempre en los seminarios de entrenamiento, y a veces son temas de trabajos escritos. Para un ejemplo reciente, véase a José Miguel Bonino, "Studies I'd Like to See Done. Latin American Protestantism", *Bulletin of the Inter-American Association for the Study of Religion*, Vol. II, no. 1 (agosto, 1976), 1-2.

amplia y significativamente. De seguro, a medida que el proyecto se desarrolle se agregarán otras preguntas; además, algunas de las preguntas formuladas más arriba pueden no ser aplicables a la totalidad de los historiadores.

Una vez que se apliquen estas preguntas preliminares, será deseable formular algunas otras preguntas para cada historiador, basándose ya en la lectura de su propia obra. Se pediría a cada historiador que pusiera a disposición una lista lo más completa posible de sus escritos, incluyendo también una lista de reseñas significativas con respecto a su obra. De este modo el entrevistador tendría que prepararse cuidadosamente, con el fin de formular preguntas que valieran la pena. Para proporcionar un máximo grado de flexibilidad, cada historiador sería invitado a agregar, y a contestar, otras preguntas que a él le parezcan importantes. O a exponer sus puntos de vista acerca de tópicos que las preguntas no hubieran abarcado. Las entrevistas se realizarían fundamentalmente en español, aunque en algunos casos podría emplearse el inglés o el portugués.

IV

¿Es realista suponer que un programa semejante de historia oral podrá producir discusiones valiosas? ¿Podrían aquellos a quienes Ševčenko clasifica como "mariposas" y "orugas" negar que sus propias vidas y experiencias han afectado su desarrollo como historiadores? ¿Emplearían algunos historiadores la entrevista para hacer una refutación final de aquellos cuyas interpretaciones hubieran estado combatiendo por largo tiempo, o se concentrarían más bien en la más constructiva tarea de analizar sus propias perspectivas? ¿Se pondrían algunos silenciosamente una máscara, como asegura Octavio Paz que hacen los mexicanos?

Si acaso se llegan a manifestar estas reacciones, presentarán problemas viejos y familiares que el historiador tendrá que abordar: el estudio crítico de la documentación. ¿No debiéramos concordar con la exhortación que hace Jerzy Topolski en *Historian in his Quest for Documentation* ("El historiador en su búsqueda de documentación") en el sentido de que "más que nunca necesita ahora el historiador un examen sagaz de las fuentes", así como una búsqueda constante de nuevas fuentes de información y conocimientos?⁸⁵ ¿No son los "hechos" que puedan revelarse en un proyecto

⁸⁵ Jerzy Topolski, "Historian in His Quest for Documentation", p. 1. Este trabajo se presentó en el XIV Congreso Internacional de Ciencias Históricas, realizado en San Francisco en agosto de 1975.

de historia oral igualmente significativos que los "hechos" que se encuentran en los tipos de fuentes tradicionales? Jaime Vicens Vives infamó a Ramón Menéndez Pidal hace algunos años por considerar que eran erróneas las consideraciones de este último en cuanto al crecimiento de la idea imperial en la España del siglo XVI. Concluía Vicens Vives: "No debemos de olvidar que la historia es, en primer término, ciencia de hechos y no de elucubraciones filosóficas sobre sentidos o trayectorias del acontecer humano".³⁶ Una entrevista grabada no haría necesariamente que las "elucubraciones" de un historiador fueran más claras que sus escritos, pero podría ayudar a explicar cómo su entrenamiento y sus experiencias influyeron en sus "elucubraciones". Un proyecto de historia oral sería útil por cierto para cualquier campo de la historia. Para el estudio de la historia latinoamericana, cultivado por tantos tipos diferentes de seres humanos, me parece indispensable.

¿Podrá el tradicionalismo de los historiadores que Charles Homer Haskins deplora, llevarlos a evitar discusiones relativas a aquellas experiencias y circunstancias que pudieran ayudar a explicar su manera de pensar y escribir? ¿Podrá el floreciente crecimiento de la industria de la historia oral crear agregados a las fuentes en todos los aspectos del pasado con excepción de la historia de los historiadores? Ahora que mi trabajo sobre documentación de los virreyes en México y Perú durante el período 1535-1700 está a punto de terminarse,³⁷ espero encontrar respuestas para algunas de estas preguntas. Tengo la convicción de que hay muchos historiadores deseosos de participar en la superación de las fuentes disponibles hablando de sus propias vidas.

³⁶ Jaime Vicens Vives, "Imperio y administración en tiempo de Carlos V", *Charles-Quint et son temps* (París, 1959), 9-21. La cita se encuentra en la p. 10.

³⁷ La parte documental del proyecto está ahora en proceso de publicación en la Biblioteca de Autores Españoles, *Los virreyes españoles en América durante el gobierno de la Casa de Austria* (10 vols., Madrid, 1977-1978).

La primera parte de la sección bibliográfica acaba de aparecer, *Guía de las fuentes en el Archivo General de Indias para el estudio de la administración virreinal española en México y en el Perú, 1535-1700*, bajo los auspicios del Instituto Ibero-Americano de la Universidad de Colonia, 3 tomos (Colonia, 1977). El volumen final se encuentra actualmente en preparación (ver la Nota 15).

ÓBSTACULOS POLITICOS PARA EL DESARROLLO MEXICANO*

Por *Octavio RODRIGUEZ ARAUJO***

PARTIMOS de considerar que el desarrollo es un proceso deliberado de transformación y progreso en todos los órdenes para el bienestar de las mayorías sociales en el universo en que habitan.

Una caracterización como la antecedente es y tiene que ser general si no queremos entrar al terreno sinuoso de las definiciones en función de ópticas particulares y distintas. Lo más importante de tal caracterización es que está referida a las mayorías sociales y no a las minorías que, en el terreno económico, más que desarrollo sería crecimiento. Otro aspecto digno de ser destacado es que se trata de una transformación más o menos armónica que evite, en lo posible, desigualdades agudas y combinadas, aun dentro del capitalismo. De aquí mismo se desprende que si ha sido el capitalismo, para no hablar de etapas históricas anteriores, el que ha generado las desigualdades sociales existentes, el pleno desarrollo será superando las mismas condiciones capitalistas que han propiciado las dichas desigualdades. Esto nos llevaría, obviamente, a buscar alternativas de relaciones y formas de producción y explotación del trabajo distintas a las capitalistas.

Pensando que México es, por sí y por sus ligas a determinaciones internacionales, capitalista, habría que aceptar que siempre es igualmente posible el desarrollo como la involución que ya hemos visto, esta última, en algunos países del Cono Sur.

La historia de México refleja con claridad meridiana por qué este país se encuentra en el grado de atraso, pobreza y subdesarrollo en que lo conocemos en la actualidad. En esta ocasión no hablaremos de ello. Por lo tanto, tampoco nos referiremos a la situación económica de crisis que priva en México, ni trataremos de explicar sus razones. De sobra son conocidas. Baste señalar que el fondo del asunto se encuentra en la ubicación dependiente y subordinada del

* Ponencia presentada en la Universidad de Texas en El Paso el 6 de junio de 1977.

** Investigador del Centro de Estudios Políticos y Coordinador del Centro de Investigaciones en Administración Pública. UNAM.

país al capitalismo mundial. Lo que en este ámbito sucede afecta y tiene que afectar nuestra economía; no podría ser de otra manera. Más nos interesa tocar en esta charla los obstáculos políticos que impiden, además de todas las limitaciones estructurales, que se desarrolle el país y en consecuencia todas sus partes, incluyendo sus fronteras.

Todos estos obstáculos políticos están obviamente localizados en los distintos elementos que conforman nuestro sistema político.

Si aceptamos, como ya dijimos, que el desarrollo supone la mejor atención posible de las demandas de una población, estaríamos obligados a aceptar que tales satisfactores, a través de bienes y servicios, en un país como México, tienen que ser producidos por la instancia estatal. No podría dejarse en manos de libre juego de los factores económicos privados. Para que esto sea posible el Estado tiene que garantizar el sistema al que se debe. Para ello será menester mantener la estabilidad política suficiente que requiere la reproducción del sistema en un ambiente democrático. Tarea que no es fácil en una sociedad cada vez más compleja y sujeta a una aguda crisis económica que ha conmovido al mundo en los últimos años.

Se presume que de la eficacia de la acción de los elementos políticos dependerá, en buena medida, que exista estabilidad y puedan atenuarse las contradicciones que la explotación capitalista genera en la lucha de clases sociales.

Los instrumentos del sistema político deberán ser analizados para que, desde el punto de vista de los intereses de la clase dominante (sin que exista por nuestra parte identificación alguna), se puedan apreciar sus posibilidades de eficacia y, por contraparte, la medida en que son obstáculo para el desarrollo.

Consideramos al sistema político como el conjunto de instrumentos —entre ellos las instituciones políticas clásicas en el capitalismo moderno— de los que se vale el Estado para ejercer su poder sobre la sociedad en su conjunto. Afirmamos que en términos muy generales, el Estado mexicano, posterior al proceso revolucionario de 1910, y ante la debilidad de las clases sociales fundamentales, ha tenido un doble carácter: por un lado es un Estado capitalista que defiende los intereses del capital, y por otro lado es un Estado con características peculiares que lo distinguen de otros determinándolo como mediador entre las distintas clases sociales y entre la sociedad nacional y los intereses internacionales.

La peculiaridad del Estado mexicano se expresa en tres tipos principales de relación:

1) Una relación de dominio político sobre la burguesía, que se expresa no sólo en el monopolio del poder de parte de lo que se ha llamado "burocracia política", sino también en el papel dirigente que el Estado ejerce sobre la economía, a través de sus aparatos económicos, y una ideología, que más que expresar directamente los intereses de la burguesía, responde a las mismas necesidades de la burocracia política.

2) Una relación compuesta por elementos, tanto de alianza como de control, entre el Estado y las clases populares. Las relaciones de alianza por el mantenimiento del nivel de vida de los sectores de la clase trabajadora, la mejoría constante de los sectores medios y la manipulación con la distribución de tierras a los campesinos. Las relaciones de control por medio de la integración de las organizaciones de masas al Estado y el arbitraje obligatorio del gobierno en todos los tipos de negociación.

3) Una relación de dependencia negociada con los Estados Unidos que se expresa en el intercambio de concesiones recíprocas en el papel de intermediario que desempeña el Estado, en negociaciones entre los intereses extranjeros y nacionales y en política internacional concebida principalmente para legitimarse en lo interno.

Estas características, estas relaciones, fueron madurando al través de los años y expresándose en instituciones que, sin pretender agotarlas, han sido las siguientes: el orden jurídico, los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, el sistema de partidos políticos, las fuerzas represivas, los grupos de presión de capital, políticos y de masas, y los medios de difusión de la ideología gubernamental.

Estos instrumentos se mantienen en lo fundamental y algunos de ellos con una alta dosis de sofisticación. Pero la mayoría se ha ido rezagando respecto al desarrollo del capitalismo del país. Una de las razones de tal rezago podría encontrarse en el deterioro del carácter de las relaciones del Estado descritas anteriormente, deterioro que ha venido en favor de la consolidación de una burguesía cada vez más fuerte y determinante, hasta en las condiciones políticas.

El rezago de los instrumentos señalados, como componentes fundamentales de la esfera del poder político, unido a la mayor penetración imperialista en todos los órdenes, aproxima al país a una situación crítica, incrementada o abonada por la crisis mundial del capitalismo. El Estado mexicano se encuentra ahora ante el dilema de poner al día sus instrumentos políticos, adecuándolos a un modelo de recuperación de su carácter peculiar, ya descrito, o dejar el poder político en manos de las fracciones de punta de la gran burguesía, no exenta de alianzas con las empresas transnacionales.

Dentro de este esquema, proponemos el repaso de los mencionados instrumentos que constituyen nuestro sistema político. De su análisis, y particularmente del relevamiento de sus "imperfecciones", podrían discutirse posteriormente las proyecciones, el futuro inmediato del objeto de nuestro planteamiento.

El orden jurídico mexicano, como cualquier otro, no contiene fines en sí mismo, sino que atiende fines políticos ajenos a él. El supuesto contenido ético y moral del derecho está localizado en el terreno de la retórica y del deber ser de una sociedad que, normalmente, no lo acepta como realidad. Este contenido está siempre subordinado a los fines políticos del Estado, los cuales —no está por demás repetirlo— corresponden en lo fundamental a los intereses de la clase dominante. Todo el orden jurídico está estructurado, por lo tanto, en función de tales intereses. No podría ser de otra manera. Se instituye un orden jurídico para legitimar la actividad de la clase dominante. Esta no podría darse un conjunto de leyes contrarias a sus intereses. Escapa a la lógica tal posibilidad.

Toda estructura de poder se da o tiende a darse un conjunto de leyes que garanticen el mantenimiento del poder de manera legítima. Hasta una dictadura militar dicta leyes, decretos y reglamentos que —una vez lograda su consolidación del poder— legitimen sus actos.

Después de la revolución mexicana de 1910, los caudillos triunfantes patrocinaron la reunión de un Congreso Constituyente cuyo resultado, en 1917, fue la Constitución vigente, abrigo del orden jurídico mexicano que ampara un modelo de desarrollo capitalista en manos o protegido por lo que se ha dado en llamar la burguesía burocrática o burocracia política —términos imprecisos con los que se pretende caracterizar a los grupos políticos (antes político-militares) que han tomado las riendas del gobierno mexicano—.

El orden jurídico es adaptado y readaptado de acuerdo con las necesidades que implican el mantenimiento del poder. La Constitución mexicana ha sido reformada alrededor de doscientas veces desde que fue promulgada; las leyes reglamentarias, menos reformas han tenido que la Constitución, pero todas ellas en función de garantizar la hegemonía de una fracción de la clase dominante.

Las reformas a las leyes en un régimen de democracia burguesa suelen hacerse para que el control político y social sea más efectivo; y éste será ciertamente más efectivo en la medida en que las contradicciones de clase y las amenazas a la estabilidad puedan suavizarse. La presión de las clases desposeídas provoca modificaciones jurídicas bien en su perjuicio, bien a su favor, siendo este último caso un ajuste en la lucha de clases, una concesión de la burguesía

al proletariado o un mero paliativo para frenar o posponer la embestida de clase producto de la agudización de las contradicciones del crecimiento capitalista. El derecho protector, llamado también derecho social, pretende cumplir ese cometido. Es la búsqueda de reglamentación de los derechos y deberes de los sectores explotados de la población. Es el control bajo la fijación de los límites en los que se puede mover legalmente el proletariado. Es, en realidad, más que un derecho protector del proletariado, un derecho protector de la burguesía, puesto que a través de él, ésta puede declarar ilegal una acción proletaria que ponga en peligro la estabilidad del sistema o los privilegios por la posesión de los instrumentos de producción. Muchas huelgas en México han sido declaradas ilegales por tratarse de la supuesta afectación a un servicio público, o por lastimar intereses incluso transnacionales o por provenir de sindicatos no oficialistas. El orden jurídico, pues, fija los límites de la acción de las masas y permite, a la vez, la intervención pública aun represiva.

Las reformas jurídicas en materia agraria constituyen otro ejemplo altamente representativo de lo que se quiere decir. Lo mismo sucedería con las recientes leyes de protección al consumidor y de asentamientos humanos, por ejemplo. Todas ellas corresponden a un proyecto de desarrollo capitalista que se está dibujando muy particularmente a partir del gobierno de Echeverría (1970-1976), y que consiste, esquemáticamente, en el fortalecimiento de la gran burguesía financiera industrial como garante del capitalismo moderno en perjuicio de la burguesía tradicional usurera y rentista proclive a la acumulación de bienes improductivos socialmente o al comercio de ganancias inmediatas y mezquinas. Las protestas por estas leyes no han sido de los conservadores, sino de los reaccionarios. Tampoco lo han sido de las empresas transnacionales, pues el gran capital, nacional y extranjero, ha sido favorecido como nunca antes en el último sexenio de gobierno. Los conservadores saben que con las reformas y los paliativos a la superexplotación capitalista de los últimos tiempos, se puede mantener el sistema sin necesidad de recurrir al amparo y fácil expediente de la bota militar.

De la misma manera que el derecho social (que incluye al laboral) está dirigido a limitar la acción de los trabajadores a través de sus organizaciones gremiales frente al capital, el derecho electoral está destinado a acotar la acción de los diferentes sectores sociales a través de los partidos políticos. Más adelante se hablará de este asunto.

Naturalmente, el orden jurídico de que hemos venido hablando no tendría la importancia que tiene si no existiesen las particulares

formas de organización de los elementos más relevantes del sistema político mexicano.

La misma Constitución general de la República, a diferencia de la de 1857, le otorga al jefe del Ejecutivo facultades extraordinarias y discrecionales poco distintas de las que tenía Porfirio Díaz *de facto* en los años de su dictadura. Estas facultades constitucionales, junto con los dos grandes y fundamentales pilares políticos, que son la administración y el partido gubernamental, han auspiciado el predominio del presidente de la República sobre los poderes legislativo y judicial.

La administración pública mexicana, relacionada de una u otra forma con todos los rubros de la economía y la cultura, depende en su totalidad del jefe del poder Ejecutivo. A través de la administración pública, el poder Ejecutivo acrece su fuerza en varios sentidos: Uno de ellos, debido al crecimiento desmesurado en instituciones, funciones, población ocupada y recursos financieros, es la creación de expectativas políticas de ascenso, prestigio y poder para todos aquellos con vocación política ligada o no a los negocios privados. El sistema de expectativas permite a la fracción gobernante en turno premiar o castigar a todos los aspirantes a mejorar su status social, político y aun económico. Al mismo tiempo, los distintos grupos o camarillas políticas dentro de las esferas gubernamentales, se enriquecen mediante la cooptación de miembros —fundamentalmente profesionales e intelectuales— para competir por la hegemonía en el seno de la fracción gubernamental; hegemonía que suele estar asociada a la presidencia de la República.

Este mismo sistema de expectativas facilita la actividad del partido gubernamental (PRI) gracias a la distribución de puestos, zigzagueante en el tiempo, entre ambas instituciones (PRI y administración pública): hoy diputado, mañana funcionario público, después funcionario de partido, luego otro puesto de elección popular y así sucesivamente, mientras existan pruebas de lealtad, que por lo general son de incondicionalidad al grupo o camarilla al que se pertenece, en primer lugar, y a las instituciones políticas fundamentales, en segundo término.

Otra de las maneras en que el Poder Ejecutivo se fortalece a través de la administración pública en crecimiento acelerado, es por el potencial económico —en capital y en rubros de intervención—, que hacen del aparato estatal uno de los principales inversionistas y el que da o quita concesiones a los particulares. Igual puede utilizar v. gr. los energéticos para subsidiar al capital —como de hecho lo ha venido haciendo con petróleo y electricidad—, como puede modificar los rumbos de la inversión y de la producción privadas si los utiliza como presión económica.

A través de la administración pública el Estado produce los bienes y servicios que pretenden satisfacer las demandas de la población. Tal producción será tanto en función de un proyecto de desarrollo —poco claro, pero que existe— como en función de las coyunturas o crisis que el mismo desenvolvimiento económico va generando. Así surgen secretarías de Estado, organismos descentralizados, fideicomisos, institutos, comisiones, empresas de participación estatal mayoritarias y minoritarias, etc. (Que en total suman más de mil dependencias y que emplean a alrededor de dos millones de personas). Tal crecimiento tiene un costo social muy alto, pero para la clase dominante es una de las formas de mantener la estabilidad. Es el típico caso de las acciones gubernamentales que obedecen a variables de decisión política y no de eficiencia, que en los marcos de un Estado con las características mencionadas, aun deterioradas, sería el criterio tecnocrático carente de sustento real, que no sea en el deber ser o en el documento técnico cuyo destino suele ser un estante de biblioteca.

El jefe del Ejecutivo domina también los otros dos poderes. En esta relación juega un importantísimo papel el partido gubernamental —del que hablaremos después—. Vale decir, en principio, que el presidente de la República es también el verdadero presidente del PRI. En él recaen todas las decisiones fundamentales que, al través del partido, puedan afectar los mecanismos sobresalientes del sistema político. El presidente formal del PRI viene a ser, en cierta medida, un secretario de Estado más.

El presidente de la República no sólo es el gran elector de su sucesor, como ha sido evidenciado una vez más el 22 de septiembre de 1975 (fecha del "destapamiento", como se le llama al acto de presentación pública del futuro candidato del PRI), sino que también es el gran elector del mayor número de senadores y diputados.

En ambas cámaras del Congreso de la Unión, la mayoría de los asientos están ocupados por miembros del partido gubernamental. Esto garantiza que el jefe del Ejecutivo pueda manejar casi a su antojo todas las decisiones que competen a las atribuciones de las cámaras. A través de la organización partidaria, el presidente controla la composición del Congreso. A través del sistema de expectativas, de la administración pública, de las dietas y de las comisiones, controla a sus miembros. Y a través de este control, interviene en el poder judicial, ya que los nombramientos de los ministros de la Suprema Corte de Justicia, son a iniciativa del presidente de la República y sancionados por el Senado, previamente bajo control político. El círculo de poder se cierra fácilmente en favor del jefe del Ejecutivo.

Las cámaras, a su vez, cumplen una función muy importante, además de la legislativa que es más bien pobre: el reclutamiento para la élite. Esta función, compartida también con la administración pública, es la cristalización de los esfuerzos en el partido gubernamental, como también uno de los canales principales para la cooptación de disidentes, opositoristas y críticos del sistema. En las cámaras se reparten las prebendas entre los diferentes sectores del PRI*. Según la fuerza de cada uno de ellos, será la asignación de curules. Por ser puestos de "elección popular" no se requieren especiales atributos o cualidades de competencia para ocuparlos, a diferencia de los aparentes requisitos en la administración pública. Por ello, para muchos que ingresan en la vida política, su actuación en las cámaras es fundamental para ascender en la pirámide política.

Ya se ha percibido el papel que en este terreno juega el partido gubernamental. Sin embargo, aunque cada vez menos, el PRI ha jugado otros significativos papeles. Al principio, su principal función era garantizar un cierto grado de estabilidad electoral y romper con el juego de partidos políticos locales y regionales que amparaban la vida política basada en cacicazgos locales y existentes en casi todo el país. Para decirlo de manera más simple, el entonces Partido Nacional Revolucionario (1929-1938) obligaba a quienes querían hacer política a hacerla dentro de un solo organismo. Fue el primer paso posrevolucionario para controlar a las camarillas políticas y a los caciques locales. Empero, todavía no existían las formas de control de masas. No fue sino hasta el gobierno de Cárdenas, con la creación de los sectores del Partido de la Revolución Mexicana (PRM, 1938-1946), antecedente inmediato del PRI, cuando se inició el control corporativo de las masas y de los sectores llamados eufemísticamente populares: es decir, los que no eran obreros ni campesinos. Entre paréntesis, el sector militar se constituyó (1938) tanto para controlar a sus miembros, como para hacer pública su participación política, ya añeja. Una vez que los cabecillas militares evidenciaron su participación y aspiraciones, se hizo desaparecer el tal sector (1940).

El partido gubernamental era único hasta finales de los años

* El PRI, además de su organización vertical, contiene tres sectores formados de manera corporativa: obrero, campesino y popular, siendo este último el más heterogéneo. A los líderes de estos sectores se les da como prebendas, entre otras, asientos en las dos cámaras del Congreso. A cambio de ello, su papel es controlar a los miembros de su sector, mediatizar sus demandas y movilizarlos para apoyos al gobierno, incluyendo los actos electorales. Vale decir que la mayoría de los trabajadores organizados del país están en el PRI por pertenecer a uno de sus tres sectores.

treinta. Pero por dos razones principales, dicho modelo no devino conveniente. Una, porque la inconformidad política y económica no tenía alternativa al PRM, y siempre era mejor dejar que se expresara organizadamente, y dos, porque el modelo de modernización política del país, acorde con la etapa de crecimiento capitalista, imponía la necesidad de apariencia democrática a través de un sistema multipartidista.

No fue sino hasta la participación del henriquismo* (1952), que puso en entredicho la armonía de la llamada "familia revolucionaria", cuando fue reformada sustancialmente la vieja ley electoral con el objeto de evitar un nuevo surgimiento de disidencia política organizada. Se aplicó el criterio cuantitativista para el registro de partidos, y se eliminó la posibilidad de que tanto disidentes como organizaciones de clase distintas al PRI, pudieran participar como partidos políticos.

El modelo del multipartidismo con partido dominante (mera formalidad) siguió auspiciándose con la complicidad del Partido Popular Socialista y del Partido Auténtico de la Revolución Mexicana y con el desconocimiento de los triunfos ocasionales del Partido Acción Nacional (partido católico de derecha). Se supone que con tal modelo la oposición, la disidencia y la inconformidad al sistema serían canalizadas a través de dichos partidos. No fue así. Pronto se demostró que el único partido que disminuía en su votación era el PRI, y que los votos que perdía no eran capitalizados por los otros partidos, sino por el abstencionismo creciente y amenazador para la legitimidad del sistema político en su conjunto, y para el gobierno en particular.

El deterioro del PRI, su crisis en puerta, y más que ello, la falla del modelo multipartidista, permiten prever cambios importantes con el objeto de hacer que el partido gubernamental devenga nuevamente un instrumento político que, desde el punto de vista de la "burocracia política", garantice las acciones gubernamentales tanto con las masas como con la burguesía. Asimismo, por la incapacidad que han demostrado los partidos de "oposición" para canalizar el descontento popular y la disidencia del oficialismo político y gremial, son de preverse algunas modificaciones en el sistema de partidos, previas reformas a la Ley Electoral.

En la actualidad, además de los partidos mencionados, todos ellos registrados ante la Secretaría de Gobernación (requisito para figu-

* Sobre la caracterización del movimiento henriquista y su significado en la política nacional, véase mi artículo en *Estudios Políticos*, Revista del Centro de Estudios Políticos de la Universidad Nacional Autónoma de México, No. 3-4, 1975.

rar legalmente y participar en las justas electorales), existe un conjunto de partidos no registrados que, esquemáticamente, podrían ser agrupados en: izquierda revolucionaria, izquierda reformista y derecha. En el primer grupo, en orden de importancia numérica, estarían los partidos Comunista Mexicano, y Revolucionario de los Trabajadores (trotskysta); en el segundo estarían el Partido Socialista de los Trabajadores (colaboracionista con el Estado), Mexicano de los Trabajadores (populista) y en el tercer grupo el Partido Demócrata Mexicano (pro fascista). Salvo el PRT, que explícitamente no aspira a ser reconocido oficialmente, todos los demás aspiran a ser registrados.

Dada la crisis económica en el país, la decadencia del carácter peculiar del Estado mexicano y la mayor ingerencia de la burguesía privada en los asuntos públicos, se hacen cada día más difíciles las posibilidades democráticas del sistema político mexicano. La tendencia al endurecimiento de las estructuras de control político, en la actual etapa del capitalismo nacional, con sus correspondientes ligas al imperialismo, obligarán al Estado mexicano a definir su posición respecto a los partidos no registrados. En el cuadro descrito hasta aquí se plantea la modificación del sistema de partidos —por cuanto a su composición— o el país encaminará sus pasos hacia una dictadura en poco tiempo. La solución parece encontrarse en el registro de un partido de izquierda que pueda canalizar el descontento popular, presionar al gobierno por mejoras para las masas y cerrarle el paso al proceso de fascistización que se ha venido generando por la crisis global del país.

El deterioro del PRI, la crisis total del sistema de partidos y la agudización creciente de la crisis económica, son factores que han repercutido seriamente en la presión de los grupos de interés económicos, políticos (camarillas) y de masas.

La falta de flexibilidad del partido gubernamental y las contradicciones generadas por la etapa de modernización y monopolización del capitalismo mexicano, han repercutido en el seno del sector político-gobernante. Los distintos grupos y fracciones de la burguesía —heterogénea como es—, han presionado para que en el seno del sector haya representantes *ad hoc*. Esta situación ha dividido al sector político-burocrático, también llamado por mucho tiempo "familia revolucionaria", y, por tanto, sus repercusiones se han hecho notar cada vez más perceptiblemente en las dificultades para una serie de actos gubernamentales coherentes y coordinados en lo que debiera ser un plan de gobierno, urgente e inaplazable, pero que no existe hasta el momento.

La pugna actual entre los sectores más conspicuos de la burguesía ha obligado a la fracción hegemónica de la burocracia política

a mantener estructuras y organizaciones de masas obreras y campesinas que cumplieron su papel hace muchos años. La estabilidad del país tiene por el momento que soportar una estructura sindical y formas de tenencia de la tierra con un costo social y político muy alto, que de no corregirse, plantea no el deterioro del sistema que estamos viviendo, sino una seria crisis que en el sexenio 1976-1982 se hará evidente.

Las fuerzas represivas, compuestas por el ejército, todo tipo imaginable de policías y grupos paramilitares llamados "halcones" y "porros" (protegidos y formados por el Estado o fracciones políticas del mismo) y guardias blancas (pagadas por la burguesía), son otro de los instrumentos del sistema político mexicano. Y lo son porque rara vez son utilizados como fuerzas represivas que dicten acciones gubernamentales, como en otros países del continente. Aunque la represión es selectiva, y no menos brutal que en gobiernos anteriores, las fuerzas represivas han sido usadas cuando el Estado no ha sido capaz de dar respuestas políticas a movimientos políticos. Tal fue el caso de la masacre en octubre de 1968, y de represiones y asesinatos fundamentalmente de campesinos en varios estados de la República entre los años de 1970 y 1976.

Dejarán de ser instrumentos políticos cuando sean las propias fuerzas represivas las que dicten la política del país. No se ha llegado en México a esa etapa, pero sin duda hay grupos empresariales internos y norteamericanos que querrían generalizar a México el modelo de dictadura militar tan de "moda" en la mayor parte de la región latinoamericana.

Finalmente, los medios difusores de la ideología gubernamental, que debieran ser instrumentos políticos muy importantes para llevar a cabo las acciones gubernamentales, en México sirven de poca cosa, para no decir que muchas veces y muchos de ellos son más un obstáculo que un vehículo para implantar decisiones del gobierno. La mayor parte de los medios masivos de comunicación e información están en manos de la iniciativa privada y dependen en muy buena medida de agencias y capitales imperialistas.

Por si fuera poco, la ideología oficial, muy gastada por anquilosada, es cada vez más pragmática y no ha hecho proibia la utilización de los que propiamente serían los aparatos ideológicos de Estado —en el sentido de Althusser—. Igual se habla de los principios de la revolución mexicana, que de la solidaridad familiar, que de las bondades de la familia pequeña, que de la "economía mixta" o de la "democracia social". Sí hay y se produce ideología en los medios gubernamentales, pero ésta, además de responder más y más a los intereses del capital y de ser pragmática, es inco-

herente, dispersa, contradictoria y, por añadidura, el Estado ha evidenciado en los últimos meses su debilidad frente a lo que debiera ser uno de sus instrumentos políticos, y que por el momento lo es de la burguesía nacional y extranjera: me refiero principalmente a la televisión.

Ante este panorama, las alternativas del Estado mexicano se mueven en los límites de su capacidad para sobreponerse a la crisis económica inevitable. El dilema del Estado es ajustar los instrumentos del sistema político a las necesidades del desarrollo del capitalismo. La alternativa es endurecimiento de sus estructuras políticas o entrar a un proceso de democratización de las mismas. De ambas maneras puede darse la adecuación necesaria para que los intereses del capital queden garantizados —puesto que el Estado no podría hacer otra cosa. Pero en la primera opción —endurecimiento— no se estaría enfrentando la crisis económica, con sus alarmantes consecuencias sociales; más bien el Estado se estaría subordinando a ella, es decir, a sus actores principales: las burguesías nacional y extranjera y, por lo tanto, tendría que reprimir masiva y brutalmente la emergencia combativa de las masas trabajadoras. En la segunda opción está implícito el rescate para el Estado de su condición peculiar, ya deteriorada; esto es, dar salidas democráticas a las demandas populares y apoyarse en campesinos y obreros en un proyecto, probablemente, socialdemócrata, para evitar la primera opción y alargar lo más posible el advenimiento del socialismo.

HOMBRES DE NUESTRO LINAJE

UNA RECTIFICACIÓN NECESARIA

En mi artículo titulado "Las ideas económicas, sociales y políticas de Salvador Alvarado", publicado en la entrega de julio-agosto, hay una nota en la página 74 (No. 5), referente al gran socialista Felipe Carrillo Puerto, que dice textualmente:

"5 Carrillo Puerto, gobernador socialista del Estado de Yucatán de febrero de 1922 a diciembre de 1923. Se sumó a la rebelión delahuertista. Fue asesinado en la ciudad de Mérida el 3 de enero de 1924 por órdenes del general Ricárdez Broca junto con sus hermanos y varios compañeros de ideales y propósitos."

Debiendo decir: *No* se sumo a la rebelión delahuertista.

Al asesino del gran mexicano, el tabasqueño Juan Ricárdez Broca le llegó su turno. En el Diccionario Biográfico Mexicano, por Miguel Angel Peral y editado por la Editorial P. A. C. en dos volúmenes, se lee: "La CROM, en venganza, se dice que lo mandó asesinar a Centro América, a donde se había exiliado, y que esta comisión le fue encomendada a su paisano, el coronel José Preve, quien cumplió su cometido en un café simulando una riña." Dejo la responsabilidad de este entrecuillado al señor Peral.

Por otra parte, vale la pena aprovechar la ocasión para señalar lo que hizo Felipe Carrillo Puerto en el escaso tiempo que gobernó su estado natal: Se promulgaron las leyes de previsión social, del trabajo, del inquilinato, de expropiación por causa de utilidad pública y de revocación del mandato. Creó las ligas feministas, combatió el alcoholismo, promovió la educación y el deporte, estableció los servicios médicos y jurídicos gratuitos, y fundó la Universidad del Sureste, la Escuela Vocacional de Artes y Oficios y la Academia de la Lengua Maya. Fue una inmensa desgracia para México —lo digo con profunda pena— la muerte prematura de un hombre cabal y verdaderamente revolucionario.

Jesús Silva Herzog

Aventura del Pensamiento

MISION DE LOS ESCRITORES EN LA ORGANIZACION DE LA PAZ*

Por *Jaime TORRES BODET*

EL ingreso de un escritor en el seno de una corporación como la presente no se halla, por cierto, exento de otoñal y severa solemnidad. Y es que no suele penetrar en recintos de esta categoría quien no ha sufrido ese noble estrago con que la edad va arrancando la profusión de las hojas a los árboles encendidos y desnudando a las almas de aquel ropaje de actitudes cambiantes y de palabras innecesarias que se pretende, en los años mozos, confundir con la auténtica juventud.

Distinción de tan alto linaje no es trofeo para el pasado de quien la obtiene, sino estímulo a más rigor en su obra y en su conducta, condición de silencio para muchas estériles fantasías y límite al capricho con que el artista que se deleita eludiendo los métodos regulares cree compensar, en esparcimiento gratuito y en ocio libre, su posición de soldado sin regimiento y de nota sin pentagrama, inasible y sola.

Sin embargo, de semejantes meditaciones —que no niegan la vaga melancolía en que se tiñe la reflexión con la madurez— surge, a la postre, la certidumbre de que la reja del pentagrama, para esa nota que se imagina excluída de ella, representa en el fondo el andamio firme de su orden lógico y natural. Sin sus líneas y sus espacios —limitados, pero precisos— la nota más ambiciosa perdería significado, porque donde no existe una escala, es decir, una relación de valores determinada ¿cómo podría alcanzar su sentido exacto —por cimero que deseáramos concebirlo— el signo, aislado e individual?

Esta lección de modestia es la primera enseñanza que imparte vuestra Academia a sus nuevos miembros. Si la elogio, al entrar aquí, es porque nunca he disimulado mi inclinación para todo lo que despierta sana confianza en una unidad susceptible de hacer que

* Con esta reproducción, la revista rinde cumplido homenaje a un gran mexicano. Texto íntegro del discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Española, el día 11 de abril de 1945.

quienes la acepten sean tanto más leales con ellos mismos cuanto mejor perciban y reconozcan que, entre hombres independientes, la uniformidad absoluta denuncia monotonía, pues la unidad verdadera emana del equilibrio, de las libertades armonizadas, de la tolerancia y respeto mutuos.

Aunque no creyera espontáneamente lo que he expresado, según lo creo, me induciría a insinuarlo, entre diversos otros motivos, la circunstancia de que me encuentro sustituyendo a un escritor tan distinto del que yo he sido: el señor don Teodoro Torres, persona de eminentes prestigios a quien consagro un recuerdo de íntima estimación y cuya muerte dejó en las letras de nuestra Patria un lugar que los adjetivos póstumos no señalan como el vacío patético de una ausencia, sino al contrario, como la presencia definitiva de un ingenio sonriente, lúcido y fiel.

Tras de rendir homenaje a su ilustre nombre y agradeceros muy cordialmente la honra que me habéis hecho al invitarme a sumar mi esfuerzo a las tradiciones preclaras de esta Academia, permitidme, señores, utilizar la atención que otorgáis al recipiendario a fin de discurrir con vosotros, por un momento, acerca de los problemas que nos plantea —como escritores y como hombres— la crisis que aflige al mundo; crisis tan honda y tan inquietante que no hay colectividad capaz de escapar a sus graves incitaciones, ni conciencia que no se sienta comprometida por el deber de buscarle una solución.

Estamos atravesando una selva oscura, de la cual hemos de salir a costa de todos los sacrificios, menos de uno: el de la fe en la virtud humana.

En este descenso entre las tinieblas, todos los pueblos, todos los seres —hay que reconocerlo con entereza— tuvimos alguna culpa, aunque sea exigua, por acción o por inacción. Los delincuentes que inscribirá en sus registros la historia son los tiranos: jefes de autómatas, que hipotecaron en su provecho todos los mecanismos de la técnica y de la ciencia, todas las aptitudes de la disciplina y la economía, e incluso —a veces— todas las formas externas de la cultura.

Pero si, en lo político, es un consuelo observar la unanimidad con que las naciones libres se han pronunciado contra la pasión de esos delincuentes, en lo personal no podemos limitarnos a reprobarlos. Sería, en verdad, demasiado cómodo encarnar al mal en unas cuantas cabezas de déspotas sanguinarios ya que, para quienes piensan imparcialmente, resulta obvio que esos déspotas estarían desde hace tiempo en una cárcel o en una clínica si, en la hora en que asaltaron el poder, hubiese habido en el mundo entero una jerarquía activa de los valores espirituales que hiciese inútil la conjuración de su crueldad.

Ese constituye, señores, el problema candente de nuestro tiempo. La crisis en que vivimos es, hoy, una crisis bélica; fue, ayer, y será acaso también mañana, una crisis económica. Ha sido, siempre, una insuficiencia jurídica; pero, desde hace ya muchos años, representa algo más alarmante: una crisis ética. De esta última ¿quién tendría derecho a declararse irresponsable? Y, en la responsabilidad de esa crisis, atañe a los escritores, a los intelectuales, a los filósofos, una parte proporcionada a la calidad de su vocación.

Siento que peco aquí contra la serenidad habitual de estas reuniones, al referirme a una angustia viva en vez de ofrecerles, pongo por caso, la limpia autopsia de un asunto de crítica literaria. Sin embargo, siento asimismo que, en una era como la actual, no es posible ya para el escritor olvidar al hombre y que, cuando todo está en riesgo de perecer (porque una paz mal organizada traería consigo tantos perjuicios como una serie de convulsiones y de contiendas) venir a hablaros de la decadencia de la elegía, del crepúsculo de la égloga o del desfallecimiento del soneto supondría de mi parte una lamentable deformación y equivaldría a imaginarlos desvinculados del ejercicio de la única profesión para la que todo instituto de esta importancia es academia abierta sobre la tierra: la profesión de los hombres que aman el bien.

Precisamente porque existieron, durante lustros, muchas generaciones que creyeron poder servir a la inteligencia sin servir a la humanidad; precisamente porque existieron, durante lustros, muchos especialistas de la cultura que edificaron en el aire sus utopías y muchos oficiantes del arte que declararon malsano para su obra cuanto excediese el espacio breve de lo que llamaron su "torre de marfil", es por lo que llegó a establecerse, en gran parte de las naciones, un doloroso divorcio entre la vida y la inteligencia, entre la política y la cultura.

Ahora bien, ese divorcio ha provocado tantos desastres que no podríamos atrevernos a acusar de él, exclusivamente, a las mayorías que lo admitieron. Donde el intelectual haya renunciado a sus funciones de orientador, la paz futura requerirá que el divorcio a que aludo desaparezca. Porque si un pensador español habló de la rebelión de las masas antes del conflicto, la inteligencia ha experimentado otras formas sutiles de rebeldía: el orgullo del aislamiento, la negación al servicio público y la creencia de que el civismo es tan sólo oficio, mera especialidad.

Reconstruid —si no— el espectáculo de los años que sucedieron a la primera tremenda guerra de nuestro siglo. Salvo contadas y honrosísimas excepciones ¿qué hicieron los estadistas? Desconfiar de la inteligencia. Y ¿qué hicieron, a su vez, numerosos intelec-

tuales? Apartarse del ágora ciudadana, abdicar de sus compromisos de dirección.

Alejándose así del esfuerzo de los demás ¿cómo había esperar que no se alistasen a suplantarlos esos simuladores —seudofilósofos y pseudoartistas— que transformaron pronto la ciencia pura en artera táctica de agresión, el talento en habilidad y el arte y el pensamiento en sistemas desenfundados de propaganda?

En México, el fenómeno que menciono se presentó, por fortuna, con menor acuidad que en otros países. Muchos supieron participar, desde las páginas de sus libros, desde las columnas de los periódicos, desde la tribuna, desde la cátedra, en la obra conjunta de afirmación y, también, de crítica constructiva que exige a los depositarios de la cultura la evolución de la sociedad. Pero no se trata ya de limitar a una Patria la rectitud de esa vigilancia por el espíritu. Para el mundo que va naciendo, entre ruinas, sollozos y bombardeos, metralla y muerte, miseria y sangre, estamos todos, todos los escritores, todos los artistas, todos los pensadores, obligados a imaginar un vivir mejor.

Pasada la hora de los estrategas, vendrá la de los políticos. La diplomacia se empeñará en conciliar muchas diferencias, en ligar y fundir muchas voluntades. No obstante, nuestra cita con el destino es irremisible. A las más generosas Cartas Políticas y Económicas, están demandando los pueblos la adición de otra Carta fundamental: aquella en cuyas cláusulas se establezca el orden de los postulados morales de la conducta; aquella en la cual, para convivir, todas las razas y todos los Continentes se pongan al fin de acuerdo sobre los propósitos de una unión que sería, a lo sumo, precaria alianza de intereses políticos regionales si no consiguiéramos sustentarla sobre una alianza suprema por el espíritu.

Ninguna nación, ningún grupo, ningún individuo se hallará en aptitud de servir a la paz del mundo, mientras esa paz no se afiance en una filosofía de la vida que dé a la vida su pleno significado: el cumplimiento de una misión.

Porque, sin duda, estará muy bien que nos preocupemos por defendernos de los adversarios que encuentra siempre la libertad; mas conviene igualmente no olvidar nunca que no pocos de esos adversarios perecerán por su propio impulso, como castigo de su violencia, según ocurrió con el rival hipócrita de Teágenes cuando fue a derribar de su pedestal la estatua que los tasio le consagraron. Cayó la imagen del vencedor; pero, al desprenderse, vino a rodar sobre el cuerpo del envidioso y, con su peso, lo sepultó.

En cambio, si de los enemigos del exterior nos salvan frecuentemente las circunstancias, ¿quién podría salvarnos, sino de nosotros,

de ese enemigo que va en nosotros a donde vamos; que escucha, antes que nosotros, nuestro secreto, por misterioso que sea el mensaje que lo contiene y discreta la voz que a solas nos lo transmite; de ese enemigo que nos derrota, a veces, cuando vencemos y que sólo vencemos cuando logramos dominar en nuestra conciencia el grito del egoísmo, la avidez del odio y la fiebre sórdida del placer?

No conseguirá vivir en paz con sus semejantes quien no sea digno de vivir en paz con su propio yo. De ahí que en estos instantes, en que deseamos estructurar una educación que sirva a la paz, a la democracia y a la justicia, sintamos la extrema urgencia de no apoyar solamente el acento de la enseñanza sobre el aspecto de santa lucha que anima al hombre en la definición de sus facultades políticas y sociales; sino también —y de modo concomitante— sobre el rigor de su equilibrio interno como persona y su capacidad para superar, en sí mismo, el estallido oscuro de las pasiones. O, para decirlo con términos diferentes: no se libera tan sólo al hombre afianzándolo en el uso de sus derechos. Se le libera —y acaso con mayor precisión— colocándole por encima de la esclavitud oprobiosa de sus instintos y haciéndole comprender sus obligaciones para consigo, para con sus iguales, para con la Patria y para con toda la humanidad.

Se ha hablado mucho de los derechos del ciudadano, de los derechos de la mujer, de los derechos del escritor, de los derechos del joven, del técnico y del artista. Hemos ido creando, en todos los órdenes de la sociedad, una mentalidad de cobradores insatisfechos. Acontece por consecuencia que quien demanda cumple menos de lo que exige y da en servicio menos de lo que pide para servir. Se instala así, a corto o a largo plazo, durante la paz, un déficit colectivo, que las naciones sólo saben pagar con su aportación para alguna guerra; lo que, después de todo, más que pagar, equivale a querer saldar indirectamente una deuda, merced a la liquidación general de una bancarrota.

Lo anterior nos demuestra que uno de los valores que procede instaurar, dentro del sentido humano de la cultura, es el valor espontáneo, intrínseco, del deber. Pero ya no el deber militar de matar o morir, que aceptan los pueblos cuando se desatan las ofensivas, sino el deber civil de vivir y de hacer vivir conforme a normas insospechables; el deber de sacrificar un poco de nuestro goce, todos los días para no sacrificarlo en su integridad sobre las aras trágicas de la guerra; el deber de ser fuertes, fuertes a tiempo, en la armonía de una convivencia justa y civilizada, a fin de no tener que aprender a ser fuertes en la contienda, cuando la fuerza se mide por lo que se niega y no por lo que asegura, por lo que destruye y no por lo que edifica.

Tenemos, frente a nosotros, el esbozo completo y arduo de un nuevo mundo. Un mundo que no brotó de un azar de la geografía, sino de una voluntad insistente, compacta, adusta: la historia humana. Ese esbozo será a lo sumo forma insensible, desierta y muda mientras no le comuniquemos un alma propia. Y esa alma sólo podrán transmitirla quienes posean la capacidad de entregar a su obra todo su ser.

Por espacio de muchos años hemos oído a algunos intelectuales opinar de manera abstracta sobre los temas que hacen la paz y la guerra de los países. Incluso a raíz de firmada la tregua de 1918, hubo escritor europeo, de maestría, que definiera la paz como un equilibrio de símbolos solamente. El talento se había engrdeído en jugar así, no sin temibles irreverencias, con las metáforas. Pero sucede que las metáforas son un momento no más de la realidad; el momento rápido y fotográfico en que la materia se vuelve signo, alusión, emblema. Y comprobamos, por la experiencia de lo sufrido, que nuestro papel inmediato va a consistir en resucitar las figuras yacentes bajo los símbolos.

Si los artistas de antaño se complacieron, viendo cómo se convertía Dafne en laurel y en estatua de sal la mujer de Lot, el deber exige que nuestra hora se singularice precisamente por lo contrario y que, al roce de nuestra vara poética o filosófica, vuelva a vivir la mujer de Lot, escapando a su cárcel salobre y frígida, vuelva el laurel a ser Dafne viva y hallemos, bajo los símbolos opresores, la carne trémula y vulnerable por cuyas arterias corra una sangre ya no ficticia, sino roja y ardiente como la nuestra, entre nervios y músculos de verdad.

Quiere ello decir, sin alegorías, que se impone a las nuevas generaciones una tarea cuyos timbres más puros de gloria radicarán en vivificar la cultura, en humanizarla y en combatir contra las áridas abstracciones que estaban amenazando ahogar el arte, la ciencia, y el pensamiento.

El alma que aguarda ese nuevo mundo se erguiría mañana ayudada contra nosotros si no tratásemos todos de fabricarla con lo más acendrado de nuestra fe. Lo que más ha faltado a los constructores de nuestra actual civilización es la fe en el hombre, la devoción para sus ideales y el examen crítico necesario para distinguir con exactitud entre la esperanza y el espejismo.

A la técnica de la prisa es indispensable sobreponer la técnica de la solidez. Que en cada cual se precise la psicología del arquitecto, del "arquitecto de su destino". En ello, los escritores y los artistas de México están tan comprometidos como los de cualquier nacionalidad. Es menester, en efecto, que el mundo que ayudemos

a organizar sea un mundo en orden. Y que el orden que lo regule derive de la única disciplina susceptible de conjugarse con nuestro amor a la libertad: el orden por el espíritu.

En un debate, presidido por el profesor Osorio de Almeida, se discutió, hace algún tiempo, acerca de la transformación de los valores de la cultura. Entre otros, hizo uso de la palabra en aquella ocasión un desterrado político de Alemania, Werner Thormann, de quien son las siguientes frases que no me parece superfluo reproducir en este lugar: "En todos los dominios de la vida pública —exclamó el orador— nuestra tarea es la de impedir que el hombre se convierta en un simple instrumento". Y añadió: "Hemos presenciado la liberación de las masas, pero aún tenemos que conciliar esa emancipación con el concepto de la personalidad". A lo que Raymond de Saussure no tardó en objetar: "Una disminución de la responsabilidad individual frente al conjunto de la sociedad, un deseo de pedir todo de ella y de no procurarle nada en cambio, tal fue la característica principal del período de preguerra".

Advertimos que, en esta supuesta antinomia entre la responsabilidad de la sociedad y la responsabilidad de los individuos o entre la emancipación de las masas y el desenvolvimiento de la persona, la solución positiva tendrá que ser, indefectiblemente, una solución moral. Ya en el ocaso del siglo XVIII, Kant aconsejaba: "Obra de manera que trates siempre la voluntad libre y razonable, es decir, la humanidad, en ti y en el prójimo, como un fin y no como un medio".

No hay postulado jurídico que no ilumine este reflector: lo mismo la libertad del ser en la democracia de la nación que la soberanía de los pueblos en la democracia de las naciones; pues lo que el imperialismo económico y el totalitarismo —técnico o práctico— han pretendido ejercer, tanto en el seno de los países como por el avenimiento tortuoso de las potencias, es el uso del prójimo como medio, el empleo del semejante como inferior y el sometimiento de la voluntad (que, por sí misma, es un fin augusto) a transitorias finalidades que alteran la convivencia y desquician el orden universal.

En todas las latitudes, en todos los climas, bajo todos los cielos, los hombres que escriben, piensan y enseñan deben procurar hacer de la paz y la libertad algo dinámico y sustantivo y no situaciones de tímida estabilidad y de simple exclusión de la muerte y la servidumbre. El interés por la paz y el fervor por la libertad fueron declinando en los pueblos y en las conciencias antes de que estallaran materialmente las hostilidades que padecemos, en parte porque —a la sombra de las nociones de paz y de libertad— habían cristalizado muchas injusticias y prosperado muchas mentiras; pero en

parte también, porque los promotores de la cultura no acertaron a inculcar en las masas una imagen viviente de esas nociones y se contentaron con definir las por sus límites negativos: la paz, como negación de la guerra, y la libertad, como negación de la tiranía.

Acaece, no obstante, que el ánimo de los individuos y la convicción de los pueblos se enardecen difícilmente por aquello que se les brinda en términos restrictivos y que la libertad y la paz son condiciones que han de estimarse, ante todo, por sus aspectos de afirmación. A partir de Versailles, no fueron pocos los libros que difundieron el odio y el miedo de la contienda. Barbusse y Duhamel, Arnold Zweig y Dorgelès, Remarque y Romain Rolland —para no mencionar sino a novelistas de éxito incuestionable— hicieron de sus obras requisitorias vehementes contra la guerra.

Mas, a cambio de aquellas requisitorias, ¿cuántos fueron los escritores que se atrevieron a cantar positivamente los méritos de la paz? Por tenebrosa que fuera la novelística de la guerra, la de la paz destilaba también acíbar y desaliento, pesimismo y desolación.

¿Qué ejemplos de humanidad proponían los literatos más celebrados a sus lectores? En Francia, el inmoralismo de "Los Monederos Falsos" descritos con tan persuasivo talento por André Gide y la sociedad decadente que dio pretexto a los admirables análisis de Marcel Proust. En Alemania, el culto de la muerte de Thomas Mann y las crueles indagaciones de Jakob Wassermann. En Italia, los personajes nocturnos de Svevo y de Pirandello. En Praga, las agónicas turbulencias de un Kafka y, en Inglaterra, cuando no las digresiones irónicas de Aldous Huxley, el exacerbado sensualismo enfermizo del "Amante de Lady Chatterley" . . .

Entre las perspectivas de un armisticio sin grandeza y los cuadros de una guerra sin magnanimidad, lo que germinaba naturalmente, en el público, era la indiferencia. ¿Valía la pena renunciar a la lucha para incurrir en ese marasmo que se nos daba como resumen y anestésico de la paz? A fin de contrarrestar la sensiblería llorosa de ciertas horas de la literatura decimonónica, se exageraron las pretensiones de un intelectualismo geométrico y efectista. Poetas, de angulosa prestancia, llegaron a declarar que el corazón había pasado definitivamente de moda. Antes que de los caracteres, la virtud, la pasión creadora, la entereza y la viril elegancia de la conducta huyeron de las páginas de los libros. Y, si restamos algunas obras excepcionales, la mayoría de la producción literaria esparcida en el mundo entre 1918 y 1940 puede clasificarse en dos largas series: la de los textos que tendían al idealismo, por evasión de la realidad y la de aquellos que proclamaban, como único realismo posible, la eliminación de los ideales,

¿Qué representaba tan seria antítesis, sino una dimisión moral de la inteligencia? Porque no hemos de resignarnos a que el papel de la inteligencia haya de reducirse a copiar los retratos bajos y los perfiles ignominiosos, sino a tomar, al contrario, los elementos dispersos en la naturaleza y a organizarlos con energía, a fin de proporcionarnos una galería de modelos, dichosos o infortunados, nobles o ruines, pero contrastándolos —como siempre ha ocurrido en las grandes épocas— sobre el fondo de una concepción coherente, inspirada y sólida de la vida.

Todos un poco nos encontramos, en estos días, como Renan, cuando escribió su Plegaria sobre el Acrópolis. Todos, en efecto, quien más, quien menos, podríamos, como él, afirmar que "llegamos tarde al umbral de los misterios de la belleza simple y verídica". Porque hemos vivido enfermos de escepticismo y porque, para decirlo con sus palabras, "una filosofía indudablemente perversa nos indujo a creer que lo bueno y lo malo, lo feo y lo bello, el dolor y el placer podían transformarse unos en otros, merced a matices indiscernibles, como los del cuello de la paloma", nos sentimos ahora situados ante el deber de elegir lo bueno con osadía y de rechazar lo malo con decisión, de servir al bien con todas las fuerzas de nuestro convencimiento y de oponernos al mal incansable, perennemente.

Nuestra dignidad —y tal vez no sólo la nuestra— dependerá del acierto con que escojamos entre el camino de la llanura que lleva, entre muelles ondulaciones, a la comodidad y al desistimiento y el camino de la montaña que va, entre riscos, hacia el heroísmo de la belleza y de la verdad.

La obligación más alta de los artistas y de los escritores de nuestro tiempo es la de devolver a los hombres una esperanza. Pero no la esperanza blanda y afeminada de que la paz equivale a una póliza contra todos los riesgos de la existencia, sino la varonil esperanza de que vivir es aceptar los peligros, sobrellevarlos y saber dominarlos con valentía, en función y por obra de un ideal.

Quiera México que todos sus escritores —los presentes y los ausentes— merezcamos asumir esa obligación. Tal es, señores, el voto que elevo, fervientemente, al unirme a vuestra Asamblea.

MITO Y REALIDAD DE LAS UNIVERSIDADES LATINOAMERICANAS

Por Juan FERNÁNDEZ

Bases y fines

LA definición de fines está uniendo a las universidades de América Latina en un todo regional y, al mismo tiempo, constituye la identificación, en lineamientos grandes, con la universidad mundial: conservar los conocimientos y la cultura adquirida; transmitirlos y vulgarizarlos por medio de la docencia propiamente universitaria o de la extensión universitaria; facilitar los medios o instrumentos necesarios para conservar, impartir y ampliar conocimientos; aumentar el caudal de éstos por medio de la investigación y los Altos Estudios. Para Luis Alberto Sánchez, ex-Rector de la Universidad de San Marcos de Lima, debería existir una finalidad más: "defender los conocimientos y la cultura que se hayan adquirido". Esta defensa debe ser efectiva, según Sánchez, frente al totalitarismo de verdad y a la democracia de palabra.

Roberto Agramonte, ex-Rector de la Universidad de La Habana, no se refiere tan sólo a los conocimientos sino a la universidad como institución del saber. Aclara que el saber no consiste en conocer muchas cosas ni en poseer muchos datos de éstas, ni ser erudito, sino en tener una comprensión viva de las cosas, ya que se puede saber muchas cosas y no comprender nada. Sabio es por eso, el emotivo profundo. Saber es haber dirigido y vivido tan bien un caudal de conocimientos o doctrinas que se llega a ignorar las fuentes de donde procede ese saber, que, por haberse tamizado tanto, se ha convertido en un saber-experiencia. Saber es estar orientado en el mundo de las ideas y en el de la realidad como para que el que posee ese saber tenga con él un método superior y propio de intuir el sentido de las cosas —saber de sentido—. Pero el saber es también una actitud ética. Ser sabio es saber elegir el camino que lleva al hombre a la paz interior, a la ausencia de contradicción consigo mismo, a la plena unidad de su vida, aunque por ese camino encuentre un real padecer. Uno de los más importantes procesos de desarrollo de las universidades de América Latina, allí donde hay

profesores auténticos, es el reemplazo del suministro de conocimientos muertos por un saber que es orientación en el mundo de las ideas y en el de la realidad.

En las universidades que han introducido reformas hondas, la definición de los fines ha ocupado siempre un lugar de primera importancia. En la Reforma Universitaria Argentina de 1918, originada en la ciudad de Córdoba, sin duda el punto de partida para la reforma universitaria latinoamericana, el replanteamiento de fines fue el fundamento de ella. Alejandro Korn, el pensador argentino que propició entre otros eminentes profesores e intelectuales la Reforma, respetó la ciencia, pero señaló sus lindes en la comprensión de los fines. Korn afirmó que la ciencia contribuye a emanciparnos de las fuerzas ciegas de la naturaleza, "destinadas a servirnos y no a mandarnos", y que con la ciencia convertida en técnica no avanzamos necesariamente, sino que estamos en condiciones de avanzar hasta la consecución de nuestra libertad económica. Pero la ciencia es solamente la interpretación cuantitativa de la realidad: la ciencia abarca un aspecto de lo real. La universidad no puede ser concebida sin la cultura. Y la cultura, sin la educación.

La universidad, cuyo prístino sentido es la agrupación de gente heterogénea para fines de estudio, desempeña papel fundamental en la vida moderna. Acrece esto en países incipientes como los de América Latina. Ella es crisol de juventudes. No hay que dar a la palabra juventud el estrecho sentido biológico de promociones de hombres de igual y corta edad. Se es joven cuando se respira a sabor un ambiente determinado. Cuando ese aire se vuelve molesto, irrespirable por muy oxigenado, es que los pulmones no responden; se ha dejado de ser joven. Para distinguir las juventudes auténticas de las fingidas, vale primordialmente la universidad latinoamericana. Al cumplir sus fines, la universidad escalona las generaciones, construyendo un equipo de ideas con el cual esos grupos humanos actúan en la respectiva historia nacional, dándole contenido o despenándola.

No es posible negar que la universidad está en crisis en América Latina, como lo está, en diferente medida, en el mundo. La crisis indica que los fines son cumplidos deficientemente o que no son los que corresponden a la época actual. Lo que dijo Gregorio Marañón hace muchos años tiene vigencia hoy: "es cierto que la universidad se hunde. Se hunde en todo el mundo, envuelta en las mismas culpas y en las mismas responsabilidades que los Estados, a los cuales, antes que a la cultura, sirven". Pero hay que añadir que es más grave todavía la obediencia incondicional a los gobiernos de turno, instrumentos de los Estados. Sobre todo cuando los gobiernos son

totalitarios, sangrientamente antidemocráticos, terriblemente represores, inhumanamente persecutores de los derechos humanos y con ellos, segadores de las inteligencias y corazones excelsos. Para éstos son inventadas leyes de poderes omnímodos que destruyen las constituciones de las repúblicas y todas las Leyes Orgánicas especialmente en sus garantías individuales. Entonces, son aplicadas con el nombre de "prescindibilidades", sin sumario alguno, sin causa alguna, sin prueba de ninguna especie, sin defensa de ninguna naturaleza, la prohibición para trabajar y para vivir a los más representativos del pensamiento, solamente para satisfacer las apetencias de destrucción y muerte que encuentran su gran nidada en las turbamultas seguidoras del "verticalismo" de un amo, como en la España franquista que felizmente languidece hoy al dar paso a las grandes movilizaciones democráticas.

Para el argentino Alfredo Colmo, sociólogo agudo, la universidad desempeña un papel muy relativo frente a las inteligencias y voluntades muy altas. En prueba de su aserto señala a Sarmiento, a Mitre, a Ameghino. La afirmación de Alfredo Colmo sería mucho más escéptica si resucitara para contemplar la crisis muy aguda de la universidad argentina actual. Esta universidad representa en cada sector un cuerpo monolítico impenetrable porque está dominado por una tendencia político-partidista totalitaria que resurgió cada vez con mayor fuerza a partir de mayo de 1958. En la primera etapa del totalitarismo avasallador, como es lo característico de todo régimen despótico, no solamente que no hubo ningún interés real por las universidades sino una tendencia firmemente planeada para destruirlas, bajando hasta lo inconcebible el nivel de su capacidad académica de tal manera que los ayudantes pésimos tomen las cátedras titulares de un solo salto o por medio de concursos fraudulentos. Y entonces, los alumnos universitarios no eran partidarios del "gran ausente". Por la creación de un caos inconcebible cuyo eje giraba en torno a las universidades y en vista de que el tirano había levantado banderas de toda especie para halagar a la extrema izquierda y a la extrema derecha, los universitarios que fueron empujados por sus profesores politiqueros y totalitarios al desorden más atroz para no cumplir con el deber de darles clase, les hicieron formar la vanguardia de una lucha cuya meta no tenía por centro sino la megalomanía del dictador. Es así como toda ley desde la 16,912 hasta la 17,245 y desde ésta hasta la 20,654 no han tenido por objeto sino el mantenimiento de la ignorancia, del ocio y del pigmeísmo docente. No hay acción administrativa que no tienda al cumplimiento de este objeto.

Agrega Marañón, al referirse a las bases de la existencia universitaria, que "el verdadero acopio de conocimientos y de expe-

riencia es obra individual y extrauniversitaria que el estudiante tiene que hacer por su iniciativa y por su cuenta. Sin contar cuando hay que dedicar gran parte de este tiempo y de este entusiasmo a deshacer los resabios que han dejado en la ideología y en la técnica pedagógica los malos profesores”.

Finalidad de la universidad es la de afirmar nacionalidades y la de vincularlas con el Continente y el mundo. Como decía Unamuno, “el desarrollo del amor al campanario sólo es fecundo y sano cuando va de par con el desarrollo del amor a la patria universal humana; de la fusión de estos dos amores, sensitivo sobre todo el uno, y el otro sobre todo intelectual, flota el verdadero amor patrio”.

Saber qué produce cada país latinoamericano, qué es capaz de producir, cuáles son las fuentes de la riqueza que no aprovechamos o aprovechamos mal, es uno de tantos fines de la universidad de nuestro tiempo. Investigar las condiciones sociales y planear soluciones jurídicas. Observar los estados de tensión entre grupos y clases y contribuir a su aglutinación nacional. Inclinar a los jóvenes hacia los ideales democráticos y americanos. Preparar a cada pueblo para la libertad política. Sostener firmemente la práctica de los derechos humanos.

La universidad latinoamericana tiene deberes para con el perfeccionamiento de la democracia en América y responsabilidades con la unidad de los pueblos. Esa unidad que para Europa ha sido el sueño de siglos y una utopía que engendró tantos y deleznable afañes imperialistas, hasta hundirla en un mar fragoroso de sangre y desolación, para América es realidad histórica y un ideal. En la realización de la libertad, América fue una sola, y la unidad es su destino. En el destino americano, las dos Américas, “dos medios mundos” como dijera certeramente Waldo Frank, la libertad ha sido la meta y el método, la democracia. Y el constitucionalismo ha constituido la forma de vida de la libertad y de la democracia. Los partidos políticos, que alta y profundamente vividos son formas en las que el pueblo se expresa desde dentro y se define en su característica representativa, alternativa y responsable, han estado ligados, sobre todo en los Estados Unidos, a la esencia de la vida de la libertad. ¿Qué sentido tiene por consiguiente el que Jorge Luis Borges sostenga que hay que imponer hoy a los Estados Unidos una dictadura militar para que deje Carter de recordar a los dirigentes de los Estados latinoamericanos que cumplan con su compromiso internacional de hacer efectivos firmemente los derechos humanos? La práctica de los derechos humanos no es de ninguna manera optativa, es una obligación irrestricta y un signo vital de los pueblos democráticos que solamente pueden autodeterminarse por medio de

la elección libre. Todas las Constituciones de los países latinoamericanos establecen que la soberanía reside en el pueblo y que la democracia está requerida de la libre participación de todos en los asuntos públicos y que por tanto, la disidencia por conceptos y por métodos culturales y científicos, es una necesidad de vida nacional e internacional.

Problemas del gobierno universitario

Los que miran todo desde el punto de vista europeo sostienen que nuestra universidad, por hallarse dentro de la órbita occidental, debe seguir el modelo de las de Inglaterra, Francia y Alemania. Los que quieren seguir el patrón norteamericano piensan a su turno igual. Las universidades no pueden cumplir fines de formación nacional sino en función de los influjos propios y no por medio de imitaciones incondicionales. Lo cierto es que las universidades latinoamericanas tienen sus características, aunque varias de éstas necesitan ser mejoradas en unos países más que en otros. Por ejemplo, con respecto al gobierno: gobierno desde fuera y gobierno desde dentro. Además el panorama universitario latinoamericano no es tan homogéneo como pudiera creerse a primera vista. Algunas características son claramente explicables, si bien admiten objeciones en la misma América Latina. En la Argentina hay actualmente un receso del gobierno llamado tripartito. Los estudiantes tienen por hoy solamente un gobierno que se imprime desde arriba. Es así como existe un denominado consejo de rectores de universidades nacionales junto al ministro de educación de la nación que es, aunque no se lo exprese textualmente, el presidente nato, ya que todas las iniciativas las toma él individualmente. No obstante, el consejo tiene el nombre de asesor. Es incompatible esta denominación con el hecho de estar constituido el cuerpo por un grupo, prácticamente, de empleados del ministro de educación. No se puede asesorar sino poseyendo más alta autoridad administrativa y académica. Sobre todo, administrativa. Más que imprimir dirección a la educación popular que es por excelencia la educación primaria y la secundaria en sus más diversas formas, el ministro se complace en ser parte directiva insustituible del grupo de rectores para impartir bajo el curioso mote de "redimensionamiento universitario", disposiciones anticonstitucionales que de hecho destruyen la libertad académica, que afectan la libertad de enseñar y aprender consagradas por la Constitución de la República en su artículo 14, que trata por otra parte de conformar las universidades, a pesar de sus variantes más profundas, en un solo casillero cerrado, rígido, estático, inerte, coer-

citivo y nivelador, para mantener a toda costa a los mismos profesores que vienen enseñando desde la primera etapa del gobierno de Perón o que han sido aceptados posteriormente solamente por ser peronistas. Y hay que advertir que las veintiséis universidades nacionales no podrían ser puestas en una sola bolsa porque son muy diferentes en cuanto al volumen de alumnos con que cuentan, con relación a los edificios y equipos de que disponen, con respecto a las profesiones y carreras que comprenden, en relación con los recursos financieros que poseen. De tal manera que las disposiciones niveladoras son antidemocráticas y antiacadémicas. Algunas de las universidades fueron fundadas en el siglo anterior y otras han aparecido gradualmente a lo largo de este siglo y la mayor parte, surgieron sólo con un rótulo en el año 1972. En general, todo les falta para que sean realmente universidades. En cuanto a las universidades nacionales, en todos los países latinoamericanos, hay libertad académica. Y en general se tiene el pudor de otorgar las más altas remuneraciones a los que más saben, a los que antecedentes de más sólida importancia poseen, a quienes tienen un pleno dominio del idioma propio y hablan idiomas extranjeros, a los que se han perfeccionado en universidades de renombre, a quienes se les reconoce la autoría de sobresalientes méritos a través de sus obras publicadas en notables editoriales por medio de las cuales alcanzan una divulgación plena. En la Argentina, los más altos sueldos son pagados a los jefes políticos de la agrupación tantas veces citada y que alrededor de 1946 canceló a los más notables profesores de una sola plumada dictatorial, en un número de más de mil doscientos. En las revistas universitarias escriben pocos y rarísima vez un artículo es de veras satisfactorio. Hay Facultades de Filosofía y Letras en las cuales se desdeña la preparación pedagógica teórica y práctica y está recluida ésta a un grupo de profesores que ordenan la memorización desarticulada de sectores de libros tomados al azar. No constituyen éstas colegios o institutos de Pedagogía en donde el pensar y el hacer educativos ocupen lugar central. Fue acertado Bernard Shaw al decir que "el que sabe, hace; y el que no sabe, enseña". No hay país latinoamericano en donde el ministro, poniendo de lado despectivamente sus obligaciones enteras y plenas, trate de ser únicamente, una especie de director de los Rectores de las Universidades nacionales al reunirlos en un llamado consejo. Pero poniéndose de espaldas a la educación primaria y a la secundaria en sus más variadas tipologías y tendencias. No hay Ministro de Educación que no se interese por la educación popular, por la educación fundamental, por la educación llevada a todos los rincones del país, por la educación permanente y por la que retiene al pue-

blo en contacto vivo con la cultura y con las bibliotecas y con la comprensión inteligente de los problemas humanos, sociales, económicos y culturales del país y a través también de un cuadro preciso de referencias constantes y objetivas de los países de la comunidad latinoamericana y en general de todos los del mundo, ya que los medios técnicos han reducido las dimensiones del Globo. En México publica la Dirección General de Divulgación que es parte muy dinámica de la Subsecretaría de Cultura Popular, revistas y libros, en tirajes de varias centenas de miles de ejemplares para la distribución gratuita en todo el país. No puede haber universidades sin una evidente y vasta y plena educación popular. Las masas constituyen el soporte moderno de la universidad necesaria.

Juan Gómez Millas, ex-Rector de la Universidad de Chile, dijo: "No olvidéis que en algunas universidades, la juventud equivocadamente conducida, impuso por la violencia normas y sistemas que creían útiles y justos frente a autoridades ciegas o altaneras". Gómez Millas reconoce que puede haber una violencia de parte de las autoridades, de tal magnitud como para provocar movimientos juveniles. En 1944, al término del curso escolar, después de haber agotado todas las instancias administrativas por largo tiempo, el Instituto Pedagógico, sin duda la más moderna escuela universitaria de América Latina, solicitó la separación de profesores rutinarios, probablemente mediocres y a quienes calificó como "enemigos de la juventud" y "retrógrados". Al comienzo de 1945 hubo cambios docentes muy notables con la contratación de profesores eminentes como José Ferrater Mora. Tuvimos el honor de participar en la enseñanza renovadora.

La autonomía universitaria es otro de los grandes y palpitantes problemas relativos al gobierno universitario. La autonomía no es una conquista reciente. Desde el virreinato, nuestras universidades disfrutaron de los fueros de la de Salamanca, con una pequeña restricción inicial: referente a la exención de impuestos a sus miembros. Pudo ser, como fue, semillero de tendencias liberales y aun de la Independencia Política. Un crecido número de próceres de la Emancipación Americana salió de los claustros universitarios. Espejo fue la más grande figura representativa del Continente. Por lo común, la universidad, en especial su alumnado, toma parte activa en los movimientos políticos del siglo XIX y en el XX adopta posiciones esclarecedoras y guiadoras en los conflictos sociales.

Vale la pena recordar el proyecto de Ley del Dr. Juan Ramón Fernández presentado al Congreso de la Nación Argentina de 1904 que reconocía a las universidades una organización autónoma bastante completa y en su artículo 9o. instituíó el gobierno de la uni-

versidad a cargo de un Consejo Superior formado por el Rector y los Decanos de las Facultades y de un claustro universitario constituido por profesores y ex-profesores Titulares y Sustitutos de cada Facultad, por los Diplomados universitarios de cada Facultad que concurrieran a sus sesiones en la Universidad de Córdoba y por los Diplomados que obtuvieran lauros por sus estudios y que se incorporaran a los mismos actos en la Universidad de Buenos Aires. Debía dictar los Estatutos de la Universidad respectiva de acuerdo con las bases establecidas en el mencionado proyecto y los reformaría en todo o en parte, cuando sea necesario, ajustándose siempre a los mismos principios. El proyecto del Dr. Fernández aseguraba la independencia económica de las universidades destinando cincuenta mil hectáreas de tierra fiscal en los territorios nacionales, para cada una de las Facultades existentes, las que constituirían su patrimonio inalienable. Es indudable que por un lado, la autonomía económica fundada en el otorgamiento de un patrimonio económico consistente en la posesión de tierras fiscales extensas es el camino seguro de la autonomía y no la simple proposición de presupuestos al Poder Legislativo y su revisión de tal o cual magnitud por parte del Ejecutivo. Y, por otra parte, la universidad se eleva con sus propios valores al conceder la debida importancia a los estudiantes calificados como los más notables. Lo que se observa en la Argentina de hoy, es adversamente al destino universitario, la negación de la universidad para sí misma en uno como suicidio cultural, al alardear obsesivamente a los egresados más altamente calificados por ella misma. Si a esto se agrega la inexistencia de la universidad nacional en cuanto a la unidad de fuerzas y valores dentro de ella para hacer la conciencia nacional y como para que un título de una universidad del Estado sea reconocido inmediatamente en otra del mismo Estado porque hay disposiciones reglamentarias y peor todavía hábitos inveterados para preferir a los egresados de la propia universidad, contrariamente a lo que ocurre en los Estados Unidos y en Europa y en la misma América Latina, los resultados seguirán siendo fatales.

El Gobierno Provisional de la Nación Argentina, en diciembre de 1955, es decir, a raíz del derrocamiento de Perón, dictó un decreto para la reorganización de las universidades argentinas sobre la base de la autonomía. En realidad, el Sr. Teniente General Aramburu se caracterizó por ser el portacastandarte del carácter provisional gubernativo. Lo dijo con precisión rotunda desde el principio y su gobierno fue sumamente breve en relación con lo mucho que había que hacer para la afirmación plena de las actitudes democráticas y de la vida republicana plena. Pero para él, el signo más alto de su presencia debía ser la provisionalidad, al revés de lo

que ha solido y suele acontecer en los gobiernos de facto que toman el poder negándose a declarar republicanamente cuándo lo entregarán después jurídicamente de elecciones libres. En el Ecuador solía denominarse simple y llanamente Encargado del Poder Ejecutivo quien tomaba el poder, por lo general con la aquiescencia de grandes porciones democráticas. También en ese país se ha incurrido en el error del golpe de Estado por el cual los que lo toman por la fuerza no se autodenominan provisionales, por más que acontecen protestas vigorosas por todas partes en el sentido de la demanda ciudadana de una provisionalidad defensora del vivir democrático.

Luis Alberto Sánchez señala que la autonomía implicaba desde el principio la definición liberal, antiimperialista, democrática, antitotalitaria. Y he aquí una antinomia aparente: dependencia del Estado en lo financiero, independencia en lo administrativo y docente, libertad interna para la planificación económica de las inversiones de los fondos procedentes tanto del Tesoro Nacional como de las contribuciones propias.

La autonomía es la fórmula mediante la cual la universidad latinoamericana elude la presión del Poder Ejecutivo sin dejar de ser parte del Estado y aun siendo dependencia directa de éste, como en el caso de Chile. La ley de esta última designaba al Presidente de la República Patrono de la Universidad, cuya firma se requería para nombrar Rector, Decanos y Profesores; no obstante, de hecho, el Patrono no firmaba sino propuestas que la Universidad formulaba, sin variantes de ninguna especie.

Pero los principales efectos de la autonomía se refieren al ambiente de libertad de conciencia y expresión de la universidad, libertad de cátedra, libertad de investigación, libertad de asociación, libertad para disentir. Por lo general, salvo en los visibles casos de dictaduras manifiestas, el gobierno se abstiene de intervenir en lo que ocurre dentro de la universidad. No hay que perder de vista que la autonomía, creada históricamente para fines nobles y constructivos, pierde autoridad, crédito e importancia cuando la vida universitaria por dentro está vacía o minada de errores. La autonomía es aprovechada entonces tan sólo en forma burocrática, para la mutua protección de los miembros de camarilla que hacen las más bajas políticas anti-universitarias. A veces, hay pactos de no agresión entre grupos de diferente origen y que están separados por ligeros matices de intereses partidistas. De esta manera, la coexistencia vegetativa tiende a cerrar y cierra las puertas de la universidad para las personas de pensamiento alto y grandemente esclarecedor. Sería absurdo pensar en una autonomía aislada de la universidad. La autonomía universitaria implica, en apreciable sentido pedagógico,

también la autonomía de la escuela y la del colegio. El mayor beneficiario de la autonomía es el pueblo porque se enseña a vivir la democracia a lo largo de todo el sistema educativo nacional. La autonomía, por otra parte, implica la comunidad de personalidades bien definidas y libres. Por consiguiente, allí donde hay dictaduras ominosas, la tarea de hoy tiene que comenzar por el respeto estricto de la Constitución y de las Leyes Orgánicas de la República y por la supresión de directores de escuelas y de colegios erigidos en amos bajo el nombre de descentralización administrativa. La autonomía esencial no tiende a aislar sino a unir funcionalmente y a hacer efectivos los deberes y los derechos en el sentido de que a medida que se avanza en jerarquía administrativa sean mayores las obligaciones. En las dictaduras, los amos reemplazan a los auténticos dirigentes. ¿Y de qué descentralización se puede hablar cuando hay una pavorosa deserción escolar a toda la extensión del sistema educativo nacional, desde la escuela primaria hasta la universidad, haciéndose más visible el flagelo en la escuela primaria y en la secundaria? ¿De qué descentralización se puede hablar mientras el porcentaje en que ha aumentado el presupuesto de la educación primaria y secundaria es apenas del 2% en un país como la Argentina, según declaración pública del ex-Ministro Ivanissevich? ¿De qué descentralización cabe hablar en serio y responsablemente si rectores de universidades y directores de escuelas de todo nivel son elegidos solamente por la afiliación política y no tienen capacidad alguna cultural, científica y pedagógica para tomar una responsabilidad concienzuda que estimule debidamente a profesores y alumnos y cumpla fielmente la Constitución y las leyes? Porque la centralización no es la falla del sistema educativo nacional. Centralización y descentralización se buscan, se apoyan recíprocamente y se combinan en una síntesis promotora de la nacionalidad sobre los fundamentos de una planeación científica. Todo es un conjunto de engranajes que comienzan y terminan con el estudio y la realización de los problemas concretos del vivir nacional tanto político como administrativo y cultural. El ministro de marras, el que en abril de 1976, al iniciar su trabajo en la Argentina dijo que su más grande obra iba a ser la descentralización completa del sistema educativo cometió un error gravísimo. Y más grave fue el error de anular totalmente el concepto íntegro y la práctica total del Estatuto del Docente, acaso la mayor conquista de organización administrativa y de derechos realizada en el presente siglo. El sustituyó el Estatuto íntegro, que es un libro voluminoso de capítulos y artículos, reglamentados en su mayor parte, con su voluntad dictatorial para cancelar sin fundamento alguno por el tiempo de cinco años y con la prohibición para trabajar

en todo el territorio nacional.¹ Jamás ministro alguno concentró más desastrosos poderes en sí mismo en toda la Historia de la Educación Latinoamericana. Y haciendo una befa ominosa a los Organismos Internacionales de la Educación, éste aspira, por la vía política de su filiación peronista, a tener un altísimo cargo en un Organismo Internacional. Y jamás ministro alguno creó más inútiles y numerosísimos cargos en las oficinas ministeriales en momentos en que se hablaba a gritos de la necesidad de una restricción de gastos.

Con relación al gobierno universitario, expresa Manuel Agustín Aguirre, ex-Rector de la Universidad Central del Ecuador: "Largos y persistentes esfuerzos hicimos en la Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas de la Universidad Central, para organizar a los egresados y obtener su participación en el gobierno de la misma, como un ejemplo para generalizarlo a toda la Universidad. Es indispensable incorporar a los egresados al co-gobierno universitario, como una forma de integración completa de la República Universitaria". Aguirre realizó una plausible labor de acrecentamiento de la preparación y de la experiencia de los egresados por medio de cursos de considerable extensión, dispuestos en forma planeada y permanente. Para Aguirre, como para todos los Rectores de primera línea de la América Latina, no interesan los egresados como simples votantes para la constitución del gobierno administrativo de la universidad con la designación del Rector, de los Decanos, de los representantes de la asamblea universitaria ante el Consejo Superior y de los representantes estudiantiles ante este organismo y el de los Consejos Directivos de las Facultades. Los egresados valen en la medida en que testimonian su disciplinado afán de actualización del saber junto a las universidades, contando para ello, muchas veces, con profesores especialmente contratados. Es aquí en donde se pone el mayor énfasis en el rigor científico y en la investigación que requiere muy altos talentos y vocaciones fácilmente reconocibles, porque no puede ser investigador jamás el individuo mediocre. En la Argentina, adversamente al destino universitario y a su historia, los egresados fueron reemplazados de una sola plumada con el cuerpo administrativo al que se le dio el nombre de "no-docente" y se le asignó una cuota de representación en los organismos universitarios. Todo por obra de la demagogia. Y estos cuerpos "no-docentes", por lo general muy escasos en las universidades norteamericanas, europeas y latinoamericanas, se volvieron mucho más voluminosos que los cuerpos profesoriales y se dotaron de esca-

¹ Sobre todo en la Resolución Ministerial 4728 del 23 de noviembre de 1976.

lafones financieros extraordinarios y así equipados pasaron a formar la cola de la CGT.

Por lo demás, el co-gobierno universitario emana de la propia naturaleza y estructura de la universidad definida como "comunidad de profesores, alumnos y graduados". Y este co-gobierno tuvieron precisamente las más antiguas universidades del mundo y en diferentes formas apareció entre nosotros desde la época colonial y fue tomando un carácter cada vez más prominente en el curso de la vida republicana.

El co-gobierno universitario trata de desterrar el concepto de la autoridad de viejo y desacreditado tipo, baluarte de absurdas tiranías que se mantienen por la inercia y que no atienden jamás solicitud alguna de reforma. El co-gobierno ha propiciado en los últimos decenios la necesidad indispensable de la periodicidad de la cátedra, es decir, el deber del examen objetivo del progreso o del estancamiento de la acción profesoral y de la función investigativa. Las leyes y reglamentos, en la América Latina, como en las mejores universidades de todas las épocas históricas de la humanidad, conceden un período fijo, nunca mayor de cuatro años, para estudiar sobre todo los libros de los que es autor el docente. Porque no le afianzan en el cargo las contabilidades de años de servicio y el servilismo a determinada política sectorial sino la aportación tanto por su calidad como por su cantidad, aportación cultural y científica. Los concursos han sido puestos de lado, los concursos "públicos", teatrales, expuestos a impresionismos perturbadores para el pronunciamiento de una justicia analítica, concreta y convincente. En los países más atrasados, la palabra concurso no es sino usada para detener a las capacidades sobresalientes y proteger a la mediocridad, porque nadie ignora que los antecedentes son eliminatorios por sí solos en las universidades que son tales. ¿Qué es lo que se hace en el concurso cuando alguna vez se verifica? Oír una pobre charla sobre un tema limitadísimo y secundario de la información cultural o científica o técnica en donde el tema se pierde como una gota de agua en el mar.

Hay también universidades de fachada, de simple fachada, en donde a pesar de todos los alardes reformistas, los estudiantes se conforman con la ignorancia, la peor rutina y los más siniestros hábitos morales de quienes les dan lecciones estériles para rendir exámenes en los que son recitados de memoria conceptos que jamás son aplicados en la vida. Son masas de estudiantes que no quieren sino diplomas y títulos, sin ningún esfuerzo calificado.

Las elecciones de profesores y estudiantes (y a veces, egresados) no se escapan, desde luego, de los influjos y combinaciones de ca-

rácter político, en donde los partidos y los grupos deciden sobre las posiciones a ser tomadas, con absoluta prescindencia de los auténticos intereses universitarios.

Es cierto que la universidad siente mayor firmeza cuando descansa sobre sí misma, pero a su vez, nunca es tan responsable. La autonomía bien empleada es la protección de los fines de la universidad, porque si ésta es el órgano de la ciencia, que se investiga y transmite, y la ciencia es la verdad, la verdad necesita para surgir, imponerse y difundirse, un ámbito libre, ajeno a los aleatorios determinantes y a precarias contingencias. La libertad no es usada por consiguiente para el alumno mal llamado "libre", para el que como en la Argentina, solamente se inscribe y asiste al 75% de una de las tres horas semanales de clase. Tampoco es compaginable con el ejercicio pleno de la libertad académica la existencia de un tribunal examinador en donde dos miembros extraños a la materia enseñada califican con igual grado de capacidad aritmética para buscar al final promedios reñidos con la realidad multifacética de la actividad del alumno en la clase ahí donde hay aprendizaje activo. Y no hace falta la llegada del período por fechas rígidas, para la aplicación del régimen de periodicidad de la cátedra, cuando hay muy claras manifestaciones de rutina, de uso inadecuado de algún manual y no propiamente de libros de consulta y de uso de las fuentes fundamentales del saber y más todavía, del empleo de por lo menos dos idiomas extranjeros como instrumento de trabajo. En universidades en las que se vive de la estafa, de la mentira y del engaño, la periodicidad queda escrita y es burlada en diferentes formas.

La autonomía y el gobierno universitario tienen en América Latina estrecho enlace con la vieja discusión relativa a la política y a la universidad. Es indudable que hay dos políticas: la pequeña, convertida en industria de logros audaces; y la grande, dotada de visión sobre los problemas nacionales, limpia y valiente y desinteresada, que busca soluciones científicas y técnicas. ¿Deberá, a toda costa, ser indiferente la universidad a los reclamos de la política grande y trascendente y a los principios y métodos de la POLITICA CIENTIFICA? Pero, ¿no es finalidad de la universidad la de preparar a los dirigentes de la vida pública, a los conductores expertos de la vida nacional en cada uno de los campos en que se requiere un real conocimiento científico? Si se reservan el derecho de hacer política los "politiqueros", es decir, los comerciantes de la política, los que buscan la riqueza ilícita con el poder, ¿quiénes asumen la responsabilidad de la dirección especializada? ¿De dónde salen responsablemente formados los hombres de Estado?

Un razonamiento aparece obvio: el de enseñar a pensar y a sentir la política grande, política de problemas, impersonal y objetiva,

política no caudillesca ni de barato liderazgo, desde la escuela primaria (los dos últimos grados especialmente) hasta la universidad. ¿Se ha pensado lo suficiente que la universidad y la escuela primaria no son sino los dos polos de una misma grande obra que es la educación popular? Porque no hay que olvidar el hecho de que, ante una deserción alarmante en sumo grado, que avanza del 33% al 80% en varios países, la escuela primaria tiene que formar a través de conceptos vivos y claros a quien no podrá regresar a la escuela y que sin embargo votará, llegada la edad legal, incluso para Presidente de la República.

El gobierno universitario se conecta con problemas difíciles por todos lados. Por ejemplo, el de alcanzar la unidad en la formación del hombre, del ciudadano, del profesional, del trabajador. El gobierno universitario orientado a la moderna articula la universidad con el colegio o la escuela secundaria de tipo técnico.

El significado de la Reforma

LAS universidades de América Latina, hasta 1918, se dejaban regir por la rutina derivada de su organización virreinal. Si bien habían aparecido algunas con caracteres más modernos como la de Chile en 1842 bajo la genial dirección de Andrés Bello y la de México, bajo el pensamiento de Justo Sierra, su fisonomía, aunque no escolástica, era positivista y utilitaria u orientada hacia un neidealismo incoherente con las exigencias de la realidad americana. Carecían de adecuado rumbo. De ahí que la Reforma Universitaria no fuera solamente un fenómeno social, político y cultural. Se ha dicho que la Reforma Universitaria, nacida en Córdoba (Argentina) en junio de 1918 fue un impulso arrojado y generoso de acusación, crítica y renovación contra algunos males —no, por cierto contra todos— de la universidad vieja y rutinaria. Trató de crear una conciencia de responsabilidades y deberes. En donde ha sido posible arraigar convicciones, ha surgido ésa, y deberes y derechos docentes y estudiantiles aparecen en forma equilibrada. En las universidades en donde la bandera de la Reforma es agitada con el obieto de reducir al mínimo o a nada las tareas y los esfuerzos, la Reforma ha sufrido deformaciones y se impone por una parte, la necesidad de volver al punto de partida y por otra, la de superar la tradición. El movimiento de Reforma tendía en 1918 a la independencia espiritual. Su sentido consistió en defender y afirmar la autenticidad de la vida intelectual, económica y educativa. La voz alta de la Reforma fue "crear hombres americanos, como la más recia imposición de la hora". Y agregaba: "Que la manía de europeización que nos domina, no nos im-

pidan ser originales, esto es, americanos". La Reforma postulaba la afirmación de nacionalismos fecundos y creadores como contribución al sostenimiento de nuestra América. Dondequiera que se falsea la gran tradición histórico-cultural del mundo o se establece que en algún punto de la historia debe paralizarse la acción creadora del hombre, se está contra la Reforma. Nada ha sido más destructivo para la Reforma real que la aparición de nacionalismos xenófobos, belicistas y destructores de la idea unitaria de nuestra cultura. Porque la cultura, examinada en su más grande trascendencia tiene un carácter universalista, rebasa por su propia fuerza los límites nacionales. Por lo demás, es bien sabido que una Reforma no se obtiene de una vez y para siempre. Así como nadie ignora que una Reforma no consiste en proclamas y discursos, sino en actitudes.

Una de las actitudes modernas de la universidad es la instalación de seminarios y de institutos de investigación, formas modernas del trabajo universitario, para superar la simple agrupación de cátedras académicas, entendidas como exclusiva transmisión de conocimientos. Hay que suscitar en el estudiante un espíritu crítico y creador. La propia iniciativa y la evaluación personal del trabajo, considerados especialmente en sus planes y resultados, proporciona condiciones de humanidad que nunca se alcanzan con la sola acumulación de conocimientos. Hay que evitar unilateralismos: o la aislada formación profesional o la escueta investigación o la técnica operatoria. La universidad moderna necesita bases materiales y morales. La universidad debe ser el baluarte de defensa del espíritu contra las miserias de un practicismo que conduce a la adoración del más vil de los dioses: el éxito; el éxito hasta con el empleo de los medios más inicuos.

Las mejores universidades se esfuerzan por marchar hoy hacia el cumplimiento de fines completos y articulados entre sí y, por tanto, hacia reformas unitarias y plenas, en donde, para superar un problema hay que resolver todos los colindantes.

Las profesiones universitarias

EN América Latina, durante los tres últimos lustros se ha duplicado el número total de estudiantes y de profesores. Pero hay casos excepcionales como el del Perú, indicado entre otros por Luis Alberto Sánchez, en donde las universidades hasta 1961 tenían en total 24 mil alumnos, y en 1963 llegaron a 42 mil, registrándose desde entonces una curva extraordinaria de desarrollo, hasta el punto de que se observa una presión demográfica en el crecimiento de las universidades. Pero como los recursos financieros y los edificios y

los equipos y los cuerpos profesoriales no son aumentados en proporción al impulso demográfico cada vez más presionante, se buscan recursos antinaturales y anticientíficos para tratar de frenar las demandas presupuestarias. Se acude, por ejemplo, a exámenes de ingreso que reducen a una parte mínima a los alumnos aspirantes al ingreso al primer curso. Y no faltan países como el Brasil que, para evitar el ingreso a otras ciudades que las de la residencia fija, ordenan que los exámenes de ingreso sean hechos en una misma fecha. Y como las reclamaciones populares aparecen torrencialmente por todos los países, en naciones como la Argentina, se dice que se va a aliviar la situación por medio de la creación de escuelas de nivel terciario y no precisamente de universidades, con lo cual queda establecida una discriminación, admitiéndose la falibilidad en gran escala de exámenes cuyos resultados aparentemente son insatisfactorios porque son recibidos por profesores universitarios y sobre la base del uso de textos tomados como oficiales. Hay países en los cuales se ha triplicado el número de estudiantes. Otros en los que se ha cuadruplicado y hasta quintuplicado en menos de diez años. De todas maneras, el porcentaje de alumnos que aspira a pasar de la enseñanza media a la universidad, junto al que se encuentra ya en la universidad, constituye menos del 1% de la cifra total de alumnos que terminan la enseñanza media. No hay que olvidar que John F. Kennedy se lamentaba en uno de sus más memorables discursos de que sólo el 20% de egresados de la enseñanza media, de la "high school" pasaba a la universidad. Pero este porcentaje resulta gigantesco en el mundo entero en relación con el de los países subdesarrollados de varias regiones como la América Latina, en donde ni siquiera se mantiene el 1% sino solamente una fracción, pues hay estudiantes desnutridos que no pueden continuar los estudios por falta de facilidades que les ofrezca el Estado y hay también estudiantes que, apremiados por las necesidades del trabajo, suspenden por largo tiempo los estudios universitarios o los abandonan del todo. Hay alrededor de tres mil universidades en los Estados Unidos, incluyendo en éstas los "colleges", bases típicas de formación cultural de los Estados Unidos que también se encuentran al comienzo de todas las universidades, en vista de que la profesión tiene como punto de partida una formación integral.

En la América Latina los estudios médicos gozan de preferencia entre los estudiantes. Solamente en Bolivia, Costa Rica, Ecuador, Panamá, Puerto Rico y Uruguay el estudio de las Ciencias Jurídicas y Sociales predomina sobre las Médicas. El grupo de disciplinas que corresponden a las Humanidades, pese a que en él se han incluido las Ciencias de la Educación, va siendo abandonado progresivamente

con excepción de Costa Rica, Panamá y Puerto Rico. Las Ciencias Exactas, Físicas, Químicas y Naturales, a las que hay que agregar Farmacia, atraen cada año más estudiantes, sobre todo en la Argentina, Brasil, Honduras y Perú.

En los últimos diez años las llamadas Ciencias Políticas y Económicas solicitan poderosamente la dedicación de los estudiantes. Las carreras de Ciencias ejercen un enorme atractivo sobre las nuevas generaciones y, reunidas, reclutan a un tercio del total de los estudiantes. Las inscripciones en las Facultades y Escuelas de Ingeniería crecen en forma paulatina y menor que en los países de Europa Central y Oriental y que en los Estados Unidos. Los porcentajes mayores se observan en los países de industrialización reciente.

Los estudios de Agronomía y Veterinaria mantienen la inscripción relativamente estacionaria.

Varias universidades tratan de dar a la formación profesional un valor y un sentido sociales, a fin de dejar atrás las simples miras individuales cuyo coronamiento es el éxito en cuanto acumulación de dinero. La investigación y el consejo vocacionales han iniciado siquiera en formas parciales las más avanzadas escuelas universitarias. Aunque el real aprovechamiento de la orientación vocacional requeriría paralelamente una transformación profunda de la organización social con el objeto de que las inteligencias superiores encuentren estímulos en todas las carreras y las preferencias no sean acicateadas simplemente por el punto de vista lucrativo y en contradicción con las aptitudes especiales, que a veces lindan con la genialidad. La verdad es que en la universidad no han faltado estudiantes de talentos encubiertos que no han podido encontrar el sitio adecuado para sus más acentuadas aptitudes y sus más acendradas vocaciones. Y esto ha ocurrido hasta después de obtener el diploma universitario. Profesores excelentes y la creación de ambientes ricos en incentivos variadísimos ayudan a que la persona se conozca a sí misma. En gran manera, la vocación es un autodescubrimiento de las posibilidades y de las realidades propias. El fracaso de la sociedad actual obedece a la mediocridad profesional, mediocridad porque se obra en contra de la vocación y mediocridad por la organización viciosa de la sociedad que empuja a torrentes a los individuos detrás de las ganancias fáciles y con los menores esfuerzos. Y también a las combinaciones degradantes con los juegos políticos, porque se rehusa alcanzar altura honesta con la persistencia y nobleza del esfuerzo personal.

Varias universidades tratan de dar a la formación profesional un valor y un sentido sociales, a fin de dejar atrás las unilaterales miras individuales cuyo coronamiento es el éxito en cuanto acumu-

lación de dinero. Generalmente la profesión es elegida por el capricho, por el afán de notoriedad teatral, por la posición económica y por el interés de exhibicionismo. Algunas de las Facultades de Filosofía o Escuelas de Pedagogía contribuyen a la comprensión del problema vocacional por medio de la investigación y orientación adecuadas, y tienen nexos vivos con la educación pública en sus diferentes grados, puesto que la resolución de tan vasto problema no le corresponde solamente a la universidad. Pero también hay Facultades de Filosofía que deberían desaparecer por inútiles ya que debiendo ser su finalidad fundamental para la sociedad la formación docente a través sobre todo de una práctica gradual, cada vez más sostenida y más intensa, en el más variado tipo de escuelas de enseñanza media, se rehusa el quehacer pedagógico y se proporciona tan sólo nebulosas doctrinas retaceadas, jamás entendidas unitariamente, porque hay un mariposeo irresponsable que se atiene a la memorización de breves capítulos de unos pocos libros y en otros casos, peor todavía, a la memorización de los apuntes de clase en donde son puestas en confusión desastrosa hasta las más claras ideas de los textos.

Hasta el tiempo en que Juvenal Hernández desempeñó por veinticinco años el Rectorado de la Universidad de Chile y puso él en el Instituto Pedagógico especiales atenciones formativas teóricas y prácticas, fue ese el Instituto de veras internacionales de la América Latina que tuvo alrededor del 50% de alumnos que iban a Santiago de Chile desde las más remotas Capitales latinoamericanas. La práctica docente se desenvolvía en escuelas medias de tipo común y en escuelas experimentales muy bien organizadas. Y el número de horas semanales de clase para el alumno-maestro en el último año, era de por lo menos quince y con remuneración proporcionada al esfuerzo y a la calidad del rendimiento.

La universidad latinoamericana está encarando ahora el problema que hace diez años habría parecido irrisorio: su crecimiento incontenible, incontenible en relación con la falta de mercado ocupacional para algunas de las profesiones. Es incuestionable que los países latinoamericanos necesitan técnicos, y técnicos no son solamente los ingenieros industriales, sino también los médicos, abogados, arquitectos, agrónomos, agrimensores, geólogos, geógrafos, economistas, farmacéuticos, odontólogos, educadores, químicos, historiadores, pensadores, estadígrafos, sociólogos, especialistas en Literatura, Matemáticas, naturalistas, veterinarios, pedagogos constructores de las teorías nuestras, etc. En general, se puede afirmar que hay en América Latina un grande déficit de técnicos.

Los países latinoamericanos tienen necesidad de técnicos en todos los campos. Técnicos que, apoyándose en la ciencia y en la

cultura, acierten con la resolución de los problemas nacionales e internacionales. Internacionales también, cada vez más, porque el Continente se afecta, entero, por la debilidad de los países retrasados en uno u otro sentido. No hay que perder de vista que el desenvolvimiento en todas partes es hecho por parcelas, es realizado con parches y remiendos y en forma de mosaico. Mientras se vive el siglo XX en unos aspectos —en su comienzo o en su mitad— en otros el atraso es de ciento o doscientos años.

Las universidades latinoamericanas deben preparar, por medio de la variedad suficiente de profesiones, hombres de pensamiento y de acción, expertos en el dominio de planes y en la ejecución de realizaciones. En la América Latina hace falta el hombre de pensamiento que surja de la realidad palpitable, y el práctico que sepa encontrar las fallas de los errores de la acción. No faltan universidades que disponen, en varias de sus escuelas, de un grupo de materias de cultura general. La finalidad es reforzar la ciencia y la técnica con la comprensión humana de los problemas. No se trata de una inyección de humanismo de viejo tipo, sino de la percepción y encaramiento de los problemas contemporáneos del hombre, nacional y universal al mismo tiempo: se trata de la educación del joven universitario y de su aptitud para iluminar, obtener paz y ennoblecimiento para un mundo en crisis.

Desde la segunda enseñanza hasta la superior, se hace sentir, en relación con los procesos de industrialización y los avances culturales, nuevas estructuras que sostengan a las universidades latinoamericanas de hoy para que encuentren en ellas las naciones y la humanidad toda su realización plena.

Solamente en los países en los cuales está mal distribuido el presupuesto universitario, se comprende mal la función profesoral universitaria y se la entrega a individuos que acaban de egresar de ella y que portan apenas un título, más frecuentemente no con las más altas calificaciones ni con distinciones humanas y culturales que traspasan el límite de la vida escolar. ¿Qué puede aprender del egresado muy reciente el alumno del primer curso y de los siguientes? Absolutamente nada. No obstante, son muchas las universidades que hacen descansar el peso máximo de la docencia sobre los ayudantes sin conocimiento cabal de la materia, sin madurez de juicio, sin ninguna aportación de vivencias dedicadas a vivificar una enseñanza satisfactoria. Esta desgracia es debida, como tantas otras, a la extrema politización y a la demagogia degradante de las universidades de nuestro tiempo. Ocurre entonces que las materias llamadas de "Introducción" a una determinada carrera no cumplen con su objetivo máximo que es el de promover interés por el estudio, aprove-

char por otro lado, por medio de un clima espiritual adecuado, la oportunidad para la investigación vocacional. Y estas materias introductorias están puestas en manos de los profesores que ganan mayor sueldo para que el trabajo efectivo de contacto con los alumnos y la realización de actividades aplicativas sean entregadas a los ayudantes. Esto pasa sobre todo en la Argentina.

La universidad tiene que ser humanista, no en el viejo sentido de la resurrección de algún texto griego o latino para entrenarse en el manoseado comentario marginal y la casuística, ni en el concepto clasicista del humanismo burgués, que al mismo tiempo que exalta al hombre —al hombre de la clase burguesa— y canta loas al individuo, desprecia al hombre común y condena a la masa, desprecia las formas de trabajo modestas pero fecundas del campo y de la ciudad. El humanismo debe desempeñar un papel libertador y debe poner las bases de un aprendizaje inteligente y de una formación que dote de visión amplia a los estudiantes.

No solamente que no es indiferente la ética con la formación de los profesionales universitarios sino que es su centro de gravedad. El médico tiene que ser sobre todo un servidor de las clases desvalidas. Su aspiración no debe ser el enriquecimiento. El abogado no debe comerciar inescrupulosamente con el ejercicio de su profesión ya creando expectativas infundadas o ya complicando las cuestiones de los litigios más simples. O, peor todavía, como suele acontecer en muchos casos, desistiendo de servir las causas que le representan algún esfuerzo no común y acaso algún riesgo. Y más todavía: poniéndose al servicio del litigante contrario. Y más grave es aún el constituirse en un sirviente de las dictaduras para la elaboración de leyes con poderes omnímodos, con poderes tan absolutos que el honor y la vida de las personas dependen de los tiranos. Poderes omnímodos que, al reducir la legislación a unas pocas leves avasalladoras, destruyen la existencia misma del Estado y, por ende, la Constitución de la República que es su sustentáculo esencial.

Las universidades no pueden ser extrañas al hecho de que el pueblo las sostiene con un esfuerzo económico muy notable y que es deber de ellas el devolver los presupuestos que en ellas se invierten por medio de obras efectivas que traten de resolver heroicamente los graves problemas de los pueblos. Por una parte, hay países como la Argentina, en donde según la indicación del ex-Ministro Ivanisevich, mientras el presupuesto para las universidades aumentó desde 1970 a 1975 en el 24%, para la educación primaria y secundaria, apenas se incrementó en el 2%. Semejante dato estadístico convence hasta la saciedad que el presupuesto de la educación nacional se gasta al revés de las exigencias populares. Resulta absurdo gastar excesivamente en universidades mientras faltan maestros y escuelas

y profesores de enseñanza media para descongestionar las cifras muy grandes de alumnos en las aulas, tan grandes como para hacer imposible un trabajo didáctico provechoso. Es edificante por excelencia el ejemplo de Costa Rica. En 1886, con motivo de decretarse la Ley de Educación Común, se abolió la Universidad de Santo Tomás, creada a principios del siglo XIX. En cambio se universalizó la educación primaria. Y cuando se obtuvo el término de la educación primaria para todos, se creó también la obligatoriedad de la enseñanza secundaria, restableciéndose la Universidad en 1940, cuando ya la educación popular había dominado totalmente la geografía demográfica costarricense. Este crecimiento piramidal representado por Costa Rica es un ejemplo de un leal servicio a la causa popular. Es bien sabido que universidades endebles, universidades de puras etiquetas por todos lados, se sostienen en países en donde no han sido democratizadas ni la educación primaria ni la secundaria. Y sin embargo, se tiende a coartar en una forma u otra el ingreso a la universidad por parte de la gente dotada apenas de recursos para sobrevivir. En países como México, no se rehusa jamás la expresión de la verdad salvadora. Y es así como el ilustre Maestro Jesús Silva Herzog, en el Discurso pronunciado en representación de los economistas mexicanos, ante el Sr. Presidente de la República, Don Luis Echeverría, dijo: "¿Cuál era nuestra situación desde el punto de vista de los grandes intereses humanos? Diez millones de mexicanos —y aquí retrocedo un poco más, me voy al censo de 1970—, diez millones de mexicanos no comían pan; once millones de mexicanos no comían carne ni huevo, y dieciocho millones de mexicanos no bebían leche. ¿Y la situación cuál era en junio-julio del año pasado? Datos absolutamente fidedignos y lo puedo demostrar: teníamos veinte millones de desnutridos; en la Universidad Nacional Autónoma de México, el 25% del alumnado sufría de anemia, ya nacieron anémicos desde antes de salir del vientre de la madre, anémica también; y estos estudiantes anémicos, excepción hecha de los superdotados, ese 25% de jóvenes universitarios, de seguro padeciendo pobrezas, contribuyeron a la deserción escolar. No es eso todo. Por datos obtenidos durante esos dos meses —repito intencionalmente, junio y julio de 1975—, en esos meses el 25% de los habitantes de nuestro país gozaba de un excelente servicio médico, como en los países altamente desarrollados; otro 25%, más o menos, tenía un tolerablemente deficiente servicio médico, y 50% de mexicanos, en el mes de junio y en el mes de julio del año próximo pasado, no tenía ningún servicio médico. Los villorrios dispersos en el país, ¿qué servicios médicos tenían?: la "comadrona" para atender los partos, o el "brujo" para atender toda clase de padecimientos. Desde el punto de vista educativo puede afirmarse —que me perdone

mi amigo el Sr. Secretario de Educación Pública si no coincido enteramente con los datos de él—, mis datos son que en junio y julio del año pasado, teníamos doce millones de analfabetos, en parte resultado de la explosión demográfica. Los esfuerzos han sido enormes, pero no han sido suficientes".² Los constructores de la cultura de México que vienen propiamente desde la Colonia, porque la Nueva España constituyó en importancia la primera Colonia, han hecho marchar el país sobre la base de la verdad y todos los planteamientos y resoluciones de los problemas no han partido de mitos sino de realidades concretas. No faltan países en donde las propagandas para el Exterior constituyen un campeonato de mentiras, mientras los periódicos no dejan de publicar datos tremendamente desoladores. Los periódicos que están destinados a la circulación dentro de cada país. Tampoco faltan folletos y libros que enuncian verdades descarnadas que son tomadas como fundamentos para la dilucidación de los problemas con una metodología contemporánea de soluciones. México, con su Revolución coronada en la Constitución de Querétaro en 1917, estableció el deber de comenzar la construcción de un pueblo desde abajo, desde el campo, desde la escuela rural, desde la libertad campesina, desde la Reforma Agraria, desde los caminos vecinales y las líneas telefónicas y telegráficas que unen los pueblos más humildes, desde la escuela que es para niños y adultos, desde un hacer que va creando paulatinamente una teoría de la Sociología Rural y de la Sociología de la Escuela del Agro. ¿Que la Revolución necesita ser continuada y que está en suspensión en varios sentidos frente sobre todo al gran crecimiento demográfico? Es cierto. Pero existe el gran anticipo de una experiencia profunda ya adquirida y madurada desde lo más profundo de su propio suelo con una estimación debida de las raíces de las viejas civilizaciones indígenas. Es por ello que la universidad no existe para especulaciones teorizantes inútiles, salvo casos sumamente reconocibles, por ejemplo al tratarse de los llamados "neo-kantianos" cuyo jefe habló de una "Pedagogía Universitaria" totalmente nebulosa y extraña al medio mexicano y latinoamericano.

En el panorama latinoamericano por lo demás, la CEPAL ha publicado datos generales trágicos: "Casi la mitad de la población latinoamericana sufre de enfermedades infecciosas o deficiencias orgánicas; alrededor del tercio de la población trabajadora, particularmente la campesina, está al margen de la acción económica, cultural y social de la comunidad; dos tercios de la población sufren condiciones de trabajo semif feudales; la mayoría de la población

² Silva Herzog, Jesús: "México y los Economistas" *Cuadernos Americanos*. Julio-agosto, 1976. Vol. 4. Suplemento de la Dirección.

agrícola carece de tierras y la mayor parte de las industrias extractivas está controlada o es propiedad de corporaciones extranjeras". El sociólogo brasileño Josué de Castro, en su libro titulado *Geografía del Hambre*, pintó los horrores de la muerte por inanición en un Continente inmensamente rico, porque la propiedad, la gran propiedad, el latifundio, está desde la Colonia Española, en poder de un bajo porcentaje de habitantes. Los nuevos regímenes de tenencia de la tierra, la Reforma Agraria efectiva, la desconcentración urbana, la mecanización y electrificación de la agricultura, y la vivificación de la vida de la aldea por medio de la escuela nueva están construyendo la América de hoy.

Los deberes que deben ir unidos al desempeño social de las carreras universitarias quedan señalados en una suma de verdades desconcertantes que afectan dramáticamente la vida del pueblo en todas partes en nuestra adolorida América. En las universidades verdaderas, todas las carreras miran hacia nuestro propio mundo, la América nuestra. En esta universidad es inconcebible la xenofobia disfrazada de sentimiento nacional.

Presencia del Pasado

UTOPIA EN LA SELVA AMERICANA: ENCRUCIJADA DEL ESPIRITU SANTO

Por Hugo RODRIGUEZ-ALCALA

EL dramaturgo José María Rivarola Matto nació en Asunción el año 1917. Pertenece, pues, a la llamada Generación de 1940, la de Hérib Campos Cervera, el poeta de *Ceniza redimida* (1953) y de Augusto Roa Bastos, el novelista de *Hijo de hombre* (1960) y *Yo, el Supremo* (1973). Su juventud es aventurera y laboriosa. En 1932 estalla la guerra del Chaco. Rivarola ingresa en la Escuela de Oficiales de Reserva a los diecisiete años, en 1934. Allí la disciplina es rígida. Rivarola se escapa una noche del viejo edificio militar para visitar a los suyos. En castigo de esta falta, la Jefatura de la Escuela lo envía al frente de batalla. Rivarola llega, soldado raso, a la Primera División de Infantería. Pronto se hace famoso entre la tropa. Nadie escribe mejores cartas que este adolescente de familia patricia que, por indisciplina, no ha llegado a oficial pero cuya jerarquía intelectual en los vivaques corresponde a tres estrellas sobre oro trenzado y que ahora, rodeado de campesinos analfabetos o semianalfabetos uniformados de verde, cuenta o inventa maravillas. Todos halagan al soldado escritor de amatorias cartas heroicas y le pagan sus servicios literarios con vituallas que suplen la insuficiencia del rancho pobrísimo de la tropa. "Por primera y última vez" —recuerda Rivarola con ancha sonrisa— "viví de la literatura. Cosa insólita en el Paraguay".

En 1942 tripula una embarcación con un grupo de estudiantes de Derecho como él que, a remo, hace todo el largo trayecto fluvial de Asunción a Buenos Aires y de esta ciudad a Montevideo. Rivarola escribe y publica la historia de esta aventura nada desdeñable en sus peripecias. Es lo primero que aparece bajo su firma. En 1944 obtiene el título de abogado. Tres años después estalla la sangrienta guerra civil de 1947. Rivarola tiene que huir y refugiarse en la ciudad argentina de Posadas, sobre el río Paraná. Durante su destierro se gana la vida peligrosamente, transportando jangadas sobre el lomo corcoveante del Paraná. Es entonces cuando concibe, en aquel escenario salvaje, una novela. *El follaje en los ojos* se publica en 1952, el mismo año que *La babosa* de Gabriel Casaccia.

Estas dos novelas marcan el comienzo de la narrativa paraguaya crítica, que pronto tendrá consagración continental.

Pero la narrativa, para la cual está muy bien dotado, no es su vocación más entrañable. Tiene publicado un volumen de cuentos, *Mi pariente el cocotero* (1970) y los borradores de una larga novela. "Dudo poder guerrear ahora con esos papelotes" —confiesa Rivarola—; "no tengo cargos públicos ni privados. A menos que me encierren en una cárcel y me consientan el uso de una máquina portátil...".¹ El teatro, sí, es el género en que se expresa vocacionalmente. En 1954 estrena *El fin de Chipí González*, que obtiene el primer premio en el Festival del Teatro Paraguayo de ese año. Obra de éxito nacional y extranjero, es grabada y transmitida por radio desde Montevideo; Willis Knapp Jones la traduce al inglés y la publica con otras dos piezas, chilena la una y argentina la otra, en un volumen titulado *Men and Angels*.²

En 1966 obtiene otro primer premio, el de la Radio Charitas, por su pieza *La cabra y la flor*. Y, en 1972, la misma Radio Charitas galardona con la máxima distinción su drama *Encrucijada del Espíritu Santo*.³

EN esta obra se propone el autor dramatizar el conflicto suscitado en las selvas del Paraguay, en los siglos XVII y XVIII, entre la conquista militar y la conquista espiritual, tal como bautizó Montoya a la catequización de los indios por los jesuitas. Aspira a abarcar más de siglo y medio de historia colonial del Paraguay y exige la intervención de indios, de jesuitas, de soldados españoles y soldados portugueses y de los terribles bandeirantes paulistas. Esta proliferación de personajes cuya presencia en el escenario debe verse o imaginarse con rumor multitudinario, se supone que actúa desde el fin de la primera década del siglo XVII hasta el fin de la séptima del siglo próximo, ya en las Misiones mismas, ya en plena selva, ya en la ciudad de Asunción, ya en los reales respectivos de los ejércitos españoles y portugueses decididos a destruir el experimento del Reino de Dios sobre la Tierra.

¹ Carta de José María Rivarola Matto fechada en Asunción, el 30 de octubre de 1976.

² *Men and Angels* apareció en 1970 (Southern Illinois University Press). *El fin de Chipí González* lleva en inglés el título de *The fate of Chipí González* (pp. 55-112). La edición española apareció en Asunción, Ediciones Diálogo, 1965.

³ El drama se publicó en Asunción, Ediciones Charitas, en abril de 1973.

El prólogo, leído por un Pregonero arropado en forma más o menos velazqueña, declara: "Ya sabéis que la conquista española llegó al Río de la Plata en pos del sueño del oro. Pronto supo que no había fabulosos reinos ni ciudades maravillosas en el sudeste continental limitado por los ríos Paraguay y Paraná hasta el mar. Decidió, pues, retenerlo y pacificarlo en parte, cediéndolo a la obra evangelizadora de los sacerdotes jesuitas. Estos lograron un éxito completo y en un siglo y medio formaron un gran país de indios. Eran treinta pueblos y más de doscientos mil indígenas sobre una inmensa extensión territorial. . .".⁴

"Estos pueblos" —prosigue el Pregonero— "vivieron en sociedad pacífica comunitaria, que aprendía el arte, una dosificada civilización, y que tenía su base económica ricamente asegurada. Realizaron la única utopía de que tiene conocimiento la Historia Universal, hasta que fue arrasada, primero por la entrega de parte de su territorio a Portugal, y después por la expulsión de los Jesuitas de todo el reino español. ¿Cómo se perdió ese ideal siempre acariciado por el hombre de vivir seguro, sin la angustia del pan de cada día, en una sociedad sabiamente organizada y dirigida? He aquí una respuesta, según el drama".

Valía la pena transcribir todo este breve prólogo que en lenguaje sencillo y claro sintetiza tan atinadamente cuanto ocurrió en siglo y medio de azarosa historia, define el experimento sagrado como la única utopía jamás llevada a cabo, formula una pregunta preñada de triste nostalgia, y anuncia una respuesta.

La pieza consta de tres actos. La respuesta a la pregunta del prólogo ha tenido que concentrarse con un máximo de concisión para expresar el sentido de infinitos aconteceres en un lapso bastante más que secular, en cuyo transcurso nacieron, lucharon y se extinguieron generaciones enteras, y poner en escena las situaciones más significativas para plantear problemas filosóficos y teológicos. Al oponer, en efecto, la conquista espiritual a la conquista militar, hay que discurrir sobre la Fuerza al servicio de pasiones brutales, de una parte, y sobre la Fuerza en apoyo de la Justicia, de otra; hay que contraponer materia y espíritu, mostrar la terquedad de *lo que es* ante *lo que debe ser*; exacerbar el conflicto, en suma, entre lo real y lo ideal. Sólo así se podrá dinamizar en vastísima visión hecha imagen y palabra, una enorme masa de seres humanos heteróclitos, un enjambre de intereses antagónicos, una multiplicidad de instituciones en pugna, una rivalidad secular entre imperios que se disputan un Continente.

⁴ *Encrucijada del Espíritu Santo*, pág. 17.

RIVAROLA opta por ser impreciso en lo que mira al transcurso del tiempo. La acción, como se sabe, ha de transcurrir a lo largo de casi todo el siglo XVII y la mitad del siglo XVIII. Para tal desarrollo es menester lo que el autor llama una "gran síntesis". Tres distintos trucos exige esta síntesis. Los tres se relacionan con el tiempo. Rivarola, como dice Josefina Plá, "no nos da una innumerable sucesión de episodios en lógica secuencia (lógica histórica) sino solamente aquellos que llamaríamos representativos, a lo largo de ciento sesenta años".⁵ La acción, por otra parte, "no termina con la expulsión de los jesuitas (1767) sino antes; y sin embargo termina con el regreso a la selva (anticipa, en un sentido premonitorio, ese retorno) hecho cronológicamente imposible, pero simbólicamente plausible. La intuición espectadora es la encargada de operar esa condensación temporal".⁶

A estos trucos o juegos temporales se añade otro no menos audaz y no menos indispensable para la susodicha síntesis: el Hermano José y la india Yerutí (que con el bautismo se llamará María) actúan desde el comienzo hasta el fin del drama. Sus amores —anticipémoslo— duran siglo y medio. El Hermano José es joven hacia 1610: "Joven de unos 25 años" —anota Rivarola en una acotación escénica— "aparece muy envejecido en la última escena".⁷

Bien: si el Hermano José y la india Yerutí no cambian de identidad y su amor perdura centuria y media, los Padres, por otra parte, no tienen identidad, carecen de nombre. Por eso aparecen siempre como *El Padre*, o sea un sacerdote de rostro enmascarado arropado en el hábito de la época. "La idea en todos los casos" —indica una acotación— "en que aparece un sacerdote, es confundir su identidad. Es la Compañía de Jesús la que actúa". El Padre, anónimo, es máscara, sotana negra, birrete eclesiástico. El Padre, pues, al personificar la compañía, revive un uso de la tragedia antigua. Estaba *personatus*, enmascarado. Máscara, como se sabe, quiere decir persona. El efecto dramático dependía de tal disfraz. Algo parejo, muy antiguo y muy nuevo, logra Rivarola con sus misioneros.

AL alzarse el telón del primer acto, el Padre y el Hermano José, en plena selva, van en busca de los primeros prosélitos. Se trata de dramatizar uno de los que Josefina Plá llama "episodios represen-

⁵ *Encrucijada*. . . pág. 12.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*, pág. 15.

tativos". Los acompañan cinco indios —torso desnudo, vincha, collar, plumas. Y en versículos o en versos de medidas tradicionales —alejandrinos, noneasílabos, heptasílabos— Padre y Hermano dialogan sobre el tema central del drama: la Fuerza. El Padre afirma que la selva protege al débil; le da sombra, lo mimetiza. La selva es refugio para el débil. El campo o el espacio abierto —Pampa o mar—, por lo contrario, son para los fuertes, para los que no temen y se alumbran con el sol. El Hermano, sin dejarse persuadir, responde:

Se habla de la ley de la selva
como la ley del más fuerte. . .

El enmascarado rearguye que se comete un error común en la confusión de la Fuerza con la Astucia. Y es entonces cuando, con la primera mención de la idea de Fuerza, se introduce algo como el *leitmotif* de la obra. La Fuerza, en efecto, la Fuerza Bruta, se opondrá, como queda dicho, a la más noble de todas las formas de la Fuerza: la del espíritu.

Al dramatizar esta fuerza espiritual en acción, el primer acto ilustra los innumerables episodios semejantes merced a los cuales se instaurará la civilización de las Treinta Doctrinas en el inmenso territorio entonces llamado Provincia del Paraguay. Se ven un indio viejo y un indio joven que se ocultan en la maleza, de los catequizadores. El Padre les habla con dulzura. Pero todo es desconfianza de parte del hombre de bronce, temeroso de la ferocidad del hombre blanco, el vestido de hierro y manejador del rayo.

Yo no uso la fuerza ni quiero tu pobre trabajo,
ni quiero tus mujeres, ni tampoco tu bosque
ni tus animales y comidas. . .

Vencido a los ruegos del misionero, sale de su escondite el indio viejo; luego sale el indio joven. Este, más curioso, pregunta:

¿Qué cosa es Cristo?

La primera caridad del primer episodio consiste en dar de comer a estos dos salvajes, que están hambrientos. La Conquista Espiritual se inicia, pues, de manera opuesta a la militar, a la que pedía y exigía. El Padre y el Hermano, ante todo, *dan*. Y aunque los misioneros saben que no es este el momento de hacer teología, responden a la pregunta del indio joven. Cristo es

Un hombre que aceptó la muerte más cruel
 crucificado en un madero como éste,
 para probarnos que decía la verdad
 cuando pedía para todos el amor, la Caridad.

El indio joven juzga cobarde a Cristo. Cristo debía haber muerto peleando.

Como se trata de un primer encuentro de civilizados y salvajes, Rivarola pone en escena algo muy manido pero insoslayable. El Padre ofrece regalos que el Hermano José exhibe a los ojos codiciosos de los indios: cuentas de vidrio, rosarios, anzuelos, un gran cuchillo.

Con esto ¿ves? —dice el Hermano José blandiendo el cuchillo— puedes cortar una rama así.

Y el salvaje ve maravillado caer cortada una rama al primer golpe del arma de acero.

Ganada la amistad del indio viejo y su acompañante, el Padre urge ser llevado a la aldea de la tribu. El indio viejo rechaza la petición. No va él a conducir a sus nuevos amigos ante el feroz cacique Yvyrajhú, el de gran lanza de madera endurecida a fuego, flechas que muerden la carne y maza que quiebra los huesos. Pero, al fin vencido a los ruegos del sacerdote, acepta hacer de guía hasta la aldea.

EL cuadro II muestra la tribu reunida en asamblea presidida por el cacique Yvyrajhú. A la derecha vese una construcción pajiza. A la izquierda, la cruz que ha traído el Padre, ahora clavada en el suelo, frente a una suerte de choza donde se supone que el Padre y el Hermano han vivido un tiempo. En rigor, la asamblea consiste en un juicio en virtud del cual, el viejo indio Araverá, será condenado a muerte por haber expuesto la tribu al peligro del hombre blanco. El Padre y el Hermano, por no traer armas y ser gentes de paz, serán exentos de culpa. Ya se ve que los salvajes comienzan a distinguir entre blancos hombres de guerra y blancos hombres de paz. No obstante, la tribu decide partir y buscar refugio, lejos de los blancos, en otra región de la selva. Se oye mientras tanto, un retumbo de tambores y un salmodiar de coros indios.

El cacique Yvyrajhú encarna la rabia y el rencor de los pueblos invadidos y esclavizados por el hombre blanco. Es cierto que el Padre y el Hermano parecen no ser como los otros blancos;

Pero los indios sabios desconfían de los españoles y aun de sus regalos aunque sean útiles y hermosos. Ellos dicen que dan, pero se llevan a los indios para hacerlos por la fuerza trabajar hasta morir; y a las mujeres para el servicio y para el lecho. . .

El Padre insiste en que no todos los hombres blancos son iguales. "Nosotros" —dice— "no queremos tu trabajo, ni tus bosques; ni tu comida, ni tus hombres, ni tus mujeres. . .".

En este momento hace su primera aparición la india Yerutí. (Este personaje acaso haya sido inspirado por la famosísima guaranía "India", guaranía que exalta la hermosura de la "salvaje mujer" en que coinciden la diosa y la pantera).

El cacique Yvyrajhú ofrece la india no al Padre "porque está viejo", —dice— "y a lo mejor ya no sirve" sino al Hermano José. Ambos misioneros han asegurado que no quieren mujer: han prometido a su Dios vivir toda la vida sin mujer.

—Tómala y llévala a tu lecho. . . o déjala si no la quieres.

El Hermano José responde con sorprendente franqueza:

—La quiero pero no la he de tomar
Porque así le prometí a mi Dios.

La promesa hecha a un Dios muerto en la cruz resulta absurda para el hombre natural. Ese Dios acaso fue vencido por algún hechicero poderoso y murió porque era un cobarde. Los valientes nunca mueren, afirma el cacique. Los que mueren son los pusilánimes y los que se oponen al poder de los hechiceros.

Yvyrajhú aprende que el Dios de los misioneros ha resucitado tres días después de su muerte. Pero no para vengarse. Este Dios fuerte y manso es el Dios de la fraternidad universal, el Dios de la Justicia y del amor. El cacique acaso pueda concebir tan extraña divinidad; lo que no puede creer es que un Dios así sea el Dios de los españoles.

HÁBIL en el drama es que en sus comienzos exista ya un pueblo regido por los misioneros donde se practica la justicia y donde no hay soldados vestidos de hierro. Ese pueblo se llama Itapúa. Allí, bajo la protección de los padres, los indios

viven como lo manda y quiere Dios.
 Todos tienen para comer suficiente cada día,
 nunca tienen hambre y se guardan del frío.
 Nadie es esclavo, ni trabaja por la fuerza
 pues encuentra en la tarea un placer.

Itapúa, pues, es ya la Arcadia o, mejor dicho, el primer poblado de la futura gran Arcadia cristiana en las selvas americanas. Allí, en Itapúa, como después en todas las Treinta Doctrinas, la paz reina y la felicidad se ha hecho posible.

A Itapúa pueden y deben ir mensajeros del cacique Yvyrajhú y ver con sus propios ojos y tocar con sus propias manos la verdad que el Padre enuncia y la felicidad que promete. Que vayan, pues, a Itapúa cinco guerreros y que el Hermano José y dos prosélitos del Padre se queden en la tribu como rehenes. No habrá peligro alguno para los mensajeros. Regresarán con el testimonio decisivo:

Si no vuelven después de la tercera luna
 harás de ellos lo que mande tu justicia.

En la escena 2 del Cuadro II, se produce algo no previsto por el bondadoso Hermano José: la conquista amorosa de éste por la india Yerutí. Aquí el diálogo no resulta convincente. Es el atardecer y se han ido el Padre y su séquito. Están solos en la selva el cristiano y la pagana. En labios de ésta, el elogio del amor tal como se lo practica entre los salvajes tiene mucho de incongruo. Es demasiado delicado. Volvemos a *El arauco domado* de Pedro de Oña y a ficciones de idealización más o menos inverosímil.

Yerutí admira al Hermano José por sus múltiples habilidades y su mucho saber; le reprocha, no obstante, su insensibilidad para los deleites, para la embriaguez, para la pereza:

—Tu vida es puro trabajo, sudor y sufrimiento.

Yerutí le ofrece su amor ardiente conforme a los ritos de la selva. Le explica los ritos eróticos, la intervención del hechicero y el cacique en los amores de las indias jóvenes. La elección no la hacen los hombres; la hacen las mujeres. Los hombres "bailan la danza del amor, hacen una rueda, un círculo de fuego" —puntualiza Yerutí—. "Yo los miro y los escojo. Toco a uno, ese está elegido. . .". Y apenas revela estas cosas al Hermano José, entra en escena un grupo de indios cantando el canto y bailando la danza del amor.

Desde el punto de vista histórico los amores del Hermano José y la mujer india son, escribe Josefina Plá, "un suceso inverosímil.

No existe una sola presunción de que un hecho así haya tenido lugar en las Misiones". Ahora bien, psicológicamente son posibles según la misma autora. Rivarola utiliza esta posibilidad "para dar un contrapunto humano a la obra sobre-humana de las fundaciones".⁸

Este aserto es discutible. Aunque no conste que haya sucedido nada semejante a los amores del Hermano y la india en las Misiones, no resulta inverosímil. El carácter simbólico de estos amores está en el "hijo blanco" nacido de ellos y que se supone que sobrevive a la destrucción de las Doctrinas.

EN el acto segundo se enfrentan en apasionado diálogo las dos formas de conquista: la de la espada y la de la Cruz. La confrontación se verifica en la Sala de Audiencias del Gobernador de Asunción. El Hermano José y luego el Procurador de la Compañía en Asunción, piden ayuda al jefe civil y militar. La situación de las Misiones se hace peligrosa porque están assolando la región las malocas paulistas; persiguen a los indios, los apresan como a bestias, los acollaran y después los venden como esclavos en la costa del mar. Pero el Gobernador se niega a proteger a los Misioneros. Sólo enviará soldados en caso de que los Padres encuentren minas de oro y de plata. Al argumento de que las Leyes de Indias ordenan proteger a los indios súbditos de su Majestad, el Gobernador replica: "Las órdenes remotas, ya sabéis, se acatan pero no se cumplen".⁹

En vano arguye el Hermano José:

Deseamos ampararlos, protegerlos
creando para ellos un reino bendecido
donde el orden natural y apacible
haga flaquear la tentación;
el trabajo sea justo y soportable,
la educación pausada y bondadosa. . .
. . . la virtud sea costumbre fácil
y, la salvación, segura.

Cuando en el Cuadro III del Acto II el Padre Superior de la Compañía alega que "hoy, ahora, aquí, en la tierra", necesita la Fuerza, el Gobernador le responde que recurra a la oración:

—Orad, Reverendo Padre.

⁸ *Ibid.*, pág. 12.

⁹ *Ibid.*, pág. 41.

En vista de la actitud irreductible del poder militar, el Padre pide permiso para armar con armas europeas a sus indios. Tal demanda resulta también inaceptable. Sería en extremo peligroso armar con armas de fuego y espadas de hierro a los naturales:

Nosotros somos una conquista —arguye—;
estamos aquí por la fuerza;
simples seríamos si diésemos
esa fuerza, toda o en parte, al enemigo.

La respuesta del Padre sintetiza el conflicto entre las dos Conquistas:

Nosotros somos una Santa Fe,
estamos aquí por la paz
en el nombre del Señor Jesucristo.

Por fin el Gobernador accede a que se arme a los indios pero no con las armas del conquistador sino con las primitivas. Al regresar a su misión en plena selva, el Hermano José filosofa amargamente sobre la dura necesidad de recurrir "a la vieja fuerza" y sobre la tristeza de tener que "salir y regresar/ una y otra vez al fondo de los tiempos". Termina el acto con un poético diálogo del Hermano José y Yerutí. La india exalta los valores vitales de la selva:

La vida es bella, Hermano José;
la vida es dulce.
Fluye de la rica tierra
y vuela hasta el sol.
A mí me turba el grito
del animal enamorado
que gime desgranando estrellas.
Quiero vestirme con el lujo
del color, para cantar como los árboles
himnos de ardor con palabra nueva
sobre la mama fértil del silencio.
Así viven los hermanos del bosque,
los hermanos altos y verdes
envueltos en su piel rugosa. . .

EN el Acto III el Hermano José ya ha conseguido las armas para defender su Misión. El Padre, enmascarado, le da la bienvenida. La escena es la plaza de la Misión. Se ven indios ocupados en diversas

tareas. El Hermano informa al Padre que las armas europeas de que es portador no están permitidas por la autoridad civil. Para justificar su posesión será forzoso decir que fueron tomadas de los portugueses.

El Cuadro II es uno de los mayores aciertos del dramaturgo. Consiste en una confesión del Hermano José, hincado en tierra frente al Padre:

José: Acúsome, Padre, de haber caído en la tentación de la carne.

Padre: ¿Has caído en ello, hijo mío?... ¿Durante el viaje?

José: Durante el viaje.

Padre: ¿Con mujer india?

José: Con mujer india.

Padre: ¿Cristiana?

José: Hasta donde puede serlo una india.

Padre: ¿Te arrepientes?

José: Sufro horrores.

Padre: ¡Ah! Veo que tu pecado es más profundo.

José: Sí, Padre, no puedo arrepentirme.

Padre: ¿Has rezado?

José: Muchísimo.

Padre: ¿Has castigado la carne?

José: La he torturado.

Padre: ¿Dónde está?

José: Se ha ido.

Padre: ¿Te ha dejado?

José: Padre, conociendo mi pecado y mi debilidad para resistirlo, se la di a un hombre para que la llevara.

Padre: ¿Y ella se fue?

José: Tenía la ardiente esperanza de que no se fuera pero se fue...

Padre: ¿Por qué has hecho eso, hijo mío?

José: Para luchar, padre; para cavar un abismo entre ella y yo; para ofenderme, para hacerla imposible. (Solloza) Acúsome, Padre, de haber querido engañar a Dios. Acúsome de haber querido una choza en el desierto donde llevar a esta mujer para fundar con ella una estirpe mestiza, para criar hijos, para amanecer con la naturaleza y dejar correr a la vida en su cauce de tierra con su arrolladora fuerza, ciego a toda idea, a todo ideal... Acúsome, Padre, de haber querido el olvido, con ella, en sus brazos, sobre su inocente seno. Acúsome de haber renegado de mi voto de castidad; de haber sentido vacilar en sus raíces la fe de toda mi vida...

Padre: ¿La quieres mucho?

José: Mortalmente,

Padre: ¿Cómo has podido dejarla?

José: Vos lo habéis dicho, Padre: Porque soy un soldado, y me habéis adiestrado a obedecer.

Padre: Ego te absolvo in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti. Amen.

Este sacramento penitencial introducido con sencillez impresionante en el drama, potencializa el carácter profundamente espiritual de la conducta misionera. La escena tiene verdadera grandeza y sirve con exquisita eficacia el propósito del dramaturgo.

Entretanto, las Misiones se están haciendo fuertes. Un indio avezado ya en arte militar a la europea, entra en escena anunciando la derrota de los portugueses por su tropas. Sin transición, en el Cuadro V, asistimos a un coloquio, no en la Misión sino en un campamento español en plena selva. Rudos soldados españoles tienen orden de defender las Misiones y el territorio invadido por los bandeirantes. "Lo que a mí me subleva" —dice el Soldado 1— "es que estas tierras conquistadas por nosotros, ahora nos estén prohibidas, y que los indios que deberían trabajar para nosotros, aquí se guarden y se escondan. . .".

Del campamento español, pasamos, con el Cuadro VI, al campamento portugués. Un bandeirante —el viejo Raposo— encarna toda la rapacidad y el cinismo de las malocas: "Estos malditos frailes" —se queja— "tienen armas. Ya no es como en los buenos tiempos en que de una entrada podía recogerse unos millares de indios". Se ven, sin embargo, en el fondo, indios acollarados según el método esclavista bandeirante.¹⁰ En los últimos cuadros del Acto III —el VII y el VIII— se asiste al derrumbe de las Misiones, al fracaso de la por largo tiempo realizada utopía. Un oficial español trae al Padre el texto de un tratado entre España y Portugal. Siete pueblos misioneros serán entregados, conforme al acuerdo hispano-

¹⁰ Efraím Cardozo, el más ilustre de los historiadores paraguayos, escribe: "La civilización prontamente alcanzada por los guaraníes de las reducciones del Guayrá alimentó la codicia de los habitantes de San Pablo, en la costa del Brasil. Ya no se contentaron con sus esporádicas *bandeiras*. Organizaron verdaderos ejércitos de *mamelucos* —mestizos de negros e indígenas— con los cuales invadieron, como en operaciones de guerra, la provincia del Guayrá, para cautivar a los indios y venderlos como esclavos en los 'ingenios' del norte del Brasil. En 1629 se desencadenó la más desoladora de las *bandeiras* al mando de Antonio Raposo Tavares. . ." Ver *Breve historia del Paraguay*, Buenos Aires, Editorial Universitaria, 1965, pág. 22.

Entre 1614 y 1638, 300,000 indígenas fueron capturados en la selva para ser vendidos como esclavos.

lusitano, a Portugal, a cambio del Puerto de Colonia.¹¹ Es el comienzo del desbarajuste. Se perderán no sólo los siete sino los treinta pueblos, los centenares de miles de pacíficos indios cristianizados, los talleres, los ganados, las mieses. ¡Adiós sueño de una sociedad perfecta y feliz! El Padre arguye que ha pasado días, meses, años tratando de enmendar todo error, pidiendo luz y más luz al Espíritu Santo, para realizar la perfección del sueño.

Inútil toda resistencia. Hay que ceder ante la fuerza. Un toque de tambores españoles sube en crescendo a lo largo del cuadro para expresar la ineluctable presión del poder militar. Un ejército portugués, vendrá a su vez del Norte para asegurar el cumplimiento del tratado, apoyando al otro ejército cristiano peninsular.

El Padre obtiene permiso de que los indios puedan elegir entre ser entregados a los portugueses con sus pueblos, o volver a la selva. El oficial español accede a la petición. No hay nada en el tratado que se refiera al destino de los indios mismos. Estos, por consiguiente, no están obligados a pasar al dominio portugués. Y termina el cuadro VII con un más potente y ominoso retumbo de tambores militares.

EN el cuadro VIII el Hermano José informa a los indios acerca de la alternativa. No están obligados a permanecer en los siete pueblos que pronto serán portugueses. Si quieren, pueden volver a la selva. Y les grita —¡Elegid!

Ahora, al son de otros tambores, de tambores indios, los neófitos, que ya han optado por volver a la selva, se despojan de sus ropas misioneras y salen de la escena.

El oficial español que exige al Padre que ceda los siete pueblos a los portugueses, explica que el mismo afán de perfección de las Misiones acarreará su ruina. —“La naturaleza no ama lo perfecto” —dice— “sino lo adaptable— Aborrece lo perenne, busca el cambio. Pusisteis disciplina y método frente al impulso individual de la conquista. Os hicisteis demasiado fuertes y opulentos; terminasteis por hacer materia de vuestro espíritu. Hoy nadie puede convivir con vosotros. Sois una nave en competencia con gente que va nadando: sólo con flotar ganáis siempre”. El Padre arguye que las Misiones lo hacen todo por caridad, por Dios. “No lo ven así los hombres” —le contesta el oficial—. “Los que aquí llegaron” —agrega— “vi-

¹¹ Sobre este episodio de la historia misionera, ver “El tratado de límites de 1750 y los Siete pueblos”, en Guillermo Furlong, *Misiones y sus pueblos guaraníes, 1610-1750*, Buenos Aires, Ediciones Theoría, 1962, páginas 646-656.

nieron a buscar riquezas a costa de las naciones americanas, y vosotros salisteis haciéndoles otra. Estáis contra el curso de la historia. Los herederos de la conquista no renunciarán jamás a estas enormes y hermosas tierras, cada vez más valiosas, a favor de una raza derrotada y débil. . .".¹²

Lo que se echa de menos en *Encrucijada del Espíritu Santo* es una caracterización cabal de los personajes centrales. Por lo menos el Hermano José y la india Yerutí deberían estar bien caracterizados, ser no marionetas sino seres humanos representativos de maneras opuestas de estar en el mundo. Acaso la "gran síntesis" que se propuso Rivarola haya sido demasiado ambiciosa, y esto le haya obligado a sacrificar la caracterización al logro de otros propósitos teatrales de indudable mérito en la obra.

En *Das Heilige Experiment* (1946) el dramaturgo austríaco Fritz Hochwaelder, gran admirador del "sacro experimento" jesuítico, se propone una "defensa" de la república utópica fundada en las Misiones.¹³ Hochwaelder dramatiza varios temas de interés permanente y universal: mansedumbre cristiana y violencia brutal, materialismo y espiritualidad, libertad y disciplina y aun otros de profundidad filosófica y teológica.

La acción transcurre en Buenos Aires en 1767, o, para ser bien precisos, el día 16 de julio de 1767. Hochwaelder, nada innovador en cuanto a técnica, se somete a la "exigencia" de las tres unidades. Todo ocurre en el día indicado —que es una fecha histórica verdadera— y en el Colegio de la Compañía de Jesús de Buenos Aires.

Los colonos españoles han calumniado a los jesuitas y conseguido que el Rey de España envíe un visitador a Buenos Aires. Este, don Pedro de Miura, ordena la disolución de las Misiones. El Padre Provincial Alfonso Fernández se niega a obedecer a fin de salvar a los indios de los esclavistas coloniales. Sus tropas desarmen y detienen al visitador y su séquito. Pero otro visitante que al principio del drama actúa escondiendo su identidad, revela al Padre Provincial su secreto: él, el Padre Lorenzo Querini, es enviado especial del General de la Orden. En tal carácter, acusa al Padre Provincial de haber pecado, de no haber sido fiel a su misión sacerdotal sobre la tierra. Este mundo no es el mundo de Dios; la fe que la Com-

¹² *Encrucijada*. . . pág. 82.

¹³ Una excelente adaptación francesa de *Das Heilige Experiment* se debe a R. Thieberger y Jean Mercure: . . . *Sur la terre comme au ciel*, París. La Table Ronde, 1952. Eva Le Gallienne a su vez, adaptó la obra en francés al inglés: *The Strong are the Lonely*. Esta obra fue estrenada en el Broadhurst Theatre, el 29 de septiembre de 1953.

pañía debe predicar es la de un Reino Futuro, no la de un reino terreno. Este mundo, en suma, no ha sido hecho para el Reino de Dios. El Padre Querini ordena al Provincial que cumpla la orden del Rey y disuelva las Misiones. El Provincial, finalmente, obedece y al dar cumplimiento a lo que se le manda en nombre de la Obediencia, cae mortalmente herido en el medio del tiroteo que acribilla el Colegio. El Visitador del Rey castiga sin piedad a los culpables del sedicioso tumulto.

El drama de Hochwaelder es en rigor un espléndido juicio merced al cual el Visitador del Rey verifica que la Compañía ha sido víctima de una vasta conspiración de calumniadores. Pero, a pesar de todo esto, los intereses terrenales exigen que se ponga fin al "sacro experimento" en la vasta Provincia de las Indias. Al limitarse a dramatizar un "juicio", y nada más que un "juicio", Hochwaelder concentra toda su atención en la caracterización de los seis personajes centrales, entre los que figura un comerciante holandés —holandés y protestante— cuyo apoyo entusiasta a los Padres a lo largo de todo el drama sirve de "testimonio imparcial" en favor de aquéllos.

La obra de Rivarola, por el contrario, no *dura* un solo día sino un siglo y medio y disipa mucho de lo que llamaríamos *energía expresiva* en una multiplicidad de aspectos con sacrificio de una presentación de los personajes mismos en quienes encarna el conflicto dramático.

No obstante, *Encrucijada del Espíritu Santo* se presta a una *mise en escene* realmente espectacular gracias a los aciertos del ambicioso plan de Rivarola. Para el estreno del drama, el escultor Herman Guggiari Brun hizo labrar una enorme cruz que, alzada sobre el escenario, sobrevolaba la platea. Y muchas escenas, como la del diálogo entre los Misioneros y el Gobernador, la confesión del Hermano José o el monólogo de éste cuando se despide la india, asumen una poderosa fuerza dramática.

Críticos como Bernardo Verbitsky han elogiado la prosa ritmada de Rivarola y aseguran que el dramaturgo ha creado el lenguaje más adecuado para su obra. "El lenguaje" —asevera Verbitsky— "hace parte de la acción, con lo cual se resuelve uno de los más difíciles problemas teatrales".¹⁴

El ya nombrado crítico ha resumido los méritos de *Encrucijada del Espíritu Santo* en una sola frase que ha de colocarse aquí para cerrar este trabajo: la obra es "una tragedia en la que actúan fuerzas irresistibles, de esas que juegan con el destino de los hombres".¹⁵

¹⁴ Ver *Ultima Hora*, Asunción, 15 de octubre de 1944.

¹⁵ *Ibid.*

“NUESTRA AMERICA” DE JOSE MARTI

Por Antonio SACOTO

CUANDO un continente después de siglo y medio de Independencia todavía arrastra gran cantidad de lastre colonial y, precisamente, durante ese siglo y medio se han agravado algunos problemas y han surgido otros, habría que hacer un recuento de los hechos y analizarlos a una nueva luz.

¿Fue la nociva herencia colonial como infiere Sarmiento, el estadista y escritor argentino, en *Conflictos y armonías de las razas en América*? ¿Fue —como dice el chileno Lastarria en “Influencia social de la conquista”— el nefando sistema político-espiritual y su funesta influencia en el porvenir del continente? ¿Fue la iglesia católica —según Bilbao, coterráneo de Lastarria— ente o monstruo reaccionario y funesto, tanto por su dogmatismo teológico y escolástico como por su solidaridad con los regímenes absolutistas de gobierno?

La agilidad clara de pensamiento y la precisión expresiva del ilustre mexicano Jesús Silva Herzog, advierten el problema socio-económico del coloniaje que luego dará origen a la creación de castas y opulentos latifundios:

Muy dura fue la existencia del nativo durante las primeras décadas posteriores a la Conquista. Trato inhumano, castigos injustos y explotación brutal. Se le obligó a trabajar catorce horas diarias en las minas y en los campos de que se apoderaron los vencedores; se le exigió con la espada convertirse al catolicismo medieval del español de entonces, y a construir con sus manos, su sudor y su sangre los templos humildes o soberbios de los nuevos dioses. Se le amenazó —como dice Alfonso Caso— con el infierno en la otra vida, si se atrevía a salir del infierno de ésta.

Millares de indígenas murieron en las minas agotados por la ruda labor y la insuficiente alimentación, sin saber que estaban contribuyendo a la construcción de la sociedad mercantil. El oro y la plata de América, el tráfico de esclavos y la piratería, forman el triángulo diabólico que aceleró el progreso del capitalismo.

Se edificaron doce mil iglesias para que el pueblo miserable pidiera a Dios resignación y soñara en el cielo, envuelto en el humo

del incienso y en sus harapos malolientes. Se erigieron costosos palacios para los ricos y se construyeron carreteras para dar salida a los metales y entrada a los efectos que traían las flotas de Cádiz o Sevilla.

La tierra, acaparada por el español, el criollo, y en su mayor parte por el clero.

Se continuó desenvolviendo el drama en un escenario paradójico, en una paz de esclavos, en una charca quieta. . .

Al finalizar el siglo XVIII la charca quieta comenzó a perder su sosiego. Había relámpagos en el horizonte y soplabla el viento de la inconformidad.¹

Adquirida pues, nuestra independencia hace ya siglo y medio, América la nuestra, la que la llevamos palpitando y nos acompaña en nuestras lucubraciones, no ha logrado echar por tierra el andamiaje colonial: feudos y castas, clero y aristocracia opulentos, explotación del indio; y, como si esto no fuera suficiente, se nos han sumado otros: "estados desunidos" —sarcástico inuendo de Bilbao en "Evangelio americano"— por falta de consolidación de causas comunes ya de tipo económico ya de tipo político; militarismo campante y rapaz; economía de siervos y patronos en los países andinos principalmente y muchos de los centroamericanos, dictaduras féreas e ignorantonas, la burguesía ramplona a la que se la puede adjudicar lapidaria sentencia de Martí: "el lujo venenoso, enemigo de la libertad, pudre al hombre liviano y abre la puerta al extranjero".²

En la trayectoria del pensamiento hispanoamericano podemos advertir cómo desde un comienzo nuestros escritores se preocuparon no sólo por anotar dichos problemas, sino que buscaron denodadamente soluciones. Puntualizaron defectos con afán de corregirlos, advirtieron las caídas en los primeros pasos de independencia para evitarlas en el futuro; nos pusieron el dedo en la llaga viva —el amor propio— al señalarlos el gigantesco y acelerado desarrollo de las colonias del Norte comparadas con las nuestras del Sur, sirviendo así de acicate para que apresuráramos el paso si algo queríamos hacer por nuestra América.

Grande y nutrido es el pensamiento americano que abarca estos problemas; sin embargo, como haces de luz en la maraña, resplandecieron entre otros, Bello, Sarmiento, Montalvo, González Prada,

¹ Jesús Silva Herzog, "Meditaciones sobre México" en *El ensayo mexicano moderno*, Selección, introducción y notas de José Luis Martínez, (México: Fondo de Cultura, 1958), págs. 334 s.s.

² José Martí, "Nuestra América", *Obras completas*. Vol. 6 (La Habana: Ed. Nacional de Cuba, 1963) p. 230. Referencias a este ensayo se indicarán con la página correspondiente.

y sobre éstos Martí que anunciando no sólo una actitud literaria nueva: el modernismo (por el color y el sonido), sino porque su interpretación de la problemática americana, se hace escuchar en todos los ámbitos; y estimula el patriotismo y amor a lo americano; nos enseña lo que significa ser un buen americano; y nos hace amar a nuestra madre América, y nos presenta en prosa plástica y emotiva a los héroes de nuestra *Iliada* americana; y nos habla de la pureza de alma de Juárez, y se dirige a las futuras generaciones con un mensaje propio de los grandes educadores de la humanidad:

El niño, desde que puede pensar, debe pensar en todo lo que ve, debe padecer por todos los que no pueden vivir con honradez, debe trabajar porque puedan ser honrados todos los hombres, y debe ser un hombre honrado. El niño que no piensa en lo que sucede a su alrededor, y se contenta con vivir, sin saber si vive honradamente, es como un hombre que vive del trabajo de un bribón, y está en camino de ser un bribón.³

Nos hace amar con reverencia al padre Las Casas porque:

No se puede ver un lirio sin pensar en el Padre Las Casas, porque con la bondad se le fue poniendo de lirio el color, y dicen que era hermoso verlo escribir, con su túnica blanca, sentado en su sillón de tachuelas, peleando con la pluma de ave porque no escribía de prisa. Y otras veces se levantaba del sillón, como si le quemase; se apretaba las sienes con las dos manos, andaba a pasos grandes por la celda y parecía como si tuviera un gran dolor. Era que estaba escribiendo, en su libro famoso de la *Destrucción de las Indias*, los horrores que vio en las Américas cuando vino de España la gente a la conquista. Se le encendían los ojos, y se volvía a sentar, de codos en la mesa, con la cara llena de lágrimas. Así pasó la vida, defendiendo a los indios.⁴

Nos hace sentir como propios el dolor y la angustia indígenas porque "tenían el pensamiento azul como el cielo y claro como el arroyo (antes de que) aquellos hombres crueles los cargaran de cadenas; les quitaran sus indias y sus hijos; los metieran en el hondo de la mina, a halar la carga de piedra con la frente; se los repar-tieran, y los marcaran con el hierro, como esclavos".⁵

De toda esta esencia americana se compone el ideario martiano. Se siente como una necesidad imperiosa repetir una y mil veces,

³ *Ibid.*, "Tres héroes". Vol. 18, pp. 304-305.

⁴ *Ibid.*, "El Padre Las Casas", Vol. 18, p. 440.

⁵ *Ibid.*, p. 442.

hoy y mañana, no sólo por la profundidad y trascendencia histórica que el ideario del héroe de Dos Ríos legó al mundo americano, sino porque creemos que muchos de los problemas anotados por Martí siguen encubados en una creciente burguesía egoísta y las soluciones anotadas por el líder cubano tienen vigencia hoy día como ayer y la tendrán mañana si no se transforman las estructuras sociales y económicas de América.

Hoy nos ocupa "Nuestra América" de Martí, ensayo breve de 8 páginas dado a la estampa en *El partido liberal* de México en 1891.

En lo que respecta a Martí, el escritor, y los escritores hispanoamericanos (salvo el caso de Alfonso Reyes), habría que tener presente dos aspectos: en primer lugar, la calidad estilística y la dimensión de pensamiento mantienen un mismo nivel: de la mejor si no la mejor prosa que se ha dado en lengua castellana; y, en segundo lugar, es un escritor logrado en todos los géneros.

Es pertinente esta advertencia porque, fascinados por la expresión y pensamiento de Martí, podríamos inferir que su ensayo "Nuestra América" se destaca como modelo de entre su variada y extensa prosa. No; iguales quilates tienen "Madre América", "El Padre Las Casas", "Tres héroes", "Buenos y malos americanos", y, en general, casi toda su caudalosa prosa.

Por qué "Nuestra América" y no uno de los otros ensayos o todos juntos? 1) El asunto americano en los ensayos indicados sería motivo de un libro; 2) "Nuestra América" es ejemplo de síntesis de la urdimbre temática de toda la América nuestra.

SE abre el ensayo con un párrafo sentencioso y grave en el que se acotan como temas: a) el aldeanismo o regionalismo, b) los EE. UU., c) incitación y arenga a "despertarnos" y d) unión:

Cree el aldeano vanidoso que el mundo entero es su aldea, y con tal que él quede de alcalde, o le mortifique al rival que le quitó la novia, o le crezcan en la alcancía los ahorros, ya da por bueno el orden universal, *sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima*, ni de la pelea de los cometas en el cielo, que vas por el aire dormido engullendo mundos. Lo que quede de aldea en América ha de despertar. Estos tiempos no son para acostarse con el pañuelo a la cabeza, sino con las armas de almohada, como los varones de Juan Castellanos: las armas del juicio, que vencen a las otras. Trincheras de ideas valen más que trincheras de piedra (15).

Benévolo e indulgente nos amonestará a ser buenos americanos. ¿Cómo? Conociéndonos mejor, restando diferencias, soterrando celos,

estableciendo la justicia histórico-geográfica entre los pueblos, uniéndolos y formando causa común frente al gigante de siete leguas:

Los pueblos que no se conocen han de darse prisa para conocerse, como quienes van a pelear juntos. Los que se enseñan los puños, como hermanos celosos, que quieren los dos la misma tierra, o el de casa chica, que le tiene envidia al de casa mejor, han de encajar, de modo que sean una, las dos manos. Los que, al amparo de una tradición criminal, cercenaron, con el sable tinto en la sangre de sus mismas venas, la tierra del hermano vencido, del hermano castigado más allá de sus culpas, si no quieren que les llame el pueblo ladrones, devuélvanle sus tierras al hermano. Las deudas del honor no las cobra el honrado en dinero, a tanto por la bofetada. Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuento, y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes (15).

En su gran apostolado el escritor siente en carne propia la traición, la arrogancia, el interés de los malos americanos, para, encendido en cólera, con justa iracundia, lanzar un estruendoso dicitario contra los "malos americanos".

Pocas veces como en ésta la prosa del Maestro exhibe un estilo incisivo y peyorativo, y que, logrado como tal, escribe —se le puede atribuir lo que en otrora dijera de Montalvo: con el numen de Cervantes y la maza de Lutero:

A los setemesinos sólo les faltará el valor. Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses. Porque les falta el valor a ellos, se lo niegan a los demás. No les alcanza el árbol difícil, el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol. Hay que cargar los barcos de esos insectos dañinos, que le roen el hueso a la patria que los nutre. Si son parisienses o madrileños, vayan al Prado, de faroles, o vayan a Tortoni, de sorbetes. Estos hijos de carpintero, que se avergüenzan de que su padre sea carpintero! Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades! Pues, quién es el hombre? el que se queda con la madre a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento en las tierras podridas,

con el gusano de corbata, maldiciendo del seno que lo cargó, paseando el letrero de traidor en la espalda de la casaca de papel? Estos hijos de nuestra América, que ha de salvarse con sus indios, y va de menos a más; estos desertores que piden fusil en los ejércitos de la América del Norte, que ahoga en sangre a sus indios, y va de más a menos! (15-16).⁶

A todos aquellos menguados americanos que reniegan de su madre y se ocupan de ella tan sólo para denigrarla, para cargarla de defectos⁷ y vituperios, Martí advierte: en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles (16) para, en línea seguida, apostrofarlos:

Cree el soberbio que la tierra fue hecha para servirle de pedestal, porque tiene la pluma fácil o la palabra de colores, y acusa de incapaz e irremediable a su república nativa, porque no le dan sus selvas nuevas modo continuo de ir por el mundo de gamonal famoso, guiando jacas de Persia y derramando champaña. (16).

Martí conoció la obra de sus predecesores en el ensayo hispanoamericano, la misma que en más de una ocasión elogió sin reservas, si bien no dejó de subrayar los puntos en desacuerdo. En este ensayo, por ejemplo, encontramos "Con frase de Sieyes no se desestanca la sangre cuajada de la raza india" (17) que nos parece un recordatorio recriminatorio a Montalvo que otrora dijera: "Si mi pluma tuviera don de lágrimas yo escribiría un libro que haría llorar al mundo entero", pero que nunca llegó a escribir tal libro.

Pocas veces se puede encontrar una profesión de fe más paladina de un americanismo acendrado, como el que anima a estos pensamientos:

Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla

⁶ En este estilo cáustico, en "Buenos y malos americanos", al referirse a éstos, nos dice: "son siervos naturales, que no pueden levantar la frente de la tierra; son como flacas hembras que no saben resistir una caricia". *Op. Cit.* Vol. 7, p. 252.

⁷ Sobre esta actitud comenta Zum Felde: "actitud teórica y prácticamente absurda, de renegar de lo que históricamente se es y de cómo se es, para adoptar el modo de ser de otros, generando así un complejo de inferioridad y mimetismo, desvirtuante de toda entidad auténtica." *Índice crítico de la literatura hispanoamericana. El ensayo y la crítica* (México: Ed. Guaranía, 1954), p. 136.

entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza (17).

Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas. Y calle el pedante vencido (18).

La universidad europea ha de ceder a la Universidad Americana.

La historia de América, de los incas acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra (18).

Tal parece la antítesis de *Facundo* de Sarmiento, obra ésta en la que el indio y el gaucho mestizo son considerados el óbice que impide el avance de la civilización.

En su visión de América con mentalidad profética logra refutar la tesis derrotista de civilización (lo yankee y/o lo europeo) frente a la barbarie (lo genuinamente americano). Es en este camino que el joven cubano le sale al frente al ya consolidado ideario de Sarmiento asentado en muchos círculos intelectuales, dada la importancia del estadista argentino.

Se trata de una silenciosa polémica, sin lugar a dudas, en donde las alusiones no pueden ser más claras.⁸

⁸ Dos años antes, en 1887, es decir cuando Sarmiento contaba 76 años, en carta a Paul Groussac, elogió muy animosamente y de buen talante la prosa de "Martí, un cubano, creo..."

... En español, nada hay que se parezca a la salida de bramidos de Martí, y después de Víctor Hugo nada presenta la Francia esta resonancia de metal...

... Deseo que le llegue a Martí este homenaje de mi admiración por su talento descriptivo y su estilo de Goya, el pintor español de los grandes borrones con que habría descrito el caos.

La alabanza —dice Andrés Iduarte— no puede ser más calurosa ni el acierto crítico de Sarmiento más certero... Poco después de aquella alabanza es cuando Sarmiento le dice a Martí a través de *La Nación*, tras de la lectura de su artículo sobre la mujer norteamericana:

Una cosa le falta a don José Martí para ser un publicista, ya que se está formando el estilo más desembarazado de ataduras y formas... Fáltale regenerarse, educarse, si es posible decirlo, recibiendo del pueblo en que vive la inspiración, como se recibe el alimento para convertirlo en sangre que vivifica... Quisiera que Martí nos diera menos Martí, menos español de raza y menos americano del Sur, por un poco más del yankee, el nuevo tipo del hombre moderno, hijo de aquella libertad cuya estatua nos ha hecho admirar al lado de aquel puente colgado de Brooklyn, que parecen responder a la cascada del Niágara por los tamaños...

Andrés Iduarte, "*Sarmiento, Martí y Rodó*" (La Habana: Academia de Historia de Cuba, 1955), págs. 37-38.

Ni el libro europeo, ni el libro yankee, daban la clave del enigma hispanoamericano. Se probó el odio, y los países venían cada año a menos. Cansados del odio inútil, de la resistencia del libro contra la lanza, de la razón contra el cirial, de la ciudad contra el campo, del imperio imposible de las castas urbanas divididas sobre la nación natural, tempestuosas o inertes, se empieza, como sin saberlo, a probar el amor. Se ponen en pie los pueblos, y se saludan. "Cómo somos?" se preguntan; y unos a otros se van diciendo cómo son. Cuando aparece en Cojímar un problema, no va a buscar la solución a Danzig. Las levitas son todavía de Francia, pero el pensamiento empieza a ser de América (20).

Hay un hábito de optimismo en las dos últimas oraciones.

En la vertiente del tema "La autonomía", iniciado por Andrés Bello en sus *Silvas americanas* proclamando una independencia espiritual e inculcándonos a que busquemos en esta orilla del Atlántico el aire saludable de la ciencia, se encuentra Martí amonestándonos a seguir los "elementos naturales" del país y a obligarnos a conocerlos mejor. Por eso, de una vez anotó que "El premio de los certámenes no ha de ser para la mejor oda, sino para el mejor estudio de los factores en que se vive" (18).

El gobierno ha de nacer del país. El espíritu del gobierno ha de ser del país. La forma del gobierno ha de avenirse a la constitución propia del país. El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país (18).

Viene el hombre natural, indignado y fuerte, y derriba la justicia acumulada de los libros, porque no se la administra en acuerdo con las necesidades patentes del país. Conocer es resolver. Conocer el país, y gobernarlo conforme al conocimiento, es el único modo de librarlo de tiranías. (18).

En los párrafos iniciales de "Nuestra América", Martí advirtió la trivial y vanidosa paz del aldeano "sin saber de los gigantes que llevan siete leguas en las botas y le pueden poner la bota encima" (15). Y luego: "Los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas!".

Adviértase que de pronto el tema de los EE. UU. ha salido a luz en cuanto el autor toca el tema de nuestra América y su estilo logra imágenes peyorativas. En este mismo ensayo y en esta misma diatriba, al referirse al país del norte, recurrirá a una metáfora pura, pues se ha eliminado el objeto comparado:

El tigre espantado del fognazo, vuelve de noche al lugar de la presa (19).

Sobre algunas repúblicas está durmiendo el pulpo (21).

Frente a este inminente peligro, Martí nos urge porque nos conozcamos entre todos los americanos y luego nos demos a conocer a los EE. UU. puesto que el desconocimiento es el peligro mayor:

El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América; y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca, la conozca pronto, para que no le desdeñe. Por ignorancia llegaría, tal vez, a poner en ella la codicia. Por el respeto, luego que la conociese, sacaría de ella las manos. Se ha de tener fe en lo mejor del hombre y desconfiar de lo peor de él. Hay que dar ocasión a lo mejor para que se revele y prevalezca sobre lo peor. Si no, lo peor prevalece. Los pueblos han de tener una picota para quien les azuza a odios inútiles; y otra para quienes no les dice a tiempo la verdad (22).

Su postura frente a los EE. UU., tema muy discutido en la obra de Martí, es serena, mesurada y nace de un tremendo acopio de experiencia cauterizada en sangre propia. Son los años de 1889 al 91 en los que se fermenta la revolución cubana; es el año 89 en el que los diarios norteamericanos debaten —como se ve en el artículo "Queremos a Cuba"— la anexión, la adquisición o la compra de la isla, que impele a Martí a enristrar su pluma para reivindicar a su patria del trato descomedido y humillante y apostrofar: "Amamos a la patria de Lincoln tanto como tenemos a la patria de Cutting". Sin embargo, podemos advertir que su defensa, a pesar del escarnio del que fue objeto el pueblo cubano por dicho artículo, carece de odios, no se ensaña en epítetos incisivos. Con razón Iduarte en su estudio clásico sobre Martí nos señaló que "Tiene ojos para ver lo grande, pero también lo pequeño y lo peligroso. Su obra será, pues, de elogio, a menudo exaltado y reverente, y de censura cuando ve caminos contrarios a la libertad en el país que se fundó sobre ella; y de ataque, y aun virulento ataque cuando la contradicción de las buenas tradiciones cae como amenaza sobre su Cuba y su Hispanoamérica".¹⁰

Otros temas se podrían encontrar en este breve ensayo tan bien logrado de Martí en el que anota precisamente los problemas y an-

¹⁰ Artículo aparecido en *The Manufacturer*, Philadelphia, 16 de marzo de 1889.

¹⁰ Andrés Iduarte, *Martí, escritor* (La Habana: Ministerio de Educación, 1951), p. 222.

gustias que sacudían Nuestra América en el siglo pasado, muchos de ellos aún sin solución, mordiéndonos las entrañas.

Con lo anotado sale a luz —puesto que hemos de hablar del calor y la luz que este astro irradió en nuestros horizontes— el profundo y sincero americanismo de Martí, que le da trascendencia continental, y lo coloca en el escalafón de nuestros clásicos, como uno de los portavoces de esta América india, a la que tanto amó y por cuya liberación luchó durante toda su vida.

A PROPOSITO DE DOS CARTAS INEDITAS DE JUSTO SIERRA A BENITO PEREZ GALDOS*

Por Noël SALOMON

JUSTO SIERRA conoció personalmente a Pérez Galdós. Le encontró a menudo durante su estancia en España, con motivo del Congreso Hispanoamericano en 1900 y le escribió de México en varias ocasiones. El archivo Galdós en Las Palmas (Gran Canaria) posee algunos documentos que permiten entrever el carácter amistoso de sus relaciones y la admiración que el famoso mexicano experimentaba para con el gran escritor español. Una simpatía recíproca unía a los dos hombres y el liberal positivista Justo Sierra encontraba en las obras del liberal Pérez Galdós la utilización de ideas sobre el desarrollo histórico del pueblo español bastante cercanas a las del autor de *Evolución política del pueblo mexicano*. Para Justo Sierra así como para otros liberales o librepensadores mexicanos, Benito Pérez Galdós era el símbolo de una España nueva, abierta y generosa que volvía definitivamente las espaldas al pasado colonial de leyenda negra y de dominación tan odiado por los mexicanos.

Para situar mejor las relaciones de Justo Sierra y de Benito Pérez Galdós y comprender mejor el sentido de las dos cartas inéditas que publicamos, es necesario esbozar "la fortuna" del canario en México. Sus obras fueron "recibidas" en América Latina tanto por su servicio ideológico como por su mérito literario. Lo que gustó en el sector del público que se apasionaba por él fue antes de todo el carácter progresista, antirreaccionario y antioscurantista de su producción. México no fue una excepción.

Las novelas del canario fueron distribuidas a las librerías de México por su apoderado Ricardo Sainz, por lo menos a partir de 1879. Tal vez haya sido su difusión más rápida e importante de lo

* Esta es la publicación póstuma de un artículo al que el autor no había dado todavía su forma definitiva. Al margen del manuscrito vienen acotaciones como "modificar este pasaje", "completar" o "matizar". Se podrá igualmente comprobar que las notas no fueron sino esbozadas o, en algún caso, pueden faltar.

que pretendía su distribuidor.¹ Sea lo que fuera, lo cierto es que los aficionados a las últimas publicaciones se pusieron a hablar del autor español a partir de esa fecha. Lo testimonia este trozo de una carta de Ricardo Sainz en que evoca las pintorescas conversaciones de que era objeto en las librerías de la capital:

"Entre los platicones de librerías se analizaban las obras de U y disputaban sobre la edad del autor. Unos calculaban 20 años, y otros lo hacían testigo de los acontecimientos y cuando menos 80 años. El señor Mendizábal se encarga de averiguarlo y por este incidente se dirigirá a U."²

Como en otros países de América, algunos lectores de sus novelas le escribieron, revelando por qué su prosa les había llamado la atención. La carta de un tal Alberto Leduc, enviada de México el 28 de mayo de 1894 muestra que Galdós gustaba a ciertos mexicanos a la vez por su sensibilidad (Marianela), su profundidad (La familia de León Roch), su sátira social (Doña Perfecta): era manifiesto que en el país de Benito Juárez y de la Reforma, encontraba lectores en el bando de los enemigos de la hipocresía religiosa.

"México, 28.5.94
Maestro Admirable

Durante tres meses sólo he vivido con Miquis, León Roch, Isidora Rufete, Tormento y muchas otras gentes de tantas como figuran en vuestra española Comedia Humana.

Sin ser *Nana*, la Rufete me causó impresión profundísima y Pecado me hizo pensar mucho; Maríañuela me arrancó las últimas lágrimas de mi primera juventud y en Doña Perfecta reconocí a centenares de mojígatas con quienes me codeo en las calles de esta capital.

Vuestro mesimismo *apaisé* (¿permitís el epíteto?) me ha hecho pensar más hondo que la *outrance* con que se ciega frecuentemente el autor de "Lourdes", y mi espíritu se arrodilla a admirar en vos, al que sabe mirar las cosas y las gentes *desde Sirio* como aconsejaba Renán.

El Sr. Caballero, honrado y cándido amante de Amparito, tuvo a bien revelarme que os gustan las curiosidades mexicanas. Me permito enviaros dos figuritas de barro como humildísimo homenaje de mi

¹ Cf. las cartas de Ricardo Sainz (Archivo Galdós, Las Palmas, Gran Canaria, Carpeta 56).

² Carta de Ricardo Sainz de 8 de febrero de 1879 (Archivo Galdós, Carpeta 56, legajo nº 12).

admiración. ¡Ojalá os lleguen en buen estado! De lo contrario os ruego muy encarecidamente me lo hagáis saber para reponerlas.

Con excepción de Realidad, Tristana y Angel Guerra, que me fue imposible encontrar en las librerías de México, todas vuestras novelas han sido mi delicioso manjar intelectual con que he formado mi orgía de cerebro estos últimos meses.

Aceptad que mi ingenua admiración os lleve su eco.

No soy nadie, es decir soy uno de tantos para quienes Pepa Fucar y León Roch confeccionaron su famosa divisa "La vida está llena de equivocaciones".

Figuraos si no podré usarla: a los trece años perdí al padre, cumplí 14 en un colegio clerical, a los 16 me ordené de menores y al acabar los 17 estaba yo a bordo de un barco de guerra. De los 18 a los 23 fui dependiente de casa de comercio y llevo tres de ser ¡horror! periodista, *conteur*, ¡qué sé yo!

Como muestra de este último *métier*, os adjunto "Fragalita"; perdonad mi audacia señor.

Perdonad también esta rápida y espontánea confesión; pero los que no tenemos directores con sotana, creemos confesarnos con los sacerdotes intelectuales. Esta necesidad de la confianza no sé si explicármela según las afinidades electivas de Goethe o según las simpatías anteriores a esta vida de que habla Allan-Kardec.

De cualquier modo, señor, le ruego perdone mi audacia y acepte mi profunda admiración y mis sinceros votos porque España conserve muchos años todavía al primero de sus prosistas.

Alberto Leduc

P.S.: Olvidé una pregunta: ¿Sería indiscreto poseer un retrato de mi ilustre confesor?

Si se me concede esta gracia inmensa, sírvase dirigirlo a:

Fernando Latapi
para Alberto Leduc
Mercería del Coliseo
México 3, D. F."*

El espíritu de Pérez Galdós abierto a todo —incluso a la poesía— le ganó la adhesión de corresponsales mexicanos agradecidos de que el gran prosista español estuviera dispuesto a escuchar lo que nacía en América: por ejemplo, el "modernismo", primer movimiento literario por el que las antiguas colonias hispanoamericanas abrieron el camino a la antigua metrópoli ibérica. En el país de Salvador

* Archivo Galdós, Carpeta 56, legajo nº 5.

Rueda, en el continente de Rubén Darío, se mostraron reconocidos, como prueba una carta de José Nizacha escrita en San Luis Potosí el 25 de junio de 1900:

"San Luis Potosí, 25 de Junio de 1900

Sr. D. Benito Pérez Galdós - Madrid

Respetado y Querido amigo mío:

"Hace pocos días tuve el placer de recibir su novela *Montes de Oca*, que tuvo usted la amabilidad de mandarme con una lisonjera dedicatoria que me llena de orgullo y de gratitud. Ahora más quiero a usted, no por vanagloria mía, sino porque veo que usted, a diferencia de ciertos espíritus mezquinos y obscurantistas, no tiene ese sacro horror por nuestra escuela modernista. Así juzgaba yo a usted: como grande, noble y generoso, como artista sin igual, lleno de progreso y pletorias de bondad. De las pocas virtudes que heredamos los mexicanos de ustedes una de ellas, la que más hondamente arraigada conservamos, es la de la sinceridad y con toda esa sinceridad que creo tener, le escribo a usted la presente, sin que en ella estampe ¡lo juro! una sola falsedad o un mentiroso ditirambo. Y usted que tiene un intelecto inmenso comprenderá cuál sería mi contento al mirar el autógrafa de la novela que me envió; a mí que desde que comencé a paladear la novela española, erigí a usted un altar en lo más recóndito de mi cerebro, a mí que he gastado todo el inmenso de mi devoción en el ara de ese altar! Y hoy más le estimo, como anteriormente dije, porque aunque usted no comulgue con ciertas ideas nuestras, no por ello anatematiza a Rueda, el de su España ni a nuestro Rubén Darío y digo nuestro, no por que sea mi país, sino porque es de nuestra América. Así lo hacen los que verdaderamente valen..."⁴

Cuando en 1901, se verificaron en México varias funciones de *Electra*, pocos meses apenas después del estreno de Madrid en enero, así como en el resto de América Latina, donde el éxito fue rotundo, la imagen de Pérez Galdós antitiránico, espíritu libre de una España laica y moderna, se afirmó más aún. Consta el impacto de la obra sobre la parte del público atraído por el libre pensamiento. A ese respecto, es un eco excepcional la carta de un José Benítez. Nos dice cómo la representación operó en él una verdadera "conversión" haciéndole pasar de la hostilidad que experimentaba para con los gachupines reaccionarios instalados en el suelo mexicano al deseo de ser un español a la manera de Pérez Galdós:

⁴ Archivo Galdós, Carpeta 56, legajo nº 8.

México, mayo 27 de 1901

Sr. Benito Pérez Galdós - Madrid

Muy Sr. mío y correligionario:

Hace algún tiempo oí vuestro nombre entre conciudadanos para mí queridos y os tenía cariño sin poder formarme una idea fija de la grandeza que encierra vuestra alma; pero lo suficiente para mitigar un tanto el odio que engendrara en los corazones de este pueblo, los favoritos de infames Reyes y el ave nocturna de la inquisición, con sus crímenes, autos de fe, confiscaciones, violaciones e injusticias, llevadas a cabo por ambas tiranías; el tono despreciativo hacia mis conciudadanos por los que forman la colonia española, con ideas rancias, fanatizados en su mayor parte, refractarios al progreso, ignorantes y mal intencionados; cuando llegó la noticia a esta capital de su obra titulada "Electra".

Si fue grande mi sorpresa al pronunciar el nombre del autor, mayor fue el deseo que sentí por ir al estreno. No me es posible expresar a Ud. el efecto que produjo en mi espíritu (cielo por donde pasan las grandes ideas) la primera representación; basta decirle Sr. Pérez Galdós, que en aquellos momentos, sentí el deseo de ser español y olvidé las ofensas pasadas y las que su desprecio y altanería engendran a diario la mayor parte de los individuos que forman la colonia española en esta República.

Uno de esos españoles que parece que se han forjado en la fragua de las grandes ideas y por tanto divorciado de la colonia española, al oírnos a varios amigos hacer elogios de Ud. nos dijo: no conocen Uds. la España moderna, la España Republicana compuesta de una pléyade inmensa de apóstoles del libre examen, que en tiempo no lejano, han de dar en tierra con el resto de la tiranía de otros tiempos, que aún se cierne sobre España; que sueñan en sostener las ideas reaccionarias, contra el espíritu del siglo y de la opinión, por la idea egoísta que los devora, queriendo poner un límite convencional al pensamiento, petrificándolo en la escolástica y apartándolo de la gran investigación de la ciencia moderna que después de haber estudiado la naturaleza y el espíritu y haber seguido el través de la fisiología y de la psicología, así los secretos de la dinámica material, como los secretos de la dinámica espiritual se ha elevado a la contemplación del Dios que lo ilumina eternamente y vivifica todo y que contiene en sí, como el espacio de los espacios, las grandes ideas, animadas por el soplo del Eterno. No está muy lejano el día en que los mexicanos den un abrazo fraternal a la España Republicana, amante de la civilización y del progreso y se convencerán que 99 españoles y un carnero no forman cien carneros.

Después de hacer elogios de la vastísima ilustración que Ud. posee, nos habló de Pi Margall, de Santa Marta, de Morayta, de

Odón de Buen, de Fernando Lozano y de otros apóstoles que sucumbieron como Olózaga, el impecinado, Coello, Torrijos, Abdón Terradas, Torrero, Mendizábal, García Vao, Ramón Chies y miles que no es dable recordar, mártires del progreso y del libre examen, haciendo de paso una reseña histórica de los Narváez, Cabrera, Cánovas, Pidal, Canga Argüelles, Romero Robledo, Silvela y de los que denominan farsantes, ya sean liberales, dinásticos o demócratas, como Sagasta, López Domingues Moret, Montero Ríos, Abarzuza, Núñez de Arce, León y Castillo y de más elementos que están provocando a la nación española a una lucha sangrienta.

Si grande fue el placer que nos produjo la primera representación de "Electra" en esta ciudad, satisfacción profunda nos causó a los quince o veinte mexicanos que oímos expresarse de un modo tan elocuente y con ideas tan purísimas, al referido español a quien abrazamos fraternalmente en testimonio de aprecio.

Ya veis Sr. Pérez Galdós el efecto que va produciendo vuestra obra, que como todo lo grande lleva el sello de la inmortalidad. ¡Qué lástima Sr. que la grandeza de ese pueblo no haya sabido conservarse! Pero vemos que aún conserva grandes espíritus y esto prueba que se han interpuesto en su camino.

La sublime idea que desarrolla Ud. en su obra Electra removerá lo más hondo del espíritu humano para hallar la idea práctica que concluya de una vez y para siempre la infamia, el crimen en que con su cinismo cruel, han tenido envuelta a la sociedad esos sacerdotes de Moloch en vez de Jesús que con sus prácticas han llevado el hito a todos los pueblos y el odio a todos los corazones.

Adelante siempre adelante; según el grito del ilustre caudillo de Caprera, campeón del libre examen, que aún esperan en las Américas muchos corazones deseosos de rendir homenajes a esas grandes ideas y todos seguiremos juntos hasta llegar a la tierra prometida, desierto en donde tenemos sostenida la fe, los amantes de la libertad, la igualdad, la ciencia, el derecho y la justicia y honradme Sr. con vuestro retrato que sabré conservar como reliquia sagrada.

Reitero a Ud. mis excusas y mientras no me sea lícito procurarme la honra de ofrecerle testimonio de la consideración más distinguida queda de Ud. con un viva España Republicana y libre pensadora su Atto. y S.S.Q.B.S.M.

José Benítez

Su casa Calle del Refugio nº 14 en donde me pongo a las órdenes de Ud. ^{5 6}

⁵ Archivo Galdós, Carpeta 56, legajo nº 2. Viniendo de un país en que no existe ninguna estatua de Cortés, ni tampoco es posible que exista por

El mismo año de 1901 a comienzos de julio, cundió la voz de un próximo viaje de Pérez Galdós a México. Se puede decir que durante ese verano, la gloria del canario estuvo en su cenit en México. Se esperaba con interés y curiosidad la llegada del gran hombre liberal y moderno que para aguantar mejor los calores del estío se había retirado a su finca de San Quintín en Santander y abrigaba efectivamente de ir a México "un día venidero". Dos cartas del español Telesforo García, que como ya se sabe, estaba integrado en el grupo de los liberales mexicanos,⁷ nos informan sobre tal esperanza que nunca había de estar satisfecha:

Telesforo García

Apartado 463

México 8 de Julio de 1901

Sr. Dn. Benito Pérez Galdós - Santander

Mi distinguido compatriota y amigo: Algún periódico ha publicado aquí la noticia de que próximamente haría Ud. una visita a este país. Si tal fuese su propósito, desearía saberlo no sólo para suplirle que aceptase el hospedaje de mi casa, sino también para ofrecer esta grata nueva a la Colonia española y a la sociedad mexicana.

Justo Sierra, que hace poco llegó de Europa, para tomar a su cargo la subsecretaría de Instrucción Pública, recuerda con gran sa-

ser tan fuerte lo que O. Paz ha llamado la actitud de rechazo del "malinchismo", la carta de José Benítez presenta una innegable originalidad, pues los "hispanistas" eran todos hombres de derecha.

⁶ Cf. la carta de Mellado del 31 de julio de 1901 (Archivo Galdós, Carpeta 56, legajo nº 7).

Mellado, Ms.

Casa de Ud. puente de curtidores n. 3 y medio

México. Julio 31 de 1901.

S. Don Benito Pérez Galdós - Madrid

Señor de mi admiración y respeto: Mucho tiempo ha, que he querido mandar a Ud. mi más cordial felicitación por haber admirado en esta República la representación de su inmortal drama "Electra" el que, sin disputa alguna es de inapreciable valor a cuantos ha escrito su fecunda pluma.

Hoy que en mi país se ha dejado sentir ese movimiento anticlerical, es cuando más ha sido aplaudido su inmortal drama y cuando más respetado es su nombre.

Yo, como un admirador de su talento, me tomo la libertad de felicitarlo por medio de ésta, sirviéndome a la vez para ponerme incondicionalmente a sus respetables órdenes como su atto. sqbsm.

⁷ Nacido en Puentenansa (Santander) fue al mismo tiempo hombre de negocios y sociólogo, según la expresión mexicana de la época.

tisfacción las conversaciones que tuvo con Ud. en Madrid. Y por mi parte, ocioso parece decir con cuánto gusto estrecharía la mano del insigne literato, del liberal decidido y del patriota ardiente su viejo admirador.

Telesforo García ⁸

Telesforo García

Apartado, 463

México, 4 de septiembre de 1901

Sr. D. Benito Pérez Galdós - San Quintín - Santander

Mi distinguido compatriota y amigo: Acabo de recibir la afectuosa de Ud. fecha 17 del pasado y no quiero ocultarle mi contento, al saber que hay alguna probabilidad de que haga pronto una visita a este país. En todo caso y ya que por resistencias de carácter, de las cuales participo yo también en grado supremo, no pueda Vd., cuando tal suceso ocurra, aceptar mi pobre hospitalidad, quisiera merecerle me tuviera al tanto de sus pasos en este respecto, ya que no por otro motivo, por mi propia satisfacción y por la de los muchos admiradores con que aquí cuenta.

Veo con frecuencia a Justo Sierra y muy agradecido me encarga devuelva a Ud. su cariñoso abrazo. Ya me ha contado que en Madrid solían andar Uds. juntos y que conserva de Vd. los recuerdos más afectuosos. No podría ser de otra manera.

¿Qué nuevas obras trae Ud. entre manos? Lector asiduo y apasionado de Ud. también este punto me interesa de veras.

Le quiere de corazón su compatriota y amigo devotísimo.

Telesforo García ⁹

Como vemos por las dos cartas de Telesforo García reproducidas aquí, Justo Sierra había frecuentado a Benito Pérez Galdós durante su estancia madrileña y había trabado amistad con él. ¿Qué fueron sus conversaciones? Podemos imaginarlas más o menos a partir del impacto de la obra galdosiana en México del que hemos dado una idea al principio así como por la comparación de los dos hombres. El español y el mexicano tenían en común cierto espíritu de modernidad. Si Benito Pérez Galdós era, por cierto, menos cientista que Justo Sierra (al que sus adversarios clasificaban entre los "científicos"),¹⁰ era como él "evolucionista", partidario de la trans-

⁸ Archivo Galdós, Carpeta 56, legajo nº 4 bis.

⁹ Archivo Galdós, Carpeta 56.

¹⁰ Cf. J. C. Dumas, *Notes sur les classes dirigeantes au Mexique autour de 1900*, in *La question de la "Bourgeoisie" dans le monde hispanique du*

formación progresiva de las sociedades y de los individuos, anticlerical y republicano, amante de un liberalismo moderado.¹¹ Como Benito Pérez Galdós que fue el blanco de los "neo-católicos" peninsulares (en particular en el diario *El Solfeo*), Justo Sierra y su grupo tuvieron que aguantar los asaltos de los clericales que los calificaban de ateos iconoclastas peligrosos, y de "secta perversa enemiga de Dios y de la Iglesia" (*La Voz de México*, 1890). Víctima de la hostilidad de la antigua España reaccionaria y clerical cerrada a los adelantos de la técnica y de las ideas, el humilde y modesto canario, convertido en gran maestro de la literatura mundial, no podía sino atraer al yucateco que, hijo de una familia arruinada, acabó, a fuerza de trabajo y cultura, por ser figura en la vida política y cultural de su país. Periodista, profesor de historia, diputado, Justo Sierra había seguido una trayectoria un poco parecida a la de Benito Pérez Galdós (también periodista, procurador por Canarias...) cuando le encontró en varias ocasiones en Madrid.

Al volver de Europa a México a principios de 1901, Justo Sierra fue llamado a la subsecretaría de Instrucción Pública, pero su nombramiento no puso fin a las relaciones entre los dos hombres. Pérez Galdós ofreció muy posiblemente a Justo Sierra las obras que publicó entonces. Una carta del 25 de julio de 1905 prueba, de toda forma, que entonces el ministro de Porfirio Díaz tenía en manos *Carlos VI en la Rápita*, volumen de la cuarta serie del gran conjunto de los *Episodios nacionales* que acababa de salir apenas dos meses antes (el final de la novela lleva la acotación "Madrid, abril-mayo de 1905", con referencia al periodo de composición).¹²

Como vamos a verlo, la carta tenía por objeto presentar a Pérez Galdós al poeta Amado Nervo que venía a ocupar en la Legación mexicana de Madrid un puesto de secretario. Su interés va mucho más allá de esa presentación y un juicio sobre el carácter del poeta. Nos enteramos en ella de que Justo Sierra había leído otras muchas de Pérez Galdós que no formaban parte de los *Episodios*. Vemos sobre todo cómo Justo Sierra leía a Pérez Galdós, prosiguiendo sus

XIX^e siècle, Colloque international organisé par l'Institut d'Etudes Ibériques et ibéro-américaines de l'Université de Bordeaux, ed. Bière, Bordeaux, p. 218 note 2 cita un texto de *La Patria* de 1911 donde se publica una "lista de científicos" de la capital.

¹¹ Fundador, en 1878, del diario *La libertad* J. Sierra fue casi una especie de liberal-conservador comparado con los liberales ortodoxos herederos de la tradición de La Reforma.

¹² Al final del volumen precedente de la serie *Acta Tettawen* viene la acotación: Madrid-octubre-noviembre-diciembre de 1904-enero de 1905. Según Manuel Hernández Suárez, *Bibliografía de Galdós* (I, Ediciones del Excm. Cabildo Insular de Gran Canaria, Las Palmas, 1972, p. 317), la tirada de esta edición fue de 42 000 ejemplares a lo largo del año 1905.

diálogos con él como antes en Madrid. Lector atento y crítico juicioso practicaba una lectura activa, de participación, llenando las márgenes de las páginas de anotaciones diversas... Así, según sus notas sobre *Carlos VI en la Rápita*, estimaba que Pérez Galdós, pintor de la historia de España, había logrado una síntesis armoniosa y viva entre la biología, la sicología y la sociología. Deseoso de expresar la evolución histórica de un pueblo, el novelista había sabido integrar la nota de la intimidad individual en el conjunto de una trama colectiva. En otras palabras, según la lectura de Justo Sierra, Pérez Galdós era el novelista que conseguía la difícil fusión de la "ciencia" y del "espíritu", del "determinismo" y de la "libertad" que él mismo anhelaba como historiador, pues era autor de *Juárez, su vida y su tiempo*, obra publicada ese mismo año de 1905 en homenaje al famoso hombre de la Reforma, a la vez personalidad original y expresión de las necesidades de su pueblo.¹³ Por muy liberal positivista que fuera Justo Sierra, se diferenciaba de los demás del grupo de los "científicos" por unos acentos a veces más liberales que positivistas, y, por lo tanto, apreciaba la ausencia del determinismo rígido que caracterizaba a Pérez Galdós.

"Correspondencia particular del Secretario
de Instrucción Pública y Bellas Artes.

México, 25 de julio de 1905

Señor Don Benito Pérez Galdós - Madrid
Insigne Maestro y Amigo:

Doblo una hoja de *Carlos VI en la Rápita* para poner a usted doce líneas que llevan, primero mi saludo cordial de perenne admiración (todo cuanto debe durar una vida es perenne con relación a nosotros mismos porque la vida es la eternidad para quien tiene en un momento dado que perder absolutamente la conciencia del tiempo, que es el caso de todos los mortales). Y espeto a Ud. esta jaculatoria sacada de mis apuntes trazados al margen de su libro o sus libros: realmente Ud. ha logrado hacer subir el hecho trivial y la psicología de *cualquiera* a la altura de la historia (como en otros libros que no son los Episodios los ha subido a las cimas de la filosofía). Por tal modo que sería muy difícil, imposible acaso, separar de la Historia de España que con el nombre de episodios escribe Ud. el episodio íntimo, individual, del fenómeno histórico; tanto así la trama y la

¹³ En *Evolución política del pueblo mexicano* (cf. el artículo de J. C. Dumas ya citado), igual concepción dialéctica de la personalidad de P. Díaz.

urdimbre se complican para formar la tela. Si historiar es describir la evolución psicológica de un grupo humano que mete las raíces en la biología y abre los brazos en el mundo sociológico, Ud. es un incomparable historiador. Pero son estas muchas filosofías que deben tenerlo sin cuidado, y que sólo sirven de cuidado a (segundo) la presentación que formalmente le hago de mi filial amigo Amado Nervo que va a nuestra Legación en Madrid en calidad de Secretario y que es por añadidura literato y poeta hasta las uñas.

Quiere tratarle a Ud. le he dicho que es Ud. un poco intratable pero muy bueno. Y de esto último se acoge para ver de ganar un poco de la inestimable amistad de Ud. De corazón me alegraría si lo lograra. Deseo para Ud. largos años, para mí series interminables de libros de Ud. y su salud y contento.

Soy de Ud. amigo devotísimo.

Justo Sierra ¹⁴

En el archivo Galdós de Las Palmas no hay carta de Justo Sierra a Benito Pérez Galdós para los años de 1906 a 1910. Para encontrar una de nuevo, tenemos que ir hasta el año de 1911. ¿Pensaremos de esto la conclusión de que las relaciones entre el yucateco y el canario se hicieron entonces menos frecuentes? Se han podido perder unas cartas, pero sabiéndose el cuidado con que Benito Pérez Galdós clasificaba todos sus "papeles" se puede descartar tal hipótesis, al parecer, para explicar dicha ausencia. Es probable que metidos en el torbellino de sus múltiples actividades los dos hombres dejaron de escribirse, sin olvidarse tampoco. Sabemos que a finales de 1905 el gobierno español impidió que Pérez Galdós obtuviera el Premio Nobel oponiéndole al católico conservador Menéndez y Pelayo. Por ello, la academia sueca no otorgó el premio a ninguno de los dos. ¿Haría tal suceso que, por un tiempo, Pérez Galdós se replegara sobre sí mismo? ¿Que no? Entre 1905 y 1911, se dedicó apasionadamente a su obra y publicó mucho. Al mismo tiempo, a partir de 1907 vuelve a sus actividades políticas en el bando republicano. Entonces fue cuando salió elegido procurador por Madrid, gracias al apoyo decisivo de los medios populares y participó en mítines en Santander y Almería en favor del bloque de las izquierdas.

Por su parte, Justo Sierra dirigía su subsecretariado —ya secretariado— de Instrucción Pública y trabajaba en desarrollar la educación en la que creía para que evolucionara el pueblo mexicano. Pero, como sabemos, los problemas sociales y políticos nacidos a raíz del desarrollo tecnológico y económico de México (en provecho

¹⁴ Archivo Galdós, Carpeta 56, legajo nº 16.

de una minoría de traficantes nacionales o extranjeros) que acompañaban la continuación anticonstitucional de Porfirio Díaz en el poder,¹⁵ se hicieron cada día más agudos. El descontento que se había venido acumulando en las capas sociales inferiores de la nación, sobre todo en los campos, empezaba a manifestarse por varios levantamientos ya desde 1908.¹⁶ Cuando inició su campaña anti-releccionista en 1910, Madero intentó, por cierto, una conciliación con Porfirio Díaz; pero llevado por algunos de sus partidarios más radicales y empujado por el movimiento de las masas, el líder tuvo que introducir una parte social en el *Plan de San Luis Potosí*, con fecha del 5 de octubre de aquel año.¹⁷ Dicho aspecto social, que concernía la restitución de las tierras a los campesinos que habían sido despojados de ellas, desempeñó un papel decisivo, según J. Silva Herzog¹⁸ para llevar a miles de campesinos a la lucha armada, cuya iniciación comenzó el 20 de noviembre.¹⁹ Un poderoso movimiento existente en los estados de Guerrero, Michoacán, Campeche y Distrito Federal desembocó en el *plan político-social* firmado en la sierra de Guerrero el 18 de marzo de 1911. Declaraba a Francisco I. Madero presidente provisional de la República y jefe de la Revolución, planeaba la distribución de las tierras y preveía que se juzgasen al general Díaz y a todos sus ministros. Por otra parte, en el norte y en el sur, Emiliano Zapata y Francisco Villa iniciaban operaciones cada vez más peligrosas para el orden porfirista.

Fue el 3 de marzo de 1911, o sea algunos días apenas antes de la proclamación del plan político-social que anunciaba el futuro de los ministros del general Díaz, y por consiguiente el suyo entre otros, cuando Justo Sierra escribió a Benito Pérez Galdós una carta que se puede leer hoy en el archivo Galdós de Las Palmas. El propósito de la carta —como en 1905— era presentar al famoso escritor un personaje que iba a Madrid: un español que se había casado con una hija de Benito Juárez y se había integrado perfectamente en México hasta tal punto que —según Justo Sierra— se sentía tan mexicano como español. Pero imaginamos fácilmente que, viviendo la situación histórica atormentada que hemos recordado brevemente, era difícil a Justo Sierra no decirle palabra del asunto a su viejo amigo madrileño. Aquel que, el 3 de marzo de 1911, sigue siendo

¹⁵ El mismo J. Sierra tomó posición contra la reelección de P. Díaz en 1900 en una carta que le dirigió en 1899 (Cf. *Obras completas*, XIV, p. 543-544).

¹⁶ Cf. Silva Herzog, *Breve historia de la Revolución mexicana* (1960, Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires).

¹⁷ *Idem.*

¹⁸ *Idem.*, p. 129.

¹⁹ Cf. J. Silva Herzog y confirmar con Womack.

secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes —y escribe con papel cuyo membrete atestigua tal cargo— no puede impedir que vuele su pluma. Desde su despacho de ministro se da cuenta de la tormenta que amenaza al régimen porfirista, pero como pasa a menudo con personajes que ocupan puestos oficiales, no caracteriza las causas con exactitud. Como era de esperar de parte de un ministro de Porfirio Díaz en actividad, su juicio sobre el movimiento revolucionario es desfavorable y deformado. Lo que sorprende es cierta ceguera histórica en nombre de las "leyes" de la historia. De hecho, confrontado con las primeras oleadas de la creciente revolucionaria, no tiene reacciones diferentes de las de la inmensa mayoría de los intelectuales mexicanos del momento, quienes en un primer tiempo fueron casi todos hostiles a la Revolución.²⁰ Cuando declara que la erupción ha sorprendido "a todos después de treinta años de paz" su confesión es sincera: expresa verdaderamente la estupefacción de esa "aristocracia intelectual" que por exceso de intelectualismo Justo Sierra colocaba en la cumbre de la pirámide social. Es también la enajenación ideológica del grupo positivista, parapetado en teorías científico-sociales dogmáticamente proyectadas sobre la realidad mexicana, sin que fueran capaces de discernir objetivamente el proceso de acumulación de las tensiones y de los factores de explosión que venían obrando desde hacía treinta años en las profundidades de la sociedad porfiriana. Por cierto, Justo Sierra, semiliberal, semipositivista, y por tanto diferente de la mayoría de los demás "científicos", había manifestado varias veces sus discrepancias frente al positivismo más absoluto, abstractamente aplicado al desarrollo histórico de México. No obstante, en su carta a Benito Pérez Galdós, condena las sublevaciones armadas, pues están en contra de "las inflexibles leyes sociales" y se oponen al Orden y al Progreso. En otras palabras, para Justo Sierra, que se muestra más positivista que liberal, la Revolución que se inicia va en contra del curso natural de la historia; su ideología cientista y mecanista le oculta una necesidad objetiva que, asumida por la intervención del pueblo convertido en actor del cambio social, se identifica con la libertad.²¹ Liberal-conservador en este aspecto, como otros muchos conservadores cuando estallan los movimientos populares que nacen de la estructura misma del sistema económico-social y político en que están situados. Si el pueblo mexicano se pone en movimiento, víctima de un microbio hereditario —según dice en un idioma aparentemente "biológico" que atestigua la moda cientista de la que participa— es porque unas manos sacrílegas remueven

²⁰ Cf. J. Silva Herzog.

²¹ Cf. en Mariano Azuela, *Los de abajo*, los pasajes donde expresa el sentimiento de la libertad hondamente respirada.

las profundidades de su cementerio histórico, con un fin evidente de sabotaje del programa progresista del gobierno de Porfirio Díaz, un verdadero maniqueísmo se añade, en este aspecto, el cientismo de Justo Sierra para desvirtuar su visión de la génesis de la historia mexicana:

Correspondencia particular del Secretario
de Instrucción Pública y Bellas Artes

México, marzo 3 de 1911

Señor Don Benito Pérez Galdós
Diputado a Cortes
Madrid.

Mi querido y admirado amigo,

El señor Don José Sánchez Ramos dará a usted esta carta; es un español muy querido de sus conterráneos y muy estimado de los mexicanos. Emparentado con la República, porque casó con una hija de nuestro Juárez, ha sabido realizar un tipo que suele abundar por estas tierras: es por igual español y mexicano y estoy seguro de que le resultaría del más grave conflicto de su vida la necesidad de escoger una de ambas patrias; afortunadamente no entreveo la posibilidad del caso entre las contingencias de lo porvenir.

El señor Sánchez lleva una estrecha amistad con el general Díaz, nuestro prócer presidente, y abandona temporalmente los negocios en que ocupa lugar conspicuo para descansar un poco y recuperar fuerzas al contacto del suelo natal. Deja a México un poco embrollado, un poco enfermo: después de treinta años de paz, ha sido para todos aquí una gran sorpresa, la ruptura de un cráter, de un absceso insospechado por donde corre el viejo pus del bandolerismo que se había ido depositando en el fondo de nuestras vísceras y al que va mezclada bastante lava de miseria causada por una sucesión de malos años agrícolas y mineros o por aspiraciones que rugen de impaciencia de no encontrar caminos rápidos en la paz y el orden o por idealismos que, en verdad, no lo serían, si fuesen violentamente realizables y no muy paulatina y muy incompletamente, como que son humanos. Lo malo, lo detestable de nuestro caso es que toma en donde la rebelión se manifiesta, el aspecto de un *sabotage* sistemático de nuestro programa que tanto nos enorgullecía. Usted, mi ilustre amigo, que tiene la mano puesta en la masa democrática gaste su esfuerzo en encauzarla enérgicamente por la ruta de la educación hacia un concepto menos profundamente egoísta de la justicia y del bien. Cierto, para

quienes se han pasado la vida esperando, deseando y sufriendo, es tal propósito totalmente odioso porque pide al tiempo y al desenvolvimiento normal, lo que ellos exigen de la violencia y de la fuerza: pero estos medios no aciertan a cambiar las inflexibles leyes sociales, sólo alcanzan a escribirlas con sangre. Yo creo en la virtud de las revoluciones cuando han sido rupturas de diques con que se quiere cerrar el paso a las corrientes naturales, resultan entonces mecánicamente necesarias y de esa clase de revoluciones han provenido todos los actuales estados políticos del mundo civilizado. Lo que pasa entre nosotros está tan lejos de ese caso como los dos extremos del eje polar; no, aquí las causas hondas no son sociales, son de otro género. Las rebeliones mexicanas tienen a su retaguardia las reclamaciones norte-americanas y... lo demás. ¡Triste, triste!

El señor Sánchez dirá a Usted que nuestro gobierno tiene la vitalidad suficiente para sacudir la invasión del microbio que yacía en el fondo de nuestro cementerio histórico y que manos impías han removido.

Y ahí tiene usted cómo bajo la sugestión de los acontecimientos de aquí, me he desatado en reflexiones que deben de haber aburrido a usted y me han alejado del objeto de esta misiva que es presentarle cariñosamente a su portador, que lleva el encargo de darle un estrecho abrazo y de decirle que todo ha envejecido en mí menos mi admiración por usted que se conserva fresca, joven desde Trafalgar hasta Don Amadeo.

Su amigo devoto.

Justo Sierra ²²

Escribiendo en 1976 y sabiendo cómo "juzgó la historia", es fácil decir *a posteriori* que Justo Sierra se equivocaba de manera importante cuando evocaba la fuerza serena del gobierno porfirista frente a las rebeliones consideradas por él como contrarias al Progreso y a sus leyes inflexibles y por lo tanto condenadas al fracaso. También es fácil recordar que el autor de la carta equivocadamente profética (en nombre de la ciencia) que acabamos de citar, iba a cesar en su puesto tres semanas después, pidiéndole Porfirio Díaz, envejecido y vacilante, que dejara ese gobierno al que, en su carta a Benito Pérez Galdós, Justo Sierra suponía lleno de "vitalidad". Sabemos, en efecto, que el 24 de marzo de 1911 "el General Porfirio Díaz hizo cambios importantes probablemente para facilitar las negociaciones de paz en proyecto y de acuerdo con Limantour".²³ Bajo

²² Archivo Galdós, Carpeta 56.

²³ Cf. J. Silva Herzog, op. cit., p. 154.

la influencia de Limantour, la mayoría de los ministros "científicos" fueron eliminados y Justo Sierra fue sustituido en la Instrucción Pública, por el abogado Vera Estañol de una capacidad conocidamente inferior a la suya.²⁴

Por fin se llega al colmo de la ironía histórica al ser nombrado Justo Sierra ministro plenipotenciario de México por el gobierno de Francisco I. Madero, después del triunfo de la primera etapa de la Revolución mexicana.²⁵ No sabemos si Justo Sierra volvió a encontrarse con Pérez Galdós en Madrid²⁶ y le explicó su viraje ideológico, ya fuera "un cambio de casaca" oportunista, o "una conversión sincera". En cuanto a nosotros, adoptamos la tesis de la "conversión" y no dudamos que Pérez Galdós, espíritu tolerante y comprensivo, la haya adoptado también. Primero, bien se sabe que la "renuncia" de Justo Sierra, el 24 de marzo de 1911, se explica en parte por las divergencias de fondo entre Limantour y él. No coincidían en la importancia que se debía dar al presupuesto de Educación Pública. Limantour creía que la inversión de los capitales extranjeros tendría como consecuencia el desarrollo de México y la elevación de su nivel social. Justo Sierra percibía el peligro de subordinación y pérdida de la independencia nacional que podían significar tales inversiones.²⁷ Justo Sierra no era como otros "científicos" —y entre ellos Limantour—, hombres de negocios preocupados por la salvación de los intereses capitalistas.

Por otra parte, había en Justo Sierra un aspecto humano que le permitía moderar lo absoluto y sistemático de las aplicaciones caricaturescas y deformadas del positivismo mexicano. Precisamente, en la carta que mandó el 3 de marzo de 1911 a Benito Pérez Galdós, se vislumbra bajo la coraza de la ideología una sensibilidad humana y patriótica que le permite discernir algunas motivaciones verdaderas del pueblo mexicano: lo que la cabeza no parece notar por razones de "sistema", el corazón lo comprende. Por cierto, es exagerado explicar las rebeliones del momento por las ambiciones

²⁴ J. Silva Herzog estima que la eliminación se debe a discrepancias con Limantour sobre asuntos importantes.

²⁵ Cf. J. Silva Herzog.

²⁶ Cf. J. Sierra, *Prosas*, UNAM, 3ª ed. México, 1963, p. 191. En su última carta fechada en San Juan de Luz (Francia) el 20 de agosto de 1912, escribe a su hija: "Me he estado en este lugar de donde te escribo, porque es tranquilo y sano y me ha probado muy bien. Frecuentemente voy a San Sebastián, en donde tengo la Legación y a donde voy siempre que se ofrece. En Madrid pienso estar por los comienzos de septiembre. Sabes ya probablemente que presenté mis credenciales en Miramar al Rey, que Dios guarde". Iba a morir el 13 de septiembre de 1912 en Madrid.

²⁷ Cf. J. Silva Herzog, *Op. cit.*, p. 154. J. Sierra había denunciado las ilusiones de la "norteamericanización". Cf. *Obras completas*, VIII, p. 133.

norteamericanas. Sin embargo es evidente que cuando escribía Justo Sierra, los temores suscitados por el potente vecino del norte se mezclaban en la mente de muchos mexicanos. Es normal que Justo Sierra aluda a esto, pues a un español como Pérez Galdós al que desde 1898, y como a muchos de sus compatriotas, se hacía patente el peligro yanqui.

Por otra parte, dirigiéndose al humanitario y sensible autor de *Mariela*, Justo Sierra reconoce humanamente —y en ello se diferencia de los tecnócratas desalmados que sólo juzgaban a México por el aumento kilométrico de sus vías férreas e ignorando todos los sufrimientos del pueblo— que una "lava de miseria" debida a malos años agrícolas y mineros, había sumergido al país. No percibe el carácter "estructural" de tal miseria y lo nota sólo como "coyuntural".

No obstante lo evoca y deja trasparentarse por ello mismo una sensibilidad susceptible de abrir el paso a otra representación conceptual de la Revolución. Aun cuando condena su rebelión, comprende que aquellos que se han pasado la vida padeciendo, no pueden esperar más tiempo. También reconoce que los "idealismos" pueden constar entre los factores del levantamiento: si le parece que dichas motivaciones "utópicas" son descarriladas y aplicadas a contra-corriente de las inflexibles leyes del desarrollo histórico, no por eso condena todo su contenido. Había en aquella comprensión los gérmenes de la evolución que habían de llevar a Justo Sierra a adherirse a las filas del movimiento maderista.

Explicación Necesaria

"8 de julio de 1977

"Prof. Jesús Silva Herzog
Director de
Cuadernos Americanos
Av. Coyoacán 1035-1er. Piso.
México 12, D. F.

"Distinguido y querido amigo:

"Tengo el dolor de anunciarle que mi marido, el profesor Noël Salomon, ha fallecido el 18 de marzo pasado de las consecuencias de un infarto.

"Poniendo orden en sus papeles he encontrado el esbozo de un artículo suyo que él destinaba a su revista *Cuadernos Americanos*. Lo mando a usted aunque no tiene la forma definitiva que mi marido quería darle. Usted juzgará si lo puede publicar o no,

"Espero que su señora y usted estén bien. Les saluda muy atentamente su amiga

N. Salomon"

"22 de julio de 1977

"Madame N. Salomon
20, Avenue Poincaré
33400 Talence
FRANCE

"Muy estimada amiga:

"Con su carta del 8 de julio, tuvimos la inmensa pena de enterarnos mi señora y yo del fallecimiento de su esposo, el ilustre historiador e hispanista, Noël Salomon, el 18 de marzo retropróximo.

"Junto con su carta, recibí el trabajo "A propósito de dos cartas inéditas de Justo Sierra a Benito Pérez Galdós", que aun cuando faltaba darle los últimos toques, me ha parecido muy interesante y pienso darlo a la luz pública en uno de los próximos números de la revista, para la que estaba dedicado. Por supuesto que me he permitido hacer todos los ajustes y correcciones que he juzgado necesarios sin efectuar ningún cambio que pudiera tergiversar el pensamiento de su autor. Afortunadamente la época de que trata el artículo y los personajes Pérez Galdós y Justo Sierra, me son muy familiares, lo que facilitó mi tarea. De manera obvia le enviaré ejemplares de la revista cuando se ponga en circulación.

"Y no puedo terminar esta carta sin hacerle presente mi profundo dolor por la desgracia irreparable que hemos sufrido, al cual se suma mi compañera Esther, ya que ambos profesamos siempre profundísimo afecto al señor Salomon.

Prof. Jesús Silva Herzog"

PEDRO HENRIQUEZ UREÑA EN LA VIDA INTELECTUAL MEXICANA

Por *Gabriella DE BEER*

EL año 1976 marcó los treinta años de la muerte del ilustre americano y americanista Pedro Henríquez Ureña; en 1976 también se cumplieron setenta años de su llegada a México, país tan íntimamente vinculado a su vida y a su obra. Hay pocos pensadores que han entendido al mexicano y lo mexicano como Pedro Henríquez Ureña: su compenetración con México es casi legendaria en la vida intelectual de Hispanoamérica. Para quien estudie la cultura de México es indispensable la aportación de Pedro Henríquez Ureña a la comprensión de sus múltiples facetas pues nadie mejor que él vio y se penetró con lo verdaderamente mexicano en su literatura, su arte, su arquitectura, su música, su lengua y su pensamiento. Con el amor y el cariño del hijo propio, pero con la objetividad y la claridad del hijo adoptivo, Pedro Henríquez Ureña estudió a México y dejó un inmenso y valioso testimonio de su labor. También marcó indeleblemente, cosa más difícil de medir y evaluar, la vida y la orientación de muchos con quienes colaboró en los círculos intelectuales de México. Fue contemporáneo, compañero y maestro de Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos y Samuel Ramos entre otros. Con ellos vivió la turbulencia política de principios del siglo y con ellos cambió el rumbo del pensamiento y de la educación mexicanos. Los jóvenes intelectuales que se incorporaban al mundo de las letras estaban atenazados por un deseo de saber y de penetrar en los varios rincones del conocimiento, deseos éstos que fueron alimentados por la presencia y la mentalidad disciplinada de Pedro Henríquez Ureña. Por eso la muerte del destacado dominicano fue hondamente sentida y llorada en el país: el maestro había influido de una manera muy decidida en el rumbo de México.

Para una mejor comprensión de esta labor que Pedro Henríquez Ureña realizó debemos destacar dos aspectos centrales, pero difíciles de separar: (1) su presencia y docencia en México, y (2) sus estudios sobre literatura y cultura mexicanas. En el año 1906, a los veintidós años de edad, llegó Pedro Henríquez Ureña a México y de esta fecha datan sus primeros escritos sobre asuntos mexi-

canos.¹ Max Henríquez Ureña nos cuenta que su hermano Pedro pasó unos meses en Veracruz antes de trasladarse a la capital mexicana.² En Veracruz figuró como redactor del periódico *El Dictamen* y fundó con Arturo R. Carricarte la *Revista Crítica* de la cual se publicaron sólo tres o cuatro números. En la distinguida carrera de Pedro Henríquez Ureña notamos una característica típica de nuestros escritores —su relación con el periodismo. De Veracruz se trasladó a la capital donde se unió al grupo literario de la *Revista Moderna* dirigida por el poeta Jesús E. Valenzuela y colaboró con el cuerpo de redacción del diario *El Imparcial*; después se vinculó a los intelectuales agrupados en torno a la revista *Savia Moderna* (1906-1907). Más tarde surgirían las actividades académicas que cambiaron el rumbo de las letras y de la cultura mexicanas.

Entre los jóvenes literatos y artistas seguidores del maestro dominicano figuraban Alfonso Cravioto, Alfonso Reyes, Antonio Caso, José Vasconcelos, Rafael López, Eduardo Colín, Jesús T. Acevedo y Diego Rivera. El líder de este cenáculo intelectual era Antonio Caso quien más tarde encabezó el ataque contra el positivismo imperante. Sin embargo, Pedro Henríquez Ureña por sus cualidades de erudición, disciplina y laboriosidad pronto se convirtió en la fuerza directriz de este grupo cuya labor cambiaría el destino de México.³ Estos jóvenes, dirigidos por el dominicano, se sumergieron en el estudio casi frenético de todo lo que se había relegado al olvido durante la paz porfiriana. Pedro Henríquez Ureña mismo describió esta inquietud intelectual, paralela al desasosiego político y social del momento:

Sentíamos la opresión intelectual, junto con la opresión política y económica de que ya se daba cuenta gran parte del país. Veíamos que la filosofía oficial era demasiado definitiva para no equivocarse. Entonces nos lanzamos a leer a todos los filósofos a quienes el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón, que fue nuestro mayor maestro, hasta Kant y Schopenhauer. Tomamos en serio (¡oh blasfemia!) a Nietzsche. Descubrimos a Bergson, a Boutroux, a James, a Croce. Y en la literatura no nos confinamos dentro de la Francia moderna. Leímos a los griegos, que fueron nuestra pasión. Ensayamos

¹ Ver, Emma Susana Speratti Piñero, "Crono-bibliografía de Pedro Henríquez Ureña", en Pedro Henríquez Ureña, *Obra crítica* (México: Fondo de Cultura Económica, 1960).

² Max Henríquez Ureña, "Prólogo", en Pedro Henríquez Ureña, *Universidad y educación* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1969), p. 30.

³ Ver, Alfonso Reyes, *Pasado inmediato en Obras completas de Alfonso Reyes* (México: Fondo de Cultura Económica, 1960), XII, 205.

la literatura inglesa. Volvimos, pero a nuestro modo, contrariando toda receta, a la literatura española, que había quedado relegada a las manos de los académicos de provincia. Atacamos y desacreditamos las tendencias de todo arte pompier: nuestros compañeros que iban a Europa no fueron ya a inspirarse en la falsa tradición de las academias, sino a contemplar directamente las grandes creaciones y a observar el libre juego de las tendencias novísimas; al volver, estaban en actitud de descubrir todo lo que daban de sí la tierra nativa y su glorioso pasado artístico.⁴

Alfonso Reyes, miembro del grupo y comentarista de la época, usa metáforas militares para describir "la sacudida en la atmósfera cultural".⁵ Mientras que se veían los primeros pasos de la Revolución en el campo político, se reunían las fuerzas intelectuales para dar batalla en la campaña cultural. El pequeño grupo, en su avidez por la lectura y la meditación, se separó de la gran masa estudiantil educada en el positivismo y ensanchó sus propios conocimientos además de difundir y propagar en el país el amor a las ideas nuevas.⁶

Hay que recordar que México entró al siglo veinte con una vida intelectual muy del siglo diecinueve. El positivismo imperante no sólo dictaba la política y la economía del país, sino que infiltraba todos los aspectos de la vida cultural. En efecto, sofocó el desarrollo intelectual y espiritual de México: su fe en la predeterminedación condujo a ignorar el estudio de la filosofía porque la verdad no existía fuera del positivismo; en la literatura Francia era el modelo; en las artes plásticas se imitaba lo europeo; y la educación popular existía principalmente como utopía.

En 1907 se organizó la Sociedad de Conferencias de la cual surgiría el Ateneo de la Juventud. Como sabemos, la Sociedad auspició dos series de conferencias-conciertos y Pedro Henríquez Ureña, ponente de la primera serie, disertó sobre José María Gabriel y Galán (26 de junio de 1907). Los dos ciclos de conferencias tienen especial importancia pues no sólo lograron atraer al público hacia los nuevos literatos y artistas, sino también discutir temas olvidados por mucho tiempo. Al compartir con el público el fruto de sus labores intelectuales, de hecho el grupo se separó de la poderosa y prestigiosa generación anterior que prefirió la torre de marfil. Desde 1907, año tan decisivo para el desarrollo cultural de Méxi-

⁴ Pedro Henríquez Ureña, "La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México", *Obra crítica*, p. 612.

⁵ Alfonso Reyes, *Pasado inmediato en Obras completas*, XII, 211.

⁶ Pedro Henríquez Ureña, "La cultura de las humanidades", *Obra crítica*, p. 597.

co, se abandonaron las viejas normas y surgió un movimiento que culminaría en la fundación del Ateneo de la Juventud y la restauración de la enseñanza filosófica en las aulas. De igual o posiblemente mayor trascendencia fue que el país comenzó a tener conciencia de su propia fuerza cultural. México adopta ahora una actitud crítica ante lo extranjero y a la vez busca en sus propias creaciones la base de su cultura.

En vísperas de celebrarse el primer centenario de la independencia, este grupo de jóvenes fundó el 28 de octubre de 1909 el Ateneo de la Juventud y así adquirieron fisonomía propia como centro libre de cultura. José Vasconcelos, otro comentarista clave de la historia de México y en especial de la obra del Ateneo y los ateneístas, ha dicho de Pedro Henríquez Ureña: "Pone en su prosa la luz y el ritmo que norman su espíritu. De nombre conocido en toda la América hispana, lo reclamamos como nuestro, aunque él se obstina en seguir fiel a su minúsculo y querido Santo Domingo".⁷ La preocupación por lo mexicano y lo hispanoamericano que había sido tan fundamental en el pensamiento de los fundadores del Ateneo se expresó en las conferencias organizadas para celebrar el centenario de la independencia en las cuales Pedro Henríquez Ureña disertó sobre "La obra de José Enrique Rodó". Su conferencia es una valoración crítica de la obra de Rodó y muy en particular de su estudio sobre Rubén Darío, *Ariel* y *Motivos de Proteo*. Es en este último libro donde Henríquez Ureña encontró una comunidad de ideas con Rodó a quien consideraba entre los maestros de América. Destacó aquí la originalidad del uruguayo en saber enlazar la evolución creadora de Bergson con el ideal de una norma de acción para la vida. Indudablemente el maestro dominicano reconoció la misión orientadora que la obra de Rodó tendría para su grupo y su generación en México.⁸

La lucha contra el positivismo como doctrina oficial que dominaba el curriculum de la Escuela Nacional Preparatoria ya había tenido su primera victoria por estos años con el curso de filosofía dictado por Antonio Caso. En 1910 se fundaron la nueva Universidad Nacional y la Escuela de Altos Estudios, y en 1912 la Univer-

⁷ José Vasconcelos, "El movimiento intelectual contemporáneo de México", *Conferencias del Ateneo de la Juventud* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1962), p. 132.

⁸ Las otras conferencias también dieron testimonio del vivo espíritu filosófico de los que integraban el Ateneo: Antonio Caso, "La filosofía moral de don Eugenio M. de Hostos"; Alfonso Reyes, "Los *Poemas rústicos* de Manuel José Othón"; Carlos González Peña, "El Pensador Mexicano y su tiempo"; José Escofet, "Sor Juana Inés de la Cruz"; José Vasconcelos, "Don Gabino Barreda y las ideas contemporáneas".

sidad Popular. Todo lo anterior fue fruto del estímulo intelectual de hombres como Pedro Henríquez Ureña. Cuando el dominicano comentó: "La Revolución ha ejercido extraordinario influjo sobre la vida intelectual, como sobre todos los órdenes de actividad en aquel país",⁹ se refería muy en particular a la fe en la educación como derecho y deber de todos. En este despertar intelectual Pedro Henríquez Ureña desempeñó un papel importantísimo; continuador de esta labor en la década del veinte fue José Vasconcelos.¹⁰ Pedro Henríquez Ureña ejerció su magisterio en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Escuela de Altos Estudios al mismo tiempo que hizo sus investigaciones literarias y participó en las actividades del Ateneo. Por el año 1914 el Ateneo como grupo organizado dejó de funcionar; en uno de sus últimos actos culturales el dominicano dictó su famosa conferencia sobre el mexicanismo de Juan Ruiz de Alarcón, y con ella clausuramos esta primera faceta mexicana de Pedro Henríquez Ureña. El maestro pasó ocho fructíferos años en tierras mexicanas y signó indeleblemente la cultura de ese país.

La segunda faceta mexicana de Pedro Henríquez Ureña coincidió con los años del Ministerio de Educación de José Vasconcelos, 1921-1924, antiguo compañero y ateneísta, quien lo invitó a colaborar en su labor educacional considerada por éste como "la cristalización" de las aspiraciones populares despertadas una década antes.¹¹ Esta segunda época, tal vez eclipsada por la primera, ha sido menos estudiada. Debemos notar aquí la labor educativa de Pedro Henríquez Ureña en la Escuela Nacional Preparatoria y la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional. Fue él el fundador y director de la Escuela de Verano todavía tan popular y a la que Samuel Ramos llamó "el más poderoso instrumento para llevar nuestra lengua y nuestra literatura a nuestros vecinos de habla inglesa".¹² En este periodo también desempeñó el cargo de Director General de la Enseñanza Pública del estado de Puebla. Vasconcelos, que nos dejó largo testimonio de su propia labor cuando fue Ministro de Educación Pública, también describió su colaboración con Pedro Henríquez Ureña —la edición de los clásicos, los viajes por el país, la asistencia a conferencias, la fundación de bibliotecas, etc. Y aunque Vasconcelos estimaba a Pedro Henríquez Ureña como uno

⁹ Pedro Henríquez Ureña, "La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México", p. 610.

¹⁰ Ver, Gabriella de Beer, *José Vasconcelos and his World* (New York: Las Américas Publishing Co., 1966).

¹¹ Pedro Henríquez Ureña, "La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México", p. 611.

¹² Samuel Ramos, "Pedro Henríquez Ureña, humanista americano", *Cuadernos Americanos*, V, núm. 4 (julio-agosto 1946), 267.

de sus colaboradores de primera categoría, pronto se disgustó con él y explica en sus memorias que en un viaje a la América del Sur que hicieron juntos, Henríquez Ureña trató de entablar relaciones con las universidades argentinas a fin de establecerse allí en un futuro cercano.¹³ Tal vez la desavenencia entre dos personalidades tan independientes la explicó Cosío Villegas cuando dijo que la "vieja amistad [de Pedro Henríquez Ureña] con Vasconcelos no resistiría la prueba del frecuente contacto que supone una tarea común".¹⁴

La segunda temporada mexicana de Pedro Henríquez Ureña terminó cronológicamente en 1924 cuando viajó a la Argentina; pero ya había surgido una nueva generación —Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, José Gorostiza, Vicente Lombardo Toledano, Daniel Cosío Villegas— formada en la Universidad Nacional bajo la influencia decisiva del maestro; y con estos discípulos colaboró en la redacción de la revista mensual *México Moderno*. Sin embargo, igualmente importante que su labor docente es la bibliografía que Pedro Henríquez Ureña dejó sobre temas mexicanos. Alfonso Reyes comentó apropiadamente: "Aquí fundó su hogar. Y, al cabo, nos ayudó a entender y, por mucho, a descubrir a México. Nuestro país era siempre el plano de fondo en su paisaje vital, la alusión secreta y constante de todas sus meditaciones".¹⁵ Dentro de esta copiosa obra se destaca *La antología del Centenario*,¹⁶ obra que recopila lo más importante de la literatura de las dos primeras décadas del siglo XIX, critica las historias de la literatura mexicana y a la vez reseña la cultura mexicana de la época colonial. El siglo XVIII iba a ser uno de los temas mexicanos que más le interesarían.

En 1913 dictó Pedro Henríquez Ureña su conferencia sobre Juan Ruiz de Alarcón en la cual sustentó que este dramaturgo pertenecía plenamente a la literatura de su país natal porque representaba de

¹³ Típicamente Vasconcelos nos dice que Henríquez Ureña le tenía cierta envidia por sus éxitos y por haberse destacado de entre los antiguos compañeros del Atenco. Al mismo tiempo, el mexicano lamenta las críticas al maestro hechas por la prensa de la época y le explica: "No hagas caso de lo que diga esa gentuza de los diarios; todos ellos fueron huertistas después, carrancistas; están siempre con todo lo más feo, si se trata de gobiernos de fuerza; necesitan del látigo. En cambio, atacaron a Madero y nos atacan a nosotros porque no nos ocupamos de ellos". José Vasconcelos, *El desastre: tercera parte de Ulises criollo en Obras completas* (México: Libreros Mexicanos Unidos, 1957-1961), I, 1347.

¹⁴ Daniel Cosío Villegas, *Memorias* (México: Editorial Joaquín Mortiz, 1976), p. 97.

¹⁵ Alfonso Reyes, "Evocación de Pedro Henríquez Ureña", en *Obras completas*, XII, 164.

¹⁶ Esta antología fue publicada en 1910 bajo la dirección de Justo Sierra y compilada por Luis Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel.

modo cabal el espíritu del pueblo mexicano.¹⁷ En su conocido examen de la obra de Alarcón, Henríquez Ureña concluye que tanto la biografía como la obra diferenciaban al dramaturgo mexicano de Lope, Tirso y Calderón en cuanto a tono, propósito moral y creación de personajes. Explicó el maestro que Alarcón era producto de la América virreinal, completamente formado por su país natal. Aunque conocía los recursos dramáticos de su época, los cultivó y perfeccionó a su manera: "No es audaz y pródigo como su maestro y enemigo, Lope; como sus amigos y rivales: es discreto (como mexicano), escribe poco, pule mucho y se propone dar a sus comedias significación y sentido claros".¹⁸ Y añadió que aunque el mundo de la comedia era en lo exterior el mismo que el de la escuela de Lope, en Alarcón este mundo escénico está sometido a una "lógica más estricta".¹⁹ Sus dotes de observador se expresan en forma más breve, en ocasiones inesperadas y aun en fórmulas epigramáticas. En él la observación se subordina al fin moral, pues deseaba "dar a una verdad ética aspecto convincente de realidad artística".²⁰ Ya en este estudio temprano el dominicano había calificado a Alarcón como "artista de espíritu clásico".²¹ Después desarrolló esta idea en un curso dictado en el Colegio Libre de Estudios Superiores de Buenos Aires en 1931 sobre los "Clásicos de América".²² Y en el mismo ciclo de conferencias sobre los clásicos de América presentó un estudio bio-bibliográfico sobre Sor Juana Inés de la Cruz. Sor Juana y su obra preocuparon a Pedro Henríquez Ureña por los mismos años que se interesó en los dramas de Alarcón. En 1914 publicó en la revista *México* un breve artículo²³ seguido de un ensayo bibliográfico de las ediciones de las obras de la Décima Musa; y en 1917 la *Revue Hispanique* publicó otra bibliografía suya sobre Sor Juana. Fue también en Buenos Aires donde publicó por primera vez "La Revolución y la cultura en México",²⁴ síntesis de la influencia de

¹⁷ Pedro Henríquez Ureña, "Don Juan Ruiz de Alarcón", *El Libro y el Pueblo*, X, Núm. 2 (1932), 1. La conferencia fue acogida con tanto entusiasmo que se hicieron varias reimpresiones, una de las cuales está recopilada en forma abreviada en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*.

¹⁸ Pedro Henríquez Ureña, "Don Juan Ruiz de Alarcón", p. 7.

¹⁹ *Ibid.*, p. 8.

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*, p. 11.

²² Pedro Henríquez Ureña, "Clásicos de América: Juan Ruiz de Alarcón", *El Libro y el Pueblo*, X, núm. 6 (1932).

²³ "En pro de la edición definitiva de Sor Juana", *México*, 15 de abril 1914.

²⁴ *Revista de Filosofía*, I, 1925. El artículo aparece en *Plenitud de América y*, con el título de "La influencia de la Revolución en la vida intelectual de México", en la *Obra crítica*.

la Revolución en la cultura de principios del siglo veinte y resumen de las actividades intelectuales en las que él mismo había desempeñado un papel tan importante.²⁵ Cabe notar que Pedro Henríquez Ureña, humanista en el cabal sentido de la palabra, se ocupó también de la filología además de la crítica y la historia literaria. *El español de Méjico, los Estados Unidos y la América Central* (1938) es uno de sus estudios imprescindibles.

El tema de México es constante en la bibliografía de Pedro Henríquez Ureña a lo largo de unos cuarenta años. Hombre de una erudición enorme, aplicó el rigor de la disciplina, la precisión de la técnica y su gran sensibilidad al estudio de la cultura mexicana. Pedro Henríquez Ureña se interesó, como humanista que era, en todas las ramas de la cultura mexicana. El maestro dominicano se preocupó por el arte y la música, la lengua y las letras, la filosofía y la educación. Su crítica erudita sirvió de guía e inspiración a otros de la misma manera que su presencia en los cenáculos intelectuales y en las aulas universitarias alentó a sus contemporáneos y estudiantes. Por eso su temprana muerte en 1946 fue sentida en México como la de un hijo predilecto. Samuel Ramos ha expresado muy acertadamente el sentir de los mexicanos: "México lo considera suyo e incorpora su nombre, con reverencia, entre las figuras clásicas de su historia, para expresar su gratitud hacia quien, como el mejor de sus hijos, supo comprender y amar sus valores vernáculos y contribuyó a engrandecerlos".²⁶

²⁵ Otras figuras de las letras mexicanas, Enrique González Martínez y Alfonso Reyes, son temas de los estudios que integran *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*.

²⁶ Samuel Ramos, "Pedro Henríquez Ureña, humanista americano", p. 267.

Dimensión Imaginaria

CRONICAS

Por *Emilio SOSA LOPEZ*

ARIÓN DE LESBOS

Los aparejos del palo mayor
chirrían agitándose en el viento,
entre las quejas
del canto más dulce.
Ya el crepúsculo enciende
su ópalo de sangre
antes de que las heridas
griten el crimen.

Cantar antes de morir
es más que coraje,
es ley del alma
que atrae a las otras,
salvo cuando el hombre
está corrompido
por la codicia.
Entonces los delfines
sustituyen al público.

Pues todo cuanto el hombre es
vale en sus riesgos.
Así Arión arrojándose al mar
entre un cardumen
de peces arrobados.
Más veloz que la brisa
cabalgó hasta Corinto.
Las olas daban paso
a esos lomos de oro.
Aún se lo ve en las estrellas.
Apolo así lo quiso.

TESEO EN ESCIROS

Ser deshonradas en el amor
es ya una tradición entre las mujeres
de la Casa Real de Creta.

Por amor van al odio.
Tal la trampa de esas hembras.
No basta huir,

los instintos
toman formas bestiales: una foca
o un toro rugiendo
en mitad del camino.

¿Adónde huyes, pues, auriga?
La vergüenza que sobrevive
a tu horror

no hallará paz
en tu corazón
y te resucitará
cuando hayas muerto.
A un país de álamos negros
va sujeta tu sombra.

Porque nada une tanto
como la fatalidad.
Fedra que miente
e Hipólito que se aleja
han anudado en Teseo
el amor y el odio.
lazos que ningún fuego
podrá desatar,
riendas que solas
se precipitan al infierno.

REY DE TEBAS

Habrá comprendido por fin que
andar de día y de noche
con el presagio del futuro auestas
es cosa de locos,
y que el pecado de la fornicación
es ansia torpe

de regreso,
negarse a nacer,
retornar a la boca que nos vomita.

Y todo sea por la vociferación
de que es capaz la otra,
la boca que habla,
pues hay que comer con ella,
incluso de la maldición,
y beber para que la lengua
no se empalague,
hasta que la muerte
ponga a todo fin.

Lo curioso es querer ser más moral
que los dioses,
buscar el castigo o vaciarse los ojos
cuando luz y tiniebla
son lo mismo.
Por encima de los dioses
hay mucha confusión
y es comprensible que el destino
indistinga lo abyecto
donde un hombre puede dar su medida.

SOLDADO DEL MONTÓN

Verdadero viaje por el Inconsciente
fue su regreso a Ítaca y su venganza,
viejo postrado, guerrero astuto,
fantasioso aunque siempre ignoró
el arte de los aedos.

Sabía empero
que el que posee una muerte
posee por sí el don visionario.
Lanzado pues a sus devaneos.

Oudeis, soldado del montón,
herido en un muslo supo temprano
que el dolor tiene a veces
el agrado del estiércol.
Con ánimo doméstico

se hizo para sí héroe,
 urdió venganzas y saqueos,
 luego sirvió a la soldadesca
 y entre gritos y ayunos
 forjó su idea de un lecho fiel.

Sabiéndose nadie para los dioses
 tramó en su mente una epopeya
 de aventuras sin límites.
 Pudo llegar así al dominio
 de los sueños.

Vio a Polifemo,
 a Circe con su castillo
 rodeado de leones y lobos;
 bajó al Tártaro,
 gozó secretamente a Nausícaa
 y volvió de mendigo al hogar.
 ¡Glorias a ti, follón,
 que te rascas y sonríes!

EXILIO EN CALCIS

Indulgente, ver lo inmóvil
 supuso reconocer que el hombre
 es grotesco y falaz
 como animal que aprende a hablar
 y lleva sus muecas al delirio
 de lo irracional,
 desencadenando la tragedia
 como la única llama
 que purifica.

Político, supo administrar
 la piedad y el temor
 como una exigencia del espectador,
 de manera que no dañaran
 la plenitud del que está quieto
 y se ve a sí mismo
 en el que actúa,
 y ve desde la grada
 la insensatez del hombre
 sin menoscabarse.

Misterioso, porque no acabó
de decir
si el término medio
era el filo de la cuchilla
que mata al genio
 o la modorra
que hace olvidar a los dioses,
mientras las tripas parlotean
y el amigo que festeja
se hincha y pudre.

LEOPOLDO LUGONES (1874-1938) RETRATO SIN RETOCAR

Por Ezequiel MARTINEZ ESTRADA*

Yo sabía, desde que leí *La Guerra Gaucha*, que Lugones era un ser demoníaco, un "hecatónquero", un licornio, un hipogrifo o cualquier ente absurdo al que no podía darle mi imaginación una forma semejante a la de los otros seres de carne y hueso que ya conocía. Jamás intenté verlo, como tampoco lo intenté con Darío, Mitre, Voltaire o Cantú que para mí eran a la sazón de una misma familia. Pero también le tenía yo el miedo sagrado que a los seres que viven en los libros y en las estampas, que poseen una existencia distinta a la de los seres que tratamos habitualmente, y a los que jamás podremos conocer. He sabido más tarde que tal es un sentimiento común en los temperamentos religiosos y que, como en mí, persevera toda la vida, subsistente en las obras y acciones que realizaron. Fetichismo, sin duda. Sin haber visto nunca en mi niñez y juventud a ningún ser diabólico en su envoltura carnal, esquivé siempre el encuentro con ellos, convencido de que pertenecen a otra raza que la mía, y a otro destino.

Porque las personas que yo conocía no escribían ni pintaban, sin que jamás los hallara en las revistas, y por eso también eran seres comunes. No tenían más que una clase de existencia. Aquello que yo conocía solamente por imágenes concertaba con aquello que leía en los libros de cuentos y de historias, y que poblaban un mundo fantástico, donde quizá las cosas fueran ciertas pero no del mismo modo que las que eran ciertas en mi mundo. Debo agregar, pues, que para mí la gloria era y es un atributo de los magos (Hello y Keyserling pensaban lo mismo).

Cuando conocí y traté a Leopoldo Lugones yo era hombre maduro y celebrado por personas a quienes celebraba yo a mi vez: pero con él me ocurría algo muy distinto que con los directores de revistas y autores de dramas y de libros que ya para entonces había conocido. Poseían un "mana" y una técnica singulares, pero no eran magos. Muchas veces se me ocurrió que era imposible que Leopoldo

* Recordemos a dos grandes argentinos.

Lugones, el autor de *La Guerra Gaucha* y de *Los Crepúsculos del Jardín*, fuera el mismo a quien llegué a tratar con relativa familiaridad. Esto ocurrió hasta que intimé con él habituándome a sus costumbres humanas y terrestres, sin lograr superar por entero mi antiguo temor en que había por partes respeto religioso, admiración literaria y desafección por sus ideas. Considerado todo, las objeciones formaban parte del enigma de su persona. A pesar de la certeza de que lo tenía viviente ante mí, que lo veía y lo oía, no se desvaneció del todo aquella superstición, puesto que todavía sigo considerándolo un ser excepcional. Ahora, a los veinte años de desaparecido, pienso que su trato me ofuscó en otra forma y que durante esos años estuve más sugestionado que antes de conocerlo; porque, sin duda, Lugones no era un hombre como todos los hombres, y lo que yo consideré durante todo ese lapso como un ser de carne y hueso, era simplemente la forma engañosa de un ser sobrenatural. No he tenido de nadie la misma impresión, excepto de Helen Keller.

Siempre sentí en él persistente esa fuerza animal y divina que atesora experiencias atávicas o personales más ricas que para el común de los hombres. Para poder hablar de él sin tropiezos de carácter biográfico y en razón de que era un hombre de genio quimérico y no una Quimera, en cuyo caso mi tarea estaría simplificada, debo antes decir algo en su calidad de hechicero. Yo sé bien que él no era un hechicero sino un mago, un espagirista, por ejemplo, que convertía los metales viles en preciosos, lo que equivale a poder decir también que era un falsificador. Sé también que era un soñador que creía estar despierto y que en esto se engañaba en el mismo sentido que yo al contemplarlo. Pero, en fin, su realidad no era la mía, y para entendernos sin molestias necesitábamos arrancar del mundo que habitábamos y vivir donde habitan los artistas y sus sueños. Puedo asegurar, porque es mi convencimiento, que siempre me encontré con Lugones, desde la primera entrevista hasta la última, "fuera del tiempo y del espacio", como decía Poe.

Lo encontraba siempre en sus dominios, hablando el mismo lenguaje que ya le conocía como exclusivo de él, y si nos referíamos a cuestiones del vivir consuetudinario, no era más que como tributo de peaje. De ahí, creo, ese temor que me inspiraba su persona, hasta el punto, debo confesarlo, de que había rehuido encontrármelo como ser real. Cuando se presentó, más o menos inevitable la ocasión, me convencí de estar cautivo. Si más tarde resistí el avasallamiento de su palabra, no pude jamás evitar el de sus ojos. Tenía ante mí a un hombre de otros siglos, de cuando era posible el dominio de las fuerzas ocultas de la naturaleza por obra de la magia. No distinto ha de ser el encuentro de la criatura deslumbrada por el prodigio con el mago o el prestidigitador a quien puede ver, oír

y tocar. Quiero decir del ser común ante un hombre acostumbrado a maniobrar con secretos poderes en los cuales se cree muy poco, pero que no por eso dejan de existir, y que nos ponen, aunque no se lo propongan, en contacto con lo desconocido.

Mi temor era, pues, lisa y llanamente, el que suele experimentarse al conocer en persona a un demiurgo, cuyo poder no reside en las manos, como en el prestidigitador o el concertista, ni en la voz, como en el adivino o el orador, sino simplemente en los ojos, como en el hipnotizador. En todo lo restante de su cuerpo, Lugones era un hombre mortal. Sólido y de porte marcial, disciplinado en el paso y en la vida. Un hombre de la calle.

¿Qué puedo evocar de este hombre como persona física? Muy poco que no sea susceptible de sospecharse simple efecto de un encantamiento. Pero precisamente, si la palabra hechizo es válida, no otra es la taumaturgia del arte. Y en definitiva la civilización entera es también un arte espagírica.

Trabé amistad con Lugones cuando su suerte estaba echada, asediado en su última fortaleza, que era la de sí mismo. Es posible que me acogiera de inmediato con tan cordial confraternidad porque estaba solo, y también posiblemente porque creyera que le traía yo noticias de su patria lejana. Los desterrados se conocen en seguida como los francmasones.

Antes de conocerlo tenía el supersticioso temor de encontrarlo vivo en su realidad de ser humano, y de que no me pudiera entender con él. Me parecía absurdo, repito, que llegáramos algún día a sellar franca amistad; nuestro trato personal fue hasta un grado extremo impersonal, sin embargo. Ni nos visitábamos en nuestras casas ni teníamos amigos o hábitos comunes. Traté a los hermanos, pero no como de la familia; en cambio yo estaba —y estoy— convencido de que Horacio Quiroga era su hermano y Enrique Espinoza su hijo. Y en ese carácter creo que nos queríamos. Muy contadas veces estuve solo con él. Esta situación de mayorazgo de hecho y de derecho la ejercía Lugones a distancia, por el poder de vida que se concentraba en su obra, y por el fiat inexplicable de su palabra. Que él mismo creyera que tal influjo era equivalente al de jefe de los comandos de acción, ha sido error causante de su ruina, porque ese poder lo ejercía exclusivamente por la taumaturgia del arte. Ningún autor ha provocado en mí, por la lectura de sus obras, un efecto en tal modo fascinador. Creo que este fenómeno ha sido común en todos sus lectores y que muchísimos confundieron el mayorazgo espiritual con el liderazgo político. Me parece ahora comprender que si, efectivamente, Lugones poseyó alguno de los numerosos dones sobrenaturales del genio, fue antes que ningún otro el de la

fascinación; y que ésta basábase en dos características fundamentales de su personalidad: la fuerza conminatoria de su palabra, oral o escrita, y la riqueza selvática y feérica de su léxico. De donde la palabra readquiría en él las primitivas facultades del logos creador (o promotor, porque provocaba la polémica). En él la palabra era tan poderosa que casi alcanzaba a ser persuasiva automáticamente. Y es que nunca podía confundírsele con los que mantenían sus mismas ideas si empleaban otras palabras.

La palabra es el vehículo del encantamiento, que en otros términos solemos llamar sugestión, y la aparición de Lugones con sus primeras composiciones en los años de miseria de fines del siglo XIX, creó no sólo en torno de sí, sino en un área continentalmente extensa, un fenómeno de sugestión verbal. Era la palabra lisa y llana, mucho más que la idea lo que operaba ese fenómeno de sugestión colectiva; la palabra usada como instrumento de precisión y convicción. Algo semejante ocurre con el caudillo y el líder, y acaso esta engañosa similitud lo llevó a considerarse él un conductor más que un taumaturgo. Su engaño fue cruelmente expiado porque su reino no era de este mundo.

No sería suficiente decir que se le admiraba, sino que en esta clase de admiración entraba una porción muy importante del sentimiento que yo mismo experimenté, ese acatamiento religioso, reverencia con que se siente uno atado irremisiblemente a un ser superior de quien se recibe un influjo tan avasallador como el de la palabra encantada. Puedo añadir un bien perjudicial. Esto que me ocurría con Lugones agudamente en 1910 —¡la lectura de la *Oda a los Ganados y las Mises!*—, supe después que era un fenómeno común de la adolescencia, biológica y cultural, en todos los países del habla castellana, donde se lo consideraba heraldo de un nuevo credo poético. Rubén Darío y él eran los dióscuros de una resurrección del espíritu por la belleza, un hecho de renovación desconocido en toda la historia de las letras españolas desde Boscán y Garcilaso. Tenía adeptos fieles hasta el fanatismo, compartidos o no con el primogénito, y sobre muchos de ellos que han perdido la fe y hasta se han convertido en sus apóstatas, todavía ejerce un influjo que se venga ofuscándoles el juicio recto e imparcial, como Dionisos a Penteo. Sus descreídos revalidan la vieja creencia en él. Esa influencia se aguzaba mediante la presencia física, según ocurría en quienes le escuchábamos en el ámbito adecuado del teatro, y no podría yo dar impresión de ese poder de su persona sino con la palabra *fascinación* usada con frecuencia. Supone un dominio tiránico sin violencia ninguna. Observando un buen retrato se comprende mejor lo que digo.

Las fotografías de frente que había visto yo en las revistas, reflejaban una mirada que rasaba sin penetrar y sin posarse en punto determinado, sin ser tampoco soñolienta. Un ligero estrabismo perceptible en la imagen a pesar de las gafas, previene de que ese reposo es un acecho. De ahí, pues, que evitando la oportunidad de un encuentro presintiera yo que ese vago estado de temor debíase a sus ojos. Y si da su poesía, creo ahora, porque era obra de sus ojos. Vuelvo a ver esa misma fotografía diez años más joven de como lo conocí, no más viejo. Es un rostro apático, con la lasitud tras una tarea intensa bien cumplida, en una tregua concentrada, sin ímpetu agresivo ya, acaso por descarga anterior de un zarpazo certero, y no por eso menos peligroso. Los ojos carecen de otra expresión que el sosiego momentáneo, bajo los arcos románicos de las cejas copiosas, casi ocupadas las córneas por las pupilas negras. Su semblante es más bien el de un escolar que el de un cazador:

"Van a la escuela del distrito
los pequeños labriegos cuya vida es tan dura".

Y al mismo tiempo picarescos, como las pupilas ligeramente estrábicas de alguno de los burritos de aquel poema. Eso eran, sí; ojos enormes e inocentes como los de Platero, de un niño distinto a los demás, de un "pollinito feo". Lo que de niño conservó siempre en su alma, trasciende de esos ojos que no han padecido otras alucinaciones que las del león en la selva; que no han confundido nunca la realidad de las imágenes con las cosas que se ven, ni los sueños con las vigiliás; pero que tampoco horadan la opacidad de los cuerpos; no penetran la materia como los de Hoelderlin y de Rimbaud. La mirada de esos ojos resbala necesariamente sobre los cuerpos y se satisface con el color y la forma; y seguramente ven en las sombras y para el mediodía recorren un párpado nictitante. Hay seres constituidos así, organizados desde un núcleo que centraliza y coordina todos sus órganos, el oído, la glándula pineal, el hígado, el ojo. Lugones era de estos últimos, como lo fueron en el mismo grado eminente y tiránico Ruskin y Tolstoi. Los dos también escritores y de maravillosa, fantástica potencia visual. Tal como algunos poetas sienten y piensan tan intensamente que nos hacen ver la idea, otros hacen pensar por la visión tan clara que nos transmiten. Merejkowski dijo con exactitud: "En Tolstoi entendemos porque vemos; en Dostoievski vemos porque entendemos". Lo que Merejkowski dijo de Tolstoi puedo decirlo de Lugones: sus ojos eran todo él, veían lo que no ven los demás. Veían fantasmas.

Es posible que la visión responda a mecanismos psíquicos que ordenan, estructuran y dan sentido al desorden de las cosas, fijando

una de las innumerables facetas en que la realidad puede ser captada, y que sin el ojo ordenador el mundo se reintegrara al caos. Los griegos y Goethe lo creían así. Lo cierto es que por lo regular los ojos que ven la naturaleza no ven la historia, y que acaso el hemisferio positivo, el diurno, de la realidad que vemos, no tenga más mérito que el de la vista, y que los ojos que ven los hechos positivos están ciegos para la realidad de las imágenes puras. Lugones veía con clarividencia las imágenes y sus combinaciones metafóricas, sus laberintos e imbricaciones, pero de la historia tenía una visión igualmente especular e ideológica. Historia ordenada, estructurada y con sentido ornamental, de figuras y combinaciones cambiantes y suntuosas. Movíase holgadamente en el mundo homérico, al cual acudió por necesidades orgánicas y vitales, que es el de las imágenes de la historia sin penetrar en su interior. Profanación ésta que convierte el cuerpo de Aquiles en una lámina de anatomía. Retirar su mirada de las formas y dirigirla a los órganos profundos de la vida era como llevarlo de la luz a las tinieblas.

No tenía de su país sino una concepción visual homérica. Y se comportó como un paladín de epopeya. Si ello es atribuible a la naturaleza fantástica de sus órganos ópticos o a una elección de láminas del texto de la realidad, no podría decirlo ahora. Mas es muy posible que pueda atribuirse a su repugnancia natural de hombre puro, aseado e intransigente, por la mísera y torpe imagen de la verdad conminatoria, de "los hechos brutales y obstinados". Y como era incapaz de transigir con lo feo y zafio, e incapaz de despreciar, concibió una grande Argentina digna de su fervor. Precisamente la que así se titula en uno de sus pequeños libros. El la veía así en su amor con sus amantes ojos.

Ojos que no han comprendido la urdimbre infalible de las cosas y de los seres en la estructura metafísica del mundo, sino que se han deleitado en las relaciones puramente formales del color y el movimiento, del dibujo y de las perspectivas. Ojos hermosos y exactos como los de Leonardo y Galileo, percederos, de carne, que no ven visiones porque les basta lo que ven. Ojos para ver y labios para hablar, los suyos, en un rostro sin exquisitez ni ternura, que mostraba en su recogimiento de cachorro de león ya envejecido sólo la apacibilidad del hartazgo. El ligero estrabismo existía, positivamente, mas tan leve como necesario para concentrar la mirada que parecía clavársenos sin herirnos en un vértice punzante. Con alguna frecuencia solía repasar las gafas con el pañuelo para descansarnos, y lo desdoblaba y doblaba despaciosamente, elevándolas a la frente cuando había de leer acercando mucho el papel a la cara. Parecía leer con la cara; y quedaban entonces los ojos desnudos del cristal convexo, con lo que se amortiguaba en cierto modo no sé qué género de

ondas magnéticas que a través de las lentes adquirirían su prestigioso poder. Con las gafas en la frente se percibía que era un niño, que su rostro no estaba labrado por el cincel de los días laboriosos y crueles, y que no era fuerte. Recibíase la impresión de que estaba desamparado y de que le era fácil apartarse de su interlocutor refugiándose en sí mismo, absorto en la lectura, como en su única fortaleza inexpugnable. Que toda su fuerza estaba en los ojos, y que sin otras defensas naturales para las bárbaras luchas de gladiadores se guarecía tras la dura mirada para contener al atacante. Sin gafas se lo encontraba inerme, expuesto a los rigores de la soledad, y es que por la lectura se apartaba al mundo escrito en otra lengua. Parecía un escolar miope en clase de lectura, silabeando su propia composición en pruebas de imprenta. Leía muy bien en voz alta, como debe leerse: sin declamar y sin conversar el texto.

Al volver a nosotros sus ojos readquiría sus potencias de fascinación. Hubiera podido conducirnos a la Cólquida sin resistencia, atrayéndonos tras sí como el cazador de ratas a Eyolf. Esos ojos al descubierto, excesivamente ocupados por las pupilas sin duda nictálopes, acusaban una aproximación anómala fuera de la dirección bifocal normal, y emitían no sabría definir qué presión de atrapamiento, de pinzas, o de dos focos convergentes en un punto, en el deuteragonista; y no tendidos libremente en paralelas al horizonte. Tenían, quiero decir, la concentración convergente de la lupa.

Para acentuar esa impresión de un poder sobrenatural, que indiscutiblemente radicaba en la vista, existía de antemano su poesía, su visión filmada en láminas de alucinante nitidez. La mirada nos había fascinado ya en sus libros de poesías, comparables a linternas mágicas.

Intimidaba, es lo cierto. Mas no por su robusta seguridad en sí mismo, sino por aquello inefable que diferencia a los inmortales de los efímeros, al decir de Homero. Tenemos que renunciar a cualquier explicación que excluya la superchería. La faz, diré toda la faz, aunque los ojos fueran el foco de atracción abismal, pertenecía ya a un ser distinto del común de los mortales. Rostro con mucho de insensible, duro, inexpresivo, de madera tallada. Ni los ojos pueden decir que tuvieran vivacidad, vida o algún fulgor particular. Sugeriría más bien que fascinaban como pudieran hacerlo un par de discos de obsidiana o de azabache incrustados en globos marginales, apenas visibles por su blancura opaca. Como los del indio mexicano que cuenta Lawrence. Rodeados o defendidos por espesas y rígidas pestañas cortas y duras. Ojos a la vez inexpresivos, rígidos, fríos como su mismo rostro, pero no obstante de un poder ofídico de dominio; objetos de un experimento de gabinete, a los cuales no se puede mirar sin sentir que irradian efluvios misteriosos. No eran ojos ex-

presivos, repito, y acaso nunca haya visto yo ojos menos elocuentes, ojos menos humanos y más obsesivos. No emitían la simpatía que emerge de las profundidades del alma cuando nos comunicamos por ellos con alguien que es de nuestra stirpe, cuanto la impenetrable soledad de los grandes felinos cautivos. Tampoco era su rostro reflejo del alma, ni mucho menos, por poco que admitamos que poseyó este hombre un temperamento ígneo y un reverberante fondo sensible y apasionado. Pues en la inexpresividad de su tez mate, tirante y sin las huellas que el vivir penoso cincela en las arrugas, delatábase la impávida parsimonia del observador. Contemplaba oyendo en un acecho de mera curiosidad, admitamos que indulgente. Su semblante de adusta inocencia alcanzaba en su dureza de cuero mayor individualidad lugoniana cuando él por temporadas se dejaba crecer el bigote, que era ralo e indígena. Agreste, lo mismo que su pelo lacio y renegrido, nunca se le poblaba hasta cubrirle bien el labio, pues sus dedos impacientes e incansables iban diezmándolo. Entonces su labio grueso, depilado desconsideradamente, lograba la cabal expresión del belfo leonino. De ese rostro montaraz de comisario de campaña eran los ojos, pues; de esos ojos la mirada. Todo ello semejante a un aparato de óptica mediante el cual penetrara, si no en la composición íntima de la materia, sí en los aspectos inéditos hasta presentárnosla con la novedad del hallazgo fortuito. Para ver de ese modo necesitábase la agudeza del ave altanera y la multiocularidad del insecto. Porque esos ojos, antiguos ojos de la Edad de la Piedra, de la aurora de los descubrimientos, ojos cristalizados o mineralizados por el tiempo, poseyeron, en efecto, las facultades originarias del asombro, creador de poesía.

La misma rigidez facial tenía su cuerpo inquieto y vivaz. Pese a su elástica movilidad de gimnasta, percibíase en su cuerpo idéntica mineral rigidez. Rigidez, ya que he usado la palabra; rigidez, eso era lo que acusaba todo su ser, el espiritual y el corporal. Porque fue, me parece, un poco si no mucho, hombre rígido, sin la flexibilidad y plasticidad que sobre todo en el artista tienen la carne y el espíritu dulcificados por la ternura. Inflexibilidad, la misma de su recta conducta y su carácter.

Aun la voz surgía de su oquedad agreste con inexplicable rigidez, emitida por una laringe que en su organización fisiológica correspondía exactamente a su rostro y sus ojos. Voz de mando, imparcial y categórica. Y lo mismo era su andar, más propio del esgrimista que del gimnasta, duro andar de quien se afirma íntegramente en cada paso. Esta es la imagen que conservo de él permutable con el juicio admirativo que sigue inspirándome su obra, fría, imperativa. numismática: la de una persona y una personalidad recta, impávi-

da, invariable y juntamente, sin contradicción, plástica, frangible, flexible. De mucho mayor poder que el que manifestara, de una inmensa energía secreta, como la hoja de la espada.

Lugones era hombre de extraordinario dinamismo pero no de acción. Inquieto, inestable, versátil, impulsivo, pero no extravertido en tensión de arco hacia afuera. La descarga había de ser hacia adentro, como se vio con su muerte voluntaria. También en eso Lugones era contradictorio. Pero si algo puede afirmarse categóricamente es que no era hombre agresivo, sañudo, y que su necesidad de actividad quedaba cumplida con los ejercicios físicos y con los desahogos polémicos.

No permanecía, no podía permanecer quieto dos minutos. Correctamente sentado, se esperaba que como de un salto se pusiera a andar por la oficina en que parecía enclaustrado. Recorríala de arriba abajo al mismo paso rítmico y con el mismo porte que por la calle. Como era abundantemente velludo, casi entero el dorso de la mano estaba cubierto por un flojel oscuro, sedeño, que parecía cuidadosamente peinado. Al caminar colgábanle las manos de antropoide acicalado. Peripatetizaba, y cuando se le respondía parábase a escuchar; cortesía que obligaba al interlocutor a pensar las palabras. El no las pensaba porque el verbo fluía de él opulento, firme, seguro, inagotable. A los doscientos o trescientos metros de paseo se sentaba de nuevo y permanecía quieto, correctamente sentado, y no como Sarmiento que le confesaba a Mitre que no podía estar sin arrancarle astillas a las sillas y arañarlas. En cambio Lugones se arrancaba la piel del borde de las uñas, habiéndosele formado un reborde calloso que seguía maltratando hasta sangrarlo en ocasiones. Cuando usaba bigote alternaba el deterioro con él hasta que irremediablemente tenía que afeitárselo. "Su natural era inquieto; mejor dicho, la inquietud le daba contornos a su naturaleza. Mudaba con frecuencia de habitación" (Sanín Cano). Y en la habitación, de lugar. Entonces sí se tenía la impresión inequívoca de una fiera domesticada y enjaulada, de un viejo cachorro de león que iba y venía. Y que exhalaba su queja de cautivo:

"Grave en la decadencia de su prez soberana
sobrelleva la aleve clausura de las rejas".

No imponía respeto sino reverencia. Nada de autoritario había en él y sí de poderoso. Tenía lo que falta a la apostura marcial, que es insolente y mecánica: la dignidad sin empaque. El era un soldado civil tal como lo describe Jenofonte, que también lo fue; y en cambio es común encontrar en las gentes de guerra al hombre blando endurecido. Robusto, macizo y elástico, su porte contrastaba en una

erecta gallardía y en una modesta amabilidad con que no fuera agresiva. Porque la verdad es que en esa fuerza muscular que se adivinaba en sus piernas y en sus brazos de esgrimista, no revelaba nada de hostil ni avasallador. Musculatura de atleta y no de púgil. Como dijo Alfonso Reyes refiriéndose a su estilo literario, aplicable también a su persona: "atletismo característico de su fuerte personalidad".

Andaba a paso firme y marcial, acordándolo con el de su compañero, como los soldados en marcha. Si por cualquier circunstancia o peripecia alterábase la isocronía del paso, lo concertaba de inmediato con un contrapaso, pues era evidente que cualquier discordancia de tono o de ritmo, cualquier asimetría y disonancia lo perturbaban.

Caminando daba la pauta de su vida. Era metódico y ordenado sin afectación, más rigurosa e inflexiblemente minucioso en el detalle y en la prolijidad. Así como lo era en su persona impecable, pulcra a pesar de la humildad de su vestuario, así lo era en sus movimientos y en su quehacer. Sobre su escritorio había libros, papeles, lapiceras y los demás trebejos usuales en quien escribe, cada cual en su sitio y ninguno desordenado o descompuesto en la armonía del todo. Si se colocaba encima de la mesa un libro, por ejemplo, con descuido, de inmediato Lugones lo acomodaba según el orden general, con un instinto de albañil y de empleado de bazar. Me regocijaba su puerilidad de las simetrías porque también yo las tengo, aunque sea desordenado en otras cosas. En él era equidad y pulcritud.

A la hora en punto, cumplida la jornada del día, cargaba en el bolsillo del pantalón el revólver que depositaba en un cajón del escritorio al llegar a la oficina, tomaba de la percha el sombrero y el bastón y salía, burócrata ejemplar, hacia el Círculo Militar, a la diaria sesión de esgrima. Tenía muchos enemigos, pero no en la calle. Alguna vez le oí la broma que le hacían los que no tomaban en serio su beligerancia: "Vamos; es la Hora de la Espada".

Metódico, pulcro, aristocrático en el sentido biológico y no en el político; pobre de dinero, proletario como se consideraba, mas de ninguna manera plebeyo como suelen ser nuestros aristócratas, despreciaba al rastacuero y al pedante de la fortuna o de las letras. Física e intelectualmente poseía la grave elegancia de la martineta y el democrático señorío del gallo. Tenía gustos de señor acaudalado, y porque no tenía caudal ninguno sino el de su talento, ni anhelaba otro, se resignaba como su viejo amigo Horacio Quiroga, a disfrutar lo poco con hidalguía y sobriedad. No fumaba, y rara vez bebía alcohol. Era un "regular en el siglo", sensual y abstemio. Prefería los licores fuertes y secos, propios del varón, como el whisky,

el cognac y el oporto. Se hallaba cómodo en el bar, pues no le molestaba la gente, la despreciada muchedumbre, libre y no regimentada, por supuesto, ni cuando lo miraban con la curiosidad y el respeto de hombre de quien se hablaba mucho y se leía poco. No era el género cuanto la unanimidad humana lo que detestaba. A él podría aplicársele, inversa, la sentencia de Roca sobre Sarmiento, que amaba a la humanidad y aborrecía al hombre. Lugones detestaba al rebaño o la recua, según sus palabras desdeñosas, y no a los semejantes, amigos o transeúntes, la gente que encontraba en el bar y no en los círculos y cenáculos. Allí lo sentía yo mi hermano mayor, comiendo maní y aceitunas, contándome historias de su niñez. . .

Los sábados en la tarde iba a "La Nación" para corregir pruebas, y después bebía un aperitivo en el Bar Helvético, de la esquina de San Martín y Corrientes, como el jornalero que toma su copa después del trabajo. Siempre se apresuraba a pagar el consumo; no por protección al que todavía era más pobre que él, sino como si le correspondiera por ser el mayor —Quiroga, Espinoza y yo—, el que tenía más obligaciones sociales y tribales. Una tarde invitó con caviar, que ninguno de los tres amigos habíamos jamás probado, y que juzgábamos manjar imperial abolido en todo el mundo desde la caída de los Romanoff. Quiroga hablaba no recuerdo de qué ese día, y al usar la palabra "vacía", del verbo, le preguntó si se pronunciaba como bisílaba o trisílaba. Inmediatamente Lugones respondió: "Vácia, por la misma razón que lícua, adécua y evácua". Casi siempre daba las reglas y citaba autoridades en cuestiones de gramática, que le complacía tratar. Se conocía bien su Nebrija, habría dicho Sarmiento. Todo con gran naturalidad, pues Lugones no era pedante ni en los grados disimulados que se acostumbra, sino al contrario: era y procuraba ser llano en su indiscutible originalidad, y a propósito mantenía en la elocución cierta atemperada tonada cordobesa que le sentaba muy bien. Otras tardes leía en galeras las composiciones a publicarse el siguiente domingo: *El Encuentro, El Hombre Orquesta y el Turco, El Arpista, El Tigre Cipango, Juan Rojas*.

Volaban las horas en su compañía, pues era locuaz, cordial y buen conversador. No dejaba decaer un instante la conversación, gobernándola con maestría de "regisseur", y sabía escuchar. Era de una afectuosidad masculina, varonil como su voz y sus gestos, exento de rencor y sin reticencias en el elogio, porque cuando sellaba una amistad lo hacía con esa firmeza y lealtad helénicas y arábigas que le reconoció como una virtud muy suya Sanín Cano. Jamás abandonaba sino a quienes lo abandonaban, y entonces para siempre, como Quiroga. De ahí que la pérdida de algún amigo, sobre todo si por traición y por infamia, como le ocurrió con aquel de ellos que

se immortalizó con una carta no habiendo podido hacerlo con veinte novelas, significaba más que el desprecio el olvido. Sólo esa vez lo vi iracundo. Desliz excepcional en su conducta y en la historia de las letras mundiales. Lejos de ser despectivo e irascible hasta era señorial en la indulgencia. Estando con él un par de horas se recobran fuerzas para un par de años. Habiéndolo yo frecuentado hace dos décadas y más, todavía me da ánimos para vivir y escribir.

EL JOVEN LUKÁCS. INTRODUCCION A TEORIA DE LA NOVELA

Por Agustín MARTÍNEZ A.

Las siguientes líneas tienen por objeto examinar algunos aspectos del pensamiento del primer Lukács tal como quedó plasmado en su libro redactado en 1914, *Teoría de la Novela*. Ese libro, publicado por vez primera en 1920, en Berlín, y *El alma y las formas*, de 1911, son las obras de más importancia producidas por Lukács antes de su conversión al marxismo. El interés por estas dos obras se acrecienta cuando cada vez cobra más fuerza la tesis según la cual Lukács no habría abandonado del todo algunos de los conceptos centrales de dichos libros. En especial, y a los fines de su pensamiento o estético, el concepto de *forma*, el cual es posible detectar en su significación fundamental a lo largo de toda la producción lukácsiana relativa a este punto hasta reaparecer bajo el nombre de "particularidad" en los *Prolegómenos a una estética marxista*" (Georg Lukács, *Prolegómenos a una estética marxista*, México, Edit. Grijalbo, 1965. Trad. Manuel Sacristán) y en la *Estética* (Edit. Grijalbo, 1965. Trad. Manuel Sacristán).

En el presente artículo, sin embargo, no nos ocuparemos de rastrear ese concepto a través de toda su obra o parte de ella. Nos hemos propuesto una meta mucho más modesta y que estimamos previa a la ejecución de esa investigación. Se trata de la discusión de la influencia y las implicaciones que un pensamiento como el de Dilthey tuvo en la concepción de *Teoría de la Novela*: hasta qué punto y cómo las "ciencias del espíritu" diltheyanas contribuyeron a dar forma a ese libro.

En efecto, en el prólogo a la edición alemana de 1962 de *Teoría de la Novela*, Lukács menciona dos corrientes filosóficas con las que esa obra se encontraría en deuda. Se trata de la filosofía de Dilthey y de la filosofía de Hegel.

Acerca de la primera, Lukács menciona el testimonio de algunos de sus más autorizados lectores, quienes la calificaron como el más destacado producto de las tendencias de las ciencias del espíritu, cuyo principal representante y fundador fue precisamente Dilthey.

Respecto a la segunda, señala igualmente que se trata del primer intento de aplicar los resultados de la filosofía hegeliana a los problemas estéticos. Llama la atención, en primer lugar, esta síntesis de dos corrientes filosóficas las cuales, al menos en la intención original de la primera, se conciben como excluyentes. La filosofía del espíritu de Dilthey nace como un intento de oposición a la filosofía hegeliana en la misma tónica del resurgimiento neokantiano y del pujante positivismo con el que se encontraba emparentado. Pero, al parecer, y la evolución filosófica posterior así parece haberlo confirmado, la oposición entre Dilthey y Hegel no es tan radical como la intención del primero lo hubiese deseado y hoy su filosofía se nos presenta más bien como el resultado del encuentro de un producto tardío de la filosofía de Hegel —y en especial de su filosofía de la historia— con el neokantismo y el cientificismo que florecía en las postrimerías del XIX, y en la que, por lo demás, quedan desdibujados los contornos definitorios de uno y otro. Es así como *Teoría de la Novela* presenta la peculiar situación de acusar la presencia de la doble influencia filosófica pero desprovista de la intención científica de la que está plagada la obra de Dilthey y siguiendo sólo a medias la filosofía del espíritu de Hegel. El resultado debía ser, forzosamente, esta suerte de híbrido que es, a nuestros ojos, *Teoría de la Novela*. Pero, se trata de un híbrido cuya forma se perfigura ya marcadamente en la filosofía propuesta por Dilthey, la cual no logra combinar armoniosamente la terminología y la intención científica con la cautivante concepción de la filosofía del espíritu de Hegel. La sustitución del espíritu, único actor y autor de la historia, por un incipiente esquema psicologizante no podía conducir sino a un intento de psicologizar al espíritu, intento el cual empobrece ciertamente este último concepto, mas sin lograr erradicarlo del todo. No sería aventurado, por tanto, decir que si alguna sistematicidad interior presenta *Teoría de la Novela*, ella proviene más bien de la influencia hegeliana que de las heterogéneas ciencias del espíritu diltheyanas, aun cuando sea considerable su influencia.

Teoría de la Novela permanece en el terreno de los géneros literarios y su esfuerzo va dirigido a estudiarlos en tanto que ellos son concebidos como el punto en el que quedan expresados aquellos rasgos definitorios de la historia humana, más allá de los diversos periodos históricos y de las distintas formaciones sociales; rasgos generales y sin embargo con una significación inequívoca respecto de la totalidad cultural en la que ellos aparecen. Tales rasgos generales constituyen la topología trascendental del espíritu, definida en función de la adecuación o inadecuación de éste respecto al mundo, a las formas de vida de los hombres y su comportamiento respecto a él.

En esta obra Lukács se propone un doble objetivo. Por una parte —siguiendo en esto las concepciones de las ciencias del espíritu— aspira a presentarnos una concepción del surgimiento de la novela (cuya vigencia histórica como forma queda comprendida cronológicamente entre la aparición del *Quijote* y la obra de Tolstoi; “Dostoiewsky ya no escribió novelas”, dice Lukács) que la explique y dé cuenta de su especificidad como un producto de la transformación de la topología trascendental del espíritu. Esta, en el mundo griego, había dado origen a la epopeya (Homero), y en un largo proceso de desgarramiento y transformación radical, que viene a culminar en la novela moderna, venía a poner fin a toda subsistencia de la ya anacrónica epopeya (“una vez descompuesta esa unidad” —la del mundo cristiano— “no hay ya totalidad espontánea del ser”), cuya última aparición en la historia literaria la constituye *La Divina Comedia*, a la cual concibe Lukács como obra de transición. En la obra de Dante quedan plasmados con igual fuerza y nitidez, tanto los rasgos de la epopeya como las categorías fundamentales de la novela en tanto moderno género de relevo.

Por otra parte, Lukács se propone un segundo objetivo, entroncado plenamente con la filosofía hegeliana. Partiendo a todas luces de las ideas de Hegel acerca del mundo griego y de la “escisión” como justificación de la filosofía en el mundo moderno (expuestas, la primera en sus *Lecciones sobre la Historia de la Filosofía*, y la segunda en sus escritos juveniles y en la Introducción a su *Estética*), Lukács utiliza los conceptos hegelianos de *moralidad* y *eticidad* para presentarnos una concepción de la evolución y transformación de los géneros literarios, la cual vendrá a ser, en lo fundamental, la transposición de la explicación hegeliana del paso de la eticidad a la moralidad en el mundo griego, a la explicación de la transformación de la epopeya en novela. Como es de esperar de la identificación correspondiente entre ambos pares de conceptos (eticidad-moralidad/epopeya-novela), la explicación lukacsiana es incapaz de dar cuenta de la variada y distinta gama de formas literarias que median entre la producción de los poemas homéricos y el *Quijote* y aun la diversidad de estilos que median entre esta última obra y toda la novelística del siglo XIX.

Sería un error, sin embargo, pensar que el texto de Lukács se agota en lo antes expuesto. Pensamos que no falta razón a Goldmann al reconocer en los primeros textos lukacsianos aportes concretos que reaparecerán en su ulterior desarrollo intelectual. Ahora bien, desde el punto de vista de la evolución del pensamiento de Lukács, no caben dudas respecto a que, si bien la influencia hegeliana aún se hará sentir sobradamente en su primera obra del perio-

do marxista (*Historia y Conciencia de clase*) así como también estará presente en la producción posterior —aunque en un tono mucho más moderado— no ocurrirá lo mismo con la influencia de Dilthey, cuyas huellas (profundas en este periodo, por lo demás) se dejarán ver por última vez en el libro que nos ocupa, siendo también en grandísima medida responsable de la concepción de aquellos conceptos que pervivirán ulteriormente en el pensamiento de Lukács. Resultará, pues, conveniente examinar esta presencia de Dilthey, su alcance y efectos en *Teoría de la Novela*.

Refiriéndose a la influencia en el aspecto metodológico, Lukács lo describe de este modo: "Estaba de moda partir de algunos rasgos característicos, de una orientación, de un periodo, etc., si bien esos rasgos eran captados muy a menudo de manera intuitiva; crear sintéticamente conceptos generales a partir de los cuales se descendía deductivamente hasta los fenómenos singulares, con la pretensión de alcanzar así una grandiosa visión de conjunto.

"Tal fue también mi método en *Teoría de la Novela*".

La presencia de este criterio metodológico resulta patente ya en la misma estructura general del libro. Este, como sabemos, se encuentra dividido en dos partes. La primera constituye en sentido estricto la explicación teórica de la formación y aparición histórica de la forma novelesca y corresponde a la primera parte de la metodología que acaba de exponer Lukács, esto es: la determinación genérica del concepto, la definición universal-abstracta de los géneros, de sus características más generales desde el punto de vista histórico-filosófico. La segunda parte, titulada "tipología de la forma novelesca", corresponde, siguiendo las palabras de Lukács, al descenso a las obras literarias particulares que ilustran los distintos momentos de la evolución de la forma novelesca una vez que ésta ha aparecido en la historia o, lo que es lo mismo en la explicación lukácsiana, una vez que en la primera parte se ha mostrado la transformación del *a priori* trascendental del espíritu que habrá de objetivarse ahora como novela; resulta evidente, pues, la dependencia de la segunda parte respecto a la primera.

En ella se muestra el intento por definir la novela (y las formas literarias en general) atendiendo a dos aspectos. Uno *relativo*, que consiste en deducir una forma literaria a partir de otra; así la novela es deducida directamente de la degeneración y desaparición de la epopeya. Este es un momento de comparación de formas que remiten a una única esencia (el espíritu) de la cual aquéllos son meros "fenómenos". Otro momento de la definición, sobre el cual se elabora realmente el momento anterior, lo denominaremos el momento de lo *abstracto*: en éste lo que hace posible la permanencia y continuidad del plano histórico-filosófico no es ya la sucesión de géne-

ros remitidos unos a otros, sino la permanencia de la identidad del espíritu en medio de los cambios de las formas y que se define como sustancia diferenciada respecto al mundo por su capacidad de distinguirse y alejarse de él y de dar origen en este movimiento a una *forma*, a una visión del mundo por parte de los hombres que es función de su proximidad o lejanía más que de la relación del hombre mismo con la totalidad de su mundo. Su evolución intelectual lo llevará ulteriormente a esta última concepción, pero por ahora, en *Teoría de la Novela*, escrita bajo la fuerte ascendencia de Dilthey, la diferenciación de dos esferas autónomas en la historia, una del espíritu y otra de los hechos empíricos (Véase: Dilthey, *Introducción a las ciencias del espíritu*), parece ser el trasfondo teórico que domina su pensamiento.

Veamos con mayor detalle adónde conducen estos dos intentos de definición.

De acuerdo al primer criterio de definición la novela vendrá a ser el resultado de la ruptura y la descomposición de la homogeneidad armoniosa del espíritu en el mundo, cuyo paradigma en el tiempo lo proporciona el mundo griego y lo repite el mundo cristiano. El primero, mundo de la eticidad, cerrado sobre sí mismo por definición, contiene toda posibilidad de realización de los destinos individuales; toda realización de los mismos queda comprendida dentro del horizonte espiritual de posibilidades del mundo helénico, excluyente de toda otra alternativa que no sea él mismo y sus propias posibilidades. Esta "redondez" del mundo, al verse resquebrajada, comienza a no poder ya dar todas las respuestas; ya el espíritu objetivado comienza a dejar insatisfechas las aspiraciones de la subjetividad individual y ésta comienza a sentir la incertidumbre de su destino: la subjetividad se erige en *héroe trágico* que siente que el abanico de posibilidades de su mundo no contempla aquello que le es más vital, lo único que empieza a ser importante para él: su propia individualidad. Expresión de un mundo en pleno proceso de desfasamiento de sus propios elementos constituyentes, la tragedia va ganando terreno a la epopeya hasta desplazarla como forma expresiva fundamental. Junto a la tragedia, y como elementos al principio de una misma forma de expresión, empieza a tomar cuerpo la poesía lírica: forma íntima (y única) de expresión auténtica de una subjetividad que se ha replegado sobre sí misma, desorientada ante la inautenticidad de los actos en el mundo, el cual ahora le resulta extraño.

De acuerdo a la tesis de Lukács el mundo Cristiano vendrá a conducir este proceso hasta un punto en que se proporciona ya una salida a la epopeya reintegrándola a su situación preeminente como forma expresiva: el universo cristiano hace presente nuevamente en

el mundo sus elementos espirituales constituyéndolos en *a priori* estructurador de todo acto mundano; en ellos nuevamente quedan contemplados toda aspiración subjetiva de realización y la satisfacción de todo destino individual.

Este es un elemento central de la exposición de Lukács —y en el que queda explicitado el carácter abstracto de sus criterios metodológicos— ya que a partir del producto más genuino del mundo cristiano, esto es: *La Divina Comedia* de Dante, y de una particular interpretación de su significación en la vida del espíritu, estructura los elementos a partir de los cuales se produce el surgimiento de la forma novelesca. Esa interpretación convierte a *La Divina Comedia* en expresión de la forma pura de la epopeya —equiparada en el mismo nivel de los poemas homéricos— en la que, además, quedan registradas las características básicas de la novela a partir de las cuales ésta se desarrollará con plenitud. Sin embargo, la cuestión importante aquí no es ésta, ya que, en efecto, pueden ser encontrados en la escritura de Dante elementos que, desde la perspectiva de Lukács, permitan detectar la presencia de un incipientísimo mundo burgués. Lo que está en discusión es el concepto mismo de epopeya, qué debemos entender por tal y hasta qué punto el mundo Cristiano fue capaz de dar cabida en su seno a una expresión pura de la epopeya habiendo sido definida ésta en referencia al paradigma de los poemas homéricos.

La trascendencia como premisa estructurante e instalada en el mundo como módulo comprensivo que otorga un sentido a los actos individuales es, ciertamente, una característica común que compartirán tanto el mundo homérico como el mundo cristiano. Del mismo modo que el accidentado viaje de Ulises se revela como un itinerario trazado hasta su desenlace por las divinidades griegas, asimismo el "juicio final" es para el mundo cristiano un suceso inminente, sin ninguna posibilidad de dudas respecto a su acaecimiento y que cuenta como medio real que configura y determina positivamente los actos individuales. Pero no se agota el *epos* en esta expresión. El personaje homérico es, ante todo, un individuo *ético*, actuante en una configuración ética del mundo helénico; se identifica y se reconoce uno con su mundo, sus instituciones, costumbres, normas sociales, religiosas, etc., las cuales no aparecen tan sólo co-existentes, sino formando una unidad de la que participan y se nutren todos los individuos; ellos se sienten y se saben participantes activos y comprometidos con ellas; reconocen en ese mundo su objetivo y su finalidad, y saben que negarlo (aislándose de él o faltando a sus normas) equivale a su propia negación. Incluso ausentarse físicamente de su mundo —de su pueblo o ciudad— significa sustraerse al espíritu objetivado, colocarse fuera de la totalidad, atraer sobre sí

la ira de los dioses; así Ulises al regresar a Itaca bajo la apariencia de un mendigo extranjero explica a Penélope su estado paupérrimo por lo apartado que se encuentra de su pueblo al cual no puede regresar porque no encuentra medios para ello. El espíritu se pierde y cae en desgracia, abandonado a su propia suerte, al alejarse, al abandonar el individuo su totalidad espiritual primigenia. En cambio el individuo del mundo cristiano se nos presenta con características radicalmente diferentes. Este no puede afirmar la trascendencia y unirse a ella sino a través de la negación del mundo en el que vive, sus instituciones, sus normas, ya que entre las normas de la divinidad, sus exigencias al individuo, y las normas del mundo material media un antagonismo irreconciliable; no es posible afirmar una de ellas sin negar la otra. El individuo del mundo cristiano se encuentra abandonado a ese antagonismo y por eso debe cerrarse en sí mismo, debe retraerse a toda convivencia comunitaria porque pesa sobre él la inminente condena eterna la cual se le presenta como una posibilidad irreversible e ineludible; toda posibilidad de salvación proviene justamente de ese alejarse del mundo, de su negación. Ese individuo del mundo cristiano (mundo de la *moralidad*, la dispersión, la individuación) sólo se afirma a sí mismo y a la trascendencia en cuanto niega real y teóricamente el mundo real: consagrándose en el mundo del más allá, única entidad con la que se siente comprometido. Entre el recorrido de Dante por los Infiernos y el vagar de Ulises (eludiendo designios de Dioses adversos) la diferencia es, incluso, de orden empírico. El último lucha y se procura el favor de los dioses sin abandonar para ello ni pueblos ni dioses; antes al contrario, es una lucha por el reintegro, por regresar a la comunidad. Es un recorrido físico en el que él como totalidad individual indivisible, recorre el itinerario impuesto por los dioses. Dante, por el contrario, debe desde el primer momento abandonar el pesado y corruptible cuerpo y su viaje lo conduce fuera del ya corrupto mundo. El cristianismo exige ese abandono, ese aislamiento en todos los órdenes de la vida individual en relación a la comunidad y a sus normas. Ciertamente el mundo cristiano instala la trascendencia en el mundo, el cual comienza a moverse en el sentido de aquélla. Pero, mientras que para el mundo homérico la presencia de esa trascendencia es armónica con la vida mundana, la impulsa e incluso la fortifica, para el mundo cristiano vendrá a representar la unión imposible de dos órdenes que se niegan mutuamente, se excluyen e introducen un dualismo de exigencias que desgarran al individuo al exigir la negación de un orden para afirmar otro y que, por tanto, hará imposible en él la realización de una síntesis armónica, una "totalidad espontánea de ser" como la ya expresada por Homero. De modo, pues, que Dante, ciertamente, expresa una

totalidad espiritual pero que excluye el mundo real, y precisamente por eso expresa mucho más y algo diverso del mundo homérico; y para no mencionar más que un solo aspecto, nos hemos referido a este dramático desgarramiento del hombre del mundo cristiano.

Pero, Lukács no se detiene a examinar el mundo cristiano, no mira hacia la especificidad de ese mundo y lo confunde con un rasgo que lo define tan sólo parcialmente. Detenerse tal vez habría significado, para él, buscar la expresión espiritual unitaria de ese mundo fuera de las formas literarias, habría significado reconocer que se había roto la continuidad de la forma de expresión espiritual (la literaria), que ya el nuevo mundo debía necesariamente adquirir otra forma, otras determinaciones. Pero, estos problemas, su planteamiento, habría significado la ruptura y el abandono de los criterios metodológicos de las ciencias del espíritu, lo habría inducido a buscar otras causas, a reconocer la radical diferencia que media entre la unidad del mundo helénico y la "unidad" del mundo cristiano; diferencias que no son explicables tan sólo desde la perspectiva de los cambios y modificaciones en la topología trascendental del espíritu, la cual sacrifica todas las diferencias para postular tan sólo aquella nota que afirma o niega la compacidad del *a priori* trascendental con el mundo; los cambios que presenta el mundo cristiano en relación al mundo griego, son cambios en las circunstancias del mundo real y, por tanto, escapan a una historiografía de las puras formas del espíritu.

En este mundo de abstracciones, de acuerdo al análisis de Lukács, *La Divina Comedia* de Dante es una epopeya: en ella confluyen en genial síntesis histórico-filosófica la coherencia interior del mundo cristiano en peculiar convivencia con la nitidez de las formas novelescas. Y del mismo modo como la tragedia surge tras la disolución del *a priori* trascendental que dio lugar a la epopeya y la sustituye como género que expresa el nuevo *status* del espíritu, así mismo la novela, cuyos rudimentos aparecen en la *Comedia* dantesca, vendrá a hacer las veces de "tragedia del mundo moderno" al oponerse en el plano literario a ese espíritu armonioso consigo mismo e inmanente al mundo real, como fin de los destinos individuales y que conforma la otra vertiente de *La Divina Comedia* y que Lukács nos presenta en *Teoría de la Novela* como permanencia de la epopeya.

Esta tesis de Lukács es producto de su intento por definir tanto la epopeya como la tragedia y la novela a partir de uno solo de sus rasgos, el más general y abstracto de todos: el de la compacidad de la esfera del espíritu con la totalidad histórico-cultural de la vida. En este sentido puede ser señalado como un producto directo del criterio metodológico de las ciencias del espíritu. En efecto, si in-

terpretamos la aparición o desaparición de los géneros o formas literarias a partir de la coherencia interna o de las rupturas dentro de la topología trascendental del espíritu o en función de su armónica correspondencia con la totalidad histórico-cultural, lo cual da lugar solamente a una alternativa bi-polar: epopeya-tragedia (o novela), es natural que escapen a ese esquema las diferencias reales que determinan los géneros mismos, ya que ellos están siendo determinados según la pura generalidad de sus rasgos, dejando de lado la específica diversidad de sus diferencias que es lo que constituye lo positivo de su propio ser, lo verdadero de la existencia de las formas literarias.

Así, la novela definida como género de sustitución de la epopeya, es la conclusión que se impone al precio de desconocer la especificidad de los distintos géneros, es la conclusión a la que se llega por el camino de las puras abstracciones, desde las cuales se pretende descender sobre la existencia real de los productos literarios, más para fosilizarlos y hacerlos estáticos que para determinarlos en su peculiar significación. Se ha permanecido en la pura relatividad de su existencia como género, en su puro negar o afirmar analogías con formas pretéritas que expresan mundos idios, y en este torbellino relacional se ha perdido lo peculiar de los elementos en relación. Un rasgo tan general y conveniente a todo producto literario medianamente aceptable, como lo es el que exprese un modo abstracto de relación del hombre y lo absoluto, del todo y de las partes, no podía ser el único criterio para definir una forma literaria. Pero, el vicio de este método ya lo ha advertido el propio Lukács en el prólogo de 1962. El anacronismo que comporta la abstracta vinculación de la epopeya y la novela, ignorando siglos y sucesos históricos reales, es en realidad el anacronismo de los métodos y criterios de las tendencias de las ciencias del espíritu, su muerte y la frustración de su intento antihegeliano.

Sin embargo, Lukács define acertadamente algunas características determinantes de la novela del siglo XIX. Pero, pensamos que ello es producto más del conocimiento de la Literatura y la Historia literaria que resultado de la metodología empleada en los análisis. Así, *Teoría de la Novela* presenta la paradoja de un cuerpo de proposiciones válidas en torno a la novela del siglo XIX, las cuales niegan o desconocen el camino a través del cual se ha querido llegar a ellas. Otro tanto cabría decir acerca de lo justo de algunas tesis sobre la epopeya, la tragedia, la lírica, el Dante.

EN la primera parte del análisis practicado en *Teoría de la Novela*, Lukács trató de mostrar cómo la transformación del *a priori*

trascendental que había dado origen a la epopeya, debía ahora, una vez alterada su estructura primigenia, plasmarse en la forma novelesca. Así, la posibilidad de transformación y sucesión de formas literarias era explicada a partir de las vicisitudes operadas en la esfera de esa estructura generadora de toda forma; sólo una alteración en la sustancia podía proporcionar la explicación de los cambios en las formas.

Sólo el mundo cristiano pudo producir nuevamente la actualización y la terrenalización de su universo espiritual y asignarle un papel efectivo en la vida de los hombres; sólo él pudo ofrecer un producto literario que reviviese aquel modo de existir de la forma ilustrada por los poemas homéricos. Hasta entonces podríamos decir que el desgarramiento del espíritu respecto al mundo se presentaba como un proceso aún no concluido, cuyas fisuras por la que se alejaban los dioses del escenario humano quedan simbolizadas por la tragedia en la cual el destino del individuo se presentaba como una imposición inapelable, y a veces cruel e injusta, de los dioses, cada vez más distantes, más ajenos al mundo, pero todavía visibles, adivinable su presencia. La epopeya del mundo cristiano no podía ser sino la presencia de ese abandono ya consumado (y en ese sentido, una no-epopeya) y que escinde al hombre sumiéndolo en una contradicción irresoluble para él. El mundo moderno, la ausencia inmanente de perspectivas y el abandono en el que a un mismo tiempo ha quedado sumido, sólo logrará expresarse en la novela: ella será portavoz de un mundo carente de espíritu.

A la descripción de esta aventura del espíritu, de su inquietud y frustración en cada intento de acoplarse con la vida, dedica Lukács la segunda parte de su libro: la "Tipología de la forma novelesca". Cervantes, Flaubert y Goethe, Tolstoi, constituyen la tríada de su infructuosa búsqueda, la cual culmina en la obra del último bajo la forma de una renuncia a la vida, un retorno a la naturaleza para refugiarse en sí mismo; sólo queda al espíritu el aislamiento en su propia interioridad, el abandono definitivo de un mundo extraño, hostil e irremediamente dual. Pero, con ese alejamiento con el que culmina el análisis de Lukács lo que se logra es más bien consumir la hipótesis del espíritu, su conversión en sustancia; en ese momento se nos revela el espíritu como la verdadera sustancia del mundo, el cual es definido negativamente, como mundo a-sustancial. Pero, esta conclusión se encuentra en la base misma de su análisis: desde el comienzo el mundo homérico fue concebido como una compacta heterogeneidad, como compacidad entre dos sustancias diversas, cuyo proceso de escisión proporciona la clave para una historia comprensiva del espíritu, una historia que anhela encontrar su centro en el espíritu mismo.

De la epopeya pura a la novela se transita de un mundo compacto y homogéneo a otro dislocado, inesencial; pero ese tránsito conserva la forma de una contraposición abstracta que no se resuelve: cerrado-abierto, esencial-inesencial, homogéneo-heterogéneo, reproduce en el nivel formal del razonamiento la misma dualidad del espíritu y el mundo sobre el cual se edifica *Teoría de la Novela*. Los géneros literarios se instituyen así en fenómenos del espíritu, y la forma novelesca en un mero símbolo de la consumación de la escisión entre aquellos polos.

Se ha hecho notar (G. H. R. Parkinson y otros, *Georg Lukács, el hombre, su obra, sus ideas*, Barcelona-México, Grijalbo, 1973. Trad. J. C. García Borrón) la importancia que en *Teoría de la Novela* posee el concepto de totalidad en cuanto que él preanuncia de la mejor manera su utilización en el periodo marxista de Lukács. Pero, pensamos que el contenido del concepto en ambos periodos los distancia suficientemente, y el declarar que en ese libro se encuentra en forma embrionaria no se aclara absolutamente nada. No es éste el momento para realizar un cotejo entre los usos en distintos periodos, pero el mismo pondría de manifiesto diferencias irreconciliables. No así, como ya lo hemos dicho, el concepto de *forma* (y aun así en su utilización en el primer ensayo de *El alma y las Formas*) el cual sí parece encontrarse en mejores condiciones para proporcionar una constante a través de la obra estética de Lukács. Su declaración en el sentido de que ya no es posible una "totalidad espontánea de ser" debe ser entendida en el sentido de que ya no es posible el acoplamiento armónico entre aquellos dos polos heterogéneos. En la medida en que el resultado de la "Tipología" sea la imposibilidad del acoplamiento del espíritu con la vida, en que cada intento se resuelva en fracaso, se va abandonando cada vez más la idea de una totalidad real y comprensiva que permita disolver la abstracción de los dos polos irreductibles. En efecto, una vez frustrada la tríada de intentos, y una vez que la obra de Tolstoi había puesto de manifiesto el refugio del espíritu en la vida natural, queda revelado a los ojos de Lukács la legalidad de la escisión, la disolución del concepto de totalidad. Pero, el problema para Lukács permanece abierto: ¿cómo conciliar ambos polos? ¿cómo transitar del espíritu a la vida?

En el prólogo de 1962, Lukács señala que *Teoría de la Novela* no expresa una solución a ese interrogante, pero sí la señala: "El hecho de que el libro culmine con el análisis de Tolstoi, así como su alusión a Dostoievski, el cual 'no ha escrito novelas', muestran claramente que lo esperado no era una nueva forma literaria, sino ex-

plícitamente un 'mundo nuevo' ". Pensamos, sin embargo, que esta apreciación se encuentra fuertemente contaminada de la evolución ulterior del propio Lukács, la cual, ciertamente no permite ser intuida en *Teoría de la Novela*.

ELABORACION Y TEORIA EN LOS CUENTOS DE RICARDO GÜIRALDES

Por Enrique PUPO-WALKER

AL practicar hoy una lectura detenida de los cuentos de Güiraldes creo que nos asaltaría una sensación de risueña ironía. Las pesquisas más superficiales demuestran de manera inequívoca que la crítica de principios de siglo prefirió no detenerse ante las primeras creaciones de Güiraldes. Apoyándose en juicios apresurados, casi todos vieron sus primeros libros como los esfuerzos fracasados de un escritor inmaduro.¹ Pero como suele ocurrir, el tiempo ha demostrado que el mayor fracaso no fue el de los textos, sino el de la crítica. Pienso, no obstante, que si la escritura de Güiraldes produjo un efecto repelente fue porque aún las primeras narraciones y poemas transmitían, de alguna manera, el efecto punzante que siempre provoca la intención renovadora.

Para acentuar el desorden crítico que ha persistido en torno a la obra de Güiraldes, el gran público se empeña —quizá por habitual pereza— en verle como el autor de un solo texto: *Don Segundo Sombra*. Por razones similares también ha sido ése el destino de otros narradores prominentes de su generación. En la categoría arbitraria del escritor movalente figuran por igual Mariano Azuela, Rómulo Gallegos y muchos otros. Sólo que en el caso de Güiraldes todo lo que precede a su conocida novela suele considerarse como mera labor de taller. En parte, esas nociones caprichosas de la crítica se fundamentan en un sentido de continuidad evolutiva, de cariz positivista, que suele complacer a los historiadores de la literatura aunque en muchos casos el diseño historiográfico que se propone no pueda verificarse en la composición misma de los textos. Con procedimientos más exactos, otros

¹ Refiriéndose al rechazo de la crítica Güiraldes afirmaba, "Me han tratado de hacer tanto daño con hostilidad, que quiero vengarme haciendo a los jóvenes todo el bien que pueda." Carta citada por Ofelia Kovacci en *La pampa a través de Ricardo Güiraldes* (Buenos Aires: Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, 1961), p. 11. Este trabajo se realizó gracias a la ayuda generosa del *University Research Council* de Vanderbilt University; los apuntes reunidos aquí son parte de un libro en preparación sobre la evolución formal del cuento hispanoamericano.

han verificado el refinamiento gradual que percibimos en la prosa de Güiraldes. Son ejemplares en ese sentido los trabajos minuciosos de Guillermo Ara, Raúl Castagnino y Ofelia Kovacci.² Pero aun en el ámbito precario de la crítica hispanoamericana, me parece ingenuo que todavía veamos la narrativa breve de Güiraldes como simples micro-etapas en las mutaciones complejas que verifican sus textos. Y si lo afirmo de ese modo, es porque no todos sus relatos son meras prefiguraciones de una obra culminante. Con una visión amplia del género, estimo que varios cuentos de Güiraldes figuran entre los hallazgos más logrados de la cuentística hispanoamericana de principios de siglo. Algunas narraciones recogidas en su libro *Cuentos de muerte y de sangre* (1915) son equiparables, en todo sentido, a relatos, hoy famosos, de Javier de Viana, Baldomero Lillo y Roberto Payró. Ese juicio se corrobora en seguida en la exquisita precisión formal que exhiben por ejemplo "El pozo", "El remanso", "El trenzador" y otros cuentos de Güiraldes que por muchos años han comentado las mejores antologías de América. El análisis pausado de esos textos indica que lejos de ser creaciones accidentales, esas narraciones pusieron a prueba las más valiosas facultades de narrador que poseía Güiraldes. Al contemplarlas hoy, esas fabulaciones retienen, entre sus valores perdurables, un sesgo profético ya que anticipan procedimientos narrativos que han encontrado su plenitud en creaciones recientes de la narrativa hispanoamericana. A ello he de referirme en las páginas que siguen.

Pero si bien es cierto que relatos geniales de Horacio Quiroga, entre otros: "La gallina degollada" (1909) y "El almohadón de plumas" (1907) son anteriores a la producción de Güiraldes, es preciso señalar que el joven narrador argentino figuraba entre los pocos escritores americanos que, a la par de Quiroga, habían meditado sobre las posibilidades y la organización casi evanescente del cuento literario.³ Esa preocupación la verifican sobre todo las

² El estudio de Ara que aparece en su *Ricardo Güiraldes* (Buenos Aires: Editorial La Mandrágora, 1961), pp. 141-178, establece con toda claridad las tipologías narrativas que intervienen en la cuentística de Güiraldes. El estudio del profesor Castagnino se concentra en un minucioso análisis estilístico de *Don Segundo Sombra*.

³ En las tres primeras décadas del siglo, sobre todo en la Argentina, se produjo un número considerable de trabajos que examinaban los límites formales del cuento. Además de los conocidos artículos de Quiroga, Guillermo Guerrero Estrella (1891-1944), entre otros, publicaba en *La vida literaria* y *La nación* trabajos titulados: "La acción del cuento", "Un cuento de Horacio Quiroga", "Teoría y práctica del cuento en la Argentina", que a la par de otros estudios similares debían estudiarse ya que en esos textos surgen las primeras formulaciones precisas del cuento como género

mejores páginas de *Cuentos de muerte y de sangre* y documentos íntimos que comentaré en estas notas. Aun en el esquema frágil de los primeros relatos, Güiraldes se esmeraba por registrar las correspondencias tenuous que subyacen en el material anecdótico pero que súbitamente convergen en un punto de la narración para dejar en nuestra sensibilidad el efecto de un estallido silente. En "La hora del milagro" y "El emigrado" la elaboración excesivamente tensa del lenguaje termina por lastimar inclusive los procesos consecutivos de la narración; construido de ese modo el texto, comunica principalmente a un nivel paradigmático de asociaciones que normalmente verificamos en la poesía lírica. Propongo que ese impacto explosivo que se logra al quedar violentamente comprimida la materia del relato, ocurre de manera excepcional en "El pozo", cuento en que la visión alucinada de un gaucho supersticioso se trasmuta inesperadamente en una vivencia de amplia significación para el lector. En el relato un hombre extenuado descansa junto a la boca de un pozo. Dormido, al voltearse, resbala y cae por la abertura. Sin comprender lo ocurrido, despierta en el fondo del hueco y desde la oscuridad, empapado como un naufrago, mira las estrellas. Con la esperanza de regresar a la vida que conoce trepa por el cilindro de piedras hasta alcanzar el brocal. Allí, fatigado, con la mitad del cuerpo fuera, queda inmóvil aunque con una reprimida sensación de júbilo. Pero el esfuerzo no le ha devuelto al mundo de que procedía, sino que, por el contrario, el hombre tropieza con un ámbito incomprensible de violencia y superstición. Un gaucho que pasaba por aquel sitio, al ver la figura del hombre que surge del pozo, lo percibe como una imagen diabólica, se resigna y sin vacilar descarga sobre la frente del hombre desvalido una enorme pedrada que devuelve el cuerpo blando al fondo del pozo. El relato tiene antecedentes identificables en la tradición folklórica de muchas culturas y sobre todo en relaciones de aparecidos, pero el sesgo macabro, la poetización ascendente del lenguaje y la inversión súbita en el desenlace, revela la huella sutil de Poe.

Es evidente que en sus *Cuentos de muerte y de sangre* Güiraldes se esmera por infundirle a la estructura narrativa la unidad poemática que le había deslumbrado en los textos de Poe, Baudelaire, Mallarmé y que admiró también en la prosa de Darío y Lugones. Esa postura narrativa, que se inspiraba además en la prosa de Flaubert, le incitó, con frecuencia, a una destilación im-

en las letras americanas. Para datos más exactos véase: Rafael Alberto Arrieta, *Historia de la literatura argentina IV* (Buenos Aires: Ediciones Pesuer, 1959). pp. 287-448.

placable, pero a veces ineficaz, del material anecdótico. Aunque así fuera, debe tenerse en cuenta que si Güiraldes insistía en la poetización intensa de sus relatos era porque reconocía que el buen cuento trasciende con mucho el espacio que ocupa la escritura. Es por ello que en varias narraciones suyas, la fábula se adelgaza hasta quedar reducida a un esquema epigramático que más de una vez afixia el proceso de creación. A esa categoría endeble podrían asignarse "Música nochera" y "Pierrot"; recogidos originalmente en *El cenorro de cristal* (1915).

En momentos de introspección, por cierto frecuentes en su obra, Güiraldes exalta la obra de Flaubert y al mismo tiempo, quizá sin presentirlo, nos deja entrever su ideal del arte narrativo. "No será *Salammbó* —pregunta él en una carta— un largo poema en prosa como más modestamente lo es *Xumaica* y como de intento lo fue *Raucha*? En todo caso, uno quedaba envenenado por aquel sortilegio de belleza y el afán de trabajar la prosa en toda la riqueza de sus amplias cadencias, libres de maneras y retintines".⁴ Y en otras confesiones será aún más tajante su intención renovadora: "No resisto la tentación de remontarme hasta los simbolistas", dice en una carta dirigida al crítico español Guillermo de Torre. En esa misma carta, sus declaraciones alcanzan a veces un fervor proselitista: "No se hará prédica social ni se tratará de acercarse a la víscera como única realidad."⁵ Concretamente Güiraldes parece censurar la narrativa de ocasión que aprovechaba clisés apergamidados para adornar la escena pintoresca; relatos que surgían en medio de un ambiente polémico en que se despotricaba ingenuamente en contra o a favor del nacionalismo literario. Eran las narraciones que por su sobrecarga literaria en alguna ocasión Roberto Payró había designado como ejemplos del "naturalismo de bufete".⁶

Aun en los textos redactados en las dos primeras décadas del siglo, Güiraldes se empeña en retener detalles o meras vibraciones a veces imperceptibles que su sensibilidad intuía en casi todo lo que le rodeaba. Esa actitud y la naturaleza misma de su escritura depurada, contradecían abiertamente el empeño informativo que practicaba entonces el realismo criollista; tendencia que por aquellos años se imponía en América. La reacción de Güiraldes estaba dirigida contra una literatura que ingenuamente se insinuaba como

⁴ Texto citado por A. J. Battistessa en "Güiraldes y Laforgue", *Nosotros*, CVI (1952), p. 48.

⁵ *Obras completas* (Buenos Aires: Emecé Editores, 1962), p. 763. Salvo en el caso de otras fuentes que se indicarán, todas las citas de textos, correspondencia, etc., provienen de esta edición.

⁶ Ver: Arrieta, *Historia*... p. 300.

equivalente exacto del contexto que la nutría. En su concepción del arte literario, Güiraldes favorecía un discurso libre de la retórica panfletaria. "El tema —según decía en su citada carta a Guillermo de Torre— ya no será populachero y contrariará del todo las aspiraciones del realismo".⁷ Esas ideas gradualmente le encaminaron hacia un lenguaje que en su elaboración evocará la plasticidad y matizaciones tonales que Güiraldes había admirado en la prosa de Laconte de Lisle. A la postre, la palabra trabajada de ese modo facilitaría, sobre todo en sus relatos, el proceso de síntesis que se verifica con toda claridad en "El zurdo" y "El remanso", entre otros.

En una carta muy importante dirigida a su amigo Valery Larbaud, fechada en 1926, Güiraldes alude una vez más al cuento literario como género evasivo que exige las condensaciones más intensas: "Quisiera —decía refiriéndose precisamente a sus cuentos— que mi prosa fuera, extractada, breve, fuerte: lo que más me gusta de la mano es su capacidad de convertirse en puño."⁸ Repárese por un instante cuán próxima está esa percepción del cuento literario a las formulaciones que consagraría Horacio Quiroga en su célebre *Decálogo del perfecto cuentista* (1925). La posición de Güiraldes evoca, entre otros, el precepto en que Quiroga con su fervor habitual decía: "Un cuento es una novela depurada de ripios. Ten esto por una verdad absoluta, aunque no lo sea." Puede suponerse que para los que entonces se iniciaban en la creación literaria, las primeras lecturas de Quiroga debieron surtir el efecto de un latigazo que se recibe en las áreas más sensibles de la imaginación. Era de esperar, además, que el genial narrador uruguayo dejara una huella visible en la formación literaria de Güiraldes y de hecho, en toda su generación. Los textos de Quiroga de golpe ponían una mordaza severa a los excesos documentales del realismo criollista. Pero lo que es más importante aún, la escritura de Quiroga era ejemplar, sobre todo porque sus relatos nombran, casi siempre, una realidad que se fundamenta en las propiedades del texto como acto de creación. En contraste con la materia decorativa que en general favorecía la cuentística de la época, los mejores cuentos de Quiroga postulan una realidad contradictoria que se nutre del azar y de lo paradójico.

Por aquellos años, el arte de Quiroga establecía, sin más, un nuevo espacio intelectual, un referente formal y, a la vez, surgía en sus cuentos un concepto del arte narrativo que se mantiene vigente en la prosa de ficción actual.⁹ La sacudida violenta que

⁷ *Obras completas*, p. 763.

⁸ *Ibid.*, p. 789.

⁹ Para verificar esa observación véase el fino estudio de Jaime Alaz-

produjeron los textos del infortunado Quiroga se revela inevitablemente en algunos cuentos de Güiraldes: "El remanso" y "Venganza" se distinguen entre los ejemplos a mano. En otro orden, los documentos íntimos revelan hasta qué punto Güiraldes se había compenetrado con el arte de Quiroga. En una carta, fechada en 1926, al elogiar algunos relatos de su amigo Héctor Eandi, Güiraldes hablará más sobre los cuentos de Quiroga que sobre los textos de su amigo que desea glosar. "Quiroga —decía en aquella ocasión— ve en América un gran continente bravío y luchador que arisques a la posesión del hombre, con clima peligroso de fauna y flora y enfermedades y sugestiones mentales de funestos resultados. Quiroga ve, las más de las veces, al habitante como a un desterrado en una tierra hostil." Y a continuación añade, "Mientras el hombre lucha, la mujer vegeta, como flor transplantada en un terreno adverso a su felicidad, y acaricia ensueños irreales, o torpes imágenes de alucinación."¹⁰ Pero su aguda comprensión del arte de Quiroga se verifica aún con mayor claridad en otra observación que incluía en esa misma carta: "Más que el medio ambiente me parece ver en los cuentos de Quiroga el *medio interior*, la verdadera causa de las tragedias que relata."¹¹ En esos mismos párrafos Güiraldes se detiene para establecer afinidades entre relatos de Quiroga, Kipling, Conrad y Stevenson y de hecho confirma la fascinación que experimentó ante los relatos del maestro uruguayo. En otras cartas suyas, esta vez en una dirigida a Valery Larbaud, pero que nunca fue enviada, se observa la precisión con que Güiraldes seguía las rutas del cuento. Allí, al referirse a obras de Ibsen, Poe, Whitman y D'Annunzio, entre otros, Güiraldes concluye con esta frase, "y hasta últimamente haber presenciado en la orientación del cuento y la novela psicológica la entrada de un nuevo bárbaro, esta vez normando; Joyce".¹²

El lenguaje que gradualmente se interioriza y que establece un sistema de relaciones sutiles en la narración, estaba parcialmente consagrado en los textos de Quiroga. Pero Güiraldes, empeñado como estaba en elaboraciones exquisitas de la palabra, aspiraba a más. Para él los relatos de Quiroga exaltaban un discurso que comunica desde su expresividad y que de hecho trasciende, en todos los planos fundamentales, el nivel documental del texto. A esas formas refinadas del lenguaje dedicaría Güiraldes lo me-

raki, "Relectura de Horacio Quiroga" en *El cuento hispanoamericano ante la crítica* (Madrid: Castalia, 1973), pp. 64-80.

¹⁰ *Obras completas*, pp. 792-793.

¹¹ *Ibid.*, p. 792.

¹² *Ibid.*, p. 777.

jor de sus esfuerzos; pero no es esa postura narrativa lo único que ocasionalmente le aproxima a Quiroga. También como el narrador uruguayo, Güiraldes reveló en sus cuentos, cartas y apuntes ocasionales, un plano de tensión emotiva, a veces mórbida, que es frecuente en el cuentista, y siempre visible en los mejores relatos de Quiroga. En ese sentido interesa otra carta suya dirigida a Jules Supervielle, fechada en 1927. Sin vacilar, Güiraldes afirma que en la creación literaria el nivel más profundo de percepción ocurre al "acariciar con una enorme tensión de nuestros nervios pequeños, algo que nos eleva y nos hace pensar que aquello está allí muy cerca de la intención y del gesto".¹³ La frase bien podría atribuirse a Quiroga. Como el narrador uruguayo, Güiraldes pareció sentir una aguda sensación de terror ante el vacío; sensación que determina la visión desgarrada que predomina en cuentos en los que el hombre, consumido por el odio y la superstición, queda aplastado para siempre. Varios cuentos, entre ellos, "De un cuento conocido" y "La deuda mutua", corroboran la extraña fascinación que Güiraldes sintió por la violencia, la superstición y los caprichos más brutales del azar. Esa es la "veta sombría" que más de una vez le aproxima a Quiroga y que con razón ha destacado más de una vez Ivone Bordelois.¹⁴ Cabe suponer, no obstante, que esa predisposición hacia lo satánico pudo ser en parte el reflejo poderoso que proyectaron sobre sus cuentos los textos de Poe, Baudelaire y Huysmans, entre otros. El hechizo que suscita lo diabólico, y que también supieron aprovechar Tirso, Goya y Valle-Inclán, reaparece como una visión dolorosa pero frecuentemente en varios textos importantes de Güiraldes. Es precisamente esa vertiente de su arte la que Emir Rodríguez Monegal ha descrito, con frase sugestiva, como "una especial cosmovisión que instaura un mundo de garabato".¹⁵ Pero existe también en los cuentos de Güiraldes el reverso de esa sensibilidad mórbida. Me refiero a una singular capacidad de observación que le hace detenerse ante las cosas más triviales y aparentemente superfluas. El mismo lo reconocía a su manera al decir: "Yo entiendo el patriotismo o el localismo así: facultad de querer lo que no es habitual y de ver en lo cotidiano virtudes susceptibles de exaltarse."¹⁶ Creo que su actitud en ese orden responde, en parte, al afán a veces obsesivo, que mostraron grandes cuentistas del siglo XIX por encontrar lo que había de excepcional en los objetos y circunstancias más

¹³ *Ibid.*, pp. 796-797.

¹⁴ *Genio y figura de Ricardo Güiraldes* (Buenos Aires: E.U.D.E.B.A., 1966), p. 57.

¹⁵ *Narradores de esta América* (Montevideo: Editorial Alfa, 1969).

¹⁶ *Obras completas*, p. 786.

humildes. En ese sentido siempre nos asombran los textos magistrales de Maupassant, Daudet y Turgenev que Güiraldes tuvo a mano. Es la sobriedad narrativa que Chekhov aconsejaría al predicar "In description one ought to sieze upon the little particulars".¹⁷ En "El remanso", por ejemplo, Güiraldes es el cronista ágil del detalle sutil; detalles que son apenas un soplo, pero que en formas inesperadas afectan el curso de la narración.

Vista en conjunto, la producción de Güiraldes abarca casi todas las formas de la narración breve que se cultivaban a principios de siglo. A partir de la anécdota y la escena costumbrista cultivará la evocación que sirve de excusa al poema en prosa. Pero todos esos esquemas preliminares ilustran un proceso de esfuerzos laboriosos que culminan en sus mejores cuentos. Lo que salta a la vista hoy al enjuiciar la narrativa breve de Güiraldes es que su interés por el cuento no fue ocasional. Lo cultivó a lo largo de toda su vida. Y es natural, por otra parte, que las formas entonces novedosas del cuento literario despertaran su interés. "En mí —decía en su ya citada carta a Valery Larbaud— han podido más, por ser los primeros y cercanos, los relatos y diálogos que he oído de chico y con imborrable emoción, que las ampliaciones intelectuales y sobre todo de expresión que estas emociones han sufrido con mi cultura".¹⁸ Esos "cuentos de fogón", como alguna vez les llamaría, representaron para él una forma de sabiduría colectiva que a su vez reconocía como el sedimento más profundo de la experiencia humana. Güiraldes —conviene recordarlo— se sintió atraído en todo momento por los incentivos del misterio y la emoción mística. Ante esas inclinaciones me parece natural que la materia fugaz y casi irreductible del cuento literario se le presentara como un reto insoslayable.

Es evidente hoy que las formas del cuento literario que cultivó Güiraldes eran casi el reverso de los esquemas narrativos que se difundían entonces en toda Hispanoamérica. Las distraídas crónicas del académico argentino Fermín Estrella Gutiérrez revelan, entre otras cosas, que en las conocidas tertulias del café Richmond aún se elogiaban las narraciones de Pereda y la escritura tapizada con los giros estridentes del realismo decimonónico.¹⁹ Un breve repaso de los concursos que por aquellos años patrocinaban el diario *El País* y *Caras y caretas* demostrará que casi toda la narrativa breve de principios de siglo aprovechaba el material episódico como

¹⁷ Anton Chekhov, *Letters on The Short Story, the Drama and Other Literary Topics* (New York: Milton, Balch and Co., 1924), p. 69.

¹⁸ *Obras completas*, p. 789.

¹⁹ *Recuerdos de la vida literaria* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1966), pp. 14, 34, 76, 77.

peldaño para la evocación intimista o como pretexto que deriva en la sátira cruda. Buena parte de esos relatos a que me refiero se reducían a la anécdota flácida que podría escurrirse entre los apuntes del historiador. Lo más frecuente eran "los apuntes del natural" o las "crónicas de boulevard." Ambas, en realidad, eran formas que aún se nutrían de la retórica melancólica que accidentalmente nos había legado el costumbrismo. El cuento literario, como tal, era todavía un género incomprendido que a duras penas subsistía en la periferia de la actividad literaria.

Lo cierto es que no todo fue inútil para Güiraldes. La indiferencia y torpezas de la crítica se vieron compensadas por los elogios de escritores prestigiosos. Se sabe que los relatos de Güiraldes conquistaron la difícil admiración de Lugones y más tarde de Alfonso Reyes. Pero en todo caso, hacia 1915 las narraciones de Quiroga, Payró, Guerschunoff, Amorín y Güiraldes, entre otros, vaticinaban el triunfo inevitable del cuento literario. El sentido innovador que proyectaba ese grupo de narradores se esclarece sobre todo al examinar algunos textos de excepcional calidad. El sesgo precoz que se insinúa en varios cuentos de Güiraldes nos sorprende, por ejemplo, en "El trenzador", quizá su mejor cuento. En ese relato se logra, sin que apenas lo notemos, una inversión de los factores habituales del discurso. El proceso de creación pasa a ser el tema primordial del texto. Al elaborarlo de esa manera, el impacto total del cuento se percibe en una imagen casi instantánea: la de gaucho muerto con sus manos aferradas al bozal. Es el acontecimiento simple que en sí sugiere la realización de toda una vida. Antes que el lector pueda advertirlo, el relato se vuelca sobre sí mismo y de hecho termina por cuestionar la naturaleza misma del acto de creación y del texto que lo encarna. Creo que en la proyección reflexiva de la escritura, ese breve relato anticipa gran parte de la problemática que percibimos en lo mejor de nuestra narrativa actual.²⁰ Se logra en el cuento el discurso que conlleva su propia glosa, excepto que esa glosa, lejos de ser una duplicación gratuita del estrato narrativo, surge tácitamente para intensificar la expresividad del texto. Pero además —y esto, que yo sepa, no se ha visto— los textos y formulaciones teóricas de Güiraldes contienen un sentido testimonial que indirectamente ilumina la gestación vacilante que padeció el cuento literario en las primeras décadas del siglo.

²⁰ Ese cuestionamiento incesante del acto de creación, desde la obra misma, se manifiesta con ejemplar lucidez en *El informe de Brodie* de Jorge Luis Borges y en *Todos los fuegos el fuego* de Julio Cortázar, así como en textos aún más recientes de ambos escritores.

ASPECTOS SEXUALES Y SICOLOGICOS EN EL "ACTO PREPARATORIO", EN LA NOVELA AL FILO DEL AGUA, DE AGUSTIN YAÑEZ

Por Manuel Antonio ARANGO L.

AGUSTÍN YAÑEZ nació en Guadalajara, el 4 de mayo de 1904, y allí vivió sus primeros años de juventud. Abogado, profesor y diplomático, representó a México en diferentes oportunidades en la vida diplomática. Se inició con relatos de sabor provinciano: *Llama de amor viva* (1923), *Flor de juegos antiguos* (1940), *Pasión y convalecencia* (1943). Posteriormente publicó *Archipiélago de mujeres* (1943), *Al filo del agua* (1947), *La creación* (1950), *Ojerosa y pintada* (1960), *La tierra pródiga* (1960) y *Las tierras flacas* (1962).

*Al filo del agua*¹ es, sin duda, la mejor novela de Yáñez y una de sus producciones literarias más difundidas. Estructuralmente se realiza en dos planos: uno, el conjunto de los personajes que constituyen la trama; y el otro, que en una especie de armonía forman unísono coro que recoge las voces del pueblo en diversas tonalidades. En síntesis: melodía y armonía estructuran la novela.

Acto preparatorio

AL *filo del agua*, se levanta sobre la base de un "Acto preparatorio" y dieciséis capítulos que tienen funciones estructurales de diverso contenido. El "Acto preparatorio" marca el tono del ambiente físico y moral en que se desarrollará la acción novelable. El lector a partir de esta parte tomará conciencia del color del paisaje, de las calles tranquilas, de las casas austeras del pueblo conventual, los ladridos de los perros, el ruido de los cascos de los caballos en las calles empedradas, los cantos piadosos y el toque permanente de las campanas de la iglesia de ese "lugar del Arzobispado" en el año de 1909 y al filo del agua.

¹ Agustín Yáñez. *Al filo del agua*. Editorial Porrúa, S. A. México, 1969.

La voz narrativa comienza mostrando al lector el vivir de la comarca, bajo una visión panorámica del conjunto y la hace sentir desde su apariencia externa. Así vamos conociendo la vida del pueblo, el color, la silueta de sus moradores silenciosos y la atmósfera en general que impregna todo el ambiente.

"Pueblo seco, sin árboles ni huertos. Entrada y cementerio sin árboles. Plaza de matas regadas. El río enjuto por los mayores meses; río de grandes losas brillantes al sol. Áridos lomeríos por paisaje, cuyas líneas escuetas van superponiendo iguales horizontes. Lomeríos. Lomeríos".²

El "*Acto preparatorio*" es la base fundamental desde la cual contemplamos la parte ambiental, pero esa base no se percibe, en un comienzo, al mismo nivel del pueblo; la visión es panorámica. Lentamente Yáñez se enfrenta hacia una gradación descendiente hasta llegar al nivel pueblerino.

"El deseo, los deseos disimulan su respiración. Y hay que pararse un poco para oírla, para entenderla tras de las puertas atrancadas, en el rostro de las mujeres con luto, de los hombres graves, de los muchachos colorados y de los muchachillos pálidos".³

El "*Acto preparatorio*" tiene una función muy importante ya que el autor introduce rasgos del mismo dentro del transcurso de toda la obra, como si fuese una obertura que señalara los temas fundamentales que podrían ejecutarse dentro de un plan de una obra musical. Los temas del "*Acto preparatorio*" se convierten en verdaderos *Leitmotivs* a través de toda la novela.

Como el *Leitmotiv* de una sinfonía, los temas del "*Acto preparatorio*" se repiten sincrónicamente para dar una visión al lector de la forma que el autor ha trazado dentro de la estructura de la novela.

"Pueblo de mujeres enlutadas... Pueblo cerrado... Pueblo solemne... Pueblo sin fiestas... Pueblo seco... Pueblo sin alameda... Pueblo conventual... Pueblo de ánimas... Pueblo de templadas voces... Pueblo sin estridencias..."⁴

Este *Leitmotiv* tiene un carácter de letanía lenta y monocorde similar a una frase musical fúnebre, pesada y oscura, que domina todo el conjunto de la pieza musical.

La sección introductoria tiene doble función: a) Crear el escenario y b) establecer el tono. El estilo de este "*Acto preparatorio*" nos prepara para mostrarnos un sombrío retrato del anónimo "pue-

² Agustín Yáñez. *Al filo del agua*. México. Editorial Porrúa, 1969, décima edición, p. 4. Todas las referencias subsiguientes serán tomadas de esta edición.

³ *Opus cit.*, p. 5.

⁴ *Opus cit.*, ps. del 1 al 13.

blo de mujeres de negro". El autor muestra la visión de una vida monótona, dominada por el tema religioso y completamente estática. Además los elementos estructurales del "*Acto preparatorio*" están constituidos por elementos sensoriales y religiosos. Esta parte inicial es, sin ninguna duda, el mayor acierto de Yáñez. La descripción minuciosa externa de un pueblo austero y terco, sin árboles ni huertos, sin fiestas, sin alameda y pueblo por excelencia conventual con un aire cargado de miedo, nos pone en conocimiento los elementos esenciales que figurarán en la obra: los deseos reprimidos que marcan la conducta del pueblo.

"Los deseos, los ávidos deseos, los deseos pálidos y el miedo, los miedos rechinan en las ceraduras de las puertas, en los goznes resacos de las ventanas: y hay un olor suyo, inconfundible, olor sudoroso, sabor salino, en los rincones de los confesionarios, en las capillas oscurcidas, en la pila bautismal, en las pilas del agua bendita, en los atardeceres, en las calles a toda hora del día, en la honda pausa de medio día, por todo el pueblo, a todas horas, un sabor a sal, un olor a la humedad, una invisible presencia terrosa, angustiosa, que nunca estalla, que nunca mata, que oprime la garganta del forastero y sea quizá placer del vecindario, como placer de penitencia".⁵

El autor nos da un completo cuadro psicológico del pueblo en el cual todos los indicios nos muestran la atmósfera opresiva. Esa tensión psicológica está muy bien lograda cuando la voz narrativa en gradación descendente nos refiere detalles de la vida del pueblo:

"Tertulias, nunca. Horror sagrado al baile: ni por pensamiento, nunca. Las familias entre sí se visitan sólo en caso de pésame o enfermedad, quizás cuando ha llegado un ausente mucho tiempo esperado".⁶

La tentación sexual es más expresiva dentro del texto cuando llega la noche, pues el inconsciente da rienda suelta al consciente de los deseos y la intimidad frustrada:

"En las noches de luna, en casas de la orilla, quién sabe si en el hondo de alguna casa céntrica, rasguen guitarras en sordina, preñadas de melancolía, lenguas de los deseos. En las noches de luna, cantan en las cantinas vergonzantes una canción profana, canción de los terrores, jinetes de los deseos".⁷

Observamos cómo en este "*Acto preparatorio*" ya Yáñez nos da una ambientación a través de los personajes y nos sugiere lo que se irá a producir en los próximos capítulos de la novela. Además el

⁵ *Opus cit.*, p. 7.

⁶ *Opus cit.*, p. 4.

⁷ *Opus cit.*, p. 8.

autor ya intenta crear una serie de tensiones. Luego nos describe la apariencia física del pueblo. Así tenemos una descripción en forma de continuación.

"Pueblo de perpetua cuaresma. Primavera y verano atemperados por una lluvia de ceniza. Oleo del *Dies Irae* inexhausto para las orejas. Agua de *Aperges* para las frentes. Púas del *Miserere* para las espaldas. Canon del *Memento*, *Homo*, para los ojos. Sal del *Requiem Aeternam* para la memoria. Los cuatro jinetes de las *Postimerías*, gendarmes municipales, rondan sin descanso las calles, las casas y las conciencias *De Profundis* para lenguas y gargantas, y en los lagrimales, la cuenca de vigilia tenaz, con dárseos en las fuentes y en las mejillas".⁸

La novela se desarrolla en un ambiente pueblerino en el que presenta una situación especial. Circunstancias sociales, políticas y económicas toma Yáñez como materia temática.

"El ambiente general se percibe en el "*Acto preparatorio*" como lo hemos comentado".

"Pueblo seco, sin árboles ni huertos. Entrada y cementerio sin árboles. Plaza de matas regadas. El río enjuto por los mayores meses; río de grandes losas brillantes al sol. Áridos lomeríos por paisaje, cuyas líneas escuetas van superponiendo iguales horizontes. Lomeríos. Lomeríos. Pueblo sin alameda. Pueblo de sol, reseco, brillantes Pilones de cantera, consumidos, en las plazas, en las esquinas. Pueblo cerrado. Pueblo de mujeres enlutadas. Pueblo solemne".⁹

Aquí el autor empieza a mostrarnos una serie de cuadros de la vida triste, conventual, hipócrita de un pueblo del Bajío en que el cura, el caudillo político y las familias burguesas mantienen y rigen la vida de una comunidad dentro de las convenciones propias de la época medieval.

"Los chiquillos no pueden menos que gritar, a veces Trepidan las calles. ¡Cantan las mujeres! No, nunca, sino en la iglesia los viejos coros de generación en generación aprendidos. El cura y los ministros pasean con trajes talares y los hombres van descubriéndose; los hombres y las mujeres enlutadas, los niños, les besan la mano".¹⁰

Alrededor de esta serie de cuadros Yáñez nos intuye el falso sentimiento religioso del pueblo, los temores injustificados, la represión sexual, la hipocresía, y el estancamiento del progreso en general.

El autor nos muestra un cuadro psicológico de un pueblo aprisionado por una atmósfera de terror "Pueblo de mujeres enlutadas",

⁸ *Opus cit.*, p. 9.

⁹ *Opus cit.*, p. 4.

¹⁰ *Opus cit.*, p. 5.

es una frase que se repite a fin de recrearnos dentro del panorama conventual.

"En las noches de luna escapan miedos y deseos, a la carrera; pueden oírse sus pasos, el vuelo fatigoso y violento, al ras de la calle, sobre las paredes, arriba de las azoteas. Camisas de fuerza batidas por el aire, contorsionados los puños y las faldas golpeando las casas y el silencio en vuelos de pájaro ciego, negro, con alas de vampiro, de tecolote o gavián, con alas de paloma, sí, de paloma torpe, recién escapada, que luego volverá, barrotes adentro. Los deseos vuelan siempre con ventaja, en las noches de luna; los miedos corren detrás, amenazándolos, imprecando espera, chillando: vientos con voz aguda e ineludible. Saltan los deseos de la luz a la sombra, de la sombra a la luz, y en vano los miedos repiten el salto".¹¹

El autor establece un contraste entre el deseo y la vida religiosa y ahora entre el deseo y el miedo. El conflicto entre el deseo y el miedo va en una gradación ascendente permanente como si un coro unísono entonara los deseos y los miedos escondidos ambientales. "Deseos y miedos no son abstracciones —comentó un crítico— son palpitanes y palpables miembros de la comunidad".¹²

Este conflicto continúa progresivamente en el *Acto preparatorio*. Esos deseos temen que llegue la noche y aun la mañana.

"A la noche habrá pasos obsesionados y sombras embozadas bajo las oscilaciones de los faroles municipales; y a la media noche o muy de madrugada podrían oírse bisbiseos junto a las cerraduras de las puertas o entre las resquebraduras de las ventanas".¹³

Luego el novelista nos describe los jinetes misteriosos. Aquí ya la sensualidad es más visible con un tono de maldad. Todo esto ocurre en la noche cuando están libres los deseos y la supresión de los deseos. Todos los deseos son reprimidos.

"Jinetes misteriosos de carne y sangre transitan en horas avanzadas, rumbo a las afueras, por lo caminos aldeaños. El pueblo amañece consternado, como si un coyote, como si un lobo dejara huellas de sangre por todas las banquetas, muros, puertas y ventanas; como si todos los vecinos se sintieran cómplices del rapto".¹⁴

En las últimas páginas del *Acto preparatorio* Yáñez nos describe la monotonía cotidiana de la vida del pueblo.

"Pueblo de templadas voces. Pueblo sin estridencias. Excepto los domingos en la mañana, sólo hasta medio día. Un río de san-

¹¹ *Opus cit.*, p. 7.

¹² Elaine Haddad: "The structure of *Al filo del agua*", *Hispania*, XLVII Sep. 1964, 523.

¹³ Obra citada de Yáñez, p. 9.

¹⁴ *Opus cit.*, p. 10.

gre, río de voces y colores inunda los caminos, las calles, y refluye su hervor en el trío de la parroquia y en los comercios; río colorado cuyas aguas no se confunden o impregnan el estanque gris; pasada la misa mayor y comprados los avíos de la semana, los hombres de fuertes andares y gritos, las enaguas de colores chillantes —anaranjadas, color de rosa, solferines, moradas—, crujientes de almidón, los zapatos rechinadores, los muchachitos llorones, las cabalgaduras trepidantes, toman el rumbo de sus ranchos dejan al pueblo con su tarde silenciosa, con sus mujeres enlutadas, con sus monótonos campaneos, y lleno de basuras, que los diligentes vecinos barrerán presurosos. Ya toda la semana fondas y mesones bostezarán".¹⁵

En el *Acto preparatorio* se encuentra una estructura. Hay un movimiento para pintarnos la monotonía de la vida en la forma rutinaria.

Aquí lo importante no es el desarrollo lineal sino el desarrollo de una esencia psicológica.

Desde el punto de vista de la impresión vemos cómo se trata de un pueblo hermético. A través de todo el *Acto preparatorio* se puede percibir el sentido hermético, cerrado. Este hermetismo es un hermetismo psicológico. Es un pueblo aislado en la vida nacional, por lo tanto podemos observar los siguientes puntos:

- 1) Hermetismo físico.
- 2) Hermetismo ideológico.
- 3) Hermetismo rutinario.
- 4) Hermetismo psicológico.

En síntesis es un pueblo encerrado del interior hacia el exterior. Todo esto tiene por resultado el dominio clerical sobre la colectividad. El pueblo se describe como una letanía. El pueblo se caracteriza en términos eclesiásticos. Todo lo relacionado con el pueblo se describe como una especie de vida conventual.

"Pueblo seco. Pero las grandes fiestas —Jueves Santo, Jueves de Corpus, Mes de María, Fiesta de la Asunción, Domingo del Buen Pastor, Ocho y Doce de Diciembre—, las flores rompen su clausura de patios y salen a la calle, hacia la iglesia; flores finas y humildes; magnolias, granduques, azucenas, geranios, nardos, alcatraces, margaritas, malvas, claveles, violetas, ocultamente cultivadas, fatigosamente regadas con agua de profundos pozos; nunca otros días aparecerán en público estos domésticos, recónditos tesoros, alhajas de disimulada ternura".¹⁶

¹⁵ *Opus cit.*, p. 11.

¹⁶ *Opus cit.*, p. 13.

La temporalización se da en el mismo ambiente cuando se desarrollan los personajes de la novela. La temporalización se efectúa cuando el autor nos muestra todos los problemas síquicos y sociales que cada uno lleva consigo.

En el segundo plano Yáñez entra a escudriñar el inconsciente del pueblo a fin de concluir directamente en la conciencia del hombre. Su cosmovisión manejada por la simultaneidad de hechos, nos muestra cómo el autor va descubriendo morosamente el drama de un pueblo fanatizado, ignorante y supersticioso durante un lapso de cuatro siglos que vive bajo las prácticas religiosas y sociales de la época medieval.

La novela está estructurada por un complejo cuadro de costumbres de un pueblo de Jalisco antes de la revolución de 1910.

En el acto inicial o como el autor lo denomina "*Acto preparatorio*", es donde Yáñez genialmente nos muestra por medio de descripciones externas la historia infrahumana de un pueblo en pleno estado de alienación. Es un pueblo terco, ensimismado, que no cambia, en donde los prejuicios y la inercia, se unen estrechamente a un conjunto de miedos religiosos en base a supersticiones y una falsa moral llena de tabúes, que no permiten el desarrollo normal de la cultura.

"La separación de sexos es rigurosa. En la iglesia, al lado del Evangelio queda reservado exclusivamente para los hombres, y el de la Epístola para el devoto femenino. Aun entre parientes no es bien visto que hombre y mujer se detengan a charlar en la calle, en la puerta, ni siquiera con brevedad. Lo seco del saludo debe extremarse cuando hay un encuentro de esta naturaleza, y más aún si el hombre o la mujer van a solas; cosa no frecuente y menos tratándose de solteras, que siempre salen acompañadas de otra persona".¹⁷

Yáñez nos presenta un cuadro sicológico de un pueblo aprisionado por una atmósfera de terror. La angustia colectiva de una sexualidad reprimida y bajo una alienación controlada por los clérigos, caudillos y autoridades nos intuye un clima de terror, de inquietud, de tensión permanente muy similar en época de Felipe II en España, donde se vivía en una atmósfera de pánico al considerar la gente que podría ser denunciada como morisco, protestante o de sangre judía.

Refiriéndose a ese interesante tema de represión sexual José Antonio Portuondo considera que "entre ellos, sobre ellos, moviéndolos, impulsando cada uno de sus actos, disfrazado o desnudo, cons-

¹⁷ *Opus cit.*, p. 14.

tante, el verdadero y único personaje real de la novela: el deseo sexual".¹⁸

Los instintos reprimidos en el subconsciente colectivo del "Acto preparatorio", es muy fuerte, por tal razón la crítica se presenta a un pueblo, "que, como todos los de su clase, ahoga o expulsa a los que quisieran marcarle un camino hacia el progreso o a los que piensan que deben de ser otras las normas de la existencia en común."¹⁹

La mujer es víctima de una constante misoginia porque se le considera símbolo de tentación y concupiscencia. Por tal razón el matrimonio no es tratado como lo expresa el mandamiento bíblico, lleno de amor y felicidad sino como acto de vergüenza. "Los matrimonios son en las primeras misas. A oscuras. O cuando raya la claridad todavía indecisa. Como si hubiera un cierto género de vergüenza. Misteriosa. Los matrimonios nunca tienen la solemnidad de los entierros, de las misas de cuerpo presente, cuando se desgranaban todas las campanas en plañidos prolongados, extendiéndose por el cielo como humo; cuando los tres padres y los cuatro monagos vienen por el atrio, por las calles, al cementerio, ricamente ataviados de negro, entre cien cirios, al son de cantos y campanas".²⁰

Las muchachas tienen que ser Hijas de María cuando son jóvenes, y posteriormente miembros de la asociación de la Buena Muerte. Y deben imponer una rígida disciplina en el vestir, en el andar, en el hablar y hasta en el pensamiento.

"Muchas congregaciones encauzan las piadosas actividades de grandes y chicos, a saber, la de la Buena Muerte y la de las Hijas de María: en mucho y casi decisivamente, la última conforma el carácter del pueblo, imponiendo rígida disciplina, muy rígida disciplina, en el vestir, en el andar, en el hablar, en el pensar y en el sentir de las doncellas, traídas a una especie de vida conventual, que hace del pueblo un monasterio. Y es muy mal visto que una muchacha llegada a los quince años no pertenezca a la Asociación en donde unas a otras quedan vigilándose con celo en competencia, y de la que ser expulsadas constituye gravísima, escandalosa mancha, con resonancia grave en todos los ámbitos de la vida".²¹

La crisis colectiva psicológica se dramatiza en el último párrafo del "Acto preparatorio", pues entre mujeres enlutadas transcurre la vida hasta la hora de la muerte. "Entre mujeres enlutadas pasa la

¹⁸ José Antonio Portuondo, "Al filo del agua", *Cuadernos Americanos*, México, XXXVII (Enero-Febrero, 1948), p. 285.

¹⁹ Elaine Haddad, "The structure of 'Al filo del agua'," *Hispania*, Vol. XLVII p. 522, 523. (1964).

²⁰ *Opus cit.*, p. 6.

²¹ *Opus cit.*, ps. 13 y 14.

vida. Llega la muerte. O el amor. El amor, que es la más extraña, la más extrema forma de morir; la más peligrosa y temida forma de vivir el morir".²²

En cuanto al espacio en el "*Acto preparatorio*" se observa en la elaboración del contenido físico de la mente de los personajes y en las diferentes descripciones del ambiente:

"Pueblo de mujeres enlutadas. Aquí, allá, en la noche, el trajín del amanecer, en todo el santo río de la mañana, bajo la lumbre del sol alto, a las luces de la tarde —fuertes, claras, desvaídas, agónicas—; viejecitas, mujeres maduras, muchachas de lozanía, párvulas; en los atrios de iglesias, en la soledad callejera, en los interiores de tiendas y de algunas casas —cuán pocas— furtivamente abiertas".²³

El tono sombrío, lúgubre, triste y conventual que el "*Acto preparatorio*" ha marcado desde la primera página con palabras como enlutadas", "noche", "desvaídas", "agónicas", "soledad callejera", etc., nos lleva a percibir el ritmo que aprisiona cada línea bajo un contexto eminentemente sicológico, que indudablemente abarca el "aquí, allá" que aun en forma indefinida crea un concepto espacial. Las características espaciales adquieren cualidades humanas cuando la voz narrativa nos lo intuye:

"Gentes y calles absortas. Regulares las hiladas de muros, a grandes lienzos vacíos... casas de las orillas, junto al río, junto al cerro, al salir de los caminos, con la nobleza de su cantería, que sella dignidad a los muros de adobe".²⁴

²² *Opus cit.*, p. 14.

²³ *Opus cit.*, p. 1.

²⁴ *Opus cit.*, p. 1.

LA CABRA EN DOS PATAS

Por *Francisco ROJAS GONZALEZ**

I

EN un recodo de la vereda, donde el aire hacía remolino, Juá Shotá, el otomí, echó raíces. Entre el peñascal, donde el sol se astilla, el vagabundo hizo alto. Una peña brindó sombra a su cuerpo, como el valle dilatado ofreció reposo a su vista. En torno de él las milpas crecían un par de palmos y se mustiaban enfermas de endebles. El indio fue testigo impávido de las lágrimas y del sudor vertidos sobre la sementera para apagar la sed de los sembradíos.

Pegado a la roca, aclimatado como los pirús o como el maguey que vive y almacena líquido sobre los lomos del calvero más reseco, Juá Shotá hacía su vida a un ritmo vegetal.

Ofrecía al peregrino una jícara de pulque, en los precisos instantes en que las piernas flaqueaban y la lengua se pegaba al paladar. La gratificación por el servicio era modesta, aunque constante, tanto, que un día del peñasco brotó un techado que era florón del temple, nata del ambiente. Un techado que se ofrecía todo al caminante, quien nunca soslayaba la satisfacción de permanecer un ratito bajo su sombra.

Cuando al fondo del jacal apareció un armazón de maderos atados unos a otros con cabos de fibra de lechuguilla y sus huecos cubiertos con botellas de etiquetas policromas: "limonada", "ferroquina", "naranja", "frambuesa", o con paquetes de cigarrillos de tabaco atosigante o con latas de galletas endurecidas o con mecapales y ayates —utensilios estos últimos indispensables para el ventorero, cuya clientela de cargadores y buhoneros los reclamaba—, entonces llegó María Petra, obediente al llamado de Juá Shotá, su marido.

Una tarde, de entre los peñascos, como un hongo, surgió la mujer. Venía fatigada; sobre su frente caía en cascada pardusca el pelo; su cuerpo trasudaba la manta percutida que lo cubría; los

* Saquemos del olvido al malogrado cuentista mexicano,

pies endurecidos como pezuñas, escarbaban, incansables, el sitio en que ella se había detenido. Doblegada por el peso del equipaje envuelto en un ayate, las tetas campaneaban con casta impudicia. La viajera no traía las manos vacías; en ellas jugaba un malacate que torcía, torcía siempre, un cordel que acariciaban pulgar e índice: hilo de ixtle, que es urdimbre y es trama de la vida india.

Juá Shotá salió a su encuentro y tuvo para ella palabras de bienvenida. Luego preguntó por algo que no veía; ella haciendo una mueca, se descargó y extrajo del bulto un atado del que brotaban vagidos. A poco, Juá Shotá acariciaba a la hija desmedrada y feúcha: María Agrícola.

La madre, sin osar mirarlos, sonreía.

II

LA grieta donde se encajaba la vereda se fue ensanchando al paso del patacho de años. La venta de Juá Shotá había crecido y cobrado crédito: caminante que pasaba por aquella vía huraña, caminante que detenía su paso en el tenducho para echar al gznate un trago de aguardiente o para refrescarse con una tinaja de pulque. Juá Shotá era ya un hombre gordo, de ademanes sueltos y decir desparpajado. Vestía ropa blanquísima y calzaba guaraches de vaqueta. Para estar a la altura de su nueva condición, había traducido su patronímico, ahora la clientela lo conocía por don Juan Nopal. En cambio María Petra, se agostaba echada sobre el metate en donde del día a la noche resquebrajaba los granos del maíz pinto.

María Agrícola pastoraba cabras en el cerro.

La niña creció entre riscos y abras. Sus carnes cobrizas asomaban por entre los guñapos que vestía; la cara chata hacía marco a los ojillos de cervata; su cuerpo elástico combinaba las líneas graciosas con rotundeces suaves y prietas.

María Agrícola vivía aislada del mundo; don Juan Nopal y María Petra, el uno absorbido por las atenciones del ventorro y la otra entregada a los cuidados del hogar, se olvidaban de la rapaza, quien pasaba todo el día en el campo. Allí corría de peña a peña, mientras llevaba el ganado al abrevadero. Comía tunas y mezquites; reñía con el tigrillo o espantaba al coyote y apedreaba, despreciativa, al pastor su vecino que con sospechosas intenciones trató más de una vez, de salirle al paso. Cuando la tarde se iba, echaba realada y canturreando una tonadita seguía a su aprisco, para dejarlo seguro en el corral de breñas, no sin antes conjurar a las bestias dañinas con palabras solemnes y misteriosas. Entonces regresaba a casa,

consumía buena ración de tortillas con chile, bebía un jarro de pulque y se echaba sobre el petate, cogida por las garras del sueño.

III

LA clientela de don Juan Nopal iba en aumento. Por la venta desfilaban todos los caminantes: los arrieros de la sierra, mestizos jacarandosos y fanfarrones, que llegaban hasta las puertas del tenducho, mientras afuera se quedaban pujando al peso de la carga de azúcar, de aguardiente o de frutas del semitrópico, las acémilas sudorosas y trasijadas. Aquellos favorecedores charlaban, maldecían a gritos, comían a grandes mordiscos y bebían como agua los brebajes alcoholizados. A la hora de pagar se portaban espléndidos. O los indios que cargaban en propios lomos el producto de una semana entera de trabajo: dos docenas de cacharros de barro cocido, destinados al tianguis más próximo. Ocupaban aquellos tratantes el último rincón del ventorro. Allí aguardaban, dóciles, la jícara de pulque que bebían silenciosamente. Pagaban el consumo con cobres reshaladizos de tan contados, para irse presto con su trotecillo sempiterno, hasta fundirse en las vaguedades de la extensión. O los otomíes que en plan de pagar una manda, caminaban legua tras legua, llevando en andas una imagen a la que escoltaban diez o doce compadritos, los que, por su cuenta, arrastraban una ristra de críos, en pos del borrico cargado con dos botas de pulque cada vez más ligeras ante las embestidas de los sedientos. Entonces los cohetes reventaban contra el cielo, las mujeres gimoteaban llenas de piedad y los hombres alternaban alabanzas con canciones muy profanas, acompañadas por una guitarra sexta y un organillo de aliento, en melódica contienda. Llegados donde Juan Nopal, se olvidaban del pulque para dar contra el aguardiente. A poco aquello echaba humo; los hombres festejaban a carcajadas la fábula traviesa, la ocurrencia escatológica o se empeñaban en toscos juegos de manos. Las hembras se apretaban unas contra otras y con la vista vidriada por las lágrimas vertidas, seguían bebiendo con el mismo fervor con que elevaban plegarias y jaculatorias. El santo de las andas yacía maltrecho en medio del recinto. O la caravana que acompañaba a un cadáver de tres días, encaramado sobre los hombros de cuatro deudos. De un cadáver que había trepado montañas, atravesado valles, vadeado ríos y oscilado en la negrura de los abismos, con afán de cortar la distancia medianera entre el pueblecito perdido en la serranía y la cabecera del municipio, donde el derecho de panteones era el tributo más productivo. Esta mul-

titud doliente llegaba a la casa de Juan Nopal y después de repetidas libaciones por "la salud del fiel difunto", limpiaba la bodega, al par que el féretro tendido a medio camino, tronaba macabramente.

Con aquella clientela, Juan Nopal hacía su vida. La paz cubría el techo del hogar montero. El horizonte se hacía mezquino porque se estrellaba en la falda del cerro interpuesto entre los terrenos del otomí y el valle anchuroso.

IV

CUANDO aquella pareja instaló su tienda de campaña frente a la venta de Juan Nopal, éste, sin saber por qué, sintió hacia los recién llegados una gran antipatía.

El hombre era de un color blancucho, prominente abdomen y movimientos amanerados. Usaba lentes como aquellos tipos que tanto hacían reír al indio cuando los miraba retratados en los pe-riódicos que casualmente llegaban a sus manos.

Todas las mañanas, el nuevo vecino salía paso a paso en busca de piedras, que traía después a su tienda. Por las tardes remolía los pedruscos y observaba el polvo cuidadosamente.

Ella era una joven delicada y tímida. Su físico no cuadraba con la indumentaria: pantalones de tela burda que hacían resaltar notablemente las protuberancias glúteas, para regocijo de Nopal y su clientela: botas de cuero aceitado y un sombrero de paja que se ataba al cuello con un listón rojo.

Sin embargo, cuando el dueño del ventorro observaba las desazonas que la vida cerril provocaba a la mujercita, sentía por ella inexplicable lástima.

El hombre parecía más acostumbrado a las molestias de la rusticidad; iba y venía con paso inalterable. En ocasiones cantaba con voz ronca y potente algo que a don Juan Nopal le parecía muy cómico.

Las actividades del extraño tenían intrigado al indígena. Los arrieros serranos le dijeron que por las botas, los pantalones bombachos y el sombrero de corcho, se podía sacar en claro que el vecino era ingeniero. Desde ese día don Juan Nopal señaló al hombre de la casa de campaña con el nombre de "ingeniero".

Una tarde, María Agrícola llegó sofocada.

—¡Eh, viejo —dijo al padre en su lengua— ese, al que tú le llamas ingeniero, me siguió por el monte!

—Querría que le ayudaras a coger esas sus piedrotas que a diario pepeña . . .

—¿Piedrotas? No, si parecía chivo padre . . . Daban ganas de porsogarlo con bozal debajo de un huizache y voltearle en el lomo un cántaro de agua fría . . .

Los ojos del indio se encapotaron.

V

EL "ingeniero" entró en la venta. Pidió limonada y empezó a beberla lentamente. Habló de muchas cosas.

Dijo que era minero, que venía a buscar plata entre el lomerío. Que su esposa lo acompañaba sólo para servirle . . . Que era rico y poderoso.

El indio sólo escuchaba: "Puesto que mucho habla, mucho quiere" —rumiaba para sí la sentencia que le enseñaron sus padres—. "Pero el que mucho habla, poco consigue", agregaba como coletilla de su propia cosecha.

Cuando María Agrícola pasó frente a ellos, el indio notó en el "ingeniero" un sacudimiento y descubrió en sus ojos el brillo inconfundible.

Al otro día, el hombre repitió la visita, sólo que esta vez venía acompañado de su esposa. A don Juan Nopal le cautivó la suavidad de modales de la hembra, igual que la tristeza que había en el fondo de sus ojos verdes. La voz apagada de ella acarició los oídos del ventero, al mismo tiempo que las manos largas y transparentes atrapaban su voluntad. Esa tarde la visita le fue grata.

Las estancias del "ingeniero" en la tienda se hacían cada vez más frecuentes. Bebía limonada mientras decía cosas raras que el indio apenas si penetraba . . . Mas de todas suertes reía y reía por lo mucho de chistoso que encontraba en el palique.

—Bien, don Juan —dijo el minero por fin—, tengo para ti un buen negocio.

—Tu mercé dirás —respondió el otomí.

—¿Está muy caro el ganado por acá? ¿Cuánto, por ejemplo, sale costando una cabrita?

—El ganado en esta tierra no se vende. Los pocos animales que tiene nosotros los guardamos para cuando nos toque la mayordomía del Santo Nicolás, al que rezamos los de Nequetejé, que es mi tierra, allá, trastumbando el cerro más alto que devisas detrás de las ramas de aquel pirú . . . O para el día en que nos vesita el Santo Niño del Puerto, que es milagriento como el diablo. En-

tonces hacemos la matanza y no respetamos ni las cabras de leche, porque viene harta gente.

—Bien, bien; ¿pero si yo te ofrezco diez pesos por una cabrita, tú serías capaz de vendérmela?

—Pos pué que ni así —respondió el indio aparentando pocas ganas de tratar.

—Diez pesotes, hombre; nadie te dará más . . . Porque lo que yo quiero pagar más bien es un capricho.

Don Juan no respondió; pero hizo una mueca que de tan equívoca, cualquiera la hubiese tomado como una aceptación.

—Hay entre tu ganado, don Juan, una cabra que me gusta mucho, tanto, que ya ves el pago que te ofrezco.

—Si tu mercé la quieres, tienes que pagarme en centavos y quintos de cobre . . . A nosotros no me gusta el billete.

—En cobres tendrás los diez pesos, hombre desconfiado.

—Si ya tu mercé tiene visto el animalito, ve por él al monte.

—Sólo que —dijo el minero con desfachatez— la cabra que yo quiero tiene dos patas.

—¡Ja, ja, ja! —rió el indio estrepitosamente— ¡Y yo que no quería creer a los arrieros serranos! Ora si estoy cierto; tu mercé estás loco . . . ¡y bien loco! Chivas con dos patas . . . ¡Será la mujer del demonche, tú!

—Chiva en dos patas llamo a tu hija, por lo ligera que anda tanto de patas como de ubres . . . ¿No lo entiendes, imbécil? —preguntó amoscado el forastero.

El indio borró la sonrisa que le había quedado prendida en los labios después de su carcajada y clavó la vista en el minero, tratando de penetrar en el abismo de aquella propuesta.

—Di algo, parpadea siquiera, ídolo —gritó enojado el blanco—. Resuelve de una vez. ¿Me vendes tu hija? Sí o no.

—¿No te da vergüenza a tu mercé? Es tan feo que yo la venda como que tú la merques . . . Ellas se regalan a los hombres de la raza de uno, cuando no tienen compromisos y cuando saben trabajar la yunta.

—Cuando se cobra y se paga bien no hay vergüenza, don Juan —dijo el "ingeniero" suavizando el acento—. La raza no tiene nada que ver . . . y menos cuando se trata de la raza que ustedes los indios quieren conservar . . . ¡Bonita casta que no sirve más que para asustar a los niños que van a los museos!

—Pos las chivas de esa clase no han de ser tan feas, ya que tu mercé te interesas tanto por una.

—Te he dicho que es tan sólo un capricho el mío. A lo mejor tú sales ganando un nieto mestizo. Un hijo de blanco que será más

inteligente que tú. ¡Un mestizo que valdrá más que diez pesos en cobres!

—No, ese ganado no está a la venta —repuso don Juan con un tonillo que denotaba que no había entendido o no había querido entender las últimas palabras de su cliente.

—Se necesita ser estúpido para no tratar. En la costa regalan a las indias vírgenes sólo con la esperanza de que tengan un hijo de blanco, porque aquella gente entiende que la mezcla de los hombres es tan útil como una buena cruza en los ganados; pero ustedes los otomíes son tan cerrados, que ni pagándoles acceden a mejorarse.

Ahora en los ojos de don Juan había una chispa. Chispa en la que no reparó la fogosidad del blanco.

—Bueno, en vista de tu necedad, doblo la oferta. ¡Veinte pesos por ella! ¡Veinte pesos en cobres de a cinco! No, no me la voy a llevar, porque las criadas indias en la ciudad son inútiles y puercas. Solamente quiero que le digas que se bañe y que la aconsejes para que no sea mala conmigo, que no me arañe ni me tire patadas. Después te la deio. No pago más que el silencio, porque a mí no me convendría que nadie se enterara ¿sabes? —dijo mientras veía hacia la tienda de campaña, donde la mujer blanca recosía ropa, sentada cerca de la puerta.

—No, tu mercé eres de veras malas gente. Ya te dije que por ay no l'entro . . . ¡Pagas tan pocos fierros!

—Veinticinco pesos en cobres . . . ¡En coobres, oíste!— ofreció terminantemente el comprador.

—Te voy a enseñar a tu mercé a tratar ganados —dijo reposadamente el otomí, mientras sacaba una bolsa gruesa del cajón del mostrador—. Aquí hay cien pesos en cobres . . . y como tú me has enseñado que las cruzas son buenas, quisiera yo también mejorar mi casta . . . Pero la mía, no la ajena. Cien pesos que te doy a ti por tu mujer. Tráimela, yo no pongo condiciones . . . aunque me arañe, me muerda y me patié. Yo no pago el silencio, eso te lo doy de ribete; puedes contarlo a todo el mundo . . . Tampoco te pido que la bañes, déjamela así tu mercé.

Entonces el que permaneció en silencio fue el locuaz "ingeniero"; en su cabeza no podía haber el absurdo espantoso que se le presentaba.

—Tu mercé te la llevas, a mí aquí en el monte no me sirve . . . ¡Capaz de que se quebre! Tu mercé cargas con ella; pero eso sí, con la garantía de que pronto tendrás un mestizo bonito y trabajador que te diga papá. Son buenas las cruzas de sangre; pero lo

mejor de ellas es que se pueden hacer lo mismo de macho a hembra de hembra a macho . . . ¿O qué opinas tu mercé?

—¡Pero esto es bestial! —gritó el blanco.

—Resuelve luego —continuó don Juan—, porque yo cuando me alboroto luego me da por retozar. Cien pesos en cobres, ninguno te dará más, porque está tan canija, que apenas si con su peso levanta la vara de la romana. No merco ni la carne ni el pellejo, sólo te compro a tu mercé el modito de ella . . . ¡Cien pesos por un modito! ¡Cien pesos! Pero si no te gusta este trato, tengo otro que proponerte . . . Tú dirás.

La mirada de ambos coincidió entonces en un solo punto. Cuatro ojos se clavaron en un machete que colgaba del mostrador al alcance de la mano del indio.

—¡Cien pesos por un modito, señor ingeniero! —repitió con retintín don Juan, al tiempo de que en su boca había una sonrisa que rivalizaba en frialdad con la hoja de acero.

VI

A LA mañana siguiente, don Juan Nopal se sorprendió de no encontrar frente a su casa la tienda de campaña. Había sido desmontada precipitadamente antes de la media noche. El amanecer sorprendió a los fugitivos trastumbando el cerro del Jilote.

María Agrícola, irguiendo el cuerpo fino y flexible, como las armas de los flecheros, dejaba que el aire revolviere el negror de sus trenzas, mientras veía cómo una polvareda se alzaba por allá, cerca de la barranca del Cántaro, punto cercano a la vía del ferrocarril.

*Intelectuales
de Nuestro Idioma
y Cuadernos Americanos*

INTELECTULES DE NUESTRO IDIOMA Y CUADERNOS AMERICANOS

Por *Alfredo S. DUQUE*

EN las cenas que el director de la Revista, don Jesús Silva Herzog, ofreció a sus amigos españoles, mexicanos y de otros países de la América Latina a lo largo de 30 años (29 de diciembre de 1941 al 12 de noviembre de 1971), fue costumbre pronunciar discursos diversos con absoluta libertad, unas veces por escrito y otras improvisados. Lógicamente —ello es obvio— vamos a transcribir aquí solamente los primeros, comenzando con el que dijo, al aparecer el primer número de la revista, el sabio mexicano Alfonso Reyes. Aquí lo tomamos a continuación:

29 de diciembre de 1941

HARÉ algunas consideraciones para mejor destacar el hecho de que la empresa que hoy se inaugura no es una empresa literaria más, sino que ha sido determinada por un sentimiento de deber continental y humano. La mayoría de los que a este fin nos hemos reunido ha pasado ya la feliz edad en que el solo acto de escribir y publicar son por sí mismos un placer suficiente. Ahora obedecemos ya a otras voces más imperiosas. Entendemos nuestra tarea como un imperativo moral, como uno de tantos esfuerzos por la salvación de la cultura, es decir, la salvación del hombre.

La cultura no es, en efecto, un mero adorno o cosa adjetiva, un ingrediente, sino un elemento consustancial del hombre, y acaso su misma sustancia. Es el acarreo de conquistas a través de las cuales el hombre puede ser lo que es, y mejor aún lo que ha de llegar a ser, luchando milenariamente contra el primitivo esquema zoológico en que vino al mundo como enjaulado. La cultura es el repertorio del hombre. Conservarla y continuarla es conservar y continuar al hombre.

Ahora bien, los pueblos magistrales abandonan ahora este empeño fundamental; los unos porque, fascinados satánicamente por la sangre, vuelven con frenesí a los estímulos de la bestia; los otros porque, heridos en su ser mismo, no pueden filosofar. Y he aquí que ha caído en nuestras manos la grave incumbencia de preservar

y adelantar la religión, la filosofía, la ciencia, la ética, la política, la urbanidad, la cortesía, la poesía, la música, las artes, las industrias y los oficios: cuanto es lenguaje que guarda y trasmite las conquistas de la especie, cuanto es cultura en suma.

América es llamada algo prematuramente a tal incumbencia. Pero ni es tiempo ya de preguntarnos si estamos prontos para el llamado del destino, ni la historia nos ofrece un solo ejemplo de pueblos que no hayan sido forzados y llamados antes de tiempo para hacerse cargo de una herencia. El bien ha sido imprevisor: sólo para el mal, sólo para deshacer los patrimonios han tomado algunas imperiosas precauciones previas. En nuestro caso, tenemos que hacer de tripas corazón, tenemos que mostrarnos capaces del destino. Después de todo, sin un sentimiento de responsabilidad, sin un propósito definido de maduración, ni los pueblos ni los hombres maduran: el solo persistir y aun el solo crecer no son madurar.

Pero América tiene que desenvolver esta obra de cultura en forma y manera de diálogo. América no está organizada según una sola concepción del mundo. Tiene que haber un cambio y una nivelación axiológica. ¿Cuál es la parte del diálogo que toca a nuestras Repúblicas? Sin duda la elaboración de un sentido internacional, de un sentido ibérico y de un sentido autóctono.

Para la herencia internacional estamos dichosamente preparados. El hecho mismo de haber sido convidados algo tarde al simposio de la cultura, de haber sido un orbe colonial y de haber nacido a la autonomía al tiempo mismo en que ya se ponía el sol en los dominios de la lengua ibérica, nos ha adiestrado en la operación de asomarnos a otras lenguas, a otras tradiciones, a otras ventanas. Para llegar a Roma tuvimos que ir por muchos caminos. No así el que vive en Roma. Buscamos nuestras direcciones fundamentales a través de toda la herencia de la cultura, y no nos resulta violento el seguirlo haciendo. No así los pueblos magistrales que, por bastarse a sí propios, han vivido amurallados como la antigua China, y mil veces nos han dado ejemplo de la dificultad con que salen de sus murallas. Es entre nosotros un secreto profesional que el europeo medio se equivoca frecuentemente en las referencias a nuestra geografía, a nuestra historia o a nuestra lengua. Además, en un orden más técnico, América ha vivido por un siglo en régimen de confrontaciones y cambios, mucho antes de que Europa soñara en crear organismos jurídicos para un objeto semejante, y esto con mayor continuidad y perseverancia que la misma Europa. Finalmente, la formación misma de nuestras poblaciones ha eliminado entre nosotros los prejuicios de abolengo y de raza, al punto que nuestra intuición no percibe otro abolengo que el

abolengo humano, ni otra raza que la raza humana, cuyas monedas todas, altas y bajas, van troqueladas con el mismo sello de su dignidad trascendente. Estamos aptos para la vida internacional.

En cuanto a la herencia ibérica que nos fue otorgada como un don de la historia, mucho habría que decir. Podría en rigor prescindirse de algunos orbes culturales de Europa que no han hecho más que prolongar las grandes líneas de la sensibilidad o del pensamiento. De lo ibérico no podría prescindirse sin una espantosa mutilación. De suerte que lo ibérico tiene en sí un valor universal. No se lo confunda con tal o cual Estado institucional, con tal o cual régimen o gobierno que, como todos, ha gozado apogeos y ha padecido decadencias políticas. Lo ibérico es una representación del mundo y del hombre, una estimación de la vida y de la muerte fatigosamente elaboradas por el pueblo más fecundo de que queda noticia. Tal es nuestra magna herencia ibérica.

Por lo que hace a las tradiciones autóctonas, nos corresponde el incorporar a inmensas masas humanas en el repertorio del hombre, y distinguir finamente lo que en tales tradiciones hay de vivo y de percedero, de útil y hermoso y de feo e inútil. Pues no todo lo que ha existido funda verdadera tradición, y los errores, tanteos, y azares de la naturaleza y de la historia no merecen necesariamente el acatamiento del espíritu. Tal es la fase más delicada de nuestra misión terrestre.

Esto es lo que representamos, esto es lo que aportamos al diálogo de América. Penétrese el interlocutor de que no somos, pues, una mera curiosidad turística. El conocimiento de nuestro sistema del mundo ni siquiera es una mera conveniencia política del momento, para llegar a la loable e imprescindible amistad de las Américas y al frente único de la cultura. Somos una parte integrante y necesaria en la representación del hombre por el hombre. Quien nos desconoce es un hombre a medias.

Así, penetrados de este sentimiento de solidaridad, penetrados del pleno sentido humano que representamos, estamos prontos a entablar el diálogo entre iguales. Y para este fin, y en la medida de nuestras fuerzas, salen hoy, en México, los *Cuadernos Americanos*, mediante la cooperación de un puñado de hombres de buena voluntad. No pretendemos llevar la voz: igual honor correspondería a cualquiera de nuestras repúblicas. Sólo deseamos fijar un sitio en que se congreguen las voces dispersas. Tal empeño nos ha parecido un deber. Nos negamos a admitir que el mundo de mañana, el que nazca del conflicto, pueda ser únicamente el fruto de la exasperación, de la violencia, del escepticismo. No: tenemos que legar a nuestros hijos una tierra más maternal, más justa y más dulce para la planta humana.

30 de diciembre de 1943.

De: Enrique González Martínez

ESTAS fechas de aniversario, descansos ficticios en la monótona e implacable continuidad del tiempo, parecen un alto en el camino y brindan preciosa oportunidad para hacer examen de conciencia, enmienda de errores y afirmación de buenos propósitos.

Satisfacción profunda debe causar a los intatigables animadores de *Cuadernos Americanos* la obra por ellos realizada. Lo que comenzó por noble empresa de cultura, ha llegado a ser, en corto plazo, fecunda y gloriosa institución para todos los pueblos de habla española. Es ya ésta una voz de América, y, lo que es más, una voz *que se oye* en todo el continente americano. Sería, claro está, voz oída en España, si no fuera porque allá sólo quedan los prisioneros de la mazmorras franquistas y los que taparon sus orejas, no con la cera de Ulises, sino con bodoques amasados en el fango sangriento de la deshonra. Los que pueden oír esta voz, están aquí, entre nosotros, y son a un tiempo mismo oyentes y voceros; son los proscritos, los despojados, los que han tenido que abandonarlo todo en manos del usurpador; pero que, para decirlo con el verso de uno de sus grandes poetas, *se han traído la canción*.

Y permítaseme un breve paréntesis. Yo no soy cruel, abomino de lo sanguinario; mas si un cuarto de conversión hacia las naciones victoriosas, maniobra hábilmente impúdica, va a ser causa de que eludan el castigo los hombres que asesinaron a la República Española, y motivo de que logren un asqueroso perdón de circunstancias, el día en que esto suceda será para mí el más amargo de mi vida. No significa esto una petición de la horca para los traidores, porque la horca está ya ennoblecida con los cuerpos hechos péndulos simbólicos de los mártires de la libertad.

Los *Cuadernos Americanos* no son únicamente una voz, sino una advertencia para el futuro próximo, una afirmación de que los valores espirituales salvarán el mundo y evitarán la derrota de la paz, que sería la más lamentable de las derrotas. Estos *Cuadernos Americanos* son el foco en derredor del cual gravita todo el sistema de fuerzas trascendentales para orientar la conducta humana en los años que han de venir. Su interés por temas en apariencia disímiles no es otra cosa que interés por la vida plena, de hondo sentido humano. Del grupo director y colaborador de esta gran revista, han salido algunos de los libros más extraordinarios de la producción actual de México, y entre sus autores se cuentan mexicanos de abolengo y españoles de aquellos a quienes el dolor ha marcado

con el don de profecía, lo cual no acontece sino de tarde en tarde, en la hora grave de la desolación universal. Hora es ella de convivencia de espíritus, de acción común, porque los hombres no conviven por estar juntos, según la palabra de un ilustre escritor, sino por hacer algo juntos. Hora es de esperanza y responsabilidad para los pueblos de América, los que menos han sufrido las injurias de la barbarie, los pueblos todavía inocentes y que tienen aún vigor bastante para la prueba decisiva de la resurrección a una vida más alta.

Ayer todavía éramos una esperanza y quizás y apenas un presentimiento. Hoy somos una realidad palpitante y una afirmación concreta. Ayer, los pueblos monopolizadores de las culturas milenarias podían eliminarnos del tablero de ajedrez de sus complicadas combinaciones políticas y de la refinada urdimbre de su diplomacia bizantina. Hoy, necesitan contar con nosotros, a riesgo de que si nos dejan pasar inadvertidos, dejen también inadvertido su futuro grave, tan grave como su presente, tan amenazante como la catástrofe en la cual, si no somos los protagonistas, se nos ha investido de pronto con la toga de los pueblos adultos. Esta mayoría de edad conquistada súbitamente, trae aparejados tremendos compromisos de índole moral y pesados deberes ineludibles. Somos como aquellos mozos a quienes la repentina dolencia del progenitor obliga a apuntalar el hogar que se desploma.

Para tal momento este grupo de *Cuadernos Americanos* está en pie. Jesús Silva Herzog y Juan Larrea merecen bien de los pueblos que combaten por la libertad. Su actitud, a la vez firme y tolerante, los consagra como paladines del ideal que sustentan las democracias. Sea en buena hora, y que nuestra fervorosa admiración los acompañe a donde vayan, si han de persistir en los principios que hasta hoy han sustentado y defendido. Este aniversario se ha de señalar con piedra blanca en los anales de la cultura mexicana.

De: Juan Larrea

SI una vez más nos encontramos aquí al calor de *Cuadernos Americanos* compartiendo el pan y la palabra, se debe a que sin uno y otra ni el hombre ni sus verdaderas empresas pueden vivir. La palabra y el pan, lo que da y lo que recibe la garganta, órgano síntesis de lo humano, a medio camino entre el corazón y el cerebro, y en cuya lúcida, en cuya palpitante equidistancia descubre su ritmo la canción.

De aquí que el hecho, banal en apariencia, de congregarnos en torno de estas mesas, posea un simbolismo ritual ajustado a las coordenadas profundas de la vida y por tanto la significación de un acto religioso. Por los malos tiempos que corren constituye una profesión colectiva de fe, y hasta de una fe no exenta de cierto grado de heroísmo. Porque heroísmo se requiere en esta hora de apogeo de la fuerza material para levantar, como lo ha hecho *Cuadernos Americanos*, la enseña de los valores humanos superiores y proclamar su fe en el triunfo de esa inteligencia tan perseguida, tan desnaturalizada y vilipendiada, proponiéndose quijotesamente, según consta en su declaración inicial, "enfrentarse con los problemas que plantea la continuidad de la cultura".

Muy significativos son los términos en que fue concebida esa corta declaración. Porque "enfrentarse con los problemas que plantea la continuidad de la cultura" quiere decir que, ante las dos actitudes distintas que el salvamento cultural propone, la actitud conservadora tendiente a preservar como el administrador de la parábola evangélica el talento que le fue entregado, y la actitud creadora para la que, siendo la cultura esencialmente progresión, incesante crecimiento, la única defensa efectiva reside en el ataque, *Cuadernos Americanos* se pronunció por la segunda, afirmando implícitamente que en la actual crisis histórica, cuando resultan a todas luces insuficientes los valores intelectuales y morales conseguidos hasta el día por el genio de la especie, la única gran esperanza de salvación estriba en el desarrollo de la facultad poética de la inteligencia.

Tal vez en otras regiones de libertad mitigada resulte legítimable la posición conservadora. Mas en este hemisferio de la Libertad con mayúscula, cuanto no sea intento de creación carece de sentido. Porque si hasta el presente, como menor de edad, no ha pasado América del estado preliminar de impregnación siendo más consumidora que creadora de cultura, hoy que tantos prestigios se desmoronan, sobre el Nuevo Mundo gravita la necesidad de bastarse a sí mismo forjando aquellos nuevos valores que responden a sus exigencias peculiares —al tema que materializa—, y que han de constituir su aportación al universo común. De suerte que en vez de estarse a las resultas del cataclismo europeo, el hombre precavido ha de conducirse aquí como si sobre América recayera la responsabilidad de prestar aquellos elementos necesarios para que el mundo pueda un día gozar por fin del secularmente ansiado equilibrio; como si fuera éste el único territorio del planeta donde ha de seguir existiendo aquel grado sumo de libertad indispensable para que la imaginación creadora pueda desplegar intelectualmente sus alas. Es decir, como si fuera este continente aquel que ha de

presenciar el triunfo del ser humano, la proyección de la garganta en que se articularán de consuno el pan y la palabra, la vida sensible y la vida inteligible; donde habrá de instaurarse inicialmente —¡oh, Cantar de los Cantares!— el reino primaveral de la canción.

No es otra, en mi sentir, la ambiciosa tarea que nuestra revista *Cuadernos Americanos* se ha propuesto. Función de la inteligencia es prever, erigirse sobre las circunstancias inmediatas para mirar en lontananza, anticiparse a los sucesos, a las estaciones: sembrar. . . Al hacer en este aniversario estado y balance de nuestra situación, podemos felicitarnos por haber permitido con nuestra actitud que la inteligencia cumpliera en nosotros su quehacer específico. Por haber previsto a tiempo y actuado conforme a dicha previsión, disponemos en estas vísperas del año clave 1944 de un órgano libre, apto para acometer, crecido ya, los trabajos creadores que al presente nos reclaman. No convendría engañarse a este respecto. *Cuadernos Americanos* no ha pasado todavía de dar los primeros pasos, de ocupar posiciones previas y adquirir la autoridad de que goza en el hemisferio, como base para la tarea futura. Nuestro verdadero trabajo debiera iniciarse a partir de aquí propagando de Norte a Sur por el continente el designio creador del Nuevo Mundo. Esta es la ocasión, por fin, de que el tan discutido y generalmente desacreditado intelectual que después de enquistarse en su torre solitaria pasóse al extremo opuesto y se adscribió a la propaganda de los diversos partidos políticos o militó en su filas, cobre su autonomía plena dignificándose con la libertad propia de la inteligencia destinada por definición a entender en todos los aspectos de la actividad humana, y de que se convierta a la poesía en que se hace vida planetaria la imaginación creadora. De ello depende, a lo que entiendo, la tan apetecida ordenación humana del mundo. Por y para el hombre; por y para lo que existe de específico, de superior y de común en todos y cada uno de los vivientes que han de prestar cauce con su vida al devenir histórico; por y para el ser humano en cuanto individuo y en cuanto entidad social, el intelectual auténtico y responsable ha de revolucionar las actuales jerarquías estableciendo sobre el nivel donde prosperan los instintos primarios, los intereses materiales irremisiblemente hostiles y las ambiciones indómitas, o sea sobre las innumerables clases de egoísmos, una conciencia universal, el orbe genérico de la palabra. Más aún; habrá de cancelar, por irrupción de la luz, esas irracionales situaciones tenebrosas que engendran a ritmo cada vez más agigantado las catástrofes. Grave error fuera pensar que pueden estas últimas ser evitadas por mediación de la fuerza como en la actualidad se propugna. Momentáneamente tal vez. Mas a la postre toda situación de fuerza degenera en conflicto puesto que es el árbol en que ma-

durán todos ellos. Por dolorosa y repetida experiencia sabe la humanidad a qué abismos se precipita la Historia cuando es conducida exclusivamente por la mentalidad militar y política o sea por los caminos del poder. Al grado que cabría afirmar parodiando una frase célebre, que la construcción de la ciudad del hombre es algo demasiado serio para que pueda dejarse en manos de la acción política cuya razón inmediata de existir radica en la defensa de intereses en alguna forma particulares. No. La ordenación humana del mundo sólo surgirá de una conciencia universal y desinteresada de ese mundo y de los caminos que conducen a su realización, es decir, por la libre luz de la inteligencia. Sobre los intereses fraccionarios, subordinándolos al bien general, el intelectual-poeta ha de sostener la empresa del ser humano que, reprimido por el medio ambiente, sufre en cada uno de nosotros, creando fuera de toda concubiscencia personal la atmósfera en que prosperen en su integridad los valores genéricos. He aquí cómo se viene de nuevo a desembocar por estas vías naturales en una especie de conciencia religiosa que vincula a cada intelectual con el bien común y a todos ellos con la tarea de alcanzar solidariamente el pan y la palabra libres para los hombres todos.

De acuerdo con lo anterior, quien en estos crudísimos días crea en el reverdecer de la primavera ha de rendirse a la obligación de sembrar. Sembrar no es recoger ni apoderarse de algo en exclusivo beneficio, sino identificarse con el ritmo supremo y ejecutar cuanto haga posible mañana, para los hombres de entonces, la recolección. Fundamentalmente es amar. Por ser amor, no podemos sembrar vanidad de vientos para que nuestros hijos recojan tempestades. Queremos que en nuestras manos, realizándose el vetusto sueño, las espadas se nos conviertan en arados para sembrar el pan y la palabra nuestra de cada día, de suerte que en la heredad del hombre no falten nunca ni el pan ni la palabra y pueda venir para nuestros sucesores, aunque no haya venido para nosotros, el tiempo de la canción. Porque además, sembrar conscientemente es participar ya por sintonía del gozo que irradia esa futura primavera en que los valores humanos han de alcanzar su fulgor supremo. No en balde la mano que se abre generosa a la siembra es anticipada imagen de la flor que, pasado un tiempo, la tierra nos devolverá con creces de colores, de aromas y de inminencia de frutos.

Y ha de sembrarse aquí, en este campo clave, en esta tierra de elección y resonancia que es América. Nativo de Europa creo, sin embargo, saber —no por mera intuición, no acomodaticiamente ni por liviano subterfugio, sino tras añosa, dura, esforzada y confirmada experiencia; consentidme que me exprese en primera persona— que lo más útil que individualmente me es dado realizar en

pro de los valores que modelaron mi conciencia en el viejo mundo es procurar su continuidad, vale decir su superación, en el continente nuevo. Los territorios tienen una vida y un destino —nos lo recuerda la Historia en todas sus edades y sin excepción de latitudes—, esa vida y destino que inducen al individuo a ofrendar apasionadamente su sangre por la tierra que lo vio nacer. Mas para aquel en quien la conciencia se alza sobre esta noción material y local de suelo patrio, para aquel que universalizado identifica su propio destino con el destino del mundo y con la humanidad que lo encarna, otros más sutiles y complejos son los móviles que lo animan. Su patria es el universo y su lugar allí donde la universalización del hombre se lo pide. A estos respectos no somos pocos los que creemos en la juventud del Nuevo Mundo y en su destino territorial que nos llama, predestinado a propagar por vías de luz a todo el universo ciertas esenciales realidades que, por reinar entonces la noche, sólo pudieron soñarse utópicamente en el mundo antiguo. Por mi parte creo en el destino del continente como un todo dentro del destino general del orbe. No en el de Hispano-América, no en el de Latino-América sino llanamente en el de América, tierra del espíritu y parte constitutiva de la unidad orgánica del mundo. Sería interpretar erróneamente estas palabras suponer que constituyen una profesión de fe en cualquier teoría vigente con miras a proteger cierta clase de intereses materiales por legítimos que parezcan. Mi ideal no postula tampoco una realidad formada por la mezcla de la actual Norteamérica con el actual resto del hemisferio, tan insuficientes todavía, aunque por diversas razones, una como otro, sino que estriba su esperanza en la capacidad paralela y complementaria de evolución a fondo de cada uno de ambos términos, de manera que, con el tiempo y el intercambio paulatino de los oportunos valores, pueda realizarse la integración orgánica que requieren, con su unidad en la variedad, las síntesis. Recordaré nuevamente que no sólo de los bienes y bienestar materiales vive el hombre sino de la palabra. Y si Norteamérica es hoy dueña y señora del pan, no procede ocultarnos que a nosotros, poetas e intelectuales hispánicos, nos toca articular la palabra, esa palabra con que en el proverbio Adán humanizó su mundo llamando a cada animal por su nombre y con que nosotros humanizaremos las máquinas. He aquí nuestro cometido: pronunciar la palabra que pueda hacer en su día posible la solidaridad del continente entero dentro de una noción más excelsa y universal de lo humano. Así lo creía implícitamente Rubén Darío al sostener que en América "está el foco de una cultura nueva" y propugnar "la unión íntima que al nuevo triunfo lleva" de los dos medios mundos continentales. Mas de todos modos, cuando se dice que empieza actualmente la

hora del Nuevo Mundo, ha de entenderse no la hora egoísta de recoger para nosotros sino la generosa de sembrar para la humanidad que viene.

No tardará en volver, siquiera en apariencia, la paz; podrán los emigrados españoles regresar como es debido a nuestra tierra ultrajada para sembrar a su vez el fruto de sus experiencias universales de las que depende en parte el futuro del aquel suelo matriz. Mas la tarea de fraguar por fin el universo humano, la Gran Idea a que se refería el otro gran visionario del continente, Walt Whitman, seguirá reclamando entusiasmos en este Nuevo Mundo. Y algunos españoles, por amor de esta tarea y por amor de América, permaneceremos aquí. Porque dejaría de ser español quien no creyese o no se atreviese a afirmar públicamente por temor al qué dirán ciertas vagas consignas, su creencia en un más allá de España. Se ha dicho, y Unamuno ha repetido, que la Península ibérica con sus cinco grandes ríos era como la palma de una mano. La mano abierta del sembrador, ha de añadirse la mano generosa entre cuyas líneas se ha podido leer el destino del mundo, y anticipada flor —la flor de la Pasión—, la Pasionaria que ha augurado el resurgir en una celeste primavera. La vida histórica de esta sembradora de naciones no puede comprenderse ni estimarse en su valor justo sino como resultado de una tensión humana hacia ese más allá. Su vocación geográfica, histórica, religiosa y artística, la ambición de sus conquistadores, de sus místicos y de sus poetas ha sido siempre ese más allá. A ello se debe que podamos en este momento y en esta tierra cambiar la palabra los españoles de hoy y los hijos de los españoles de ayer uniéndonos en una hereditaria empresa común. Y por ser la verdadera vocación hispánica vocación de encumbrado humanismo, que no de inhumano dominio, sólo habrá de satisfacerse con la culminación de lo humano dentro de su ámbito propio, lo universal, encarnando ese cuerpo de realidades morales que se extiende por encima del humanismo todavía elemental de Occidente. De la inclusión, en ese cuerpo, de una serie de integraciones apuntadas ya en mayor o menor escala por la Historia habrá de nacer auroralmente el mundo nuevo.

Hacia él vamos.

Como dijo en nuestra primera reunión León-Felipe, *Cuadernos Americanos* es un barco que flota sobre las ondas que de ese Nuevo Mundo nos separan. También el destino de América es un barco... De los imaginativos, de los enajenados en busca de un más allá, se ha servido siempre la Historia para poblar los continentes y fabricar las culturas. De los poetas, en el amplio sentido del vocablo: de quienes traducen la facultad creadora de la vida,

su Presencia o Presente que es la Creación. Se ha servido de su fe, de su amor y de su esperanza heroicas, como se ha servido asimismo, aunque en el plano inconsciente, de las actitudes contrarias. En cuanto me atañe creo saber, y también por experiencia, que lo mejor que al individuo le es posible hacer en este continente al tiempo que labora por el logro material de su contenido, es desvelarse por la generalización trascendental de esas virtudes, desplegar su vida a la aurora en los mástiles de ese destino universal, para que sea hinchada en su plena capacidad de tensión por los vientos favorables. Una vida solidarizada no con lo infame sino con lo maravilloso, no con las rutinas del mal sino con las enterezas del Bien, no con lo sórdido de las tinieblas sino con las esplendideces de la Luz, no con el egoísmo individual sino con la razón de conjunto. En una palabra: identificada con el Amor que es esa única palabra y que quisiéramos que como el sol fuese pan, el pan nuestro de cada día.

Cuanto aquí estamos creemos en nuestra empresa con sus insuficiencias y defectos visibles, convencidos de que entre todos hemos de perfeccionarla para que lleve a buen puerto nuestros afanes. Entre todos, cada cual a su manera, los que aquí estamos —así como entre otros muchos americanos y españoles de buena voluntad que no se encuentran aquí— lo mismo los que cultivan los surcos materiales que los dedicados al puro entendimiento. De suerte que cuando volvamos a reunirnos el año que viene, podamos felicitarnos por haber dado pasos decisivos en nuestro designio de acercarnos al Nuevo Mundo que es, sin duda y sin abdicación posible, nuestro mundo.

5 de enero de 1945

De: Eugenio Imaz

¡TRES años de *Cuadernos*! Dieciocho volúmenes de más de doscientas páginas que abarcan todos los aspectos de la cultura humana, un nombre bien plantado en todo el continente, imitaciones halagadoras en algunas partes. . . Los que asistimos al nacimiento de la criatura con tantos temores como entusiasmo parece que podemos sentirnos un poco satisfechos.

Son tres años y el entrante se nos anuncia como el más peligroso: en él puede estallar la paz. Permitidme que repita esta frase hecha y contrahecha: en él puede estallar la paz y gernos a todos, tam-

bién a *Cuadernos*, un poco desprevenidos. Nunca ha pretendido ser *Cuadernos* una revista de alta cultura. Los cuatro "cuadernos" y sus títulos apuntan deliberada, insolentemente en una dirección que se suele motejar de malsana o, cuando menos, de incorrecta: la de mezclar la cultura con la política. ¿Quién no ha escuchado de labios de los enterados o no les ha adivinado el reproche reprimido: excelente revista, pero lástima...?

De esta lástima hacemos gala, pero previa una aclaración: no mezclamos la cultura con la política, porque es imposible. No existe, no ha existido ninguna cultura que no haya sido política. Uno de los libros más gloriosos con que cuenta la cultura humana lleva el nombre de República y en él está encerrada toda la filosofía de Platón. Por eso —y esta es también otra aclaración— hay tanta, o pretende haber tanta cultura en "Nuestro tiempo", como hay, o pretende haber, política en "Aventura del pensamiento", en "Presencia del pasado" y en "Dimensión imaginaria". Si algo se le puede achacar a *Cuadernos* —¿y por qué no se lo hemos de achacar los que los hacemos?— es no haber conseguido siempre esa transfusión perfecta con que se nutre una cultura o una política. Llamadles como queráis. No es que yo lamente la falta de unidad política, de un criterio político definido. ¡qué va! Lo que yo me achaco es la falta de unidad, de simbiosis entre las dos dimensiones —la cultural y la política— de eso que, para que nos entendamos todos, llamaré *humanismo*.

Porque en este sentido, y sólo en éste, es *Cuadernos* una revista de humanidades o de alta cultura. No porque lleve un "cuaderno" de actualidades, otro de ciencia, otro de historia y otro de arte. Que no los lleva. Y esas dos dimensiones, esos dos sesgos, indicados ya con palabras sencillas en la portada de su primer número, son los que el año que entra nos reclama todavía con mayor urgencia: la unidad de nuestras humanidades quedará quebrantada si no insistimos hasta el fondo, hasta la unidad, en cada dimensión.

¡Y cómo van a reclamar los días que entran esta insistencia! Estamos asistiendo a un cataclismo histórico de tales proporciones, es tal la revolución que se está operando en el gobierno del mundo, que apenas si la imaginación nos asiste para poder hablar con verosimilitud del futuro. Pero del futuro, con vistas al futuro hay que hablar, sacando fuerzas de flaqueza. Se está derrumbando a nuestros pies, y apenas si aciertan a comprenderlo los ojos, un sistema por lo menos biseccular: el juego de las grandes potencias, el equilibrio, no sabemos si sostenido o interrumpido por las guerras, los estados nacionales como piezas de ese equilibrio, las hegemonías nacionales... Todo parece definitivamente en trance de liquidación y se

anuncia pavoroso un juego planetario de superpotencias continentales.

Los españoles, que hemos sido los primeros en probar esta guerra y sabemos, por lo tanto, muy bien a qué sabe, cuál es la intención de la sangre derramada, no nos dejamos intimidar cuando, en los apuros del combate, oímos decir que ésta no es una guerra de ideologías. Muchas cosas tendremos que oír y que ver todavía; tampoco hemos olvidado la terrible sentencia con que cerraba Spengler su libro profético *Años decisivos*: "La suerte está echada: ha comenzado el nuevo reparto del mundo", y si esta guerra degenerara en una pura lucha por el poder podríamos anunciar el día en que se firmara la paz: La suerte está echada; ha comenzado, señores, el nuevo reparto del mundo.

Hay que tener los huesos muy mineralizados para poder cargar con esta responsabilidad. No es de esperar que las generaciones que han hecho esta guerra, y que se dan la mano con las que hicieron la anterior, se dejen engañar una vez más por el "amor sagrado de la patria" cuando ya el mundo, efectivamente, es la patria de todos los hombres y el daño que se hace al mundo se hace también a la patria.

No podemos, pues, entrar en la nueva época sin una ideología: y ésta es, en primera potencia, de paz, de libertad y de justicia. ¿Ideales abstractos? Para eso sale *Cuadernos* cada dos meses: para ir concretándolos. La paz tiene la ventaja de que no necesita ser definida, lo que necesita es asegurarla. Ya sabemos que no se asegura con un sistema de pesas y medidas. Así lo reconoce la *Carta del Atlántico*, pero si algunos temieron que fuera un papel mojado por haber sido firmada en la cubierta de un barco, que se tranquilicen ahora que está a punto de convertirse en un *gentlemen agreement*, en un pacto de caballeros. La libertad tampoco necesita, entre nosotros, de una definición, lo que le urge es protegerla contra los estragos de las plañificaciones necesarias. ¡Con tal de que no me toquen al dogma!, decía el clérigo, mientras chasqueaba significativamente los dedos. Pero a nosotros ya nos pueden tocar el dogma, porque no tenemos dogma, no tenemos más que espíritu, que es libertad. Pero el hombre es libre cuando, teniendo asegurada la vida a cambio de su trabajo en un nivel a la altura de los tiempos, puede vacar a los caprichos de su espíritu. Y ésta es toda la justicia que pedimos. Pero no es toda la ideología.

Como dice John Dewey, una cultura que no hace sino destruir sus propios valores y no es capaz de crear otros nuevos asiste a su propia destrucción. Los nuevos valores no se producen por generación espontánea: ni las condiciones económicas ni las políticas aseguran por sí mismas nada: lo que hacen es plantear con urgencia el

problema. Caducan los valores por los cambios que la vida de los hombres acarrea, pero éstos pueden vivir torpe y largamente con valores caducos mientras no tengan conciencia de su inanidad. Como no pueden vivir de ninguna manera es sin valores. Yo creo que esta vez los acontecimientos se han adelantado al pensamiento en la tarea de despertar una insufrible conciencia de caducidad y que son injustas las gentes de bien que echan la culpa a las "ideas disolventes". El cambio de las condiciones económicas y políticas es tan enorme que por primera vez se encuentra el hombre ante la escabrosa obligación de ser concretamente universal, universal en carne y hueso. *L'huomo universale* del Renacimiento puede encarnar ahora, mas, deberá encarnar ahora si no queremos que perezca el mero hombre. Los hombres se reconocieron, en idea, como tales muchísimos siglos antes de que se suprimiera la esclavitud en el mundo, pero hasta el siglo XIX no "realizaron" —en todos los sentidos de la palabra, y especialmente los que tiene en inglés— ese título. También es cosa vieja lo de hombre universal, pero ahora es cuando nos vemos ante la necesidad inexorable de realizarlo. "¿Libertad?, ¿para qué?", preguntó una vez Lenin. Y nosotros podemos seguir preguntando: ¿Y justicia, para qué? ¿para qué, si no realizamos el hombre universal?

Nunca se ha encarado la cultura con una misión tan decisiva. Como que es oficio de culminación que cierra la prehistoria de nuestro planeta. Cuando Platón no sabía qué decir dialécticamente de las cosas que más le importaban contaba un cuento, es decir, creaba un mito y en él se apoyaba firmemente. Y él, que despreciaba la interpretación racionalista y alegórica de los mitos del pasado los recreaba poéticamente con vistas al futuro. Nuestra perplejidad es, como la suya, doble: hay vanos en nuestra visión, en nuestra teoría, y abrigamos temores, no acerca de su actual posibilidad, sino de que nos la malogren.

El mito del Nuevo Mundo, de la encarnación del hombre universal, de la edificación de la personada ciudad del hombre, hunde sus raíces en el légamo de la primera humanidad y, cerrado el circuito del sueño, está ahora en inminencia de realización: pero nada se le dio al hombre gratuitamente y menos se le va a regalar la corona. Yo no poseo, ni con mucho, la magnética lucidez de mi amigo Larrea para poder seguir la predestinación de América por los senos de la poesía cósmica. Pero por algo llevan las cosas su nombre y América no es la vieja Atlántida ni la nueva sino el utópico Nuevo Mundo. Por algo es el americano, con el español, el hombre más naturalmente universal de la tierra, a pesar de su reciente nacionalismo. Por algo la Revolución Francesa, que fue la primera lucha consciente por el hombre universal, ha determinado

la historia de las libertades americanas. Por algo la guerra española, la primera guerra quiijotesca por el hombre universal, es patrimonio común y símbolo de todos los pueblos de América. Por algo el americano se halla colocado en la plataforma que recibe los embates de la cultura occidental y la oriental. Si no lo admitís como promesas, no podréis negar, a lo menos, que os señalan un lugar destacado en el combate. Y demasiado saben los hombres "de acá de este lado" que habrá combate y que no podrán compensar la pobreza relativa de sus medios más que con la voluntad realista, pero enajenada, de instaurar la edad dorada, que fue para lo que se fundó la orden de caballería, según reveló don Quijote a los cabreros.

De: Jesús Silva Herzog

HOY comienza el cuarto año de vida de *Cuadernos Americanos*, obra iniciada en charlas de sobremesa a mediados de 1941 entre unos cuantos amigos, sin medios económicos para tamaña empresa, pero animados de nobles inquietudes y heridos en la entraña por un anhelo de superación.

La tarea pudo dar principio meses más tarde porque contamos con la ayuda y simpatía de numerosos amigos; simpatía tan cordial y ayuda tan desinteresada, que guardamos para todos nuestra más honda gratitud. Por eso he dicho y repetido muchas veces que la revista cuyo aniversario hoy celebramos, es hija de un milagro entrañable: de un milagro de amistad, junto con un entusiasmo apasionado y fulgurante.

Hasta ahora han salido a la luz pública diecinueve números de *Cuadernos* y ocho libros escritos por varios autores; y los libros y la revista llevan nuestros mensajes y la voz de muchos de los mejores hombres de América y España por todas las ciudades del Continente. La circulación crece de modo constante y nos sentimos optimistas respecto al futuro. Pero no estamos satisfechos; queremos más, deseamos mucho más; queremos en esta hora trágica y sangrante que vive el mundo, ayudar a buscar la salida del laberinto y encontrar el sendero de la ciudad azul de utopía. Ambicionamos luchar siempre; hoy como ayer y mañana como hoy, por la libertad del hombre, por una morada limpia para el hombre, por lograr que alcance cada vez mayor perfección.

Sabemos muy bien que vivimos en un momento histórico de transición, intensamente desolado, en que el llanto de la especie y

la ola de cieno se mezclan en contubernio dantesco; sabemos muy bien que la sociedad moderna se encuentra descoyuntada y sin rumbo, porque la dirigen esos personajes trágicos que se llaman políticos realistas; es decir, sin capacidad de vuelo y sin ideal. Sabemos muy bien que es esta la hora victoriosa del mercader y que en las tiendas de los comerciantes y en los despachos de los financieros se juegan con cartas marcadas los destinos de la humanidad. Nada de eso ignoramos; son verdades amargas y macerantes; pero también sabemos —lo sabemos muy bien— que la vida es dinamismo eterno, transformación perpetua, que el mundo marcha, que el que se pare será aplastado y el mundo continuará marchando.

Y los mercaderes, financieros y políticos realistas no saben de estas cosas; y por ver siempre hacia abajo, el lodo del sendero, no han mirado los signos que se descubren en los astros.

Y serán sorprendidos por la realidad implacable de las leyes que rigen el movimiento histórico; y entonces el hombre podrá de nuevo soñar; gozará con los crepúsculos matutinos o vespertinos, con la contemplación de un mar apacible y el resplandor de las estrellas.

Cuadernos Americanos seguirá siendo la Tribuna de América, la tribuna de los mejores hombres que viven en América. *Cuadernos Americanos* ayudará desde el Nuevo Mundo a la creación del mundo nuevo. En "Nuestro Tiempo" trataremos de cuestiones vivas y presentes, con valor sereno y austero, con independencia de criterio, sin compromisos con nada ni con nadie y rindiendo sólo vasallaje y pleitesía a la Justicia y a la Verdad. En "Aventura del Pensamiento" tendrán la ciencia y la fisonomía amplio y libre escenario; mas no para engañar al espectador con ingeniosos trucos, sino para descubrir nuevas constelaciones. En "Presencia del Pasado" recogeremos con amor fervoroso los hechos pretéritos de nuestra estirpe indolatina, hechos que todavía influyen en nuestro pensamiento y en nuestra particular psicología colectiva, exaltando nuestros valores auténticos en lo que somos por haber sido lo que fuimos. Y por último, "Dimensión Imaginaria" será horizonte sin límites para todas las manifestaciones estéticas al servicio de la sociedad, teniendo la poesía lugar preponderante, al soñar con el bello sueño de Juan Larrea de que será la poesía la religión del porvenir.

Esas cuatro aspas de *Cuadernos Americanos*, con sus pequeñas gotas luminosas diseminadas aquí y allá, tal vez serán en la noche larga y doliente del hombre contemporáneo, una señal que le muestre el alba dentro de sí mismo, en el cerebro y en el corazón.

Somos unos inconformes porque siempre anhelamos más y más y más. Estamos poseídos del vértigo demoníaco del vuelo y de la altura. Somos unos idealistas insatisfechos, siempre insatisfechos, de todo insatisfechos, menos del don de la amistad. Por eso, esta noche, amigos míos, con agradecimiento tembloroso, levanto mi copa en vuestro honor.

27 de diciembre de 1945

De: Manuel Martínez Báez

CUATRO años apenas han transcurrido desde aquella reunión, cordial y amable como ésta a que hoy asistimos, cuando celebramos la aparición del primer número de *Cuadernos Americanos*. Breve lapso, en verdad, si consideramos sólo la cifra que lo representa, pero si pensamos que el tiempo es a manera de un continente y que su valer puede estimarse tanto por su magnitud como por la calidad de su contenido, bien podemos afirmar que estos cuatro años a que aludo cuentan y pesan tanto como otros muchos más, en circunstancias diferentes, ya que encierran un contenido de calidad trascendental.

Cuadernos Americanos se presentó al nacer con unas frases sencillas, exclusivas de palabras altisonantes, sin mayor preocupación literaria, como todas las frases que se pronuncian en ocasiones solemnes para decir algo importante y que nacen bajo el dictado de la sinceridad, hija de la convicción. "En los actuales días críticos —así dice tal presentación— un grupo de intelectuales mexicanos y españoles, resueltos a enfrentarse con los problemas que plantea la continuidad de la cultura, se han sentido obligados a publicar *Cuadernos Americanos*. Nada más que esto y todo esto. Es innecesario recordar las circunstancias que precedieron a la aparición de nuestra revista; nadie las ha olvidado. Acaso, sin embargo, sea pertinente examinar de nuevo aquellos conceptos para tratar de decidir si ahora hay en ellos algo que cambiar, algo que añadir o que quitar. Parece que estamos acordes en que debemos ratificar, simplemente, tal declaración.

La crisis de aquellos días se ha consumado; no se ha resuelto. Se ha ganado la guerra, a un precio aterrador. No nos angustia hoy la amenaza de la destrucción de los más altos valores de la cultura, pero, por grande que sea su vitalidad, Europa tardará

mucho para cicatrizar sus heridas y nadie podría decirnos hoy con certeza hasta qué punto esas cicatrices estorbarán su vida. Siguen, pues, en pie, "los problemas que plantea la continuidad de la cultura" y sigue pesando sobre nuestra América el deber que le hemos reconocido. El destino no cambia sus decisiones.

La lucha armada acabó y llegó la victoria. Pero la paz no puede aún establecerse; no debe establecerse todavía. La revolución que en los combates tuvo su fase inicial y más dramática, aún está en sus comienzos. Para encauzarla, para acelerar su marcha, para evitar sus posibles desvíos, para asegurar su éxito, hace falta el esfuerzo de todos los hombres con recto sentido de la justicia y con verdadera buena voluntad, como este "grupo de intelectuales españoles y mexicanos" —gallardamente capitaneados por Silva Herzog y por Larrea— que "han sentido el deber de publicar *Cuadernos Americanos*".

Seguiremos unidos mexicanos y españoles. Esperamos todos —la esperanza parece ser eterna— que España se verá libre pronto del triste privilegio de ser el último reducto de la abominación vencida en los combates. Pero la unión de mexicanos y españoles perdurará; no la ha creado Franco y no morirá con él. Tiene raíces muy hondas y razones de ser muy eficaces para que, si se reveló en virtud de un accidente, no viva más allá de ese accidente. Lo español está con nosotros porque está en nosotros. Lo americano irá a España con nuestros amigos españoles. Ha muerto el "gachupín" y no habrá ya más indios. Nos hemos encontrado y nunca nos separaremos.

El éxito de nuestra publicación nos dice claramente que estamos en el buen camino. Que cada quien, con plena conciencia de su deber y con decisión firme para cumplir ese deber, haga su tarea en la medida de su capacidad. En el libro, en el poema, en el artículo, en la cátedra, en la conversación, continuemos defendiendo y difundiendo nuestro ideal, que tiene por esencia lo humano y por medida lo universal. Que el pan y el vino que nos han congregado hoy en torno de esta mesa sean el símbolo del bienestar material y de la superación en la bondad, en la comprensión y en la sensibilidad que anhelamos para todos los hombres en la tierra. Y que muchas veces más, en los años por venir, podamos reunirnos, como hoy lo hacemos, para renovar nuestros votos y para celebrar, con sana alegría, la suerte de haber acertado en el propósito y la satisfacción de seguir sirviendo a nuestro ideal.

De: José Gaos

Voy, pues, también yo a cumplir con el deber que la dirección de nuestros *Cuadernos* impone a algunos de nosotros en estas cenas anuales, el deber de hacer de portavoces de las reflexiones de todos nosotros acerca de la marcha de nuestra revista y del mundo a que la pasa. Son nuestros *Cuadernos* un órgano de cooperación de la intelectualidad que trabaja en América a la obra de dar al proceso histórico de que nos vivimos actores una determinada dirección. Esta definición, si así puedo llamarla, señala tres puntos de reflexión: cooperación *de la intelectualidad*; de la intelectualidad *que trabaja en América*; a la obra de dar al *proceso histórico de que nos vivimos actores una determinada dirección*.

¿Cómo cooperar la intelectualidad a tal obra? ¿Haciendo eso que se llama "intervenir en política"? Pero algunos de nosotros ni nos sentimos inclinados, ni, sobre todo, nos juzgamos obligados a hacer cosa semejante. Más bien todo lo contrario: pensamos que hay una decidida incompatibilidad entre lo que se llama intervenir en política y la actividad, la vida intelectual que nos sentimos inclinados a profesar a que nos juzgamos obligados a ser fieles. ¿Nos encerraremos resueltamente, entonces, en la proverbial torre de marfil? Pero hasta entre aquellos de nosotros que nos sentimos inclinados a profesar la vida intelectual y nos juzgamos obligados a serle fieles, hay quienes experimentamos verdaderos remordimientos de conciencia cuando ante la marcha del mundo no hacemos más que profesar la vida intelectual, que ser fieles a ella. Conocen ustedes la solución que al problema creo haber encontrado por mi parte. La apunté en la "mesa rodante" de nuestra revista *Lealtad del Intelectual*. Bastará, pues, que la recuerde con la mayor concisión posible. Los intelectuales debemos ocuparnos con los problemas de la circunstancia —para decirlo con término que me es caro, por heredado de quien ustedes saben—; los intelectuales debemos ocuparnos con los problemas de la circunstancia, pero como intelectuales: para buscar y proponer soluciones, pero dejando su realización a los políticos, o a los organismos políticos; más que nada, no entrando con ellos en competencia por el poder, por la posesión y ejercicio efectivos del poder —salvo el poder de las ideas, que es el nuestro, tan nuestro, que nadie a su vez entrará en competencia por él con nosotros. Por lo demás, evidente parece que sin fe en el poder de las ideas carecería de sentido nuestra existencia misma de intelectuales, sino que nunca habría habido, ni podría haber actividad intelectual verdaderamente creadora que no haya sido o no hubiese

de ser actividad de buscar y proponer soluciones a los problemas de la circunstancia. . .

¿Por qué no he dicho simplemente que nuestros *Cuadernos* son un órgano de la intelectualidad "americana", sino que he dicho de la intelectualidad "que trabaja en América"? Sin duda se han adelantado ustedes a responderse que por obviar desde luego el reparo de que buena parte de los que colaboramos en nuestra revista no somos americanos. Sin embargo, es posible que aquellos de los presentes que no somos americanos, no lo seamos menos, sino incluso más, que aquellos que lo son, por paradójica que resulte la afirmación. Al menos, quisiera que ustedes me permitiesen intentar su demostración, aun a riesgo de que se les antoje un juego un tanto funambulesco. (Después de todo, el arriesgarse sobre las cuerdas flojas de las ideas quizá sea el ejercicio esencial de la profesión que practicamos). ¿Por qué serían ustedes americanos y por qué no lo seríamos nosotros? Porque ustedes lo serían desde su nacimiento, desde sus ascendientes más o menos cercanos, y nosotros lo seríamos sólo desde hace unos años. Mas, también he tenido oportunidad de apuntar en nuestros *Cuadernos* cómo es América el lugar, el topos, del u-topismo europeo primero, universal por último; el lugar que el europeo, la casta humana utopista por excelencia —porque utopista por esencia lo es todo ser humano—, necesitaba, buscaba y encontró para ensayar la realización de su ideal, de su afán de una vida nueva, de un mundo nuevo, que es decir libre, libre del viejo mundo, de la vieja vida, del pasado, la libertad más radical que puede anhelar y soñar el hombre; y que habiéndolo encontrado, abrió a todos los hombres de idéntica condición, a todos los hombres. Hay una esencial conexión entre utopismo y liberalismo. Empujados, pues, por tal utopismo, por tal liberalismo, descubrieron los europeos América, y desde que la descubrieron vienen transmigrando a ella. Esto es lo esencial. Los sucesivos móviles accidentales, colectivos e individuales, de la transmigración, no son más que eso, móviles accidentales, desde la sed de oro hasta la disidencia en la fe, desde el afán de ver cosas nuevas hasta la fuga tras el crimen, desde la decepción amorosa hasta la rebeldía política. Esto me parece muy particularmente aplicable a los españoles. Voy a poner un ejemplo. En los tiempos inmediatamente anteriores a estos últimos, venían a estos países número de mozos que no querían "servir al rey". Número también de los que estamos aquí, lo estamos porque tampoco quisimos servir al rey. La expresión mentará en un caso la elemental reacción propia de una educación rudimentaria, de una posición social y económica inferior; en el otro, la reflexiva decisión que cumple a la profesión intelectual: a pesar de toda esta diferencia, a uno y

otro caso es común un movimiento de emancipación respecto de imperiosidades del pasado juzgadas o sentidas caducas, inválidas. Pues bien, si América es el lugar del utopismo europeo, y universal, americano será el europeo, el hombre, inmigrante aquí en ejercicio de su libertad y para realización de su utopía, y no parece caber duda de que a este concepto estamos más cercanos que quienes son americanos desde sus ascendientes, o aunque sea no más que desde su nacimiento, quienes lo somos sólo desde hace unos años. Es posible que más que aquellos para quienes es América una tradición y un hábito, aquellos para quienes es una auténtica nueva vida, un literal nuevo mundo, sintamos este esencial ser de América y amemos la tierra, con todas sus cosas, materiales y espirituales, que lo incorpora.

Pero seamos más o menos americanos los que, en definitiva, trabajamos en América, ¿cuál es el proceso histórico de que nos vivimos actores y qué dirección debemos cooperar a darle? Evidentemente, es el proceso de crisis de la civilización o la cultura moderna. Podemos reducirlo a la fórmula más concisa posible, diciendo cuál sea, en una palabra, la sustancia de esta civilización o cultura. Yo diría: el liberalismo. Este es un "ismo" propio de individuos que han dejado de comulgar o comunicar entre sí o con su comunión o comunidad. Mientras comulgan o comunican con su comunión o comunidad, son los individuos espontánea y plenamente órganos de las funciones de ésta, sin experimentar opresión ni necesidad de libertad. Mas los individuos que dejan de comulgar o comunicar con su comunión o comunidad, acaban por hacer la experiencia de que son impotentes, de que tan sólo una comunidad o comunión es potente para hacer ciertas cosas que se evidencian absolutamente indispensables a la vida humana: percibir, sentir valores, proponer ideales, imponer normas. Y el liberalismo y su crisis se revelan el proceso —causado por los fondos más misteriosos de la histórica naturaleza humana— de transición de una vieja a una nueva comunidad o comunión. Y la dirección de ésta es, no menos evidente, la que debemos cooperar a dar al proceso.

Ser el lugar de la nueva comunidad o comunión parecería por lo que he dicho antes el destino, la misión de América. Sin embargo, venimos presenciando estos días, y desde el contorno más inmediato hasta los confines del continente, un espectáculo un tanto desconcertante: el de América presentándose como el refugio y el baluarte de lo más viejo del Viejo Mundo, como el extremo, en todos sentidos, del Viejo Mundo en cuanto tal; en contra de lo más nuevo del mundo entero, en contra de su propia, significativa e imperativa denominación de Nuevo Mundo...

Oponerse en particular a que América sea infiel a su misión, a su destino, y cooperar en general a que se constituya la nueva comunidad o comunión, comunicándola no sólo por medio de conceptos, sino de cuanto llamé una política de edificación en diálogo sostenido con Medina Echavarría una vez más en nuestros *Cuadernos*, es la tarea, planeable con mucha precisión, que me atrevería a proponer a nuestra revista para estos inmediatos años, si hubiese tenido la suerte de ser lo que decía al principio: portavoz de las reflexiones de todos nosotros.

De: Alfonso Caso

POR cuarta vez nos reunimos esta noche, para conmemorar la feliz terminación de un nuevo tomo de *Cuadernos Americanos*. Felicitamos en primer lugar al Director y al Secretario por su continua e inteligente labor, que ha sido capaz de mantener a la Revista en el mismo grado de excelencia con el que vio por primera vez, la luz.

Cuadernos Americanos ha continuado su labor de dar a conocer en América, durante los años de guerra, lo mejor del pensamiento continental y ha sostenido viva la idea, expresada ya desde su primer número, de considerar al continente como una almáciga, en donde se cultivan, listos para ser trasplantados, los valores eternos de la cultura.

Pero lo que en *Cuadernos Americanos* resalta por encima de sus otras virtudes, es su decisión fundamental de decir la verdad, su vocación por la justicia.

No estamos solamente, frente a un instrumento de difusión de las ideas; estamos en presencia de un instrumento creador de la realidad nueva, apenas vislumbrada, pero cuyas señales ya se descubren en nuestro tiempo. Estamos en la hora del alba. Una nueva vida, cuya realidad entrevemos en el futuro, está a punto de nacer; y lo que hay de más ágil y más durable en la labor de nuestra revista, es precisamente que está abierta hacia ese futuro, que es y representa antes que nada, una esperanza.

Muchos de los que aquí están presentes, han contribuido con poemas, con investigaciones, con artículos, con reseñas de libros, y en todos ellos ha palpitado la misma inquietud, preñada de futuro; en todos ellos ha vibrado la previsión de un nuevo mundo; y no es que, por escapar del mundo actual, nos refugiemos en la consoladora utopía; no es que la terminación de la guerra, al no haber

liquidado la injusticia, nos invite a vendarnos los ojos con la ilusión; no es que tengamos esperanza, como una consolación cobarde. Seríamos pobres de espíritu si nos conformáramos con esperar que el ideal cuajara en realidad. Pero no somos simples y atribulados espectadores; no queremos ser únicamente eso; deseamos intervenir con todas nuestras fuerzas, con todos nuestros recursos, en la creación del mundo nuevo; queremos ser y somos, cada uno en nuestra propia medida, actores de esa realidad que va a venir.

Las grandes batallas de la guerra han concluido. Los problemas militares quedaron resueltos. La humanidad una vez más, se salvó de la barbarie y la tiranía que representaba el "nuevo orden". Pero no podemos decir que la victoria ha sido total, no podemos decirlo mientras subsistan en el mundo las situaciones de España y de la Argentina; mientras exista, como un pensamiento impuro y vergonzante, agazapado en el fondo de las conciencias, considerar que la paz ha de fundarse en la creación de zonas de influencia —en el mantenimiento de situaciones creadas al amparo de las ideas imperialistas—, en el predominio de unos hombres sobre otros y de unos pueblos sobre otros.

Pero por fortuna para el mundo, la inteligencia en su labor incansable, ha puesto en manos de los hombres un poder tan colosal, que frente a la era actual, las épocas anteriores son comparables a un recién nacido frente a un atleta en pleno vigor. Afortunadamente, la humanidad actual, posee ya un poder casi ilimitado sobre la naturaleza.

En el mundo futuro, el hombre podrá construir en el laboratorio, sus propias materias primas, con las cualidades que haya pensado *a priori*, y no tendrá que esperar que la naturaleza las haya forjado durante millones de años. En el mundo futuro, la energía de la que podrá disponer, será ilimitada. Y esta abundancia de materia prima y de energía habrá de traducirse en extensos y profundos cambios sociales y económicos; en una transformación casi completa de la vida humana.

Cada vez más el hombre es dueño del mundo; cada vez más, sus manos son creadoras; pero ¿será capaz de concebir la vida social en una forma distinta, adecuada al nuevo régimen de abundancia? ¿Será capaz de prescindir de la prehistórica organización que somete al hombre a la explotación del hombre y a los pueblos a la explotación de otros pueblos? ¿Será capaz, el mundo futuro, de ser moderno desde el punto de vista social, como será moderno desde el punto de vista de la ciencia y de la tecnología?

Esta es la gran interrogación actual, y extrañarán ustedes que al formularla, haya dicho que afortunadamente el hombre tiene

ahora en sus manos, este inmenso poder. Pero es que yo creo que la verdadera crisis, la crisis máxima de la humanidad está por ocurrir; es que yo creo que o el hombre logra poner su organización económica, social y política de acuerdo con las nuevas adquisiciones materiales, realizadas por la ciencia y la industria, o simplemente desaparece.

Se trata como ustedes ven, de la última experiencia humana. Vamos a ver si realmente el hombre es un animal domesticable; si decide entenderse con sus semejantes, y considerarlos como tales, o si prefiere desaparecer en la magna catástrofe, en que quizá su misma morada, esta tierra en la que nos movemos y somos, transformada en enorme torbellino de millares de millones de átomos, se perderá en la vaciedad infinita del espacio.

Por eso creo que hemos llegado al fin, después de la larga peregrinación de la humanidad que empieza con los primeros balbuceos de su inteligencia; hemos llegado al momento crítico en que el hombre ha de decidir su destino. Todos nosotros, los que pensamos, los que escribimos, los que hablamos, tenemos la obligación ineludible de predicar una nueva cruzada; de entendernos con aquellos hombres que, como nosotros, existen en otras partes del mundo; que son capaces de sentir lo mismo que nosotros sentimos, y de esperar lo que nosotros esperamos. Para ello, hemos de convertir nuestras ideas en palabras, y nuestras palabras en actos. Para ello, tenemos la obligación de pensar, de hablar, de escribir, de dirigir nuestra vida en tal forma, que imante las vidas de otros hombres y los lleve por el único sendero posible.

Quien habla de diferencia de razas, de diferencia de lenguas, de diferencia de creencias; quien no habla, en suma, de la única realidad presente y sobre todo, de la única realidad futura, que es la humanidad, es un hombre del pasado, habla un lenguaje arcaico. Quien procura el engrandecimiento de su pueblo a costa de los pueblos vecinos para civilizarlos si tienen petróleo o carbón de piedra, o para defender su frontera; quien quiera extender su zona de influencia, quien desee mantener vivo el imperio que le legaron sus antepasados, habla como un hombre inactual.

Ya no podemos admitir países que en nombre de la civilización europea sigan explotando al mundo, ya no deseamos clases "defensoras de la civilización" que sigan explotando a los menos favorecidos; ya no toleraremos "hombres fuertes" que pretenden ocultar tras el brillo de la espada, el brillo de las inteligencias, ya no podemos admitir dogmas sagrados, capaces de amordazar a las conciencias.

Pasarán breves años; lo que ahora es todavía un secreto militar y político, celosamente guardado, será ineludiblemente un cono-

cimiento universal, y entonces se verá la inanidad de todas las componendas meramente políticas, de todos los tratados fundados en la desconfianza y en la explotación.

Y entonces vendrá la época, que ahora prevemos, en que la disyuntiva para los hombres será, ponerse de acuerdo o desaparecer.

Y por eso he dicho que *Cuadernos Americanos* es una revista del futuro; por eso al reunirnos hoy para conmemorar su cuarto aniversario, tenemos esperanza. ¡Que todos nosotros trabajemos con el mismo anhelo, que todas nuestras fuerzas concurren al mismo fin, que todas nuestras palabras formen un solo coro! ¡Millones de hombres y mujeres en el mundo, también esperan! ¡Que para todos despunte el alba en el año nuevo!

9 de enero de 1947

De: Agustín Yáñez

Mis palabras, esta noche, son el testimonio del reconocimiento y de las esperanzas que los hombres y las fuerzas mejores de Iberoamérica tienen puestos en la Revista, cuyo venturoso primer lustro nos congrega. Reconocimiento hacia la no sólo mantenida con rigor, sino superada e indisputable excelencia de *Cuadernos Americanos*, que a muchos parece cosa de milagro en la normalidad azarosa que nos es peculiar; sí: milagro de tenacidad, y de fe, y de ímpetu admirablemente renovado de jornada en jornada. Con tan obvio reconocimiento se aúna el general homenaje al espíritu recio e insobornable que anima en las páginas de los *Cuadernos*, desde la primera hasta la última: intacto espíritu de limpia justicia y de libertad, generoso, abierto a toda noble resonancia, implacable contra las formas y los disfraces múltiples de la detención, lo mismo en el campo de la realidad moral y política, o en el del pensamiento y el arte.

Las fuerzas y los hombres mejores de Iberoamérica fundan sus esperanzas en el acatamiento de ese espíritu, hecho presencia continental en cada entrega de la revista, pues hallan plena coincidencia con el diseño secular del Nuevo Mundo.

Resumir aquellas esperanzas es traer a cuenta los problemas de Iberoamérica; el primero, la distancia que separa el ideal de la realidad iberoamericana. Elementos encontrados luchan entre ambos extremos, y hay circunstancias en las que parece perdido el ideal de una comunidad forjada por uno y el mismo espíritu; moviemien-

tos políticos en que laten apetitos de tiranía o egoísmos nacionalistas mañosamente desmesurados por agitaciones demagógicas, levantan fronteras ya no entre países inmediatos, sino entre regiones y grupos sociales del propio país; las fuerzas del retroceso concurren a sembrar la desconfianza, suscitando los fantasmas que no por conocidos han perdido eficacia; el imperialismo económico juega con los destinos nacionales y alcanza excesos repugnantes; incrementada con artificios e ineptitudes la proporción de los problemas del vivir cotidiano, las gentes pierden la perspectiva de los grandes motivos de la vida, los pueblos hallan distracción en mezzquinos tópicos locales, en cortinas de humo tendidas por ocultos intereses; la lectura de los periódicos basta para convencer acerca de cuán sistemático es el cultivo de la miopía moral, tanto como el de la desconfianza y el de la división; tiranía, demagogia e inepticia quieren subordinar o acallar las voces que recuerdan a Iberoamérica la "memoria perdida de su origen primero, esclarecida"; les enfrentan la salmodia de un hispanismo antípoda del profesado por los padres y maestros del Nuevo Mundo, desde la Reina Isabel, Vitoria y Las Casas, predicadores de la dignidad humana fundada en justicia y libertad, hasta Bolívar y Martí.

Se debaten contra estas fuerzas de innegables efectos los defensores del ideal iberoamericano, identificado en la hora de ahora con el programa de la democracia genuina y bajo banderas progresistas; la lucha logra perfiles heroicos en algunos sitios y en otros linda con las asperezas del martirio; es hora de tribulación para los buenos, que sufren o el ruido de diatribas y persecuciones, o el silencio de ámbitos confinados y de consignas ominosas; pero es lo más grave la dispersión, el mutuo desconocimiento de los hombres empeñados contra el mal en los distintos países. Y esto es lo primero que esperan de *Cuadernos Americanos*: que prosiga y afirme su tarea de vincular a los amigos del Continente, que se convierta en el pasaporte de la fraternidad iberoamericana, en el sembrador de la inteligencia y confianza comunes, en la nueva casa de contratación para el libre intercambio de valores, ideas y personas, para el ajuste de la realidad con el ideal; que sea la casa donde hallen refugio los perseguidos, y expresión todo noble impulso: el baluarte decisivo de nuestra democracia, esto es, del nuevo humanismo que *Cuadernos* enarboló desde su primer número como suprema insignia. Sí, ello implica una definición política, que discutida en las páginas mismas de la Revista y en el convivio del año anterior, constituye sin embargo el acento característico y mejor de *Cuadernos*, hábilmente ahondado en sus ilustraciones gráficas. El miedo, el desprecio por la política es una de las causas mayores de los males iberoamericanos: la auténtica política, la de

los ideales y las visiones generosas, la política de la justicia deja libre sitio a la política de los apetitos, de los campanarios, del nacionalismo estrecho, siniestro, fratricida.

Nuestros amigos del sur esto también esperan; que *Cuadernos* robustezca su orientación política continental, sin reticencias con ese alto y preciso timbre que tantas veces ha conmovido a unos y despertado a otros de los espíritus más selectos así del Perú como de Argentina, de Guatemala y de Chile.

Consumado concierto de voces representativas de América, nuestros amigos —en fin— esperan que una mayor difusión de *Cuadernos* remueva la conciencia de los remisos, prenda fervor en los jóvenes y sume voluntades a la empresa de una comunidad que rebasa fronteras e intereses, por tal modo que lo que hoy sigue siendo un diseño ideal, quizá sólo palabras de apostólica sinceridad en unos, o de convencionalismo hueco en otros, culto apasionado en aquéllos y farsa calculada en éstos: el ideal y la palabra de Iberoamérica, el culto de los próceres del iberoamericanismo, se convierta en realidad y sea el nuestro un Mundo Nuevo estrechamente unido por el imperio de la justicia y de la libertad, el Nuevo Mundo de la emoción humana, entrevisto por Séneca como la Última Tule, defendido por Fray Bartolomé de Las Casas como sitio del paraíso y en vías de realización por el esfuerzo de Bolívar.

Y como todas estas esperanzas de que doy testimonio coinciden plenamente con los propósitos de *Cuadernos Americanos*, y como ni los animadores ni los amigos próximos o lejanos de esta ya no sólo Revista, sino institución continental, no juzgamos vana la tarea de arar en el mar, ni fiamos nuestro contento al éxito inmediato, he respondido de que, con el común empeño, *Cuadernos Americanos* cumplirá la misión en que fue bautizado y en que lo confirma el reconocimiento unánime de su categoría excepcional. La promesa de los presentes y de los ausentes para esta colaboración sea el fruto de nuestra coniviabilidad, a la que finalmente quiero traer algunas de las más vivas, de las más patéticas imágenes y voces recogidas en mis andanzas por tierras de América: la imagen miseranda de los parias de Haití, de Trinidad y de Bolivia, que parecen haber dejado toda esperanza de redención; la voz de los ecuatorianos progresistas que resisten ahora la confabulación cebada contra la ilustre Casa de la Cultura en aquel país; y las voces de los hombres libres de la Argentina, principalmente las de los universitarios, entre los que se cuentan muchos insignes colaboradores y amigos nuestros, víctimas de atropellos cuyo desenfreno parece, a distancia, inverosímil en nación de tan cuantiosa densidad cultural; durante mi permanencia en aquella República no hubo día en que los periódicos dejaran de insertar extensas listas de profe-

sores, investigadores, técnicos y empleados que sin juicio ni explicación recibían cese tras largos y meritorios años de labor, así en universidades como en escuelas primarias, en bibliotecas, hospitales, institutos científicos y oficinas públicas; la autoridad del rector en las universidades ha sido suplantada por la presencia de interventores, que sin formalismo alguno dictan escandalosos acuerdos, lo mismo para despedir a los mayores prestigios del país, culpables de parecer sospechosos de desafecto al régimen, como para suplirlos con individuos de reconocida ineptitud o con gentes improvisadas o anónimas en absoluto.

Cumplida la tradición sustancial de conjugar en *Cuadernos* y en estas reuniones la voz del destierro español, hoy en labios de un Embajador del Gobierno Republicano, el admirado y querido maestro don Manuel Pedroso, dilatemos el pensamiento y el afecto hacia aquellos perseguidos, que reclaman y a quienes debemos ardiente solidaridad. En *Cuadernos Americanos* ven la casa familiar de los desterrados, de los perseguidos por la injusticia. No se equivocan. Tal es el blasón en que todos hallamos honra y que obliga a nuestra hidalguía a no contentarnos con actitudes inocuas, como no nos hemos contentado en el caso español; recursos tenemos para operar ejecutivamente, ya encauzando la opinión general, o abriendo caminos nuevos y brindando asilo a las inteligencias desterradas, o promoviendo distintas otras formas de ayuda a la resistencia contra las perduraciones totalitarias en América.

La decisión colectiva y la de cada uno de nosotros para hacer algo, desde luego, en alivio de aquella situación, será obrar con fidelidad a la trayectoria de *Cuadernos Americanos* y el homenaje adecuado en este facto aniversario de su primera salida por los campos del Nuevo Mundo.

1º de febrero de 1949

De: José Luis Martínez

MUCHAS veces me he preguntado, señores y amigos míos, cómo podría responder, con discreción siquiera, a la bondadosa distinción de que me hizo objeto don Jesús Silva Herzog invitándome a participar en la coniviabilidad con que celebramos hoy el principio del octavo año de vida de *Cuadernos Americanos*. Todo nuestro Continente ha sido testigo de la admirable empresa que, desde su fundación en 1942, ha realizado esta revista —sin una sola caída,

sin una sola interrupción y siempre en constante ascenso—, encauzando y difundiendo el pensamiento y los sueños de un equipo de hombres de letras y de ciencias, disperso quizá, pero unido por su común vocación hacia la libertad y la justicia. Todos los que hemos asistido a las memorables reuniones con que se conmemoran los aniversarios de *Cuadernos* —aniversarios de cuya continuidad, para nuestro bien, podemos estar seguros—, recordamos el acierto de los realizadores de esta publicación para ofrecernos, en cabal hospitalidad, después de los alimentos terrestres, otros alimentos, terrestres también aunque inmateriales, pero tan estimulantes y tan luminosos, que antes de sentirnos atemorizados o resignados por su llegada, los hemos esperado siempre como el complemento justo de una fiesta perfecta.

Alentado por la esperanza, que veo aun muy remota, de que mi intervención en esta noche no haga perder a los huéspedes de *Cuadernos Americanos* su entusiasmo por estas reuniones, me di a repasar una serie de temas sobre cuya gravedad e importancia para el perplejo mundo de nuestros días sería conveniente reflexionar ante tan docto auditorio. Pronto me fue preciso reconocer, sin embargo, que no podía improvisarme en pensador de los grandes problemas universales como para ser escuchado con algún provecho y que, con ser insensatez, me era imposible no caer en lo que ha sido mi pequeño dominio intelectual, para mostrarme ante ustedes con un hábito que no me pertenece.

Debí aceptar, luego de estas consideraciones, el hecho de que no podía discurrir aquí sino acerca de aquella disciplina a cuyo estudio me he entregado desde hace años. Pero si debería hablar sobre literatura mexicana, ¿sería justo ocuparme en esta ocasión de cualquier asunto, más placentero para mi propia índole, que no fuese aquel que yo mismo he planteado desde la tribuna de *Cuadernos Americanos* y que la benevolencia de algunos y la inconformidad de otros han convertido casi en una cuestión pública?

Ni en la literatura ni en ningún otro orden de actividad humana, todos lo sabemos desde antes del existencialismo, cuentan los buenos propósitos. Sería consiguientemente inútil protestar ante ustedes que, como podrán reconocerlo los lectores libres de prejuicios, al escribir aquellas páginas no tuve en ningún momento la intención de lastimar o despreciar personalidades literarias, y que no me animaba, tampoco, un simple afán de escándalo publicitario. Me preocupaba, en cambio, dar expresión a un cúmulo de observaciones que habían ido surgiendo de mis lecturas y de mi trato con los escritores mexicanos; quería, en suma, formular un balance o examen de conciencia que, incluyéndome a mí mismo, manifestara

lealmente conclusiones que pudieran servir, si no de estímulo, al menos como un testimonio.

La curiosidad me ha llevado a frecuentar literaturas extranjeras y el gusto y la obligación me han hecho conocer una porción considerable de la nuestra. Ahora bien, de la confrontación de nuestra actividad literaria contemporánea con su propio pasado y con la producción paralela de algunos otros países, llegué a deducir que la vida de nuestra literatura en los últimos años, experimentaba un descenso considerable en relación con el proceso que la había precedido. Parecían extraviadas o torcidas muchas de sus fuerzas tradicionales y parecía, sobre todo, que se había impuesto en nuestro medio un tipo de ejercicio literario del cual, sólo por azar, podrían surgir obras relevantes. Ello me llevó a analizar, por una parte, las causas de aquel letargo, y a teorizar, por otra, sobre una serie de postulados morales, sociales y técnicos en los que, según mi pensamiento, debería descansar una literatura rica y vigorosa que contribuyera activamente a la integración de nuestra cultura nacional.

Existen pues en mi artículo dos puntos críticos: unas conclusiones escépticas sobre la calidad de nuestra literatura contemporánea y, lo que considero más importante, la exposición de un sistema doctrinario. Si he tenido el honor de que algunos distinguidos hombres de letras hayan manifestado su aprobación respecto a ciertos aspectos de la doctrina que he esbozado, no me ha faltado la triste fortuna de concitar la animadversión de otros, distinguidos y distinguibles, que me consideran poco menos que criminal por el hecho de no mostrarme satisfecho con la literatura y con la vida literaria actuales. Acerca de estos últimos, y pasando por alto las innecesarias y siempre divertidas alusiones que han dirigido a mi persona, quisiera precisar algunos conceptos.

Mi insatisfacción, respecto a la literatura mexicana contemporánea, parte radicalmente de un interés profundo y constante por ella y de la creencia de que somos capaces de mejorarla, manteniendo al menos la altura y la dignidad que ha tenido indudablemente en épocas anteriores. Mi artículo no ha surgido, por ello, de una complacencia frente a la situación de nuestras letras; ha sido más bien una descripción en la que el afán de rigor y objetividad me ha impuesto el escepticismo. ¿O acaso mis impugnadores, satisfechos con lo que hacemos actualmente, consideran imposible —como se decía, no hace mucho, al frente de una revista de miscelánea literaria— alcanzar un grado más en nuestra producción, en nuestra educación y en nuestra vida literarias? Han creído echar por tierra mis juicios recordándome que en los últimos años han aparecido obras y personalidades de mérito en distintos sectores. Pero resulta

que mi principal ejercicio y afición han sido, precisamente, el conocer y comentar esos libros, y mi gusto, el de honrarme con la amistad de sus autores, aunque ni el reconocimiento de las cualidades de aquéllos ni mi simpatía por los dones de éstos hayan logrado transformar mi visión de nuestro panorama literario. Los vi en su tiempo, y me siguen pareciendo hoy, excepciones en una generalidad desilusionante, entre la cual, honestamente, me siento incluido y a la cual me atreví a convocar a un esfuerzo que la hiciera rendir mejores frutos. Con el ánimo de evitar las suspicacias que podrían ocasionar salvedades explícitas, me guardé de mencionarlas, contentándome con manifestar, reiteradamente, que me refería a un nivel medio y general en el que se daban por supuestas aquellas piedras blancas. Para algunos, con todo, estos móviles y precauciones han sido inoperantes; he recibido de ellos, en cambio, una lección difícil de olvidar: lo mismo que en política, en literatura es necesario guardar las convenciones del juego de engaños establecido; puede hablarse cuanto se quiera de ideales, pero las reglas prohíben volver atrás las páginas del libro de nuestros haberes para comprobar la verdad de nuestro camino, así nos conduzca al desastre.

Por lo que se refiere al repertorio de consideraciones doctrinarias que formulaba, confío en que, cuando haya cesado el alboroto de las invectivas, sea posible examinarlas con reposo y preguntarse—olvidándose cuanto sea necesario de quien las escribió— sobre la conveniencia y la posibilidad de aplicarlas a nuestro ejercicio literario. Procuré perfilar en ellas, sirviéndome más que de mi corta experiencia de las lecciones que he aprendido en la vida y en los libros de los que más saben, lo que podría denominarse la ética intelectual del escritor mexicano. Pero, infortunadamente, la mayoría de los comentaristas de mi artículo han preferido detenerse en los puntos susceptibles de escándalo que en aquellos otros que procuran explorar el camino que puede llevarnos a contribuir con hechos al fortalecimiento de la cultura de México.

Uno de nuestros más elegantes prosistas tuvo la bondad de decirme, a raíz de la lectura de mi artículo, estas palabras cuya verdad hoy compruebo: "Su ensayo —me dijo— está escrito con esa severidad que sólo puede tenerse a sus años. Más tarde, el tiempo le enseñará que es necesario perdonar y tolerar muchas cosas contra las que hoy se rebela". Confío, por ello, en que si Dios y mis iracundos enemigos de hoy me permiten llegar a viejo, sabré perdonarme el haber escrito las páginas que llamé *Situación de la literatura mexicana contemporánea*; pero acaso ni aun con la tolerancia de la vejez alcance a disculparme por haber aprovechado esta comida para agobiar la atención de ustedes con este postre

de puntualizaciones. Me consuela un poco, sin embargo, de este abuso de confianza, el pensar en que *Cuadernos Americanos*, al dar hospitalidad en sus páginas a mis reflexiones —ya señaladas por otros como peligrosas— y al reiterármela esta noche ante ustedes, confirma, aun en lo pequeño, su independencia intelectual y su noble misión de servir de tribuna al pensamiento del Nuevo Mundo. Porque aquella independencia y esta misión continúe haciéndolas realidad *Cuadernos Americanos*, en una vida tan larga como la que augura la firmeza de los años en que la hemos visto crecer, formulo mis más cálidos votos.

De: Francisco Giner de los Ríos

SIETE años nos separan ya del nacimiento de *Cuadernos Americanos*, de aquel 1942 lleno de inquietudes y acontecimientos terribles en que un grupo de intelectuales mexicanos y españoles, encabezado por el ímpetu generoso de Jesús Silva Herzog y la pasión inteligente de Juan Larrea, se enfrentó, con esa sencillez que sólo da la decisión bien sentida, a los problemas que la guerra mundial planteaba a la continuidad de la cultura. Como otros años —y que sigan siendo muchos— la revista y sus animadores nos reúnen a colaboradores y amigos para celebrar juntos el nuevo aniversario. Yo me he visto sorprendido y abrumado este año con el requerimiento, que me honra muchísimo, de pronunciar algunas de las acostumbradas palabras. No sé si sabré responder con la altura adecuada al compromiso y temo que, en lo que a mí toca, añoren ustedes otras cenas anuales de *Cuadernos* en que se escucharon grandes cosas.

Volver a recorrer el camino de *Cuadernos* para valorar lo que la revista ha realizado ya no tendría sentido entre nosotros, que nos reunimos aquí esta noche precisamente para celebrarlo. Sobre que yo no dispongo de las armas críticas necesarias para acometer tal empresa, la revista significa ya tanto en nuestro pensamiento y en nuestras letras, en nuestra ciencia y en nuestra historia, que la riqueza contenida en sus cuarenta y tres ondulantes y coloridos volúmenes me desbordaría sin remedio. Baste decir que a los que seguimos y queremos a *Cuadernos* desde su nacimiento nos colma de alegría la contemplación de la obra ya hecha.

Aun a riesgo de premiar con alguna impertinencia la amabilidad del requerimiento de que he sido objeto, creo, en cambio, que es inexcusable deshacer en estos momentos ese camino que es la vida

de *Cuadernos* para ver más clara la situación de la revista en la encrucijada actual: *Cuadernos* nace en días verdaderamente dramáticos, en los días en que el mundo está luchando por su libertad frente a las fuerzas totalitarias. Es decir, nace bajo un signo de lucha y en un clima propicio al heroísmo. Supo encontrar el pulso verdadero de la hora de entonces y se lanzó por su camino con energía y con entusiasmo, con lucidez y penetración singulares, con el sentido de la responsabilidad de sus actos que habían de dar a quienes lo dirigían e inspiraban lo mismo el peso de una experiencia como la de España —en la que se probaron y curtieron todos los hombres dentro y fuera de su trágica luz— que esa vocación por la justicia y ese afán de verdad que han sido desde un principio la ejecutoria más clara y el valor más limpio de la revista. Signo de lucha y clima de heroísmo. No importa repetirlo. *Cuadernos* se hizo intérprete activo y luminoso de aquel signo y fue en el Continente —este faro de México cada vez más orientador de todo lo suyo— el que dio al clima la temperatura justa, serena o apasionada, que las circunstancias requerían. Desde el nivel exacto del hombre, como quería nuestro León Felipe gritar su palabra en aquellos años siempre presentes en el recuerdo y en el anhelo, *Cuadernos* recogió y dio las señales necesarias, y su mensaje levantó muy pronto en América el eco apetecido.

Cuando recordamos, en el turbio momento actual, aquellos días nos queda dentro, removedora y punzante, una amargura desilusionada, porque triste es siempre la memoria de esperanzas pasadas y no cumplidas. Aquella lucha, que *Cuadernos* supo servir desde su altura con pasión magnífica, tenía una meta por todos esperada, y sostenía el temple de sus aceros en una fe que veía claros los caminos porque aún tenía motivos para creer en la justicia. Pero la victoria que todos empujamos hasta el Berlín vencido desde el Madrid invencible —aunque Franco esté allí no venció nunca— no ha respondido desgraciadamente a la esperanza que alentamos durante la lucha, y la paz militar no ha sido la paz democrática y libre, auténtica, que se debía haber ganado. Los siete años de *Cuadernos Americanos* se cumplen en medio de la confusión, con el horizonte más incierto y cerrado que nunca, en un mundo partido en dos mitades que no responden —ninguna de las dos— a sus anhelos, en un ambiente enrarecido por una propaganda inmoral y en el que la palabra *democracia* —convertida en eso: en una simple palabra ineficaz— se mancha en labios de los que van a lo suyo con cinismo desvergonzado o con hipocresía desvergonzada también.

Yo creo que la hora de *Cuadernos* ha sonado de nuevo y que la revista tiene —quizá ahora con razones más fuertes que ayer

para acometerlo con valentía— un enorme quehacer por delante. Aunque haya mantenido con vigor y elegancia su magnífico tono inicial, los días que corren exigen más esfuerzo todavía, un afán más depurado de superación, una mayor energía en las posiciones. Es necesario encontrar donde sea, al precio espiritual que sea, aquel sentimiento heroico de los primeros tiempos, cuando se buscaba el camino del hombre en medio del trance de la guerra. Ahora, frente al bloqueo que sufrimos, frente a esa confusión que deshace cada día la luz que esperamos y parece esterilizar con su peso angustioso todos nuestros esfuerzos, hay que volver, en primer término, por los fueros de nuestra fe y encender en las gentes la esperanza dormida. Aplicando como antes, vigorosa y plenamente, nuestra vocación por la justicia en un mundo que ha olvidado su esencia, digamos nuestra verdad en medio de la turbia mentira que nos ahoga. Tenemos mucho que decir, y diciéndolo —gritándolo si es preciso, para que oigan los que no quieren oír— iremos encontrando el sitio que nos corresponde. Porque el futuro es mucho más nuestro de lo que nosotros mismos creemos si sabemos arrimar al afán de su consecución el fuego de la pasión y de la inteligencia.

Insisto en que la hora de *Cuadernos* vuelve a sonar y estoy seguro de que *Cuadernos* volverá a responder con creces a la tremenda exigencia de la que vivimos hoy. Su historia ejemplar, su sentimiento responsable, la responsabilidad misma que ha contraído ante quienes lo siguen y, sobre todo, la angustiosa urgencia de la defensa del espíritu y de la libertad del hombre, más amenazados ahora que en ninguna otra época, creo que lo deciden así y que a ello obligan inexcusablemente. Por ello me atrevo a pronunciar estas palabras, no sé si graves pero desde luego sinceras, en medio de la alegre confraternidad de esta noche. *Cuadernos* ha ganado los laureles que coronan su obra en estos siete años de espléndida vida que hoy le celebramos. Pero no puede dormirse en ellos, no puede dejarse llevar por la inercia de lo conseguido ni contentarse con mantener más o menos fácilmente su gran tono literario y científico. El mundo que vivimos y los problemas que tiene planteados exigen de *Cuadernos* una fidelidad todavía mayor a su origen. Hay que apretar las filas y disponerse a una batalla que será quizá más dura que las precedentes. Esta postguerra tan llena de amenazas, tan ceñida en sus aspiraciones humanas a dos caminos únicos que no llevan al hombre hacia la mañana que anhela, exige de nosotros aquella guerrera paz de que nos hablaba Unamuno y que era y es tan rica de sentidos e implicaciones útiles. En todo caso, es esa paz guerrera —y no la de las propagandas interesadas y tendenciosas— la que nos remueve el pecho frente

a la realidad que nos tocó en suerte y que quizá, por desgracia, merecemos. Vamos a intentar superar esa realidad a fuerza de quemarnos en ella. Y que este mundo doloroso y amargo, tristemente ciego, reciba por *Cuadernos* la verdad que tenemos en esta esperanza que somos todavía para él si sabemos hacernos dignos de nuestro destino. Volvamos, pues, con esfuerzo renovado y con la alegría de cumplir el más claro de los deberes, a los primeros tiempos de *Cuadernos*, a la lucha de siempre. La España que cantaba Larrea en su libro apasionante y discutido, rindió su espíritu ya. Lo sigue rindiendo desde su dolor presente y lo rendirá mañana desde su libertad. Que la fraternidad creadora que ella nos dio con su tragedia, y de la cual *Cuadernos* es ya gloria ejemplar, nos lleve juntos con la luz de la verdad universal que el hombre necesita en su confusión y bloqueo actuales. Si sabemos calar hondo en los problemas, con la honradez y la valentía necesarias, podremos quizá recoger los frutos de nuestra labor. Y por lo menos podremos esperar, con la serenidad de haber cumplido como buenos, el alba siempre trepadora.

De: Manuel Sandoval Vallarta

VIVIMOS una época sobremanera crítica para los destinos de la humanidad, un período en el que se forja la mayor prosperidad que hayamos conocido jamás, o se gesta el suicidio colectivo en la escala más pavorosa que han podido imaginarse. La física y la química son en gran parte responsables de esta disyuntiva, porque ellas han puesto en nuestras manos medios, y han provocado problemas, con los que nuestros abuelos no podían ni soñar. Es aún tiempo de estudiar, con el corazón sereno y la mente fría, el origen del terrible dilema. Es todavía tiempo de darnos cuenta si algo puede hacerse para prevenir un desastre.

La función primordial de la ciencia es el descubrimiento de la verdad; en particular la de las ciencias físicas y químicas es el descubrimiento de la verdad relacionada con la materia y con la energía. Cuando se ha llegado a conocer esta verdad, surgen consecuencias que dan al hombre el dominio de ciertas formas de la materia y de otras más de la energía. Hay que darse cuenta de que el descubrimiento de una verdad científica por sí no tiene consecuencias prácticas de ninguna clase: las aplicaciones de tal hallazgo son las que pueden, con facilidad, cambiar la faz del mundo. Las leyes fundamentales de la electrodinámica, por ejemplo, están con-

signadas en las cuatro ecuaciones vectoriales diferenciales de Maxwell, que no significan nada para el profano y cuya simple lectura no puede cambiar el modo de vida de un pueblo. Basta, sin embargo, con comprender algo del contenido de estas cuatro ecuaciones para poder erigir fábricas generadoras de energía eléctrica, líneas de transmisión para llevarla adonde pueda ser útil, construir transmisores y receptores de radio, radar y televisión, teléfonos, telégrafos y todo el enjambre de aparatos grandes y pequeños que dependen para su funcionamiento del uso de la electricidad. Lo propio acontece con las leyes de la mecánica, de la aerodinámica o de la luz.

En tanto que las ciencias físicas han avanzado con pasos de gigante en los últimos cincuenta años, las ciencias sociales, económicas y políticas, sobre todo la ética, han permanecido estacionarias. En tanto que ya comenzamos a vislumbrar las leyes que rigen al núcleo atómico, no sabemos casi nada de las que gobiernan el comportamiento del hombre. Hace unos cuantos años tuve oportunidad de leer otra vez dos libros clásicos: la Física de Aristóteles y la República de Platón. El primero apenas tiene contacto con la realidad objetiva y con las ideas que privan en nuestro siglo. Juzgado a la luz contemporánea parece infantil e intrascendente. Lo contrario ocurre con el segundo, que abunda en principios que todavía hoy sirven de base para nuestra manera de concebir la organización social. Ambos libros tienen aproximadamente la misma edad, pero el que tiene que ver con la materia y la energía está definitivamente superado, mientras que el que se relaciona con el hombre y la sociedad todavía hoy parece tener validez. Las ciencias físicas tuvieron en el siglo XVII a Galileo y a Newton. ¿Ha llegado ya el Galileo de las ciencias económicas y sociales? Pregunta es esta que no me corresponde a mí, sino a los sociólogos y a los economistas, contestar.

El desequilibrio entre el grado de progreso de las ciencias que tienen que ver con la materia y la energía, por una parte, y con el hombre y su organización social, por la otra, acarrea gravísimas consecuencias que nadie puede ignorar ni despreciar. Es fácil sugerir remedios simplistas que, como la supresión de la investigación de los problemas de la física nuclearia, no van al fondo de la cuestión y equivale a preconizar la muerte como cura de la enfermedad. Hay que hurgar con minucia para darnos cuenta de los orígenes de la situación actual. Esa es nuestra tarea en esta ocasión. Al intentarlo sólo podremos fijar nuestra atención en el punto de vista del físico que, cuando más, se limita a comprobar consecuencias obvias fuera de su campo de acción.

En primer lugar hay que distinguir entre la ciencia y las aplicaciones de la ciencia, que en el terreno de las ciencias físicas son la

ingeniería. El descubridor de una verdad científica, ni puede prever sus consecuencias ni opinar sobre la forma en que sería preferible desarrollarla. Faraday, al demostrar la ley de la inducción electromagnética, no supo que había fundado la enorme industria eléctrica y creado un buen acopio de problemas económicos, ni pudo opinar sobre su evolución. Los ingenieros que echaron mano del descubrimiento de Faraday para construir máquinas con fines concretos, como Gramme, Dolivo, Dobróvolsky, Tesla o Edison sí tuvieron ideas bien definidas sobre la orientación que se daría a la industria eléctrica. Zhukovsky, al realizar sus estudios fundamentales sobre aerodinámica, no vislumbró que tendrían consecuencias decisivas tanto en la guerra como en la paz, consecuencias que se iniciaron con los hermanos Wright y continúan hasta llegar a los Douglas, Boeing, Yakovlev, De Havilland, Jungers, Tupolev y Messerschmidt de nuestros días. ¿Cómo hubieran podido Hahn, Strassmann y Meitner, que por primera vez vieron el hendimiento del uranio, sospechar que pronto se convertiría en el problema político más grave, peligroso y difícil de nuestros días, después de que Oppenheimer, Fermi, Bethe y Bacher trasladaron ese hecho a la realización concreta de la bomba atómica?

De las consideraciones anteriores se infiere que el hombre de ciencia que descubre algún hecho nuevo o aclara las leyes fundamentales de algún fenómeno ni tiene nada que ver, ni puede opinar, y desconoce las aplicaciones a que puede prestarse su trabajo. Síguese de aquí que no es responsable de las consecuencias buenas o malas de sus esfuerzos. No lo guían ni el deseo de mejorar las condiciones de la vida, ni el afán de lucro, sino sólo la curiosidad científica y el afán de descubrir la verdad. La realidad es que el hombre de ciencia nunca puede determinar qué aplicaciones deben darse a los resultados de su trabajo. Nos proponemos hacer ver que precisamente por esta puerta se cuele la política y aquí está el origen del impacto de la política y la ciencia.

En la primera guerra mundial, los más avisados de los políticos y de los militares se dieron cuenta de que la victoria de su lado era imposible sin ayuda científica. Todo lo que tiene que ver con la artillería, la aviación, la marina, aun las propias operaciones militares, se relaciona con la aplicación de leyes físicas y químicas. Es evidente que, en una guerra, el lado que mejor conozca estas leyes y sea más capaz de aplicarlas a la solución de los problemas concretos de la guerra, es el que mayor probabilidad tiene de lograr la victoria. Esta conclusión se vio enormemente reforzada durante la segunda guerra mundial. Se vio el espectáculo de que todas las potencias contendientes sin excepción echaron mano de sus mejores físicos,

químicos e ingenieros, que se convirtieron de la noche a la mañana en los verdaderos amos de la guerra. No es posible dar aquí ni siquiera una idea de cuán profundamente se vio afectado el curso de la última contienda por las labores de los físicos. Bástenos recordar que la salvación de Inglaterra durante los grandes asaltos aéreos alemanes de 1940 y 1941 se debió al radar británico. Los cohetes dirigidos pusieron en manos de los artilleros rusos el margen de superioridad sobre los tanques de Guderian que los detuvo ante Moscú en el otoño de 1941. Ni para qué reiterar que el fin de la guerra en 1945 coincidió con el lanzamiento de las bombas atómicas americanas sobre el Japón.

Todo esto pertenece a la historia. Las consecuencias de los acontecimientos citados tampoco se hicieron esperar. Los militares y los políticos sacaron la conclusión de que, puesto que la fuente del poderío militar e industrial es la ciencia, había lugar a tratar los asuntos científicos en la misma forma en que se manejan muchas cuestiones militares e industriales: en secreto. No se percataron desde luego que hay ciertas diferencias esenciales entre un secreto militar, como por ejemplo la fecha de un desembarco en la costa enemiga, y un secreto científico. El primero depende de la voluntad de un corto número de personas y está seguro mientras que dichas personas no lo revelen; el segundo depende de la aplicación de principios que son bien conocidos de un gran número de individuos y su clave depende sólo de la inteligencia y dedicación de los que conocen dichos principios. De aquí se sigue la falacia fundamental de aquellos que pretenden basar una política nacional en la conservación de un secreto científico. El resultado más probable de tal política es la creación de una mentalidad de línea Maginot, que se cree segura detrás de una mera ficción.

Son en realidad los políticos, los militares y, podemos agregar, los industriales los que determinan qué orientaciones deben darse a los descubrimientos científicos. Un punto de vista extremo es el de los políticos que se imaginan que pueden de antemano resolver cuáles descubrimientos científicos deben hacerse. Ciertamente pueden preverse las consecuencias que se deducen de los hechos ya conocidos, pero de ninguna manera los descubrimientos completamente nuevos. Esta es la falacia en que caen los llamados "planificadores de la ciencia". Por otra parte, los verdaderos descubrimientos imprevistos, los que abren nuevas brechas en el saber humano, son generalmente el producto de la colaboración algunas veces consciente y muchas otras inconsciente, de la labor de muchos hombres de ciencia de distintas nacionalidades y alejados unos de otros en el tiempo y en la distancia. Piénsese por ejemplo, en la teoría cuántica, uno de los más bellos edificios del intelecto humano, que arranca con Planck,

progresar con Bohr, se perfecciona con de Broglie, Schrödinger, Dirac y Heisenberg. Naturalmente que tal progreso no sería posible si el secreto militar hubiese rodeado los trabajos de estos físicos, o si los planificadores de la ciencia les hubiesen indicado lo que deberían hacer.

Jamás podremos resolver los problemas políticos que han planteado los descubrimientos de la física moderna si nos empeñamos en atacarlos con los métodos de los siglos pasados. No podremos asegurar la eliminación de la energía nuclear para fines bélicos ni su empleo exclusivo para fines benéficos y pacíficos si seguimos por el camino de las alianzas y el equilibrio del poder. Tampoco podremos garantizarla si nos aferramos a conceptos ya anticuados de soberanía nacional. El doloroso fracaso de la Comisión de la Energía Atómica de las Naciones Unidas está allí para justificar nuestro dicho. La historia nos enseña que el fin del camino de las alianzas ofensivas y defensivas es la guerra. Pero en nuestros días la guerra será con aviones supersónicos, cohetes dirigidos y bombas atómicas. La pena del fracaso será la guerra más destructora que ha sufrido la humanidad. Una guerra que ni siquiera tendrá el mérito de resolver los problemas sociales que pretende eliminar, porque las ideas se combaten con ideas y no con armas de guerra.

BIOBIBLIOGRAFIA DE AUTORES

Reyes, Alfonso

NACIÓ en Monterrey, N. L., el 17 de mayo de 1889; murió en la ciudad de México en 1959. Hijo del general Bernardo Reyes y de Aurelia Ochoa de Reyes, inició los estudios primarios en la escuela de Manuela G. viuda de Sada, el Instituto de Varones de Jesús Loreto y el Colegio Bolívar, y los terminó en el "Licée Français du Mexique", en la capital de la República. Presentó examen de admisión para la Escuela Nacional Preparatoria, pero inició este ciclo en el Colegio Civil de Nuevo León y lo concluyó, dos años después, en México. Se inscribió en la Facultad de Derecho y sin interrumpir sus estudios contrajo matrimonio con Manuela Mota; el 15 de noviembre de 1912 nació su único hijo, Alfonso. El 16 de julio de 1913 obtuvo el título profesional de abogado. Del 28 de agosto de 1912 al 28 de febrero de 1913 fue secretario de la

Escuela Nacional de Altos Estudios, antecesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Fundó ahí la cátedra de historia de la lengua y literatura española. Formó parte del Ateneo de la Juventud, junto con Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso y José Vasconcelos, entre otros. De esa época da cuenta en su ensayo "Pasado inmediato". Entre 1908 y 1910 escribió "Cuestiones estéticas" (París, 1911), ensayos de crítica literaria. De los mismos años son los textos imaginativos publicados más tarde en Madrid (1920) con el título de "El plano oblicuo", que incluye "La primera confesión", "La entrevista", "Los restos del incendio" y "La Cena", este último escrito en 1912, precursor de la corriente suprarrealista de los años 20 en Europa y el realismo mágico en Hispanoamérica. Anteriores a 1913 son también sus estudios sobre los escritores ingleses Stevenson y Chesterton, recogidos en "Grata compañía", y las traducciones y notas literarias que publicó en diarios y revistas de México y La Habana (desde 1907). Meses después de la muerte violenta de su padre, viajó a París (agosto de 1913) como segundo Secretario de la legación en Francia. De aquel suceso dejó constancias en su "Diario" (1911-1930) y en "Parentalia". Su primera estancia en Francia y la breve etapa de su vida entre México y Madrid, las comentó en la "Historia documental de mis libros". "El cazador", basado en sus experiencias en París, es un ejemplo del don para transformar la crónica literaria en creación poética. A causa de la Primera Guerra Mundial, pasó a España a fines de 1914. Sus primeras impresiones las relató en "Las vísperas de España". Consagrado a la literatura y el periodismo, trabajó en el Centro de Estudios Históricos de Madrid, bajo la dirección de Ramón Menéndez Pidal y en compañía de Américo Castro, Federico de Onís, Tomás Navarro Tomás, Antonio G. Solalinde y otros. Convivió con los escritores de 98, a cuya generación aportó un matiz mexicano. En su "Visión de Anáhuac", firmada en 1915 y publicada por vez primera en 1917, propuso una nueva síntesis que no se detiene en las raíces españolas e indígenas de la nacionalidad, sino que anticipa la investigación filosófica y sociológica sobre el carácter del mexicano. Enrique Díez-Canedo le puso en contacto con los escritores de "La Lectura", y Juan Ramón Jiménez, con la Editorial Saturnino Calleja; Ortega y Gasset lo llamó a colaborar en el semanario "España" y "El Imparcial"; en la "Revista de Filología Española" publicó 35 reseñas bibliográficas. En 1920 recibió el nombramiento de segundo secretario de la legación en Madrid. Antes de regresar a México, en 1924, era ya encargado de negocios plenipotenciario para suscribir el Convenio de Propiedad Literaria, Científica y Artística entre los dos gobiernos. Fue después ministro en Francia (1924-

1927) y embajador en Argentina (1927-1930 y 1936-1937) y en Brasil (1930-1936). De su etapa suramericana son sus libros "Palabras sobre la nación argentina", "Salutación al Brasil" y "El Brasil en una castaña", eco de "México en una nuez", en el cual evocó a su patria desde ahí. Mantuvo, por medio de su correo literario "Monterrey", comunicación constante con sus amigos de todo el mundo. Regresó a México en 1939. Presidió la Casa de España en México (El Colegio de México). Se entregó a sus estudios en su biblioteca, llamada Capilla Alfonsina por Enrique Díez-Canedo. Fue miembro fundador de El Colegio Nacional (1943), dirigió seminarios en el Colegio de San Nicolás de Morelia y en la Universidad Nacional; y presidió la Academia Mexicana de la Lengua (1957-1959). De esta época proceden sus trabajos científico-culturales y helenísticos, que se han clasificado provisionalmente conforme a los siguientes temas: 1. Teoría de la literatura: "La experiencia literaria", "El deslinde (Prolegómenos a la teoría literaria)", "Apuntes para la teoría literaria" y "Al Yunque". 2. América (su sentido en la historia universal y en la cultura): "Ultima Tule" y "Tentativas y orientaciones". 3. Cultura antigua: "La crítica en la edad ateniense", "La antigua retórica", "La religión griega", "Mitología griega", "Junta de sombras". En 1945 recibió el Premio Nacional de Literatura. El Fondo de Cultura Económica, a partir de 1955, ha venido publicando sus "Obras Completas"; en diciembre de 1976 llevaba 19 tomos: I, "Cuestiones estéticas. Capítulos de literatura mexicana" y "Varia" (1955); II, "Visión de Anáhuac", "Las vísperas de España", y "Calendario" (1956); III, "El plano oblicuo", "El cazador", "El suicida", "Aquellos días" y "Retratos reales e imaginarios" (1956); IV, "Simpatías y diferencias", "Los dos caminos", "Reloj de sol" y "Páginas adicionales" (1956); V, "Historia de un siglo" y "Las mesas de plomo" (1957); VI, "Capítulos de literatura española" (1957); VII, "Cuestiones gongorinas" (1958); VIII, "Tránsito de Amado Nervo", "De viva voz", "A lápiz", "Tren de ondas" y "Varia" (1958); IX, "Norte y sur", "Los trabajos y los días" e "Historia natural das laranjeiras" (1959); X, "Constancia poética" (1959); XI, "Ultima Tule", "Tentativas y orientaciones" y "No hay tal lugar..." (1960); XII, "Grata compañía", "Pasado inmediato" y "Letras de la Nueva España" (1960); XIII, "La crítica en la edad ateniense" y "La antigua retórica" (1961); XIV, "La experiencia literaria", "Tres puntos de exegética literaria" y "Páginas adicionales" (1962); XV, "El deslinde" (1963); XVI, "Religión griega" y "Mitología griega" (1964); XVII, "Los héroes" y "Junta de sombras" (1965); XVIII, "Estudios Helénicos", "El Triángulo Egeo", "La jornada aquea", "Geógrafos del mundo antiguo", "Algo más sobre los historiadores alc-

jandrinos" (1966) y XIX, "Los poemas homéricos", "La Ilíada", "La afición de Grecia" (1968).*

* *Enciclopedia de México*. Director José Rogelio Alvarez. Tomo XI. Enciclopedia de México. Ciudad de México. 1977. pp. 128, 129 y 130.

González Martínez, Enrique

POETA mexicano (Guadalajara, 1871-México, 1952). En 1903 apareció su primer libro, "Preludios", al que siguió "Lirismos" (1907) y "Silenter" (1909). Fue miembro de la Academia Mexicana de la Lengua (1911). A partir de su cuarto libro, "Los senderos ocultos" (1911), emprendió una profunda reacción frente al modernismo, y proclamó el ideal de su poesía en el famoso soneto "Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje. . .", en que al sensualismo modernista y su emblema del cisne enfrenta el mágico silencio del búho, símbolo de la inteligencia. En 1911 pasó a la ciudad de México y se incorporó al Ateneo de la Juventud, cuya presidencia ocupó en 1912, año en que fundó la revista "Argos". En 1913 fue subsecretario de Instrucción Pública y Bellas Artes; al año siguiente, secretario general del gobierno de Puebla. De regreso en la ciudad de México, publicó "La muerte del cisne" (1915). Dirigió la revista "Pegaso" (1917), en unión de Ramón López Velarde y Efrén Rebollo, y publicó "El libro de la fuerza, de la bondad y del ensueño" (1917) y "Parábolas y otros poemas" (1918). En 1920 empezó su carrera diplomática: fue ministro plenipotenciario en Chile (1920-1922), en Argentina (1922-1924) y en España y Portugal (1924-1931). Durante esta etapa publicó "La palabra del viento" (1921), "El romero alucinado" (1923) y "Las señales furtivas" (1925). A su regreso a México, en 1931, ocupó puestos importantes en calidad de consejero. Enriqueció su obra con nuevos títulos: "Poemas truncos" (1935), "Ausencia y canto" (1937), "El diluvio de fuego" (1938) y "Bajo el signo mortal" (1942). En 1944 publicó sus "Poesías completas". Apareció entonces el primer volumen de su autobiografía: "El hombre del búho" (1944), que continuó posteriormente en "La apacible locura" (1951). "Vilano al viento" (1948), "Babel" (1949) y "El nuevo Narciso y otros poemas" (1952) cierran el ciclo de la vasta producción poética de González Martínez, considerado como el patriarca de la poesía mexicana moderna.*

* *Gran Enciclopedia Larousse*, en veinte volúmenes. Tomo noveno. Larousse. París. Buenos Aires. México, 1969, p. 306

ESCRITOR español (Bilbao, 1895). Se licenció en filosofía y letras y publicó sus primeros poemas en las revistas del movimiento ultraísta; después colaboró con César Vallejo en la fundación de "Favorables. París. Poema" (1926), y con Gerardo Diego en la de "Carmen", revistas de poesía que figuran entre las más importantes de este periodo. Muy influido por Apollinaire y por los surrealistas, figura, junto con Vicente Huidobro y Gerardo Diego, como tercer representante del "creacionismo". Exiliado en América a raíz de la guerra civil española, colaboró en la fundación de "Cuadernos Americanos". Posteriormente dirigió el aula César Vallejo de la universidad argentina de Córdoba. Como ensayista de temas literarios ha publicado "César Vallejo o Hispanoamérica en la cruz de su razón" (1955) y "Del surrealismo a Machu-Picchu" (1967), sobre la poesía de Pablo Neruda.*

Hay que agregar los libros siguientes del mismo autor: "Rendición de espíritu" en dos volúmenes; "Razón de ser", y "La espada de la paloma", editados por Cuadernos Americanos.

* *Gran Enciclopedia Larousse*, en veinte volúmenes. Tomo undécimo. Larousse. París. Buenos Aires. México. 1969, p. 449.

FILÓSOFO y ensayista español nació en San Sebastián (1900-1951). Fue secretario de la revista "Cruz y Raya", fundada por J. Bergamín. Después de la Guerra Civil Española (1936-1939), emigró a México. Uno de los fundadores de Cuadernos Americanos. Traductor al español de: "La Historia de los Papas" de Ranke; "La Filosofía de la Ilustración" de Cassirer; "La Lógica" de Dewey, etc. Se le debe la edición en español de las obras de G. Dilthey, la mayor parte de las cuales tradujo él mismo. Autor de: "Filosofía de la Historia de Kant" (selección y prólogo); "Asedio a Dilthey"; "El pensamiento de Dilthey: evolución y sistema", etc.*

A lo anterior hay que agregar que Eugenio Imaz fue un eficiente colaborador intelectual del Fondo de Cultura Económica durante algunos años y que pasó un año dando clases en la Universidad Central de Venezuela.

* *Diccionario Enciclopédico U.T.E.H.A.*, en diez volúmenes. Tomo IV. Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana. México, 1953, p. 217.

NACIÓ en San Luis Potosí, S. L. P., en 1892. Estudió en el Seminario de su ciudad natal, el cual abandonó cuando cursaba secundaria por haber sufrido una aguda enfermedad en los ojos. De mayo de 1912 a febrero de 1914 vivió en Nueva York. Allí cursó algunas materias en la "Pain Up Town Business School". De regreso a San Luis, escribió en los periódicos "El Demócrata" y "Redención". En 1914 acompañó al general Eulalio Gutiérrez en una expedición al oriente del Estado y asistió con el carácter de corresponsal a la Convención de Aguascalientes. Al triunfo del constitucionalismo, estuvo a punto de ser pasado por las armas, pero se defendió personalmente ante un Consejo de Guerra; sin embargo, estuvo 4 meses en prisión. En mayo de 1917 fundó la revista "Proteo" y en diciembre se mudó a la ciudad de México. De 1920 a 1922 estudió en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional. De 1919 a 1924 enseñó inglés en la Escuela Normal Primaria para Profesores; de 1925 a 1928, economía política en la Nacional de Maestros; de 1925 a 1927, historia económica de México en la Escuela de Verano; en 1928 y en 1930, Problemas Económicos y Sociales de México en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales y entre 1924 y 1938 Economía y Sociología en la Nacional de Agricultura. En 1928 fundó el Instituto Mexicano de Investigaciones Económicas y la "Revista Mexicana de Economía".

Junto con Antonio Espinoza de los Monteros y Federico Bach, elaboró en enero de 1929 el primer proyecto de plan de estudios de la licenciatura de economía. De 1931 a 1963 fue profesor de historia de las doctrinas económicas en la Escuela Nacional de Economía. Ha dictado cursillos y conferencias en instituciones de México y el extranjero. Dirigió la Escuela Nacional de Economía (1940-1942) y fundó en ella los laboratorios, un instituto especializado y la revista "Investigación Económica". Fue miembro de la Junta de Gobierno de la UNAM (1945-1962), de la cual se retiró por haber cumplido la edad límite de 70 años. A iniciativa suya se organizó un congreso científico para celebrar el IV Centenario de la Universidad (septiembre de 1951) y junto con Manuel Sandoval Vallarta, Francisco Larroyo y Pablo González Casanova, publicó después la "Memoria", en 15 volúmenes. Fue miembro de la Junta de Gobierno del Fondo de Cultura Económica (1935-1962) y participó en el Comité Editorial de la revista "Futuro" (1936-1937); dirigió el informe sobre el estado de la industria petrolera en 1937, base para el laudo del Grupo Núm. 7 de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje y para la sentencia de la Suprema Corte de Justicia (10.

de marzo de 1938) que condujeron a la expropiación de los bienes de las empresas; escribió la introducción y las notas del libro "El Petróleo de México"; patrocinó y dirigió la publicación de las "Obras Completas" de Miguel Othón de Mendizábal y la "Historia de San Luis Potosí" de Primo Feliciano Velázquez; presidió la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (1944-1946). En este año organizó el 2o. Congreso Mexicano de Ciencias Sociales y publicó en cinco volúmenes la Memoria del Congreso. Fundó y dirige la revista Cuadernos Americanos (desde 1942). Es autor de: "Conferencias. Apuntes sobre evolución económica de México" (1927), los capítulos sobre agricultura de "Sonora, Sinaloa, Nayarit" (1929), "Aspectos económicos de la Unión Soviética" (1930), "Un estudio del costo de la vida en México" (en colaboración, 1931), "Los salarios y la empresa de los Ferrocarriles Nacionales de México" (en colaboración, 1931), "México económico 1928-1930" (en colaboración, 1932), "La reforma agraria en México y en algunos otros países" (1934), "El pensamiento socialista. Esquema histórico" (1937), "Historia y antología del pensamiento económico. Antigüedad y Edad Media" (1939; 2a. ed., 1945; 3a. ed., 1953), "Petróleo mexicano. Historia de un problema" (1941), "Un ensayo sobre la Revolución Mexicana" (1946), "El pensamiento económico en México" (1947), "Meditaciones sobre México, ensayo y notas" (1948), "Tres siglos de pensamiento económico (1518-1817)" (1950), "Nueve estudios mexicanos" (1953), "La crítica social en Don Quijote de la Mancha" (1957), "El agrarismo mexicano y la reforma agraria" (1959; 2a. ed., 1963; 3a. ed., 1974), "México y su petróleo. Una lección para América" (Buenos Aires, 1959), "Breve Historia de la Revolución Mexicana" (2 vols., 1960 y 6 reimpresiones; 2a. ed., 1972 y 1974), traducción al francés (1968) y al italiano (1969). Hay una edición cubana (1969); "El mexicano y su morada" (1960), "Historia del pensamiento económico-social de la antigüedad al siglo xvi" (1961 y 2 reimpresiones), "Trayectoria ideológica de la Revolución Mexicana" (1963), "Antología del pensamiento económico-social. I. De Bodino a Proudhon" (1963; 2a. ed., 1972), "Historia de la expropiación de las empresas petroleras" (1964), "Inquietud sin tregua. Ensayos y artículos escogidos, 1937-1965" (1965; 2a. ed., 1972), "El pensamiento económico, social y político de México. 1810-1964" (1967; 2a. ed., 1975), "Mensaje a un joven economista mexicano" (1967; 2a. ed., 1971; 3a. ed., 1972), "Los fundadores del socialismo científico. Marx, Engels, Lenin" (1972), "Una vida en la vida de México" (1972), "La larga marcha de un hombre de izquierda" (1972), "Mis últimas andanzas. (1947-1970)" (1973), "Una historia de la Universidad de Méxi-

co y sus problemas" (1974), "La economía política en México. 1910-1974" (1975) y "El pensamiento de Lázaro Cárdenas" (1975).

Es licenciado en economía exoficio por la UNAM (1940) y profesor emérito (1960). Miembro de El Colegio Nacional (1948) y de la Academia Mexicana de la Lengua (1956). Catedrático Honorario de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos de Lima (1947), Doctor Honoris Causa de la Universidad de Toulouse, Francia (1959) y Premio Nacional de Ciencias Sociales (1962). Recibió la Medalla Eduardo Neri otorgada por la Cámara de Diputados (1972). Ha sido también: ministro de México en la URSS (1929-1930), oficial mayor (1932-1933) y subsecretario de Educación Pública (1933-1934), presidente del Comité de Aforos y Subsidios al Comercio Exterior (1938-1947), gerente general de la Distribuidora de Petróleos Mexicanos (1939-1940), subsecretario de Hacienda y Crédito Público (1945-1946) y presidente del Consejo Técnico de la Secretaría de Bienes Nacionales (1947-1948).*

* *Enciclopedia de México*. Director José Rogelio Alvarez. Tomo XI. Enciclopedia de México. Ciudad de México, 1977, pp. 394 y 395.

Martínez Báez, Manuel

NACIÓ en Morelia, Mich., en 1894. Cursó los estudios preparatorios en el Colegio de San Nicolás y los profesionales en la Escuela de Medicina de su ciudad natal; obtuvo su título el 2 de enero de 1916. Ahí fue profesor de anatomía patológica, patología general y clínica médica; y posteriormente, ayudante y maestro de esta última materia en la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional. Más tarde estudió parasitología y malariología en los institutos de Parasitología de la Universidad de París, Antipalúdico de Navalmoral de la Mata, España, y de Medicina e Higiene Tropicales de Hamburgo, en la Escuela de Malariología y en la Estación Experimental para la lucha antimalárica en Roma; e histología patológica de la piel, en la Universidad y en el Hospital "Saint Louis de París". En el Laboratorio de Anatomía Comparada de la Sorbona llevó cursos de técnica histológica superior, y anatomía patológica en el Laboratorio de Histopatología del doctor Del Río Hortega, en Madrid.

A su regreso al país, fue maestro de parasitología de la Escuela Nacional de Medicina, y años más tarde tuvo a su cargo el curso de enfermedades tropicales en la Escuela de Graduados de la UNAM. Desempeñó comisiones en materias de su especialidad en el

Instituto Politécnico Nacional y en la Escuela de Salubridad e Higiene. Contribuyó a la creación del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales y fue jefe del Laboratorio de Anatomía Patológica de ese organismo; director de Salubridad en el Distrito Federal, director general de Epidemiología, oficial mayor del Departamento de Salubridad y subsecretario de Salubridad y Asistencia; rector de la Universidad Michoacana (1924-1925) y vocal del Consejo Nacional de la Educación Superior y la Investigación Científica. Ha sido, además, representante permanente de México ante la UNESCO y delegado a varios congresos de la Organización Mundial de la Salud y de la Organización de la Alimentación y la Agricultura.

Miembro de número de la Academia Nacional de Medicina (de la que fue presidente de 1940 a 1942), recibió la medalla "Eduardo Liceaga" del gobierno mexicano, y la "Generalísimo Morelos" de su ciudad natal. Es miembro del Colegio Nacional. Ha publicado: "Libro para la madre mexicana" (1933), "Manual de parasitología médica" (1953), "Cajal biólogo" (1958), "Factores económicos, culturales y sociales en la génesis de las enfermedades tropicales" (1969) y "Vida y obra de Pasteur", publicado por el Fondo de Cultura Económica en 1972.*

* *Enciclopedia de México*. Director José Rogelio Alvarez. Tomo VIII. Enciclopedia de México. Ciudad de México, 1977, pp. 308 y 309.

Gaos, José

FILÓSOFO español nació en Gijón, Asturias (1900). Discípulo de Ortega y Gasset, y de García Morente. Catedrático en la Universidad Central, Madrid (1932), de la que fue rector, y profesor en la de México desde 1939. Ha traducido al español los fragmentos de Heráclito y la "Metafísica" de Aristóteles, así como una serie de obras de los grandes filósofos alemanes, clásicos y modernos. Autor de: "La crítica del psicologismo en Husserl"; "Dos exclusivas del hombre"; "Dos ideas de la Filosofía" (en colaboración polémica en Larroyo); "La filosofía de Maimónides"; "Pensamiento en lengua española"; "Filosofía de la Filosofía e Historia de la Filosofía"; "Un método para resolver los problemas de nuestro tiempo (la filosofía del prof. Northrop)", 1950, etc.*

* *Diccionario Enciclopédico U.T.E.H.A.*, en diez volúmenes, Tomo V. Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana. México, 1953, pp. 445.

Efectivamente, José Gaos llegó a México en 1939, iniciando su labor magisterial en La Casa de España en México, organización establecida para acoger a los intelectuales españoles que tuvieron que huir de su patria. Al mismo tiempo o casi al mismo tiempo, comenzó también a enseñar en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad. Desde luego adquirió notoriedad por sus altas prendas de conferenciante y por sus lecciones saturadas de profunda sabiduría. Gaos dejó en México buen número de discípulos que contribuyeron bajo su dirección a levantar en nuestro medio el nivel de los estudios filosóficos. Lo contamos entre nuestros mejores amigos y más cercanos colaboradores, habiendo contribuido a nuestra publicación con 37 artículo y notas a lo largo de un cuarto de siglo, de 1942 a 1966. Murió el 10 de junio de 1969, cuando estaba presidiendo un examen de grado en el Colegio de México. Cuadernos Americanos le rindió cumplido homenaje publicando nueve trabajos en su honor, de los distinguidos intelectuales Raúl Cardiel Reyes, Justino Fernández, Antonio Gómez Robledo, Juan Hernández Luna, Francisco Larroyo, Fernando Salmerón, Emilio Uranga, Ramón Xirau y Leopoldo Zea.

Caso, Alfonso (1896-1970)

ABOGADO, arqueólogo, indigenista. Nació y murió en la ciudad de México. Hermano del filósofo Antonio Caso. Descubridor de la Tumba No. 7 de Monte Albán, Oaxaca. Ejerció la cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de 1918 a 1940 y en la Escuela Nacional de Jurisprudencia, de 1919 a 1929. Dirigió la Escuela Nacional Preparatoria en 1938. Enseñó arqueología mexicana de 1929 a 1943, en la Escuela Nacional de Antropología y etnología general en 1930 en la Facultad de Filosofía y Letras. Desempeñó los cargos de jefe del Departamento de Arqueología del Museo Nacional de 1930 a 1933; director del Museo Nacional de 1933 a 1934, director de las exploraciones de Monte Albán, Oax., de 1931 a 1943; profesor huésped en la Universidad de Chicago en 1943; director del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1939 a 1944; director general de Enseñanza Superior e Investigación Científica en 1944, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, entre 1944 y 1945; Secretario de Bienes Nacionales e Inspección Administrativa, del 10. de diciembre de 1946 al 31 de diciembre de 1948, y director del Instituto Nacional Indigenista, desde el 10. de enero de 1949. Era Vocal de la Comisión Nacional de los Libros de Texto

Gratuito. Obtuvo el Premio Nacional de Ciencias en 1960 y acababa de recibir el Premio Nacional de Antropología Fray Bernardino de Sahagún. De su extensa bibliografía citamos: "El Teocalli de la Guerra Sagrada", México (1927); "Las Estelas Zapotecas", México (1928); "Las Exploraciones en Monte Albán", México (1932) y ss.; "La Religión de los Aztecas", México (1936); "Los barrios antiguos de Tenochtitlan y Tlatelolco", México (1956); "Los Calendarios Prehispánicos", I. I. H., U. N. A. M., México (1967); y, últimamente: "El tesoro de Monte Albán". Su biblioteca, rica en ediciones de códices y en obras relativas a la arqueología de México, fue adquirida por el Estado, y se custodia en el Museo Nacional de Antropología e Historia de la capital de la República.*

* *Diccionario Porrúa*. 4ª edición corregida y aumentada, con un suplemento. Editorial Porrúa, S. A. Tomo II. México, 1976, pp. 2423.

Yáñez, Agustín

NACIMIENTO: 4 de mayo de 1904, en Guadalajara, Jal. Estudios: preescolares, primarios, preparatorios y profesionales de Derecho en la ciudad de Guadalajara; profesionales de Filosofía en la Universidad Nacional de México. Servicios docentes: Profesor de la Escuela Preparatoria de la Universidad de Guadalajara (de septiembre de 1931 a enero de 1932), Profesor de la Escuela Nacional Preparatoria (1932 a la fecha, con licencia), Profesor de Enseñanza Preparatoria y Secundaria en la Secretaría de Educación Pública (1936-1952), Profesor fundador de la cátedra de Teoría Literaria en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de México (1942 a la fecha, con licencia), Director del Seminario de Creación Literaria. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional (1959 a la fecha, con licencia) y Cursos regulares anuales en El Colegio Nacional. Otros servicios a la educación: Director de la Oficina de Radio de la Secretaría de Educación Pública (1932-1934), Jefe de clases de Español y Literatura de la Nacional Preparatoria (1936-1952), Coordinador de Humanidades y Presidente del Consejo Técnico de Investigaciones Humanísticas de la Universidad Nacional (1945-1952), Representante de la Universidad Nacional en misión de acercamiento con las Universidades y Centros de Cultura Superior de Centro y Sudamérica (1946-1947), Miembro de la Delegación Mexicana al Primer Congreso de Universidades Latinoamericanas, celebrado en Guatemala (septiembre de 1949). Cargos, comisiones, distinciones y actividades diversas: Jefe del Departamen-

to de Bibliotecas y Archivos Económicos de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público (1934-1952), Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco (10. de marzo de 1953 a 28 de febrero de 1959), Consejero de la Presidencia de la República (marzo de 1959-septiembre de 1962), Embajador Extraordinario y Plenipotenciario en Misión Especial, ante el Gobierno de la República Argentina (mayo de 1960), Jefe de la Delegación Mexicana —con rango de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario, en Misión Especial— ante la XI Asamblea General de la UNESCO en París (noviembre-diciembre de 1960), Subsecretario de la Presidencia de la República (septiembre de 1962-noviembre de 1964), Secretario de Educación Pública (del 10. de diciembre de 1964 al 30 de noviembre de 1970). Ultimamente director de la edición de libros de texto gratuitos, para las escuelas primarias, que edita por millones la Secretaría de Educación Pública. Jefe de la Delegación Mexicana y luego Presidente, designado por aclamación, de la Reunión Extraordinaria, a nivel ministerial, del Consejo Interamericano para la Educación, la Ciencia y la Cultura, de la Organización de los Estados Americanos (sede de la OEA, Washington, D. C., del 7 al 11 de abril de 1970). Doctor Honoris Causa de la Universidad de las Américas, 15 de julio de 1970, por unanimidad es electo Miembro de la "Academie du Monde Latin" (París, 30 de abril de 1971), electo director de la Academia Mexicana (12 de enero de 1973), toma posesión del cargo el 26 del mismo mes, Premio Nacional de Letras, entregado por el C. Presidente de la República (1973), invitado de honor al XVII Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, que se reúne por primera vez en España; iniciado en la Universidad de Alcalá de Henares, prosigue en las Universidades de Madrid y Sevilla, y se termina en Huelva (20 al 26 de marzo de 1975), es electo por unanimidad Miembro Correspondiente de la Academia Argentina de Letras (12 de junio de 1975), invitado de honor al Congreso de Escritores Hispanos, Universidad de California, Los Angeles. Numerosos discursos y conferencias dentro del país y en centros culturales en el extranjero.

Bibliografía: "Flor de juegos antiguos" (1942; 2a. edición, 1958; 3a. edición, 1959; 4a., 5a., 6a., 7a. edición, 1965-1972). Está contenida también en "Obras Escogidas", Editorial Aguilar, México, 31 de julio de 1968. "Fray Bartolomé de las Casas" (1942; 2a. ed. 1949; 3a. ed. 1966; 4a. ed. 1974). "Archipiélago de mujeres" (1943; 2a. ed. parcial con el título de "Melibea, Isolda y Alda en tierras cálidas" (1946). "Al filo del agua" (1947; de la 2a. a la 13a. eds. en la colección "Escritores Mexicanos", No. 72 de la Ed. Porrúa), se halla incluido en "Obras escogidas", Ed. Aguilar. "Don Justo Sie-

rra, su vida, sus ideas y su obra" (1950; 2a. ed., 1962). "La creación". Novela (1959, 2a. ed., 1959; siguientes ediciones, 1963-1968-1971-1975). "Ojerosa y pintada". Novela (1960; 2a. y 3a. ed., 1967), incorporada en "Obras Escogidas". "La tierra pródiga". Novela. (1a. ed. Letras Mexicanas; 2a. ed. y siguientes Colección Popular, Ed. Fondo de Cultura Económica, 1960, 1966, 1971, 1973, 1974), incorporada en "Obras Escogidas". "La formación política" (1962, 2a. ed., 1971). "Las tierras flacas". Novela. (1962; 2a. a 5a. ed., 1964-1968-1972-1975; 6a. ed., 1975), incorporada a "Obras escogidas". "Tres cuentos" (1964; 2a. a 6a. eds., 1965-1967-1969-1971-1974), incorporada a "Obras escogidas". "Los sentidos al aire" (1964). "Obras escogidas" (1968; 2a. ed., 1974). "Las vueltas del tiempo". Novela. (1973; 2a. ed., 1975). "Por los caminos de la vida". Colaboración en el libro "El pensamiento contemporáneo de México" (1974).*

* La Redacción.

Martínez, José Luis

NACIÓ en Atoyac, Jal., en 1918. Cursó la instrucción primaria en los colegios Renacimiento de Ciudad Guzmán, Jal. (1924-1930), y Francés La Salle de México (1931); la secundaria y preparatoria en la Universidad de Guadalajara (1932-1937); dos años en la Facultad de Medicina de la UNAM (1938-1939) y la carrera de letras en la Facultad de Filosofía de la propia casa (1938-1943). Ha enseñado literatura mexicana en la Escuela Nacional Preparatoria (1940-1943) y (1947-1950), español superior en la Escuela de Verano de la UNAM (1942-1944), lengua y literatura española en la Escuela Normal Superior (1945-1951), esas mismas materias en la Universidad Femenina (1946-1949) y crítica literaria (1949-1952) y (1959-1960) y literatura mexicana del siglo XIX (1948-1952 y 1965) en la Facultad de Filosofía y Letras. En 1951 fue maestro huésped de la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador. Ha dictado numerosas conferencias en México y en el extranjero. Ha sido director del seminario para la Investigación del Periodismo Literario en el siglo XIX, en El Colegio de México (1950), presidente del Colegio de Profesores de Literatura de la Facultad de Filosofía (1950-1953) y del PEN Club de México (1968-1969), miembro de la Junta de Gobierno de El Colegio de México

(1967-) y vocal de la Comisión Nacional de los Libros de Texto Gratuitos (1967-1971). Es "officier d'Académie" de la República Francesa (1947), miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua (1958) y correspondiente de la Real Española (1960). El Estado de Jalisco le otorgó la insignia "José María Vigil".

Ha sido delegado de México ante el Cuarto Congreso Internacional de Catedráticos de Literatura Iberoamericana (La Habana, 1949), el VIII Congreso Panamericano de Ferrocarriles (Washington, 1953), la Primera Conferencia Interparlamentaria Americana (Lima, 1959), la VI y VII Reuniones de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores (San José de Costa Rica, 1960) y las XII y XIII conferencias generales de la UNESCO (París, 1962 y 1964); y presidente de las delegaciones mexicanas ante la XV Conferencia General de la UNESCO (París, 1968) y la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales (Venecia, 1970). Ha desempeñado los siguientes puestos públicos: secretario particular del Secretario de Educación (1943-1946), secretario de El Colegio Nacional (1947-1951), secretario particular del gerente de los Ferrocarriles Nacionales de México (1952-1953) y luego ayudante de éste en administración (1953-1955) y relaciones públicas y servicios sociales (1955-1958), consejero de Pipsa (1956-1961), diputado federal por el 8o. distrito de Jalisco (1958-1961), embajador en Lima (1961-1962) y en la UNESCO (París, 1963-1964), y embajador en Atenas (1971-1974).

Ha publicado entre otros, los siguientes libros: "Literatura mexicana" (2 vols., 1949-1950), "La emancipación literaria de México" (1955), "Problemas literarios" (1955), "La expresión nacional. Letras mexicanas del siglo XIX" (1955), "El ensayo mexicano moderno" (introducción, selección y notas, 1958; 2a. ed., 1971; hay traducción inglesa), "De la naturaleza y carácter de la literatura mexicana" (1960), "Las letras patrias. De la época de la independencia a nuestros días" (1960), "La luna" (recopilación y presentación, 1969), "Ramón López Velarde: Obras" (edición, 1971), "Unidad y diversidad de la literatura latinoamericana" (1972), "Nezahualcōyotl. Vida y obra" (1972), "Nezahualcōyotl" (colección de textos y estudio preliminar, 1972) y "El mundo antiguo", en seis volúmenes (Introducción, selección y notas), obra editada por la Secretaría de Educación Pública en 1976. Es también obra suya el capítulo "La literatura" en el t. IV. "La Cultura de México: cincuenta años de Revolución" (1960).*

* *Enciclopedia de México*. Director José Rogelio Álvarez. Tomo VIII. Enciclopedia de México. Ciudad de México. 1977, pp. 304 y 305.

Giner de los Ríos, Francisco

POETA y escritor, sobrino del eminente pedagogo y filósofo del mismo nombre. Nació en Madrid en 1917. Fue de los intelectuales españoles que encontraron refugio en México en los años de 1939 e inmediatos siguientes. Entre sus publicaciones, vamos a consignar las que aparecieron en nuestra revista: "Tiempo de Berlín"; "La actual poesía española"; "De la conquista a la independencia"; "La conferencia de la UNESCO en México"; "Historia y novela del Ecuador"; "Invitación a la poesía de Alfonso Reyes"; "El Abate Andrés y el siglo XVIII"; "En la madrugada final de Eugenio Imaz"; "Agustín Yáñez y la obra de Justo Sierra"; "Llanto con Emilio Prados"; "Palabras para León Felipe", y "Don Francisco y Juan Ramón". Vivió algunos años en México, trasladándose después a Santiago de Chile, donde formó parte del equipo de la CEPAL. Después de la muerte de Franco, se trasladó a España, donde reside en la actualidad.*

* La Redacción.

Sandoval Vallarta, Manuel

FÍSICO mexicano nació en México, D. F., en 1899. Se graduó de doctor en Ciencias en el Instituto de Tecnología de Massachusetts (1924). Profesor de la sección de Física del mismo centro (1938). Investigador de la Institución Carnegie de Washington. Profesor visitante de la Universidad de Lovaina (1935); profesor honorario de la Universidad Autónoma de México y jefe de su departamento de Investigaciones Científicas. Director del Instituto Politécnico Nacional. Presidente de la Comisión Impulsora y Coordinadora de la Investigación Científica de México. Miembro del Colegio Nacional de México. Premio Nacional de Física (1946). Representante de su país en la Comisión Internacional de la Energía Atómica. Sus trabajos de investigación se refieren a la teoría de la relatividad y al estudio de los fenómenos de la radiación cósmica. Director desde 1929 del "Journal of Mathematics and Physics". Autor de: "Outline of the theory of the allowed cone of cosmic radiation" (1938).*

* *Diccionario Enciclopédico U.T.E.H.A.*, en diez volúmenes. Tomo IX. Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana. México, 1953, pp. 346.

En *Cuadernos Americanos* dio a la luz pública los artículos siguientes: "Diez años de teoría de la radiación cósmica primaria"; "La bomba"; "La responsabilidad moral del hombre de ciencia"; "México en la Comisión de Energía Atómica de las Naciones Unidas"; Ciencia y política"; "La situación energética de México" y "El pacto para abolir las explosiones nucleares". Murió en esta ciudad el 18 de abril de 1977.

I N D I C E S

DE

CUADERNOS
AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1977

AÑO XXXVI

Vols. CCX al CCXV

Nos. 1 al 6

INDICE ALFABETICO DE AUTORES

ABREVIACIONES: N. T., *Nuestro Tiempo*; H. a C. P., *Homenaje a Carlos Pellicer*; H. de N. L., *Hombres de Nuestro Linaje*; H. de N. E., *Hombres de Nuestra Estirpe*; H. a N. D., *Homenaje a Nuestro Director*; A. P., *Aventura del Pensamiento*; P. P., *Presencia del Pasado*; D. I., *Dimensión Imaginaria*; I. de N. I. y C. A., *Intelectuales de Nuestro Idioma y "Cuadernos Americanos"*

	Núm.	Pág.
Aguilar, Ricardo D. y Larios, Fernando. " <i>Alfonso Reyes: Visión de la caída</i> " (D. I.)	III	227
Alvarez, Gilda de. <i>Estampas peruanas "El Avaro"</i> (D. I.)	II	236
Anadón, José. <i>Epistolario entre Gabriela Mistral y Eduardo Barrrios</i> (D. I.)	II	228
Arango, L. Manuel Antonio. <i>Aspectos sociales en dos comedias de Lope de Vega, Peribáñez y Fuenteovejuna</i> (P. P.)	III	170
—. <i>Aspectos sexuales y sicológicos en el "Acto preparatorio", en la novela Al filo del agua, de Agustín Yáñez</i> (D. I.)	VI	173
Bagú, Sergio. <i>José Luis Romero: Evocación y evaluación</i> (A. P.)	IV	97
Barrera, Ernesto M. <i>El Vodú y el sacrificio del Totem en "El reino de este mundo"</i> (P. P.)	II	148
Beer, Gabriella de. <i>Pedro Henriquez Ureña en la vida intelectual mexicana</i> (P. P.)	VI	124
Bernal, Ignacio. <i>Opiniones sobre el origen del indio americano</i> (P. P.)	V	135
Bertrand de Muñoz, Maryse. <i>Paralelo estructural entre "El Jarama" de Sánchez Ferlosio y "El Cortejo" de Otaola</i> (D. I.)	IV	243
Bialik Huberman, Gisela. <i>El habla de los mozarabes ¿Un tesoro perdido?</i> (P. P.)	III	163
Brughetti, Romualdo. <i>Punto crucial de la crítica: Valorar la obra de arte</i> (D. I.)	III	221
Cambre Mariño, Jesús. <i>España, engranaje del imperialismo</i> (N. T.)	III	15
Cardona Peña, Alfredo. <i>Trampa al olvido</i> (D. I.)	III	201
Carrión, Benjamín. <i>Saúl Below, Premio Nobel de Literatura 1976</i> (D. I.)	I	199
—. <i>La ceguera de Sartre</i> (A. P.)	II	90
Concha, Jaime. <i>La poesía chilena actual</i> (D. I.)	V	211
Córdova, Luis. <i>La colonización de guante blanco</i> (N. T.)	V	19
Cossío del Pomar, Felipe. <i>Enigmas de Picasso</i> (D. I.)	IV	214
Curbelo Mezquida, Alberto. <i>¿Te has preguntado por qué?</i> (D. I.)	III	262
Chevalier, François. <i>El modelo mexicano de revolución</i> (P. P.)	I	172
Chirinos Soto, Enrique. <i>Amor, tiempo y muerte en los poemas de Rubén Darío</i> (D. I.)	V	223
Donahue, Francis. <i>Política y estética: El teatro épico</i> (A. P.)	I	97

	Núm.	Pág.
Duque, Alfredo S. y Gama, Ana Magdalena. <i>Homenaje a nuestro director</i> (H. a N. D.)	V	57
Duque, Alfredo S. <i>Intelectuales de nuestro idioma y "Cuadernos Americanos"</i> (I. de N. I. y C. A.)	VI	193
Fernández, Juan. <i>Mito y realidad de las Universidades Latinoamericanas</i> (A. P.)	VI	56
Fernández Suárez, Alvaro. <i>La estrategia de la oposición española en la era postfranquista</i> (N. T.)	I	7
Ferrer Canales, José. <i>Una faceta de Hostos</i> (A. P.)	III	127
Fetscher, Iring. <i>Reflexiones sobre el cinismo como problema de nuestro tiempo</i> (A. P.)	V	118
Florián, Mario. <i>La épica inkaika</i> (P. P.)	I	131
Fronzidi, Risieri. <i>Significado de la libertad</i> (A. P.)	I	69
Gama, Ana Magdalena y Duque, Alfredo S. <i>Homenaje a nuestro director</i> (H. a N. D.)	V	57
García, Antonio. <i>Reflexiones sobre la crisis del humanismo burgués. Una perspectiva del tercer mundo</i> (N. T.)	IV	17
García Canclini, Néstor. <i>La estética de Octavio Paz: El conflicto del erotismo con la historia</i> (A. P.)	I	83
Garrido, Manuel S. <i>Tragedia y revolución en André Malraux</i> (N. T.)	I	61
———. <i>Los dictadores latinoamericanos</i> (N. T.)	III	51
———. <i>Dialéctica de la acción en prosa y la narración en prosa en "La Dorotea" de Lope de Vega</i> (P. P.)	IV	156
Gil Casado, Pablo. <i>Nononó. Tres veces no</i> (D. I.)	IV	254
Guillén, Fedro. <i>Estados Unidos y América Latina—Recuerdos de la XVI Interparlamentaria</i> (N. T.)	II	54
———. <i>Con Miguel Angel Asturias</i> (N. T.)	III	41
Hanke, Lewis. <i>Proposición para un proyecto de historia oral para historiadores</i> (N. T.)	VI	17
Igartúa, Francisco. <i>A los cuarenta años de la muerte del heterodoxo Don Miguel de Unamuno</i> (A. P.)	III	109
Kirk, John M. <i>El aprendizaje de Martí revolucionario: una aproximación psico-histórica</i> (A. P.)	I	108
Kogan, Jacobo. <i>Actualidad de Spinoza</i> (A. P.)	IV	105
Landa, Rubén. <i>Mis recuerdos de don Antonio Machado</i> (D. I.)	I	208
Larios, Fernando y Aguilar, Ricardo D. <i>"Alfonso Reyes: Visión de la caída"</i> (D. I.)	III	227
Larrea, Julio. <i>La política económica y la educación</i> (N. T.)	I	37
Latorre, Carlos. <i>Temas y técnicas surrealistas en el "Licenciado Vidriera", de Miguel de Cervantes</i> (P. P.)	IV	135
Losada, Angel y Zavala, Silvio. <i>Aspectos formales de la controversia entre Sepúlveda y Las Casas en Valladolid, a mediados del Siglo XVI y Observaciones sobre "La Apología" de Fray Bartolomé de Las Casas (Respuesta a una consulta)</i> (P. P.)	III	137
Maldonado, Carlos. <i>La unidad popular y el proceso cultural chileno</i> (P. P.)	V	177
Mansilla, H. C. F. <i>Los jóvenes bajo el imperio de la moda</i> (N. T.)	II	63
———. <i>La actitud escéptica ante la problemática social</i> (A. P.)	III	115

	Núm.	Pág.
Maples Arce, Manuel. <i>Alegría y queja de Panamá</i> (P. P.)	I	185
Martha Estefanía. <i>Siete poemas</i> (D. I.)	II	189
Martínez, José Luis. <i>Carlos Pellicer</i> (D. I.)	IV	211
Martínez A., Agustín. <i>El joven Lukács. Introducción a Teoría de la novela</i> (D. I.)	VI	152
Martínez de la Vega, Francisco. <i>El sistema mexicano sobrevive</i> (N. T.)	I	20
— . <i>Carter: ¿Nueva cara del viejo imperio?</i> (N. T.)	II	7
— . <i>Nunca estuvo México alejado de España</i> (N. T.)	III	7
— . <i>Cuba y Estados Unidos; ¿Fin de la política-ficción?</i> (N. T.)	IV	7
— . <i>Panamá; soberanía y negociación</i> (N. T.)	V	47
Martínez Estrada, Ezequiel. <i>Leopoldo Lugones (1874-1938)</i> retrato sin retocar (D. I.)	VI	140
Mejía Valera, José. <i>Apuntes sobre los modelos de desarrollo</i> (A. P.)	II	113
Mejía Valera, Manuel. <i>Relato de la Utopía</i> (D. I.)	I	250
— . <i>Narradores mexicanos contemporáneos</i> (D. I.)	III	266
— . <i>Otra vez, ¿entre Escila y Caribdis?</i> (A. P.)	V	123
Monteforte Toledo, Mario. <i>Mecanismos ideológicos del poder en los países dominados. El caso de Centroamérica</i> (N. T.)	IV	14
Navarrete, Raúl. <i>Memoria en la especie</i> (D. I.)	V	191
Nota de la Redacción. <i>La muerte de un gran latinoamericano</i> (N. T.)	III	55
Noyola Vázquez, Francisco. <i>La sociedad económica moderna</i> (N. T.)	I	47
Osorio, Marconi. <i>Una visión particular de China</i> (N. T.)	IV	34
Othón de Mendizábal, Miguel. <i>La conquista espiritual de la "Tierra de Guerra" y su obstrucción por los conquistadores y pobladores</i> (P. P.)	II	125
Pacheco, León. <i>Dos personajes centroamericanos: El General Francisco Morazán y el Lic. Braulio Carrillo</i> (P. P.)	III	176
Peniche Vallado, Leopoldo. <i>El idealismo pragmático de Salvador Alvarado</i> (H. de N. L.)	IV	47
Pérez Lobo, Rafael. <i>Hispanoamérica está "hispanizando" a España</i> (A. P.)	II	99
Pérez Montaner, Jaime. <i>Una aproximación al teatro de la guerra civil española</i> (P. P.)	V	169
Pupo-Walker, Enrique. <i>Elaboración y teoría en los cuentos de Ricardo Güiraldes</i> (D. I.)	VI	164
Rama, Carlos M. <i>Flora Tristán en América del Sur</i> (P. P.)	V	159
Rexach, Rosario. <i>Antología crítica de la prosa modernista hispano-americana</i> (D. I.)	I	247
— . <i>"Epistolario Alfonso Reyes-José M. Chacón" por Zenaida Gutiérrez Vega</i> (P. P.)	IV	206
Roa, Raúl. <i>Enrique José Varona</i> (P. P.)	IV	190
Rocamora, Juan. <i>El Presidente Mártir</i> (P. P.)	II	158
Rodríguez Alcalá, Hugo. <i>En el cincuentenario de las "orientaciones" de Don Pedro</i> (D. I.)	I	221
— . <i>Cosas que pasan</i> (D. I.)	V	247

	Núm.	Pág.
— <i>Utopía en la selva americana: Encrucijada del Espíritu Santo</i> (P. P.)	VI	81
Rodríguez Araujo, Octavio. <i>Una reforma política en México</i> (N. T.)	V	7
— <i>Obstáculos políticos para el desarrollo mexicano</i> (N. T.)	VI	31
Rojas González, Francisco. <i>La cabra en dos patas</i> (D. I.)	VI	182
Royo, Grinor. <i>Una novela del proceso chileno: Soñé que la nieve ardía de Antonio Skármeta</i> (D. I.)	III	238
Rokas, Nicholas W. <i>El fracaso en las novelas de Mario Monteforte Toledo: La obsesión de la libertad</i> (D. I.)	IV	231
Romero, Francisco. <i>Nietzsche</i> (A. P.)	V	101
Ruiz de la Cruz, Carlos. <i>Las ruinas de Tiabuanaco</i> (P. P.)	II	137
Russotto, Mária. <i>Realismo, lenguaje y significado; reflexiones sobre un cuento de Revueltas</i> (D. I.)	I	233
Sacoto, Antonio. <i>Nuestra América de José Martí</i> (P. P.)	VI	96
Salomon, Noél. <i>A propósito de dos cartas inéditas de Justo Sierra a Benito Pérez Galdós</i> (P. P.)	VI	106
Sánchez, Luis Alberto. <i>Amauta: su proyección y su circunstancia</i> (P. P.)	I	142
Sandoval Vallarta, Manuel. <i>La responsabilidad moral del hombre de ciencia</i> (A. P.)	IV	85
Santibáñez, Carlos. <i>La incomunicación en dos obras hispano-americanas</i> (A. P.)	IV	119
Selva, Mauricio de la. <i>Homenaje a Carlos Pellicer, Poeta de América</i> (H. a C. P.)	III	59
Silva Herzog, Jesús. <i>Francis Bacon y la investigación científica</i> (N. T.)	I	28
— <i>Las ideas económicas sociales y políticas de Salvador Alvarado</i> (H. de N. L.)	IV	67
— <i>Una rectificación necesaria</i> (H. de N. L.)	VI	43
Sosa López, Emilio. <i>Crónicas (poemas)</i> (D. I.)	VI	135
Stern, Alfred. <i>Los valores y su crisis en el mundo actual</i> (A. P.)	II	73
Subcomisión de Salud Mental-Casa Argentina en México. <i>¿Salud mental en la Argentina de hoy?</i> (N. T.)	V	36
Torre Villar, Ernesto de la. <i>La reforma como proceso ideológico y cultural</i> (P. P.)	IV	178
Torres Bodet, Jaime. <i>Misión de los escritores en la organización de la paz</i> (A. P.)	VI	47
Torriente, Loló de la. <i>Epitafio para un poeta</i> (D. I.)	II	211
Turón, Carlos Eduardo. <i>Compasión de Eleusis (9 poemas)</i> (D. I.)	II	194
Uslar Pietri, Arturo. <i>Andrés Bello, el desterrado</i> (P. P.)	V	147
Verbitsky, Bernardo. <i>"No soy intelectual ni literato"</i> (D. I.)	V	233
Vitier, Cintio. <i>Una fuente venezolana de José Martí</i> (P. P.)	I	150
Weimberg, Gregorio. <i>Hacia una planetarización de la historia</i> (A. P.)	I	123
Weiss, Judith A. <i>Roque Dalton: puntos de partida para el estudio de su obra poética</i> (D. I.)	V	199
Witker, Alejandro. <i>"José Tobá": Fulgor y huella en la Revolución Chilena (Esbozo biográfico)</i> (N. T.)	II	15

	Núm.	Pág.
Zavala, Silvio y Angel Losada. <i>Aspectos formales de la controversia entre Sepúlveda y Las Casas en Valladolid, a mediados del Siglo XVI y Observaciones sobre "La Apología" de Fray Bartolomé de Las Casas (Respuesta a una consulta)</i> (P. P.)	III	137
— . <i>Un recuerdo de Marcel Bataillon</i> (N. T.)	VI	7

INDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

	Núm.	Pág.
Alvaro Fernández Suárez. <i>La estrategia de la oposición española en la era postfranquista</i>	I	7
Francisco Martínez de la Vega. <i>El sistema mexicano sobrevive</i>	I	20
Jesús Silva Herzog. <i>Francis Bacon y la investigación científica</i>	I	28
Julio Larrea. <i>La política económica y la democracia en la educación</i>	I	37
Francisco Noyola Vázquez. <i>La sociedad económica</i>	I	47
Manuel S. Garrido. <i>Tragedia y revolución en André Malraux</i>	I	61
Francisco Martínez de la Vega. <i>Carter: ¿Nueva cara del viejo imperio?</i>	II	7
Alejandro Witker. "José Tohá": <i>Fulgor y huella en la Revolución Chilena (Esbozo biográfico)</i>	II	15
Fedro Guillén. <i>Estados Unidos y América Latina—Recuerdos de la XVI Interparlamentaria</i>	II	54
H. C. F. Mansilla. <i>Los jóvenes bajo el imperio de la moda</i>	II	63
Francisco Martínez de la Vega. <i>Nunca estuvo México alejado de España</i>	III	7
Jesús Cambre Mariño. <i>España, engranaje del imperialismo</i>	III	15
Fedro Guillén. <i>Con Miguel Angel Asturias</i>	III	41
Francisco Martínez de la Vega. <i>Cuba y Estados Unidos; ¿Fin de la política-ficción?</i>	IV	7
Mario Monteforte Toledo. <i>Mecanismos ideológicos del poder en los países dominados. El caso de Centroamérica</i>	IV	14
Antonio García. <i>Reflexiones sobre la crisis del humanismo burgués. Una perspectiva del tercer mundo</i>	IV	17
Marconi Osorio. <i>Una visión particular de China</i>	IV	34
Octavio Rodríguez Araujo. <i>Una reforma política en México</i>	V	7
Luis Córdova. <i>La colonización de guante blanco</i>	V	19
Subcomisión de Salud Mental "Casa Argentina en México". <i>¿Salud mental en la Argentina de hoy?</i>	V	36
Francisco Martínez de la Vega. <i>Panamá; soberanía y negociación</i>	V	47
Silvio Zavala. <i>En recuerdo de Marcel Bataillon</i>	VI	7
Lewis Hanke. <i>Proposición para un proyecto de historia oral para historiadores</i>	VI	17
Octavio Rodríguez Araujo. <i>Obstáculos políticos para el desarrollo mexicano</i>	VI	31

Notas

	Núm.	Pág.
<i>Los dictadores latinoamericanos</i> , por Manuel S. Garrido . . .	III	51
<i>La muerte de un gran latinoamericano</i> , Nota de la Redacción	III	55

HOMENAJE A CARLOS PELLICER

Mauricio de la Selva. <i>Homenaje a Carlos Pellicer. Poeta de América</i>	III	59
---	-----	----

HOMBRES DE NUESTRO LINAJE

Leopoldo Peniche Vallado. <i>El idealismo pragmático de Salvador Alvarado</i>	IV	47
Jesús Silva Herzog. <i>Las ideas económicas, sociales y políticas de Salvador Alvarado</i>	IV	67
Jesús Silva Herzog. <i>Una rectificación necesaria</i>	VI	43

HOMENAJE A NUESTRO DIRECTOR

Alfredo S. Duque y Ana Magdalena Gama. <i>Homenaje a nuestro Director</i>	V	57
---	---	----

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ensayos

Risieri Frondizi. <i>Significado de la libertad</i>	I	69
Néstor García Canclini. <i>La estética de Octavio Paz: El conflicto del erotismo con la historia</i>	I	83
Francis Donahue. <i>Política y estética: El teatro épico</i>	I	97
John M. Kirk. <i>El aprendizaje de Martí revolucionario: una aproximación psico-histórica</i>	I	108
Gregorio Weimberg. <i>Hacia una planetarización de la historia</i>	I	123
Alfred Stern. <i>Los valores y su crisis en el mundo actual</i>	II	73
Benjamín Carrión. <i>La ceguera de Sartre</i>	II	90
Rafael Pérez Lobo. <i>Hispanoamérica está "hispanizando" a España</i>	II	99
José Mejía Valera. <i>Apuntes sobre los modelos de desarrollo</i>	II	113
Francisco Igartúa. <i>A los cuarenta años de la muerte del heterodoxo Don Miguel de Unamuno</i>	III	109
H. C. F. Mansilla. <i>La actitud específica ante la problemática social</i>	III	115
José Ferrer Canales. <i>Una faceta de Hostos</i>	III	127
Manuel Sandoval Vallarta. <i>La responsabilidad moral del hombre de ciencia</i>	IV	85

	Núm.	Pág.
Sergio Bagú. <i>José Luis Romero: Evocación y evaluación</i> . . .	IV	97
Jacobo Kogan. <i>Actualidad de Spinoza</i>	IV	105
Carlos Santibáñez. <i>La incomunicación en dos obras hispano-americanas</i>	IV	119
Francisco Romero. <i>Nietzsche</i>	V	101
Iring Fetscher. <i>Reflexiones sobre el cinismo como problema de nuestro tiempo</i>	V	118
Jaime Torres Bodet. <i>Misión de los escritores en la organización de la paz</i>	VI	47
Juan Fernández. <i>Mito y realidad de las Universidades Latino-americanas</i>	VI	56

Notas

<i>Otra vez, ¿entre Escila y Caribdis?</i> , por Manuel Mejía Valera	V	128
--	---	-----

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

Mario Florián. <i>La épica inkaika</i>	I	131
Luis Alberto Sánchez. <i>Amauta: su proyección y su circunstancia</i>	I	142
Cintio Vitier. <i>Una fuente venezolana de José Martí</i>	I	150
François Chevalier. <i>El modelo mexicano de revolución</i>	I	172
Manuel Maples Arce. <i>Alegría y queja de Panamá</i>	I	185
Miguel Othón de Mendizábal. <i>La conquista espiritual de la "Tierra de Guerra" y su obstrucción por los conquistadores y pobladores</i>	II	125
Carlos Ruiz de la Cruz. <i>Las ruinas de Tiabuanaco</i>	II	137
Ernesto M. Barrera. <i>El vodú y el sacrificio del Totem en "El Reino de este mundo"</i>	II	148
Juan Rocamora. <i>El Presidente Mártir</i>	II	158
Silvio Zavala y Angel Losada. <i>Aspectos formales de la controversia entre Sepúlveda y Las Casas en Valladolid, a mediados del Siglo XVI y Observaciones sobre "La Apología" de Fray Bartolomé de Las Casas (Respuesta a una consulta)</i>	II	137
Gisela Bialik Huberman. <i>El habla de los mozarabes ¿Un tesoro perdido?</i>	III	163
Manuel Antonio Arango. <i>Aspectos sociales en dos comedias de Lope de Vega, Petibáñez y Fuenteovejuna</i>	III	170
León Pacheco. <i>Dos personajes centroamericanos: El General Francisco Morazán y el Licenciado Braulio Carrillo</i>	III	177
Carlos Latorre. <i>Temas y técnicas surrealistas en el "Licenciado Vidriera", de Miguel de Cervantes</i>	IV	135
Manuel S. Garrido. <i>Dialéctica de la acción en prosa y la narración en prosa en "La Dorotea" de Lope de Vega</i>	IV	156
Ernesto de la Torre Villar. <i>La reforma como proceso ideológico y cultural</i>	IV	178

	Núm.	Pág.
Raúl Roa. <i>Enrique José Varona</i>	IV	190
Ignacio Bernal. <i>Opiniones sobre el origen del indio americano</i>	V	135
Arturo Usilar Pietri. <i>Andrés Bello, el desterrado</i>	V	147
Carlos M. Rama. <i>Flora Tristán en América del Sur</i>	V	159
Jaime Pérez Montaner. <i>Una aproximación al teatro de la guerra civil española</i>	V	169
Carlos Maldonado. <i>La unidad popular y el proceso cultural chileno</i>	V	177
Hugo Rodríguez Alcalá. <i>Utopía de la selva americana: Encrucijada del Espíritu Santo</i>	VI	81
Antonio Sacoto. <i>Nuestra América de José Martí</i>	VI	96
Noél Salomon. <i>A propósito de dos cartas inéditas de Justo Sierra a Benito Pérez Galdós</i>	VI	106
Gabriella de Beer. <i>Pedro Henríquez Ureña en la vida intelectual mexicana</i>	VI	124

Notas

"Epistolario Alfonso Reyes-José M. Chacón" por Zenaida Gutiérrez Vega, por Rosario Rexach de León	IV	206
---	----	-----

DIMENSION IMAGINARIA

Benjamín Carrión. <i>Sail Below, Premio Nobel de Literatura 1976</i>	I	199
Rubén Landa. <i>Mis recuerdos de don Antonio Machado</i>	I	208
Hugo Rodríguez Alcalá. <i>En el cincuentenario de las "orientaciones" de Don Pedro</i>	I	221
Márgara Russotto. <i>Realismo, lenguaje y significado, reflexiones sobre un cuento de Revueltas</i>	I	233
Martha Estefanía. <i>Siete poemas</i>	II	189
Carlos Eduardo Turón. <i>Compasión de Eleusis (9 poemas)</i>	II	194
Loló de la Torriente. <i>Epitafio para un poeta</i>	II	211
José Anadón. <i>Epistolario entre Gabriela Mistral y Eduardo Barrios</i>	II	228
Gilda de Alvarez. <i>Estampas peruanas "El Avaro"</i>	II	236
Alfredo Cardona Peña. <i>Trampa al olvido</i>	III	201
Romualdo Brughetti. <i>Punto crucial de la crítica: Valorar la obra de arte</i>	III	221
Ricardo D. Aguilar y Fernando Larios. <i>"Alfonso Reyes: Visión de la caída"</i>	III	227
Grínor Rojo. <i>Una novela del proceso chileno: Soñé que la nieve ardía de Antonio Skármeta</i>	III	238
Alberto Curbelo Mezquida. <i>¿Te has preguntado por qué?</i>	III	262
José Luis Martínez. <i>Carlos Pellicer</i>	IV	211
Felipe Cossío del Pomar. <i>Enigmas de Picasso</i>	IV	214
Nicholas W. Rokas. <i>El fracaso en las novelas de Mario Monteforte Toledo: La obsesión de la libertad</i>	IV	231
Maryse Bertrand de Muñoz. <i>Paralelo estructural entre "El Jarama" de Sánchez Ferlosio y "El Cortejo" de Otaola</i>	IV	243

	Núm.	Pág.
Pablo Gil Casado. <i>Nomonó. Tres veces no</i>	IV	254
Raúl Navarrete. <i>Memoria en la especie</i>	V	191
Judith A. Weiss. <i>Roque Dalton: puntos de partida para el estudio de su obra poética</i>	V	199
Jaime Concha. <i>La poesía chilena actual</i>	V	211
Enrique Chirinos Soto. <i>Amor, tiempo y muerte en los poemas de Rubén Darío</i>	V	223
Bernardo Verbitsky. "No soy intelectual ni literato"	V	233
Hugo Rodríguez Alcalá. <i>Cosas que pasan</i>	V	247
Emilio Sosa López. <i>Crónicas (poemas)</i>	VI	135
Ezequiel Martínez Estrada. <i>Leopoldo Lugones (1874-1938)</i> retrato sin retocar	VI	140
Agustín Martínez A. <i>El joven Lukács. Introducción a Teoría de la novela</i>	IV	152
Enrique Pupo-Walker. <i>Elaboración y teoría en los cuentos de Ricardo Güiraldes</i>	VI	164
Manuel Antonio Arango L. <i>Aspectos sexuales y psicológicos en el "Acto preparatorio", en la novela Al filo del agua, de Agustín Yáñez</i>	VI	173
Francisco Rojas González. <i>La cabra en dos patas</i>	VI	182

Notas

<i>Antología crítica de la prosa modernista hispano-americana</i> , por Rosario Rexach de León	I	247
<i>Relato de la Utopía</i> , por Manuel Mejía Valera	I	250
<i>Narradores mexicanos contemporáneos</i> , por Manuel Mejía Valera	III	266

INTELECTUALES DE NUESTRO IDIOMA Y CUADERNOS AMERICANOS

Alfredo S. Duque. <i>Intelectuales de nuestro idioma y Cuadernos Americanos</i>	VI	193
---	----	-----

**Se terminó la impresión de este libro
el día 31 de octubre de 1977 en
los talleres de la Editorial Libros
de México, S. A., Av. Coyoacán
1035, México 12, D. F. Se impri-
mieron 1 650 ejemplares.**

Cuadernos Americanos

HA PUBLICADO LOS SIGUIENTES LIBROS:

	<i>Precios por ejemplar</i>	
	<i>Pesos</i>	<i>Dólares</i>
Rendición de Espíritu Tomo I, por Juan Larrea . . .	\$ 50.00	2.50
Tomo II	\$ 50.00	2.50
Signo, por Honorato Ignacio Magaloni	\$ 20.00	1.00
Lluvia y Fuego, leyenda de nuestro tiempo, por Tomás Bledsoe	\$ 30.00	1.50
Los jardines amantes, por Alfredo Cardona Peña . .	\$ 30.00	1.50
Muro Blanco en Roca Negra, por Miguel Alvarez Acosta	\$ 50.00	2.50
Dimensión del Silencio, por Margarita Paz Paredes	\$ 30.00	1.50
Aretino, Azote de Príncipes, por Felipe Cossío del Pomar	\$ 50.00	2.50
Otro Mundo, por Luis Suárez	\$ 40.00	2.00
Azulejos y Campanas, por Luis Sánchez Pontón . .	\$ 30.00	1.50
Razón de Ser, por Juan Larrea	\$ 40.00	2.00
El Poeta que se Volvió Gusano, por Fernando Alegria	\$ 20.00	1.00
La Espada de la paloma, por Juan Larrea	\$ 40.00	2.00
Incitaciones y Valoraciones, por Manuel Maples Arce	\$ 40.00	2.00
Pacto con los Astros, Galaxia y Otros Poemas, por Luis Sánchez Pontón	\$ 30.00	1.50
La Exposición. Divertimiento en tres actos, por Rodolfo Usigli	\$ 30.00	1.50
La Filosofía Contemporánea en los Estados Unidos de América del Norte 1900-1950, por Frederic H. Young	\$ 30.00	1.50
El Drama de América Latina. El Caso de México, por Fernando Carmona	\$ 50.00	2.50
Marzo de Labriego, por José Tiquet	\$ 30.00	1.50
Pastoral, por Sara de Ibáñez	\$ 20.00	1.00
Una Revolución Auténtica en nuestra América, por Alfredo L. Palacios	SIN PRECIO	
Chile Hacia el Socialismo, por Sol Arguedas	\$ 36.00	1.80
Orfeo 71, por Jesús Medina Romero	\$ 20.00	1.00
Los Fundadores del Socialismo Científico, Marx, Engels, Lenin, por Jesús Silva Herzog	\$ 50.00	2.50
Índices de "Cuadernos Americanos", por Materias y Autores, 1942-1971	\$180.00	9.00

PRECIO DE LA SUSCRIPCIÓN DE LA REVISTA:

México	\$250.00	
Otros países de América y España		15.50
Otros países de Europa y otros Continentes		18.25

PRECIO DEL EJEMPLAR SUELTO:

México	\$ 50.00	
Otros países de América y España		3.10
Otros países de Europa y otros Continentes		3.65

(Ejemplares atrasados, precio convencional)

NUESTRO TIEMPO

Silvio Zavala
Lewis Hanke

En recuerdo de Marcel Bataillon.
Proposición para un proyecto de historia oral para historiadores.
Obstáculos políticos para el desarrollo mexicano.

Octavio Rodríguez Araujo

HOMBRES DE NUESTRO LINAJE

Jesús Silva Herzog

Una rectificación necesaria.

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Jaime Torres Bodet

Misión de los escritores en la organización de la paz.

Juan Fernández

Mito y realidad de las Universidades Latinoamericanas.

PRESENCIA DEL PASADO

Hugo Rodríguez Alcalá

Utopía en la selva americana: *Encrucijada del Espíritu Santo*.

Antonio Sacoto
Noël Salomon

"Nuestra América" de José Martí.
A propósito de dos cartas inéditas de Justo Sierra a Benito Pérez Galdós.
Pedro Henríquez Ureña en la vida intelectual mexicana.

Gabriella de Beer

DIMENSION IMAGINARIA

Emilio Sosa López
Ezequiel Martínez Estrada

Crónicas (poemas).
Leopoldo Lugones (1874-1938) *retrato sin retocar*.

Agustín Martínez A.

El joven Lukács. Introducción a *Teoría de la novela*.

Enrique Pupo-Walker

Elaboración y teoría en los cuentos de Ricardo Güiraldes.

Manuel Antonio Arango L.

Aspectos sexuales y psicológicos en el "Acto preparatorio", en la novela *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez.

Francisco Rojas González

La cabra en dos patas.

INTELECTUALES DE NUESTRO IDIOMA Y CUADERNOS AMERICANOS

Alfredo S. Duque

Intelectuales de nuestro idioma y Cuadernos Americanos.

INDICE GENERAL DEL AÑO 1977